

UNAMUNO
O EL ESPAÑOL PURO

UNAMUNO O EL ESPAÑOL PURO

E. Morata

I - Introducción .

A propósito de la " Ética " de Spinoza , Unamuno escribió : " pero , lo mismo que el diamante , ha debido ser precisa para producirla un intensísimo y muy fuerte fuego " (pag. 838 , Obras Completas , Tomo I , " El secreto de la vida ") . Lo mismo puede decirse de cada pensamiento escrito por Unamuno . El Unamuno filósofo se confunde con el Unamuno escritor . Pero él era consciente de los límites del lenguaje : " ! Si se pudiera transmitir el pensamiento puro sin más palabras que aquellas vaguísimas y esfumadas en que se apoya dentro del alma ! " (p. 323 , O. C. t. XII) . A pesar de ello , Unamuno buscó la supervivencia en su obra literaria . Su vida , su lucha interior , su autocomplaciente drama se hicieron literatura pero no por esteticismo sino por la realidad trágica de la vida . Unamuno ensayó , en un primer período , la solución científica y técnica : la creación de un mundo artificial que disimulara el enigma esencial del hombre . Luego , desengañado , Unamuno crea , con su obra filosófica y literaria , una artificialidad estética que gira alrededor del concepto de la congoja . El dolor del vivir nos produce congoja que , expresada en la literatura , estalla de la plenitud de sí misma dándonos consuelo (ver " El sentimiento trágico ... " pag. I93 , Alianza Ed.) .

Para José F. Montesinos , la obra de Unamuno es tónica , irritante , atractiva , repleta de citas pues Unamuno acostumbraba a filosofar contra algo o contra alguien , interpretando los oráculos escritos . (ver " El escritor y la crítica : Unamuno " , pag. 28 , Ed. Taurus , Madrid , I974) . Ortega y Gasset destacaba que el castellano de Unamuno era aprendido y que usaba las palabras en su sentido etimológico " ... y esto le induce a dar mil vueltas y a sacar del vientre semántico de cada vocablo serpentinas de retruécanos y otros juegos de palabras " (Op. cit. pag. 2I) .

La filosofía no era , para el pensador vasco , un juego de ajedrez en el que cada argumento surgía de un movimiento geométrico sobre el tablero ; tampoco puede contemplarse un sistema filosófico como un general contempla a sus ejércitos desplegados por el campo de batalla , como se le antojara al niño Unamuno el encerado lleno de ecuaciones matemáticas que , en orden , avanzaban hacia la solución . La filosofía es un asunto de los hombres de carne y hueso que viven y sufren . Siguiendo al pensamiento de Pascal - al leer un libro esperábamos encontrarnos con un autor y nos encontramos con un hombre - Unamuno admira a todos aquellos filósofos de carne y hueso que , con valentía , han aceptado la tragedia de la vida .

2 - Personalidad de Miguel de Unamuno

Miguel de Unamuno fue un gran lector como lo atestiguan las numerosas citas presentes en sus obras . Leía todo tipo de obras y de todo tipo de temas : medicina , ciencia , literatura , teología y por supuesto filosofía . De hecho su formación universitaria no se reducía solamente a los estudios de griego y de filosofía sino que también estudió matemáticas y ciencias dando clases de estas materias en los primeros años de su vida profesional . Unamuno fue un intelectual con una gran cultura y además de aquellos autores cuya influencia es más evidente en la obra del pensador vasco podemos encontrar rastros de muchas otras influencias ; en realidad todo el material con el que entraba en contacto influía a Unamuno.

. Algunos autores que le influyeron claramente son : Hegel , Kierkegaard , Spencer , Schopenhauer , Pascal , Spinoza , Darwin , Nietzsche , Carlyle , Leopardi , Tolstoi , Rousseau ; teólogos como Baur , Harnack , Ritschl , Renán , Schleiermacher , Lutero . En su primera etapa filosófica le influyeron los positivistas : Comte , Wundt , Ribot , R. Ardigó y , en especial , el anteriormente mencionado Spencer . El filósofo inglés enseñó mucho a Unamuno en su primera etapa, pero posteriormente el segundo reprochó al primero la falta de consistencia metafísica de su filosofía . El llamado " segundo Unamuno " dejó de creer en la ciencia :

> " No la considero ya más que como narcótico , un opio para ahogar los dolores del ansia de eternidad afectiva." (I)

La obra que refleja mejor las tesis filosóficas de Unamuno acerca del conflicto entre la ciencia y la vida (o la razón y la vida) es "Amor y pedagogía" en la que el Amor es vida y la pedagogía no es más que una ciencia . Luego encontramos en la principal obra filosófica de Unamuno : " Del sentimiento trágico de la vida " todas las otras tesis filosóficas , en especial , la del ansia de inmortalidad y de eternidad , en el desorden , en apretada sucesión de ideas sin desarrollar suficientemente . Por esta razón en el presente trabajo procuraremos evitar a esta obra para buscar en otras , en especial en los artículos breves recogidos en las " Obras Completas " , una ampliación y una exposición desde otras perspectivas de las mismas tesis principales de " Del sentimiento trágico de la vida " . Tesis a las que Unamuno da vueltas una y otra vez en el conjunto de su obra filosófica , poética , teatral y narrativa .

Pero quizás por encima de estas tesis recurrentes impregna decisivamente toda la obra unamuniana la formidable personalidad de su creador . La España de aquella época se formó una imagen de Unamuno tal como la de una persona irritable e irritante . Rector legendario al que el público atendía en sus conferencias sin entender su discurso pero con la esperanza de oirle alguna genialidad . Unamuno mismo era consciente de que se había convertido en un número de feria para el público no universitario .

Intentemos definir al hombre Unamuno . Empecemos por la sinceridad . No tanto una sinceridad cotidiana , en el trato social diario , como una sinceridad entendida como método filosófico . La sinceridad le llevaba a comunicar todos sus problemas más íntimos :

> " Yo me he casado con la sinceridad . Y si alguna vez me contradigo , me contradigo muy sinceramente . " (2)
>
> " Y ya hasta mi sinceridad , esta sinceridad de que he alardeado tanto , se me va convirtiendo en tópico de retórica . " (3)

Otra característica de Unamuno es la agresividad . Agresividad entendida primero como una lucha contra sí mismo : es la " agonía " en su sentido etimológico . Su agresividad se dirigió luego hacia los demás . Relacionada con su agresividad podemos mencionar su hipersensibilidad en especial ante las gentes y los paisajes . Hablaremos más detalladamente de esta hipersensibilidad al tratar el tema del Unamuno místico . Y relacionada con ella encontramos al Unamuno escritor . Fue un maravilloso escritor , dueño de un estilo poderoso , claro , puro , enérgico , sano , directo , vasco :

> " Unamuno escribe muy bien . ¿ Y cómo no , si piensa y siente bien ? " (4)
>
> ...no es Unamuno de los que sirven su pensar simétricamente ordenado , o cortado en lonchas (...) . Cierta rudeza y montuosidad hay , no obstante , en la prosa de Unamuno , que nos hace pensar en la tierra vasca . " (5)

. Como ejemplo de este tipo de imágenes o metáforas muy logradas mencionemos del artículo " La tradición eterna " del libro " En torno al casticismo " la imagen de las olas y del fondo del mar . Por otra parte , y será inevitable referirnos continuamente a ello en este trabajo , es necesario mencionar la posible influencia del escritor y del filósofo Nietzsche en Unamuno . No entraremos en la polémica acerca de si la relación entre ambos filósofos se reduce a muchas coincidencias o bien a una clara influencia del alemán sobre el español . Pero es evidente que ambos filósofos comparten muchos temas y por encima de éstos , un mismo estilo o método filosófico : el filosofar a martillazos .

Así veía Antonio Machado a Unamuno . Ambos escritores concidían en su intelectualismo socrático referido a la literatura : quien piensa bien actúa bien y también escribe bien . Unamuno fue un fuerte vasco a pesar de su debilidad adolescente luego superada . Unamuno escribe y filosofa con el cuerpo y con la cabeza , en un ímpetu , en un esfuerzo , en una arrolladora fuerza . No es un filósofo difícil porque sea oscuro o sibilino sino porque no desarrolla o explica mejor todas sus ideas e intuiciones dejadas caer en sus escritos enmedio del impulso torrencial de su pensar y de su escribir . Además frecuentemente ni tan sólo expone sus ideas sino que las sustituye por imágenes literarias muy sugestivas pero insuficientemente explícitas desde un punto de vista filosófico

Dice Nietzsche en " El crepúsculo de los ídolos " que el genio es una máquina puesta a máxima tensión . Esta tensión se siente en los escritos de ambos filósofos . El superhombre, o mejor: "sobrehombre" según Nietzsche es, para Unamuno , Jesucristo . Algunos temas de " La genealogía de la moral " son preocupaciones también de Unamuno : así el tema de la enfermedad y de la salud . Pero otros temas no son resueltos idénticamente por ambos . El cristianismo es para Nietzsche la negación de la Teoría de la Evolución porque esta religión niega al cuerpo , conduce al ascetismo y a la enfermedad y a la moral del re- sentimiento . Para Unamuno el cristianismo , con su principal dogma : " Amaos los unos a los otros " o " Ama a tu prójimo como a ti mismo " , impide al Ser cerrarse en sí mismo , niega la mónada leibniziana y la dialéctica sujeto contra objeto o sujeto contra la Naturaleza, donde tanto los objetos como la Naturaleza son los otros hombres y mujeres.

. En el cristianismo el Uno es el Otro por la comprensión y por la compasión , el " yo " es al mismo tiempo el " otro " o los " otros " . Unamuno veía en Nietzsche a un gran cristiano insincero , hipócrita , enamorado de Dios y envidioso de Cristo , tan racio- nalista y desesperado como Spinoza pero no resignado y triste como el judío holandés sino alegre y rebelde . Unamuno trató , por otra parte , ampliamente el tema del problema español como Nietzsche tratara con violencia a Alemania y a los alemanes . Ambos filósofos fueron fuertemente sacudidos por el evolucio- nismo ya fuera a partir de la obra científica de Darwin , ya fuera a partir del llamado " darwinismo social " . François Meyer estima que Unamuno trató es- te tema porque formaba parte de los lugares comunes de los discursos intelec- tuales de su época y era imposible no resultar afectado por las importantes con- secuencias de la Teoría de la Evolución .

Finalmente , para acabar con esta exposición de la personalidad de Unamuno , mencionaremos al llamado " Unamuno contemplativo " o Unamuno como gran observador de gentes , de paisajes , de ambientes , de regiones , de pueblos , de ciudades y , por supuesto , de sí mismo y de aquellos que le rodearon , en especial de su mujer y de sus hijos . España le dolía porque la conocía bien gracias a sus viajes . Su relación mística con la tierra española , en especial con la tierra castellana , se despierta con ocasión de la contemplación . Y por encima de todo, Unamuno se sentía auténticamente español : Don Quijote es el Cristo español , el sentimiento trágico de la vida es ante todo sentimiento de los españoles reflejado en la española conciencia de Unamuno . El escritor romano Tito Livio hablaba de la costumbre celtíbera de adorar a la muerte y vestirse de luto . Ortega y Gasset vió a Unamuno como a un gran celtíbero que " hizo de la muerte su amada " (6). Podemos apreciar las dotes de gran observador de Unamuno en el artículo " Barcelona " del libro "Por tierras de Portugal y de España" con ocasión de una estancia de tres semanas en este país .

La Cataluña de su época se dividía netamente en dos : existía la Cataluña pirenaica , rural , tradicional , cerrada en sí misma ; existía paralelamente la Cataluña de la Gran Barcelona , industrial , progresista y europea . Barcelona parecióle una ciudad megalómana debido al diseño de sus edificios . Reprochaba a los arquitectos su interés preferente por las fachadas en detrimento del alcantarillado .Trasladaba este símil a las personas : para Unamuno los catalanes se preocupaban más por las apariencias que por su vida interior . El principal rasgo del carácter catalán era , para el pensador vasco , la sensualidad mediterránea que hacía a los catalanes aficionados a los placeres sexuales . Finalmente observó (congratulándose de ello) que los catalanes no eran violentos porque no eran apasionados .

Unamuno fundamentó su filosofía en la primacía del instinto y de la vida por encima de los imperativos de la razón y las limitaciones de la ciencia . La verdad no era lo que nos hacía pensar sino lo que nos hacía vivir . Es preciso estudiar hasta qué punto esta irracionalidad exaltada por Unamuno es la más auténtica expresión del alma española . Antonio Machado compartía la misma teoría del arte de Unamuno : solamente el sentimiento era creador porque las ideas se destruían y pasaban . Es por esta razón por la que ambos escritores hicieron una filosofía literaria : las ideas del pensador adquirían fuerza y expresión cuando eran traducidas a imágenes poéticas . Dejándose llevar por el instinto Unamuno piensa en todo lo pensable y lo hace yendo al límite de sus fuerzas y de las posibilidades de la mente humana . Así , estudia la infancia feliz , luminosa , llena de impresiones y de sensaciones , verdadero paraíso perdido para todos los grandes poetas españoles como Machado o García Lorca

" Más , más y cada vez más ; quiero ser yo y sin dejar de serlo , ser además los otros , adentrarme la totalidad de las cosas visibles e invisibles , extenderme a lo ilimitado del espacio y prolongarme a lo inacabable del tiempo . " (8)

La familia ayudaba a Unamuno a soportar sus crisis :

" Preocupaciones de índole más mundana y necesidades de mi familia han encalmado no poco mi estado interior . Eso es una ventaja porque permite que se forme mi último fondo y que cuaje el fruto de mis últimas experiencias y amarguras protegido , como por una capa , por esas preocupaciones . " (9)

La infancia era importante para Unamuno porque de la nostalgia surgían gran parte de los temas obsesivos de la filosofía de Unamuno :

" En cambio la muerte nos afectaba poco . El niño se siente inmortal ; mejor dicho , está fuera de eso de la muerte y de la inmortalidad : se siente eterno . Se siente eterno porque vive por entero en el momento que pasa . Oye hablar de la muerte , ve acaso morir , mata animales , pero no comprende la muerte . " (IO)

El nacimiento es para el pensador vasco , un golpe . El hombre es un expósito , es un abandonado en el infinito .

. O retrocede aún más hasta llegar a la vida intrauterina : la posibilidad de no haber nacido y el mismo golpe que supone nacer y ser arrojado al mundo . Gracias a su sinceridad podemos conocer sus momentos de profunda depresión de espíritu en que : " el hombre autoinspectivo llega casi a negarse a sí mismo . Pero las notas en él dominantes son: el impulso acometedor , la ambición de gloria y la afirmación decidida de su personalidad . Él es también un caballero andante " . (7) De las violentas luchas que mantenía Unamuno consigo mismo lograba salir vivo gracias a su fortaleza esencial , gracias a su familia y gracias a las características de su psicología enumeradas en la anterior cita . Si Unamuno no se hubiera sentido fuerte, nunca habría llegado a los extremos a los que le llevó su especulación .

En " Amor y pedagogía. " , Unamuno no presenta la muerte con el matiz obsesivo y terrible que le caracteriza . Apolodoro se ahorca , con decisión , y Unamuno narra el acontecimiento con sencillez y sin afectación . Apolodoro pende en el aire , se ahoga unos instantes , se agita , intenta coger con los pies una silla en un último intento por seguir viviendo y finalmente un desvanecimiento y la nada . Así es , la nada . Ante la inminencia de su muerte , Apolodoro solamente tiene pensamientos estéticos : le preocupa el efecto que va a hacer colgando como una longaniza .

No creemos que , para Unamuno , la muerte supusiera la pesadilla de su vida como podríamos deducir de sus escritos . La muerte y Dios fueron , para él , ideales de la razón pura - en el sentido kantiano - fecundos para la especulación filosófica . Sin embargo , es innegable que Unamuno es sincero en sus páginas más llenas de dolor íntimo . Sostenemos que el auténtico Unamuno es el Unamuno místico , como veremos más adelante .

3 - Darwinismo en Spencer , Nietzsche y Unamuno .

Cada uno de estos tres autores asumieron a su manera la revolución darwiniana incorporando sus tesis a sus filosofías . Heriberto Spencer coincidía en otros aspectos con Unamuno . Su padre ensayó en el niño Heriberto sus teorías pedagógicas con el resultado de un fracaso parcial . Spencer fue un mediocre estudiante y en su juventud escogió para su formación el método autodidacta que compaginaba con un empleo como técnico de ferrocarriles . Spencer afirmaba , por esta razón , que no debía nada a ningún filósofo y para demostrar este punto no citaba nunca a ninguno en sus obras . Spencer escribió con posterioridad tratados de pedagogía que desarrollaban en el campo de la educación sus principales ideas filosóficas . La pedagogía de Spencer inspiró a Unamuno su " Amor y pedagogía " . El escritor vasco , por su parte , ensayó a su vez sus propias ideas pedagógicas en sus hijos y éstos le inspiraron algunos de los personajes de sus novelas . Así uno de los hijos de Unamuno contrajo una meningitis complicada con una hidrocefalia muriendo a los 7 años . La hermanita de Apolodoro en " Amor y pedagogía " recuerda a este hijo de Unamuno . Por otra parte , Spencer fue , como Unamuno , un filósofo que solamente reconocía como deuda para con los filósofos el antagonismo , es decir , que coincidía con el vasco en su "contra todo " .

Para Spencer el Universo está regido por la ley de la perpetua redistribución de la materia y del movimiento según la ley de la evolución y de la disolución . La evolución es una integración de materia y una disipación paralela de movimiento durante el cual la materia pasa de una homogeneidad indefinida e incoherente a una heterogeneidad definida y coherente .

Distingue tres leyes universales : la inestabilidad de lo homogéneo , la multiplicidad de los efectos (toda causa produce varios efectos) y la segregación (en un conjunto los elementos diferentes tienden a separarse y los elementos parecidos a juntarse) . Para Spencer lo que no evoluciona permanece simple y lo que evoluciona lo hace hacia la complejidad . No acepta a la Creación , que para él es sinónimo de la generación espontánea o de la ruptura de la evolución . La materia orgánica nació a partir de la materia inorgánica y los vivientes surgieron de la materia orgánica en una primera forma de protoplasmas . Pero es imposible estudiar el proceso de esta evolución porque las condiciones en que ésta aconteció ya no se dan en la actualidad . Spencer interpreta la Teoría de la Evolución general como el paso de la simplicidad a la complejidad en los organismos . Los fenómenos cósmicos y físicos engendran a los fenómenos biológicos y éstos a su vez engendran los

fenómenos psicológicos y los fenómenos sociológicos . La potencia es el ente que causa todos estos fenómenos, pero solamente podemos conocerla por sus manifestaciones . El objeto es , pues , una síntesis universal . El hombre posee muchas partes diferentes especializadas en diferentes funciones que posibilitan una vida del organismo más amplia en su totalidad . La vida es una continua homeóstasis , es decir , un ajuste perpetuo de las relaciones interiores del organismo con las relaciones exteriores . Todas las acciones vitales consideradas en su conjunto tienen por objetivo final equilibrar los procesos interiores con los procesos exteriores . Son las relaciones exteriores las que causan las relaciones interiores de la conciencia que al progresar (al evolucionar) causan relaciones exteriores nuevas cada vez más complicadas. El conocimiento y la inteligencia son el resultado y la respuesta del organismo al proceso sin fin de la homeóstasis .

Estas son las principales ideas de Spencer que aparecen en todas sus obras (no especialmente filosóficas) fundamentando su discurso. Unamuno ridiculizará sin piedad al tipo del seguidor fanático de Spencer y del cientifismo en general en su personaje de Don Avito de la novela "Amor y pedagogía". Don Avito es presentado al principio de esta novela como una persona con una gran cultura científica y como un activo positivista para paulatinamente pasar a ser, por voluntad de su creador Unamuno, un auténtico monstruo que ante la muerte de su hija y posteriormente el suicidio de su hijo Apolodoro y el embarazo de la criada Petra no ve más que reacciones químicas y procesos biológicos. Hemos de recordar que en una época Unamuno abrazó con convicción el positivismo para renegar de él posteriormente. Por ello el personaje de Don Avito es un poco el mismo Unamuno y los experimentos pedagógicos que realizara el primero es posible que Unamuno estuviera tentado de ensayarlos en sus hijos. Pero por encima de los intentos de desprestigiar la filosofía de Spencer algunas de sus ideas inspiraron a Unamuno.

Para Spencer el hombre posee la convicción profunda de que es imposible saberlo todo. Este escepticismo debe ser continuamente asumido y recordado. Así la conciencia se mantiene despierta permanentemente y el hombre se ve obligado a buscar continuamente el saber. Es la teoría de la homeóstasis aplicada a la teoría del conocimiento. El hombre adapta constantemente sus procesos interiores a los procesos exteriores. La conciencia es un proceso interior que debe adaptarse al proceso exterior que es el mundo de los objetos, conociéndolos. El proceso exterior se adapta al proceso interior (la conciencia) presentando una infinitud de objetos. La conciencia responde al proceso exterior con el escepticismo: es imposible llegar a conocer a todos los objetos. Y la conciencia tiende entonces a atrofiarse. Pero los procesos exteriores impiden esto al obligar al sujeto a buscar el conocimiento de continuo. Se da una lucha sin fin entre el ansia de cono-

cer y la imposibilidad de lograr esto en su totalidad . Para Spencer el resultado de esta lucha es la consecución de una mayor sabiduría en cada ocasión en que se da el acto del conocimiento .

Todas estas ideas de Spencer influyeron a Unamuno conjuntamente con la lectura de W. James y la entrada en contacto con el pragmatismo :

> " Ha de haber , sin duda , cierto equilibrio entre la vida de nutrición y la de relación ; el mundo que nos rodea entra en nosotros por los alimentos y por las excitaciones sensoriales , por el estómago y los pulmones de una parte , y por los sentidos de otra . Son los dos elementos del ambiente . De ese equilibrio , constantemente roto y reproducido , arranca el ritmo de la vida . " (II)

> " El hombre no sólo se adapta al ámbito , sino que se lo adapta , y va haciendo así suya la tierra , primero con la fuerza , con la inteligencia después . El hombre , poseído por la tierra , empieza a poseerla , y no sólo con su trabajo , sino con su comprensión además . Comprendiendo al mundo , reduciéndolo a viva representación ideal , no sólo se crea un mundo en sí mismo reflejo del exterior , sino que con aquél domina a éste . " (I2)

Unamuno combinaba elementos de Spencer , elementos del pragmatismo y elementos de conocimiento místico en el desorden . Por otra parte Spencer no contradecía directamente las posiciones de Unamuno :

> " ... la ciencia (...) es poesía por sí misma . La opinión común de que la ciencia y la poesía se rechazan procede de una ilusión . Es sin duda cierto que , como estados de conciencia , el conocimiento y la emoción se excluyen mutuamente . Sin duda es cierto también que la tensión extrema de la reflexión tiende a amortiguar los sentimientos , lo propio que la violencia extrema de los sentimientos tiende a oscurecer la reflexión (...) ; no es cierto que los hechos científicos estén en sí mismos desprovistos de poesía (...) la ciencia abre al sabio vastos horizontes de poesía allí donde el ignorante nada ve . " (I3)

> " Quien no ha desenterrado fósiles , no sabe cuántas ideas poéticas despiertan los lugares en que se hallan ocultos estos tesoros científicos (...) cómo se aplican a criticar sabiamente una oda griega , y pasan sin notarlo ante ese gran poema épico que ha escrito el dedo de Dios en las capas de la tierra . " (I4)

El lenguaje de Spencer en estas frases recuerda la palabrería de Don Avito . Pero observamos que Spencer y Unamuno compartieron una misma actitud mística y contemplativa ante el mundo .

Unamuno interpretó el " struggle for life " de Darwin como una confirmación de la tesis de Spinoza acerca de la perseverencia del ser :

> " Cada cosa se esfuerza , cuanto está a su alcance , por perseverar en su ser . " (I5)

Unamuno hizo suya esta proposición y las proposiciones siguientes de la " Ética " de Spinoza , relacionándolas con el darwinismo , con la teoría del conocimiento de Spencer y de W . James y con su propia actitud mística :

> " El esfuerzo con que cada cosa intenta perseverar en su ser no es nada distinto de la esencia actual de la cosa misma . " (I6)
>
> " El esfuerzo con que cada cosa intenta perseverar en su ser no implica tiempo alguno finito , sino indefinido . " (I7)
>
> " El cuerpo humano puede ser afectado de muchas maneras , por las que su potencia de obrar aumenta o disminuye , (...) . " (I8)
>
> " La fuerza con que el hombre persevera en la existencia es limitada y resulta infinitamente superada por la potencia de las causas exteriores . " (I9)
>
> " Todo esfuerzo que realizamos según la razón no es otra cosa que conocimiento , y el alma , en la medida en que usa la razón , no juzga útil nada más que lo que la lleva al conocimiento . " (20)

Esta última proposición de la "Ética" de Spinoza coincide con el pragmatismo de W. James que corrige la teoría del conocimiento de Spencer : no es la inteligencia sino la voluntad la que nos hace el mundo . Unamuno ampliará esta tesis tras la lectura del libro " Orígens del coneixement : la fam " de R . Turró . Este médico catalán exponía la tesis de la sensibilidad trófica como origen del conocimiento , desde una perspectiva de la gnoseología psicológica y sin entrar en el campo de la gnoseología filosófica . La sensación del hambre es la primera percepción que diferencia los objetos por su íntima constitución química , por su substancia y no por su forma . Los innatistas no contemplaron la tesis de R . Turró porque solamente diferenciaron en la realidad cantidades pero no calidades . Una vez más Unamuno se deja influenciar por una atractiva tesis y la incorpora a su pensamiento :

> " El sujeto que conoce o percibe es el que come ; Edo ergo sum ; " como luego soy " podría decirse . " (21)

> " ...los seres empiezan a vivir cuando quieren ser otros que son y seguir siendo los mismos . Y todo lo que no vive , no es sino alimento de lo que vive . " (22)

> " ...es el ansia de más vida , es el furioso e insaciable anhelo de ser todo lo demás sin dejar de ser nosotros mismos , de adueñarnos del universo entero sin que el Universo se adueñe de nosotros y nos absorba ; es el deseo de ser otro sin dejar de ser yo , y seguir siendo yo siendo a la vez otro ; es , en una palabra , el apetito de divinidad , el hambre de Dios . " (23)

Unamuno concilia cristianismo y evolucionismo incorporando en su " cóctel " filosófico las posiciones de Pascal , de Spinoza y de Kierkegaard y tesis de otros autores como R . Turró y Spencer . Unamuno coge un poco de todos los grandes pensadores que constituyen el substrato filosófico de su época, pero sostenemos que es su actitud mística esencial la que define verdaderamente a Unamuno .

Al mismo tiempo Unamuno es el auténtico filósofo español . La envidia es definida por él como la Inquisición inmanente española . Unamuno envidió todo lo que pudiera envidiarse y lo más grande que pudiera envidiarse :

> " ... y el hombre quiere todas las tierras y todos los siglos , y vivir en todo el espacio y en el tiempo todo , en lo infinito y en la eternidad . " (24)

Aquí se aprecia ahora la influencia de Schopenhauer . La cosa - en - sí que está en el fondo de nuestra conciencia es la voluntad de vivir . Es la esencia de nuestro ser que no se destruye con la muerte porque continúa en la especie . Esta esencia es la que hace idénticos a todos los individuos que han nacido y que nacerán . La voluntad lleva al hombre a desearlo todo . Dice Schopenhauer :

> " Desear es esencialmente sufrir , y como vivir es desear , toda vida es en esencia dolor . Cuanto más elevado es èl ser , más sufre ... " (25)

Unamuno desarrolla una teoría del conocimiento a partir de todas estas influencias ; en primer lugar del positivismo :

> " Lo que se conoce (...) es una sustancia química , como es sustancia química el cuerpo en que vivimos y cuya cenestesia - la íntima sensación de él - es la base orgánica de la conciencia de nuestro yo . " (26)

El conocimiento de los objetos según la sensibilidad trófica surge de la química y de la biología :

> " La sed nos revela la constitución química del agua , su sustancialidad fenoménica . " (27)

La misma cosa que calma el hambre determina la sensación y los signos sensoriales . El yo se siente una substancia y los objetos exteriores que alimentan la substancia de mi cuerpo son también substancias . El mundo exterior es real porque es substancias :

> " Acaso la especial sensación íntima del yo , la sensación de sí mismo , base del conocimiento de sí , va ligada al quimismo de nuestro ambiente interior fisiológico , que es la sangre . " (28)

Luego incorpora las tesis pragmáticas :

> " Vivir no es solo nutrirse y reproducirse ; vivir es obrar, es ejercitarse , es producirse un sujeto . " (29)

> " ... desplegar sus energías , darles libre curso , y el mundo exterior resulta , en cierto modo , extensión de nuestro cuerpo (...) . Los instrumentos de que el hombre se sirve son prolongación de su organismo , y todo el mundo sensible es cuerpo de nuestra conciencia . " (3

Para más adelante adaptar esta teoría del conocimiento a su crítica de la razón y a su exaltación del instinto :

> " El instinto (...) nos revelaría el misterio de la vida , que sólo simbólicamente entrevé la inteligencia . " (31)

> " No me someto a la razón y me rebelo contra ella y tiro a crear , en fuerza de fe , a mi Dios inmortalizador , y a torcer con mi voluntad el curso de los astros . " (32)

> " La mente busca lo muerto , pues lo vivo se le escapa ; quiere cuajar en témpanos la corriente fugitiva , quiere fijarla . " (33)

> " (una idea) su contenido vivo es la oscura masa de sensaciones concretas que en nosotros despierta el vago recuerdo de esfuerzos sentidos , la muchedumbre de impresiones de que ese concepto abstracto brotó . Lo otro , el concepto lógico (...) no es más que una cáscara para someterla , con otras , a solitarios lógicos , a combinaciones dialécticas . Cuando oigo hablar de sustancia , se me despiertan oscuras reminiscencias de sustancias concretas , de la sustancia del caldo (...) . Lo otro , la definición metafísica de la sustancia , sirve para escamoteos dialécticos (...) . La sustancia de las ideas (...) es (...) lo que puede o movernos a acción , o provocar sensaciones . Todo lo demás son mondaduras y peladuras lógicas . " (34)

Unamuno amplía así su fenomenalismo substancialista o "profundo realismo", según su definición. Especula con la posibilidad de que la conciencia nazca por la conciencia de una carencia que puede ser la carencia de alimento (es la conciencia del hambre) o que puede ser la carencia de Dios (y es la conciencia de la finitud del hombre) . Unamuno relaciona la realidad con su vida íntima y con la vida : su yo se funde entre estos tres entes . Cuanto mayor sea la vida interior del sujeto mayor será la realidad que éste conocerá :

> " Lo real es lo que nos hace vivir , y tan real , por lo tanto , como sea nuestra vida íntima . " (35)

Luego el pensador vasco relaciona a la sexualidad con el conocimiento :

> " ... (la carne) no se movió por hambre y sed de paternidad y maternidad , sino por puro goce , por mera lujuria . La fuente de la vida se envenenó , y con la fuente de la vida se envenenó la fuente del conocimiento . " (36)

En otro pensamiento relaciona pragmatismo , evolucionismo y su propio carácter de vasco fuerte y luchador , su pelea interna sin reposo :

> " Toda la historia humana no es otra cosa que una larga y triste lucha de adaptación entre la Humanidad y la Naturaleza , como la historia de cada hombre se reduce a las visicitudes del combate que en su cuerpo , sanguinoso campo de batalla , riñen su espíritu y el mundo que le rodea . " (37)

A causa de esta adaptación de la Humanidad contra la Naturaleza

Para Nietzsche la selección natural se da en el terreno de la moral pero no se da en el de la biología . El filósofo alemán observaba que los enfermos y los mediocres eran multitud en su mundo . Unamuno comparte con Nietzsche la creencia de que la civilización arrancó gracias a que una parte de los hombres eran esclavos . Pero para Unamuno , la esclavitud impide hoy que la civilización siga avanzando , y en esta opinión se desmarcaba de la interpretación del darwinismo por parte de Nietzsche . La moral del "sobrehombre" o superhombre no reconocía , para Unamuno , el valor del hombre en sí sino solamente el valor de unos pocos hombres , aquellos más fuertes . Unamuno oponía al "sobrehombre" de Nietzsche el " ser todo un hombre " . Unamuno afirmaba que conocía poco a Nietzsche y que sus temas eran comunes porque surgían de la sofística griega que ambos , como profesores de griego , conocían bien . La filosofía de Nietzsche y los "sobrehombres" por él descritos se imponen por la fuerza . Unamuno reinvindica también la fuerza del instinto . Los sofistas griegos declaraban que desde el momento en que una cosa " es " posee en sí misma toda la fuerza para imponerse . Dice Unamuno :

> " La pasión afirma , y la prueba de su afirmación estriba en la fuerza con que es afirmada . No necesita otras pruebas . " (39)
>
> " De la fantasía brota la razón . Y si se toma a aquella como una facultad que fragua caprichosamente imágenes , preguntaré qué es el capricho , y en todo caso también los sentidos y la razón yerran . " (40)

Esta es la formulación de su antirracionalismo .

Unas sociedades son más desarrolladas que las otras que las precedieron . Así la sociedad moderna es superior a la sociedad griega gracias a los esfuerzos de los griegos precisamente . Unamuno duda de la superioridad mental del hombre moderno sobre el hombre griego , sin embargo :

> " ... el hombre de hoy se encuentra al nacer en posesión de medios de conocer y de obrar que los contemporáneos de Pericles carecían . " (38)

Para Darwin la selección natural extingue las formas menos perfeccionadas y lleva a la perfección los dones intelectuales y los corporales . El concepto de " selección natural " inspira a Unamuno la formulación de su concepto de la dialéctica : Caín necesita a Abel y Abel necesita a Caín . Ambos se enfrentan uno contra el otro pero no se destruyen . Se conservan para que el principio de la vida (la tensión) no decaiga . Caín conserva a quien combate porque necesita a Abel . Se trata de una nueva formulación de la teoría de la lucha de los contrarios de Heráclito en que se introduce el concepto de tensión según Spencer . La homeóstasis o adaptación de los procesos interiores a los procesos exteriores produce una tensión llamada por Spencer el principio de la vida . Esta tensión posibilita que se dé la evolución .

4 - Salud y enfermedad .

Según la interpretación del " Génesis " que hace Unamuno , las enfermedades , entre ellas la peor de todas - la muerte - , surgieron como consecuencia del pecado original cometido por Adán y Eva . Al probar la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal la primera pareja de la historia quiso conocer los secretos de Dios . Él castigó ambos miembros de la pareja con las enfermedades : la primera de ellas fue la caída , la segunda el trabajo , la tercera el progreso o la redención - el regreso a Dios , el regreso al paraíso - , y la cuarta la muerte . Unamuno interpreta luego ótro gran mito acerca del punto de partida del hombre y de la mujer : el evolucionismo . Según él , toda la constitución física del hombre y de la mujer es una enfermedad . La posición erecta , las manos , los órganos del habla y la forma del cráneo hicieron a este mono enfermo - el hombre - inteligente . La mujer pudo parir seres más desarrollados gracias a un fortalecimiento de su pelvis . La enfermedad propia de la mujer es el parto doloroso .

Todas las otras enfermedades tratadas por la Medicina están relacionadas con una impureza de la sangre . Así todas las enfermedades infecciosas y todas las enfermedades debidas al progreso , como la artritis . El pensamiento está causado por la enfermedad de un mono que se puso erecto y , una vez asentada la constitución física humana , por todas las otras enfermedades . El hombre totalmente sano no sufre de la sed de conocimiento . Por ello Aristóteles hubiera llamado a este ser un " animal irracional " porque el filósofo griego aceptaba que todos los hombres quieren conocer por naturaleza . El conocer por conocer , es decir , la ciencia , es una enfermedad . El conocer para vivir es inconsciente , no tenemos conciencia de que conocemos como tampoco la tienen los animales .

El conocer por conocer - la ciencia - implica la reflexión . El conocer para vivir implica solamente la percepción de la comida . En el conocer por conocer se da un exceso y un lujo de conocimiento , que llega a su peor extremo cuando el científico solamente vive para conocer y no a la inversa . La razón propiamente dicha aparece con la vida en sociedad . El instinto de conservación obliga al hombre a desarrollar el lenguaje para relacionarse con los demás y para hablar consigo mismo : es el pensamiento . El instinto de perpetuación , el amor sexual , obliga también al hombre a relacionarse socialmente . El hombre conoce para vivir siguiendo el instinto de conservación y el instinto de perpetuación . De éste último , del amor , surge el mundo ideal . Unamuno defiende que el hombre , por naturaleza , posee sentidos mediante los cuales conoce al mundo ideal . Unamuno no quiere distinguir entre fantasía (o imaginación) y razón . Para él no está clara la frontera entre ambas cualidades del hombre . Asegura que la fantasía o la razón surgen de la sed por conocer que despierta el instinto de perpetuación , que es a su vez el origen de la sociedad . Conocemos a Dios mediante la fantasía o la razón . Entonces todo está relacionado entre sí . Dios es un producto social . El alma y Dios son eternos por lo que supone el instinto de perpetuación , siguiendo a Platón .

Lo bueno es , para Unamuno , lo que contribuye a la conservación , a la perpetuación y al enriquecimiento de la conciencia . La ciencia , como conocer por conocer , no es de provecho para nadie tras la muerte . Con la desaparición de toda conciencia personal sobre la Tierra el conocer por conocer acumulado no será de provecho para ningún espíritu . Los filósofos como Spinoza que intentan olvidar la realidad de la naturaleza humana (descrita por Unamuno) mediante una creación filosófica cometen un acto de violencia contra la misma naturaleza humana . La obsesión de Unamuno por el tema de la muerte y de la inmortalidad es justificada porque el hombre conoce para vivir , y quiere saber si vivirá siempre . El sentimiento trágico de la vida surge de la imposibilidad de casar a la vida con la razón . El pensamiento , que es una enfermedad , ha alcanzado en la historia tanto verdades como confusiones . La principal confusión a la que ha llegado el pensar - el " cogito , ergo sum " de Descartes - es la distinción entre el sujeto (sum) y el objeto (cogito) , que Unamuno , desde su posición cristiana , no acepta . El sentimiento confiere al pensamiento puro (que no es consciente de sí mismo) la materialidad . El pensamiento se siente y uno se siente a sí mismo , se conoce a sí mismo , y se quiere a sí mismo . Y cuando uno se quiere a sí mismo , se quiere para siempre a sí mismo . Y cuando uno se siente a sí mismo , quiere sentirse a sí mismo eternamente . Este es el verdadero punto de partida de la filosofía de Unamuno .

En este breve resumen del capítulo " El punto de partida " del libro " Del sentimiento trágico de la vida ... " podemos observar cómo Unamuno justifica los " leitmotiv " de su filosofía a partir de la tesis de la enfermedad original del hombre . Del mono que enferma al filósofo - Unamuno - que vuelve a sus orígenes conociendo al mundo y a sí mismo solamente para vivir y sin consciencia de ello (es la definición de un animal según Unamuno) el pensador ha recorrido una curva parabólica .

Son evidentes las fallas de estas teorías : ¿ qué es lo que pretende Unamuno , el regreso a la feliz animalidad ? ¿ O bien solamente intenta justificar su teoría del conocimiento - el antirracionalismo - presentando los primitivos orígenes de ella , como igualmente primaria es su teoría del conocimiento ? ¿ Acaso no se dió antes la obsesión por la muerte y el ansia del Todo que la creación de una filosofía mínimamente coherente ? Para ver más claro el auténtico espíritu de Unamuno es preciso estudiar otros escritos suyos en que aborda los mismos temas .

En el artículo " El Jardín de Academo " Unamuno defiende la vida espiritual y el desprecio del cuerpo :

> " Si tuviéramos , en efecto , la historia clínica de los más grandes pensadores que ha habido , es casi seguro que veríamos que el que no era artrítico era dispépsico ; el que no , cardíaco ; el otro , malárico ; más de uno alcohólico y alguno hasta cretino . Y locos los más de ellos . ¿ Para qué , pues , hemos de empeñarnos en llevar una vida higiénica , si con ello no conseguimos sino que el cuerpo ahogue al espíritu y le ate a la tierra ? " (4I)
>
> " La enfermedad es el manantial de los más profundos pensamientos . El hombre sano vive satisfecho de sí mismo y de la vida , y ¿ cómo va a descubrir nada que valga la pena de saberse , un hombre satisfecho de sí mismo y de la vida ? Y sobre todo , ¿ cómo va a llegar al descubrimiento de la verdad ? ! Imposible ! . " (42)
>
> " Cultivemos , pues , nuestras enfermedades (...) pues así lograremos que nuestro cuerpo sea lo que debe ser , un sumiso servidor del alma , cuya patria no es de este mundo . " (43)

Pascal , por su parte , pensaba :

> " Tenemos otro principio de error : las enfermedades . Nos estropean el juicio de los sentidos . Y si las grandes lo alteran sensiblemente , no dudo que las pequeñas causen impresión en proporción con su importancia . " (47)

Pascal sufrió enormemente toda su vida . El informe médico realizado tras la muerte del autor de los " Pensamientos " decía :

> " Tras la muerte de M. Pascal , una vez que fue abierto , se encontraron el estómago y el hígado putrefactos y los intestinos gangrenados , sin que fuera posible saber con exactitud si esto habrá sido la causa de los dolores de cólico o bien el efecto de ellos . Pero lo más peculiar se produjo en el momento de la apertura de la cabeza , cuyo cráneo resultó no tener otra sutura que la lamboidea , lo que aparentemente había sido la causa de los grandes dolores de cabeza a los que se viera sometido durante toda su vida . Es cierto que había poseído antaño la llamada sutura frontal ; pero , como quiera que ésta permaneció abierta mucho tiempo durante su infancia , como suele acontecer en esta edad , al no poder volver a cerrarse , se había formado un callo que la había recubierto por completo y que era tan considerable que podía fácilmente percibirse al tacto . En lo que a la sutura coronaria concierne , no tenía el menor rastro de ella . " (48)

Acerca del caso Pascal , Unamuno comentaría :

> " Gracias a la familia ... no he caído en la desesperación y en una vida interior tan dolorosa y terrible como la del pobre Pascal . " (49)

En el mismo artículo Unamuno recuerda que , según Eliano y San Basilio , Platón escogió un jardín malsano como lugar para instalar su Academia . Y los conquistadores españoles de América actuaron en estado febril y de ahí surgieron sus heroicidades . Unamuno exhorta a los pensadores a seguir el ejemplo de los descubridores y de los aventureros .

Por otra parte , el hombre sano puede morir de exceso de salud , de excesiva robustez , es la muerte cómica , es como morirse de una alegría , de una buena noticia . Unamuno opta , finalmente , por un equilibrio entre la salud y la enfermedad :

> " (...) el agua químicamente pura es impotable , así también el hombre espiritualmente puro es insoportable . " (44)

> " (...) no conviene ser ni demasiado sano ni pasarse de de listo . Un poco de enfermedad y un poco de tontería no vienen mal . " (45)

Para Spencer , la conservación de la salud es uno de nuestros deberes . Todo el daño impuesto voluntariamente a la salud es , para el filósofo inglés , un pecado físico :

> " En general , las acciones y palabras de los hombres implican la idea de que les es lícito tratar su cuerpo como mejor les parezca . Los males que se irrogan por su rebelión contra las leyes de la Naturaleza los consideran como accidentes , no como efectos de su conducta más o menos viciosa . Aunque las funestas consecuencias de su conducta sean en ellos y en sus descendientes tan deporables como las del crimen , no se creen criminales , sino antes bien , los seres más inocentes del mundo . " (46)

Epicuro , Pascal , Nietzsche y Unamuno fueron personas que conocieron la enfermedad física o la enfermedad mental . Es de suponer que sus reflexiones acerca de este tema reflejaran sus propias experiencias personales y que el conjunto de sus obras respectivas acusara de alguna forma estas experiencias dolorosas . La persona que sufre una enfermedad no sabe de dónde ha salido su mal . La enfermedad de Unamuno fue la sed de infinito , de gloria y del Todo . Ya hemos comentado la tesis de " Del sentimiento trágico de la vida " acerca del origen de las enfermedades . Unamuno daría otra versión de esta teoría :

> " Y la enfermedad es la contradicción íntima . " (50)

> " Hay una enfermedad tremenda ... se digiere el estómago a sí mismo ... No otra cosa es el intelectualismo . " (5I)

Claude Bernard sostenía que la mente y el cuerpo se adaptan desde el interior del organismo a las exigencias del ambiente . El hombre sano corrige constantemente sus desarreglos internos al vivir en un ambiente exterior hostil y variable contra el que se enfrenta . Desarrolla unos mecanismos reguladores internos consiguiendo así liberarse del ambiente externo . Así el organismo fabrica azúcar o calor y emigra a zonas cálidas o bien hiberna . La enfermedad es una amplificación o una inducción de un desarreglo que el organismo , en su estado sano , corrige normalmente . Claude Bernard llegó a estas conclusiones a partir de sus descubrimientos acerca del funcionamiento del hígado y de la naturaleza de la diabetes . Bernard experimentó con venenos en pequeñas cantidades y con la extirpación de ciertas glándulas escogidas . Así observó a la vida debilitarse o despertarse , activarse o apagarse . Todas las glándulas poseen un constrictor y un vasodilatador , un freno y un acelerador que regulan su funcionamiento . Tras un debilitamiento el organismo se crece y reacciona en lo que Claude Bernard llama la espontaneidad , la defensa y la plasticidad de la naturaleza humana .

Por ello el hombre comparte libertad y necesidad . Es libre en cuanto que reacciona ante cualquier agresión exterior desarrollando mecanismos reguladores , y está sometido a la necesidad porque depende del ambiente exterior . Lo que nos interesa del positivismo de C . Bernard es su concepto de la enfermedad como una contradicción interna . Quizá Unamuno añoraba sus años infantiles y felices en que no pensaba en los abstrusos problemas de los adultos . Su enfermedad sería entonces realmente una contradicción interna . El intelectual se digiere a sí mismo de tanto pensar y Unamuno propone , para evitar esto , que viva . Pero Unamuno mismo fue un gran intelectual , por más que buscara el relajo con sus viajes y sus excursiones por el campo :

> " Y yo mismo , ¿ cómo podría vivir una vida que merezca vivirse , cómo podría sentir el ritmo vital de mi pensamiento si no me escapara así que puedo de la ciudad , a correr por campos y lugares , a comer de lo que comen los pastores , a dormir en cama de pueblo o sobre la santa tierra si se tercia ? A sacudir , en fin , el polvo de mi biblioteca . Si yo fuera el hombre de libros que me creen los que no me conocen ; si yo no anduviera de un sitio a otro , hablando con todo el mundo ; si el sol no me hubiese mudado muchas veces la piel de la cara , ¿ creéis que podría conservar esta caudal de pasión que a las veces se vierte , dicen , en injusticia ? . " (52)

Unamuno desprecia al hombre cerebral y al hombre urbano pero él mismo compartió en ocasiones sus características :

> " ... con una excesiva especialización de funciones del cerebro , de modo que entre lo menos posible en nuestro pensar el resto del organismo . El cerebral apenas discurre más que con la cabeza , y lo que es peor , apenas siente tampoco más que con ella , si es que eso es sentir . " (53)

> " ... en la ciudad es donde tiene su asiento la voluptuosidad cerebral y el erotismo morboso ... " (54)

> "Y en las ciudades me parece que la serie de las excitaciones sensoriales , que las variadas excitantes que por los sentidos nos entran , menudea tanto y es tan compleja , que apenas nos deja lugar a reponernos de ella lo debido . Es lo que se dice cuando se afirma que en las ciudades se vive demasiado aprisa . " (55)

> " Nuestros artefactos , inventos y producciones de todas clases , exceden en complejidad y extensión a lo que nuestro espíritu haya podido complejizarse y extenderse . Las máquinas van más de prisa que nuestro organismo , y hoy las hay que exigen para manejarlas un esfuerzo de atención para el que no está tal vez preparado el actual sistema nervioso humano . " (56)

En Madrid , Unamuno reconocía que se enredaba en el exceso de material publicado mientras que en Salamanca recibía pocos libros pero los que leía los apuraba con calma .

Veamos ahora cómo afrontaba Nietzsche el problema de la salud . Su "sobrehombre" debía adquirir una salud exhuberante ; una nueva salud que hiciera a este ser más vigoroso , más astuto , más tenaz , más temerario y más alegre . Con esta fuerza el sobrehombre podrá recorrer todas las costas del Mediterráneo idealizado por Nietzsche - el Mediterráneo dionisíaco . El sobrehombre podrá vivir entonces en toda su intensidad las aspiraciones y los valores de los hombres de su tiempo . Esta gran salud debe adquirirse sin cesar a partir de la propia salud de cada sujeto , suponemos que mediante el ejercicio físico . (Ver " La gaya ciencia " §382) . Para el "sobrehombre", el problema del conocimiento debe ser criticado , como lo hiciera Kant , para no ocuparnos más de él , para dejarlo a un lado porque el conocer es tan sólo un instrumento de la voluntad . Las categorías sólo ofrecen verdades en cuanto corresponden a necesidades vitales . Y Nietzsche identifica la voluntad con la corporeidad y por ello el cuerpo debe estar sano . Recordemos el conocido párrafo de " Así habló Zaratustra " :

> " El cuerpo es una gran razón , una multitud unánime , un estado de paz y de guerra , un rebaño y su pastor . - . Esa pequeña razón que llamas tu espíritu , oh , hermano , es sólo un instrumento de tu cuerpo , un pequeño instrumento , un juguete de tu gran razón . " (57)

Son evidentes las coincidencias entre el irracionalismo de Nietzche y el antirracionalismo de Unamuno . El pensador vasco mantuvo , por otra parte , una estrecha relación con su cuerpo :

> " Poco a poco , sintiendo cómo va ensanchándose y entrenándose el pulmón , probando la resistencia del cuerpo , (...) . Con la transpiración y la respiración parece como que uno se funde con el ambiente y se siente hijo de la libre Naturaleza . (...) . Y se siente más hombre de la tierra respirando a pecho descubierto el aire de la cumbre . " (58)

Son pensamientos de una jornada montañera de Unamuno . Al colocar a la corporeidad en primer plano ambos filósofos siguen una tradición filosófica inaugurada , con todas sus consecuencias , por Epicuro especialmente . Este filósofo griego , al que se le supone una débil salud , si bien las contradictorias informaciones proporcionadas por Diógenes Laercio no permiten ninguna conclusión al respecto , abunda en sus cartas , máximas y fragmentos conservados en referencias a la salud y a la enfermedad . Como también hace Aristóteles pero con otros fines filosóficos . Recordemos que el auténtico Epicuro no propugna un orgiástico culto al cuerpo sino un sometimiento a las limitaciones de la naturaleza humana con la " ataraxia " epicúrea como más alto logro que alcanzar pueda la filosofía :

> " Vide est le dicours de ce philosophe qui ne guérit aucune des passions humaines : de même , en effet , que la médecine est sans utilité si elle ne guérit les maladies corporelles , de même la philosophie l 'est aussi quand elle ne bannit pas la passion de l'âme . " (59)

Epicuro , en el mismo texto transmitido por Porfirio , compara al alma enferma con el cuerpo enfermo . En éste , las fiebres hacen sediento al hombre y despiertan en él toda clase de deseos encontrados , porque la enfermedad los deja en un miserable estado . Cuando se tiene el alma enferma se desea todo lo deseable insaciablemente . Aquí Epicuro se aparta de Nietzsche y de Unamuno . Para el filósofo del Jardín , el dolor es una señal que informa del deficiente funcionamiento del organismo /. Es necesario bajar entonces el ritmo . Nietzsche y Unamuno escogen la salida opuesta : para ellos el dolor es la señal que pide que forzemos aún más al organismo . Es una idea que surge de sus características interpretaciones del darwinismo . Para Nietzsche , los epicúreos no buscan el sentimiento de su fuerza y de su potencia sino la ausencia de temor ante los dioses y ante la Naturaleza . Ellos buscan un placer neutro y débil , conformándose con el orden natural y disfrutando en silencio de la felicidad alcanzada . Nietzsche opone al equilibrio epicúreo el placer que proporciona el sentimiento de la propia potencia aplicada a la dominación de la Naturaleza .La obra filosófica de Nietzsche y de Unamuno es el resultado de la fuerza y de la potencia de sus respectivos pensamientos .

5 - Hombre y mujer en "Amor y pedagogía" .

En esta novela , Unamuno presupone las más importantes metafísicas acerca del hombre y de la mujer de la historia de la filosofía . En especial , la concepción aristotélica del hombre como forma y de la mujer como materia . Concepción que es característica de la filosofía griega . Ya para Hesíodo , en la " Teogonía " , el hombre se identificaba con el Cielo y la mujer con la Tierra . Es la pareja divina Cielo - Tierra , uno de los motivos de la mitología universal . En las sociedades agrícolas prehistóricas , la Tierra era concebida como materna y pasiva porque daba frutos , engendrando formas vivas y haciéndolas salir de su propia sustancia . La mujer poseía una afinidad esencial pues , con la agricultura . Se dió , en la prehistoria , un culto a la fertilidad de la mujer apreciable en el arte de ese período .

Anaximandro concibió al " apeiron " (lo indefinido , lo infinito , el principio material) como el principio y el elemento de todas las cosas existentes y continente en sí mismo de la causa toda del nacimiento y de la destrucción en el mundo y del mismo mundo . " Apeiron " significa " sin término " , " sin límite " , " sin definición " . De él les viene el nacimiento a las cosas existentes y en él se convierten , al perecer , " según la necesidad ; pues se pagan mutuamente pena y retribución por su injusticia según la disposición del tiempo " (Simplicio , Fis. 24 , I3) (60) . Aristóteles interpretó esta frase de Anaximandro como sigue : "... de lo Uno se separan los opuestos , presentes en él , " (Fis. A4 , I87 a I2) (6I) . El hombre y la mujer son una de las parejas de opuestos . Kirk y Raven hacen notar que , para Anaximandro , en el mundo podían darse substancias con tendencias individuales contrarias a algunas otras substancias , pero sin ser formalmente opuestos . Así , el hombre y la mujer tienen algunas cosas contrarias pero no son opuestos . Uno tiende a dominar al otro cometiendo injusticia y sufre por ello pena y retribución administradas por el opuesto dominado , que a su vez repite el proceso con los papeles cambiados : el dominado es ahora el dominador . Proceso que acontece desde tiempo infinito pues tiene lugar cíclicamente .

Para Platón, la naturaleza mortal busca en lo posible existir siempre y ser inmortal. Puede conseguir esto mediante la procreación y dejando un nuevo ser en lugar del viejo. El Amor es amor de la inmortalidad y de la generación y del parto en la belleza. La procreación en la belleza se realiza tanto en el cuerpo como en el alma. Hablaremos más adelante de la importancia de la belleza. Mencionemos ahora que para Platón, en boca de su personaje Diotima, en el "Banquete", el cuerpo y el alma se renuevan constantemente. El nuevo ser concebido mediante el Amor va a mantener viva una cierta constitución física y mental de sus padres:

> "... constantemente se está renovando en un aspecto y destruyendo en otro, en su cabello, en su carne, en sus huesos, en su sangre, y en la totalidad de su cuerpo. Y no sólo en el cuerpo, sino también en el alma, cuyos hábitos, costumbres, opiniones, deseos, placeres, penas, temores, todas y cada una de estas cosas, jamás son las mismas en cada uno de los individuos sino que unas nacen y otras perecen." (62)

Eros es creador de vida en el encuentro con la alteridad, con el "no - ser". El ser del "no - ser" imposibilita que el ser posea el "no - ser" y la idea. El "no - ser" no se identifica con el ser y tampoco con la nada. El Eros es creador de vida en el encuentro con la alteridad pero sin poseerla.

Aristóteles, en "La generación de los animales", otorga al macho el rol de agente, es el principio de movimiento y proporciona la forma a la hembra, que es la materia, el cuerpo y el receptáculo. El semen del macho es su potencia de la que se sirve como instrumento para poner al movimiento en acto. La hembra solamente aporta la materia, y no tiene ningún principio porque el útero es un órgano mayor que el pene y no sufre ningún cambio, y la menstruación no es una secreción tan condensada como el semen. El pene es un principio del macho porque cuando el pene cambia, el macho depende de este cambio y por ello depende de este principio. (IV, 765 b a 775 a)

En este repaso a las metafísicas del hombre y de la mujer que Unamuno tiene presentes en " Amor y pedagogía " , mencionemos también , entre los filósofos del Renacimiento , las intuiciones de Paracelso , quien concedía una relación entre el Macrocosmos (el Universo) , el Microcosmos (el Hombre) y el útero de la mujer .

En Schopenhauer , los dos amantes son unos traidores a la humanidad porque colaboran con la especie a que el dolor y el sufrimiento no acaben nunca . Ellos perpetúan la esencia de la especie , la " voluntad de vivir " , que conlleva el dolor y el sufrimiento . El hijo comienza a nacer con las primeras miradas de amor de los dos amantes . Don Avito no puede luchar contra la llamada al amor y a la vida que le dirige la hermana de su primera novia escogida científicamente . Por las razones esgrimidas por Schopenhauer , será la hermana finalmente la esposa de Don Avito , quien tampoco puede luchar contra su belleza . Dice Schopenhauer :

> " El amor , por esencia y desde su primer impulso , tiende hacia la salud , la fuerza y la belleza ." (63)

> " En efecto , mil accidentes físicos y mil desfiguraciones morales pueden producir una desviación de la traza humana ; no obstante , el verdadero tipo humano de nuevo se restablece en todas sus partes , gracias a ese sentido de la belleza que domina siempre y dirige el instinto de los sexos (...) . " (64)

Don Avito es una desviación de la traza humana y su esposa va a restablecer el Orden de la Justicia según Schopenhauer . El hijo Apolodoro es :

> " Este nuevo individuo es , de cierto modo , una idea platónica : y como todas las ideas hacen un esfuerzo violento para llegar a manifestarse en el mundo de los fenómenos . " (65)

Nietzsche relaciona la belleza con la salud y con la cosmovisión expuesta en " La genealogía de la moral " . En el mundo coexiste una mayoría de seres enfermos y una minoría de sanos . Estos últimos tienen la responsabilidad de conducir a la humanidad por los senderos de la evolución . Por ello , los sanos no piden relacionarse con los enfermos , ni tan sólo como médicos o enfermeros . Nietzsche no contempla en ningún momento que los sanos consigan curar a los enfermos mediante la ciencia o cualquier otro medio realizando un mundo de sanos exclusivamente . Para él , esto supondría poner al mundo al revés . Nietzsche afirma muy claramente que el orden del mundo es el que ha descrito. Obviamente , Unamuno no podía acordarse en este punto con Nietzsche en absoluto .

Kierkegaard estudió profundamente a la mujer . Una de sus concepciones acerca de ella es la expuesta en " Diario de un seductor " . La mujer es un ser para otra cosa y no tiene un fín en sí misma . La llamada del amor despierta a la mujer que , hasta ese momento , permanecía dormida . La esposa de Don Avito pasa su vida entre sueños , en un estado de apatía idéntico al del resto de los españoles , como denuncia Unamuno en el artículo " La vida es sueño " . Pero Unamuno defiende a sus paisanos , a pesar de todo . Como dice José F. Montesinos , Unamuno responde " ... a impulsos de un deseo de justificación de lo vicioso afirmado polémicamente contra modos de vida ajenos a España . " (68) .

Ortega y Gasset vió a la mujer como un ser que espera , como un ser que cuida más su físico que el hombre , como un ser que posee un orden fisiológico interno más excelente que el del hombre y finalmente como la responsable de los defectos de los españoles :

> " ... la mujer interviene en la historia fabulosamente más de lo que se cree y se sospecha , y por vías constantes , irresistibles y sutilísimas , es cosa palmaria que no pocos defectos capitales , persistentes de la existencia hispánica , cuyo origen se busca en las causas más abstrusas , provienen sencillamente de la insuficiente feminidad española . " (69)

> " En el fondo durmiente del alma femenina , la mujer , cuando lo es en plenitud , es siempre bella durmiente del bosque vital que necesita ser despertada . " (70)

Unamuno admiró a un tipo de mujer muy concreto identificable con la mujer vasca . La mujer es un ser que pare , que gesta y que da leche . En su fisiología predomina la vida vegetativa y el sistema linfático ; en su mente , el sentido común y práctico .

> " Una mujer , perenne recordatorio del sosiego del hogar , del castillo en que se recobran bríos y restauran fuerzas para la lucha inacabable , símbolo del espíritu conservador que templa y regula el torbellino del progreso , tierra del hombre Anteo , verdadero principio de continuidad en los pueblos todos , vaso de su íntimo carácter , fuente constante de vida y de consuelo . Y a la par que es la mujer el relicario de la raza , el último y más cerrado depósito de su pegujar , el arca de sus tradiciones , es también la que mejor enlaza a los diversos pueblos , siguiendo la suerte de su hombre , por muy extranjero que al tomarla lo fuese , pues vive ella en la fuente de nuestro linaje . (...) . Levanta hogar , la única patria chica estable , sobre las patrias chicas todas , y une la familia natural a la gran familia humana , sobrenatural , guiada por un sentido de la realidad concreta , libre de elucubraciones y de eso que llamamos opiniones , que son cosa de hombres . De sus ojos fluye hálito para el combate por la vida , y para las heridas que en ésta se cobran hay en el reclinatorio de sus brazos bálsamo . " (7I)

Apolodoro , enamorado de una chica que lo encuentra demasiado complicado y que acaba dejándolo por otro chico más primario y directo , es atraído por la criada Petra , a la que deja embarazada antes de suicidarse siguiendo el consejo de Don Fulgencio : " haz hijos " .

> " Y ! cómo ríe ! ! y qué dientes enseña al reir ! ; unos dientes blanquísimos , sanos , bien alineados , unos dientes hechos para reír , para comer y para morder . ! Qué salud ! ! Qué colores ! Se le ve y se le oye respirar ... " (...). Caramba con la moza , ! excelente molde ! " (66)

Nietzsche comenta a Platón que toda belleza impulsa a la reproducción aunque produzca efectos tales como la grosera sensualidad o el más elevado espiritualismo (de Schopenhauer , que en la belleza ve la negación del genio de la reproducción) . Para Nietzsche :

> " Calculadas las cosas fisiológicamente , todo lo feo debilita y acongoja al hombre . Le trae a la memoria decadencia , peligro , impotencia ; de hecho en presencia de lo feo el hombre pierde energía . (...) . Su sentimiento de poder , su voluntad de poder , su valor , su orgullo - todo eso baja con lo feo , sube con lo bello ... (...) . Lo feo es concebido como señal y síntoma de degeneración , (...) ¿ a quién odia aquí el hombre ? (...) a la decadencia de su tipo . Aquí él odia desde el instinto más profundo de la especie (...) . " (67)

6 - Conocimiento místico en Unamuno .

Con ocasión de la lectura de la obra de Bergson " L'evolution créatrice " , Unamuno se reafirma en sus tesis acerca del instinto , revelador de las verdades de la vida ahí donde la inteligencia solamente distingue símbolos . Se da una simpatía , una comunidad de sentimiento entre el sujeto y el objeto , en el mundo animal , entre la araña y la mosca , entre el paralizador y el paralizado . Se llega al conocimiento místico por la intuición , que es para Bergson , el instinto desinteresado . Dice Unamuno del sujeto y el objeto , del sujeto y el mundo: " . . en el fondo , uno y otro son una misma cosa , manifestaciones de una vida una ..." (72) ; es la misma definición de conocimiento místico que da Francis Cornford en su obra " De la religión a la filosofía " :

> " Oh benditas correrías por estos valles y montañas donde se hicieron los huesos de nuestros padres y de los padres de nuestros padres . ! Santa comunión con esta tierra , que es la madre de la carne de nuestro espíritu ! . " (73)

> " Nuestro hombre se puso a pensar en la respiración y cómo el aire , penetrando en las celdillas de los pulmones , aireaba la sangre , este ambiente interior de nuestro cuerpo . " Es la sustancia material del mundo - pensaba - que circula dentro nuestro ; es el mundo diluído y hecho nuestro " . Y de aquí pasó a imaginarse a modo de una aireación espiritual de nuestra mente , y el mundo de los colores , las formas , los sonidos , las impresiones todas , diluido en ella . " (74)

Acaso las mejores páginas de Unamuno (en las que describe su concepción de la " ataraxia " y la más íntima comunión con el Mundo) sean las páginas finales de la novela " Paz en la guerra ":

> " El aire le penetra todo con su frescor y , al empaparse en él y henchir sus sentidos a la vez con el campo circundante , siente hondo sentimiento de libertad radical en las íntimas entrañas , la libertad de enajenarse en el ambiente , quedando por él poseído . " (75)
>
> " Olvídase del curso fatal de las horas y , en un instante que no pasa , eterno , inmóvil , siente en la contemplación del inmenso panorama la hondura del mundo , la continuidad , la unidad , la resignación de sus miembros todos , y oye la canción silenciosa del alma de las cosas desarrollarse en el armónico espacio y el melódico tiempo . " (76)

Los pájaros , los abejorros , las mariposas , la brisa , los árboles le parecen signos del lenguaje en que le habla la Naturaleza . En este estado místico le parece que vuelve a ver al mundo con la simplicidad de la niñez :

> " En maravillosa revelación natural penetra entonces en la verdad , verdad de inmensa sencillez : que las puras formas son para el espíritu purificado la esencia íntima ; que muestran las cosas a toda luz sus entrañas mismas ; que el mundo se ofrece todo entero , y sin reserva , a quien él sin reserva y todo entero se ofrece . (...).
> ! Bienaventurados los niños y los simples , porque ellos ven todo el mundo !" (77)
>
> " Despiértásele entonces la comunión entre el mundo que le rodea y el que encierra en su propio seno : llegan a la fusión ambos ; el inmenso panorama y él , que libertado de la conciencia del lugar y del tiempo lo contempla , se hace uno y el mismo ; (...) . " (78)

Escribe Cornford : " La verdad que la mística guarda en sí es algo que sólo puede aprenderse al ser experimentado (...) ; consiste , en esencia , en una experiencia no intelectual sino emocional , en ese invasor y atosigante sentimiento de unidad , de reunión y de comunión con la vida del mundo que el genio místico de todas las edades semeja poseer en común , " . (79) . " Aquí hallamos , como era de esperar , la creencia mística en que el uno puede transmutarse en lo múltiple , guardando empero su unidad " (80) . La contemplación de las montañas - la Tierra - y de las olas erosionando los acantilados sugieren a Unamuno la tesis de la paz en la guerra , el Mar contra la Tierra . La paz que encuentra en la comunión con el panorama es la paz verdadera desde la cual la guerra se comprende y justifica . Hay que buscar la paz dentro de la guerra porque esta última es lo que la eternidad al Tiempo : una forma pasajera . Como de las guerras que libran el Mar y la Tierra surge una armonía que es la Vida que el Mar inicia y la Tierra conserva , así de la guerra de los hombres brota una paz en la que se identifican la Muerte y la Vida . Una paz interior que es resignación trascendente y eterna . Los campesinos , en su trabajar diario de la Tierra , han llegado también a este conocimiento místico :

> " En los repliegues verdes , una muchedumbre dispersa vive en serio , sin buscar a la vida quintaesencia , desinteresadamente ; madréporas sociales que levantan el basamento de la cultura humana . "(81)

La Historia se le presenta a Unamuno como una lucha sin tregua ni descanso , cuyo fin es la unidad del género humano . Si el Universo empezó con un infinito de materia y cero de espíritu , el hombre debe lograr que acabe con un balance de infinito de espíritu y cero de materia .

Cómo Unamuno era vasco y español residente en Castilla , su comunión con la Tierra llena de piedras , quemada por el sol y helada en invierno da un tono característico a sus pensamientos . Unamuno defenderá ya siempre a esta Tierra que lleva dentro , como hombre de carne y hueso . Denunciará que los mismos españoles ignoran el paisaje de su país y al paisanaje que son la vida de nuestro pueblo . Ante la realidad europea , ejemplarizada por Francia , país hermoso , riente , de terreno fértil , de llanos , de clima dulce , de ríos claros y transparentes (ver el artículo de Pío Baroja " ! Triste país ! ") Unamuno proclama : " Tenemos que europeizarnos y chapuzarnos en pueblo " (82) . Dos Españas conoce Unamuno : la España cantábrica y castellana y la España mediterránea :

> " El alma del adusto páramo no puede concertarse con el alma de la riente costa levantina que se apoya en regaladas montañas . Y no es posible casar ambos espíritus . " (83)

Por otra parte, el físico espectacular de Unamuno lo convirtió, ya en vida, en el perfecto "filósofo de película" , probable razón de su popularidad en España y en el extranjero.

Miguel de Unamuno no creía que las enfermedades influyeran en su pensamiento. De niño era endeble pero de adulto estaba en buena forma, aunque el vulgo lo acusaba de "melancolía y pensamientos terribles" debido a debilidad física :

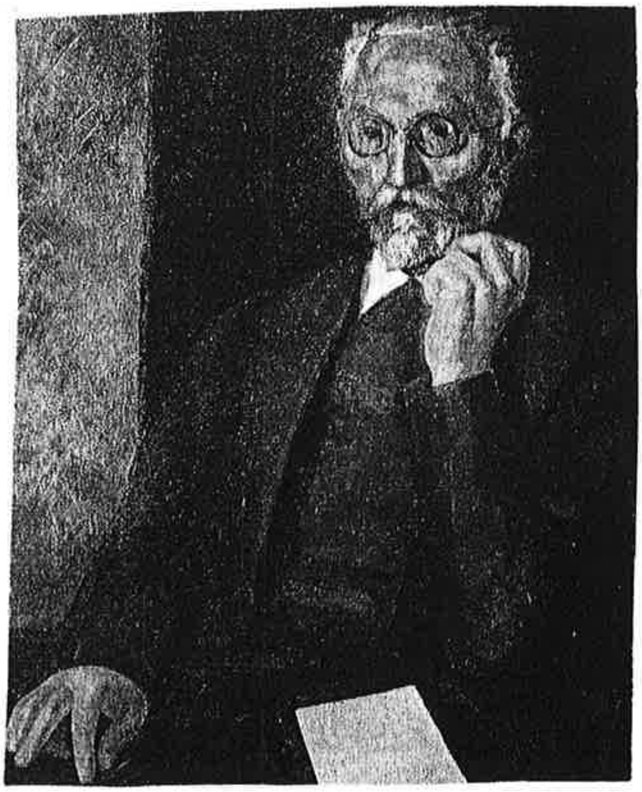
" De lo que protesto es de que me crean un débil o un neurasténico. Gozo hoy de una salud a prueba de bomba, y de un excelente vigor físico. A correr y saltar, respirar y digerir me pongo con los mejores. Esas explicaciones de ciertos estados de conciencia por desequilibrio fisiológico o debilidad, me parecen una superficialidad aplastante. Es como si yo explicase ciertos dogmatismos o sectarismos (hay el dogmatismo del antidogmatismo) por endurecimiento cerebral.

»Usted sabe que es su amigo,

Miguel de Unamuno.» "

Unamuno "Carta a Joan Montseny"





Unamuno





- La familia de Unamuno en 1907.

Pero como filósofo, es demasiado personal para considerarlo como representativo de la filosofía española (no así del tipo humano español puro como hemos dicho) pues sus escritos son una miscelánea de opiniones y de corrientes filosóficas sin demasiada unidad, excepto en su interés por racionalizar su fe católica , tema de muchas de sus páginas.

La época de Unamuno de "Paz en la guerra" es , para nosotros, la más olvidable de su obra, una concesión al irracionalismo de moda en Europa en las primeras décadas del siglo XX. Unamuno leía mucho y de todo tipo de temáticas y el último libro que había leído le influenciaba en su escritura de manera que sus ensayos no son más que comentarios a los libros que va leyendo.

Unamuno, con sus contradicciones, con su dependencia de sus lecturas, con sus cambios de chaqueta y sus crisis, es el español puro que, en realidad, quiere estar por encima de todo y sentir esa sensación de ser como un Dios en la península ibérica , disfrutando lo bueno de esta tierra. Por eso Unamuno y los otros españoles, cambian y varían tanto de opiniones y de creencias, porque les dan igual, lo que quieren es estar por encima de todo porque solamente les importa su yo , el yo del español que se siente el amo del mundo, cuando el aire y la comida de esta tierra les hacen sentir que lo saben todo y que lo dominan todo. Como es imposible saberlo todo, Unamuno se veía obligado a leer todos los libros que pudiera.

Unamuno



Los últimos meses de Unamuno fueron los más duros. Como intelectual de primera línea y gran estudioso de España, Unamuno veía lúcidamente que el país se había convertido en una casa de locos, como explica Pedro Cerezo Galán en su gran libro sobre Unamuno. Los dos bandos estaban llenos de criminales que asesinaban movidos por impulsos bestiales de la peor clase. Sus líderes, Franco o Azaña, les dejaban hacer. Unamuno veía que no se enfrentaban dos Españas sino que España se destruía a sí misma. Como tantos otros "lúcidos inútiles" de la Historia, Unamuno veía claramente lo que estaba pasando en España pero no podía hacer nada para impedirlo.

En estas condiciones vivió sus últimos meses de vida en 1936.

Con la misma lucidez, ya había dicho que la dictadura de Primo de Rivera en los años 20 era una "dictadura positivista" en que se buscaba tener funcionando al país por poner a la gente a trabajar en exposiciones universales, carreteras, puentes, túneles, trenes o pantanos. Unamuno había sido un entusiasta positivista en su juventud pero cuando escribe "Amor y pedagogía" ya no cree en ese progreso engañoso .

Unamuno, que se había dejado seducir por el irracionalismo de las primeras décadas del siglo XX, tiene que sufrir en sus últimos años de vida a las turbas irracionales fascistas , comunistas y anarquistas que van a destruir España en la Guerra Civil. La etapa irracionalista de Unamuno es , pues, la más olvidable de su obra y responde solamente a una moda intelectual que apareció a principios del siglo XX , con ramificaciones en el arte, como en el estilo fauvista y primitivista, moda que Unamuno siguió , ! siguió tantas otras que aparecieron a lo largo de su vida!

// Lo que en aquel mi discurso sublevó a mis paisanos fué el proclamar lo que todos ellos saben y reconocen: que el vascuence se muere sin remedio. Se muere y se debe morir, porque su muerte y la adopción por mi pueblo de un idioma de cultura es el único medio para llevar a la cultura común nuestro espíritu y perpetuarlo en ella.

El proyecto de Unamuno consistía en vasconizar España para acabar la Reconquista y expulsar de una vez los restos de berberismo.

Necesitamos hablar castellano, ante todo y sobre todo, para imponer nuestro sentido a los demás pueblos de lengua castellana primero, y a través de ellos, a la vida toda histórica de la humanidad.

Frente a todos los que en mi país se pronuncian contra la invasión de los *maquetos*, de los castellanos, decía:
"¿Qué es eso de invasores? ¿No lo somos nosotros? Si no queréis ser invadidos, invadid; si no queréis que os absorban, absorbed; todo menos cerrar las válvulas y permanecer aislados. No guardéis una absurda virginidad de raza que nos prive de la maternidad, de la paternidad más bien.

Vasconizar España significaba regenerarla porque lo vasco era lo más puro y antiguo en la Península Ibérica y al vasconizar España se volvía a sus orígenes anteriores a los musulmanes, los Reyes Católicos, los Austrias y los Borbones.

Padres, sí; que en este inevitable y fecundo encuentro de pueblos, seamos el varón, no la hembra. Tened, además, en cuenta que hay que acabar y completar la obra de la reconquista española, desarraigando las taifas que aún nos quedan, extirpando el beduinismo."

La cobardía del bizkaitarrismo, egoísta y defensivo, no oyó sino que se tocaba a un ídolo, y a un ídolo en que no se cree ya, y protestó ruidosa de quien les decía: "¡Id y conquistadlos!" Y al ver que ellos protestaban, los otros, los maquetos, aplaudieron, y no por patriotismo español, sino para desahogar su sorda inquina a Bilbao. Ésta es la pura verdad.

Y más tarde, cuando he recordado la frase de un catalán de que el vasco es el alcaloide del castellano, no ha faltado quien creyese que hablaba yo humorísticamente, y no es así. No es así, sino que creo de verdad que al protestar no pocos en mi país contra lo que llaman el españolismo, protestan contra la íntima desespañolización de España;

creo que es el espíritu de Don Quijote, desterrado de la tierra en que nació su cuerpo, el que refugiado en las montañas de mi tierra protesta de los bachilleres, los curas y los barberos que se han hecho dueños de la suya.

Los bachilleres, curas y barberos se apoderaron de Castilla.

¡Extirpar el beduinismo! ¡Desarraigar las taifas! He aquí la grande, la noble, la patriótica tarea de todos los que, o en público o en privado, hablan de cortar las amarras. Si quieren salvarse cortando éstas, se perderán; si en vez de esforzarse por tirar de la cuerda y arrastrar tras de sí a los otros, se ocupan en cortarla, como el impulso está dado, se irán, con la cuerda cortada, a hundirse donde se hunda el que con ella les tiraba.

"El que quiera salvar su alma, la perderá", dice paradójicamente el Evangelio. Y sólo salvará su alma el que se cuide de salvar la de los demás. El que trate de defenderse de otro y de evitar ser por él manejado y regido, será regido y manejado por él. Para evitarlo, no tiene sino un camino, y es tratar de manejar y de regir al que con él quiere hacerlo.

Los vascos son los mejores ibéricos y por ello deben dirigir España.

Si, como se dice en España, los vascos, por una u otra razón, mostramos mayor capacidad para la administración pública que los demás pueblos de la nación, no debemos contentarnos con el especial régimen administrativo-autonómico, sino que debemos tender a apoderarnos de las riendas administrativas españolas y administrar a los demás, ya que ellos no saben hacerlo, y enseñarles cómo se administra.

Al tradicionalismo vasco y al catalán le perdió, aparte del íntimo egoísmo, de su timidez defensiva, el haber confundido su causa con la causa de los apostólicos esteparios, de los inquisidores del interior. La vieja fórmula unitaria castellana, la de la alianza del altar y el trono, de la cruz y la espada, fué la que mató todo lo que de hondamente democrático, de radicalmente liberal había en el fondo del carlismo vascongado.

De aquel lema "Dios, Patria y Rey" se encontraron con que en vez de Dios le daban un ídolo y con que el rey era el rey que atentó siempre contra las libertades por que peleaban. Han quitado el Rey y han puesto Dios y fueros *(Jaungoikoa eta legezarrak)*; pero aún no han cobrado conciencia ni de su Dios ni de sus fueros, y disponen de un Dios prestado, que monopoliza una clase, y no saben sus fueros.





La grave dolencia del carlismo fué eso que se ha llamado integrismo, ese tumor escolástico, esa miseria de bachilleres, canónigos, curas y barberos ergotistas y raciocinadores, todo lo que halló un verbo en el gran retórico y no menor charlatán marqués de Valdegamas, el apocalíptico.

Castilla es la tierra de los bachilleres, curas y barberos: los integristas.

Hoy el carlismo no es, en mi país por lo menos, ni sombra de lo que fué. No creen en él ni los mismos que dicen profesarlo. Ha perdido su fuerza: su fe. Su alma de vida, su sustancia vivífica, se fué al bizkaitarrismo.

Y este mismo padece, como padece el catalanismo su hermano, de eso que llamamos espíritu reaccionario, y que sería mucho más sencillo llamar espíritu católico. Lo que llaman por ahí clericalismo, el ultramontanismo, lo que los jesuítas llaman el reinado social de Jesucristo —y que es todo lo contrario de

ello—, el sentido político católico, en fin, se ha apoderado del movimiento regionalista catalán y vascongado. Y es hasta ahora en vano cuanto por libertarlo de eso ha hecho lo que en Barcelona llaman la izquierda del catalanismo.

Y ha sido en vano, porque esa izquierda, a su vez, carece hasta ahora de ideal y de sentimiento religioso con el que infundir vida al movimiento que trata de encauzar. Las hondas tendencias del espíritu vasco y del espíritu catalán buscaron apoyo, luz y calor en el sentimiento religioso, y tuvieron que apoyarse en el sentimiento religioso de la religión tradicional. Así se fraguó el carlismo.

Si el catalanismo y el bizkaitarrismo no se limpian de su conservatorismo y su eclesiasticismo fracasarán en su inconciente intento de reconstruir la patria española sobre otras bases, o, mejor dicho, sobre las viejas bases, sobre sus primitivos cimientos históricos: los anteriores a los Reyes Católicos y a las casas de Austria y de Borbón.

Los vascos son los guardianes de la primitiva Iberia y sus valores.

Y le llamo a ese intento *inconciente*, porque, tanto catalanistas como bizkaitarras creen —aunque no siempre lo confiesen en público— que no conspiran a reconstruir, sino a destruir la nación española. Mas le sucede lo que a Mefistófeles, que queriendo hacer el mal producía el bien. Así ellos.

Los vascos no deberían destruir España sino hacer la vasca.

El sentido católico-conservador busca aislar a los pueblos, separarlos, levantar murallas entre ellos. La Iglesia no ha visto nunca con buenos ojos las grandes nacionalidades, y recuerda con melancólica añoranza aquella edad media en que, disgregados y divididos los pueblos en pequeños Estados, era ella el único poder que los unía y resolvía sus diferencias. La Iglesia fué siempre enemiga del Imperio; lo es de todo imperio.

"No enseñéis a vuestros hijos castellano —decía un cura en mi país—, porque el castellano es el vehículo del liberalismo." Y por razón análoga he oído condenar los ferrocarriles y entonar himnos a la santa ignorancia y a la primitiva sencillez paradisíaca.

Y a esto se une la parte de la burguesía adinerada que ve más claro su propio interés, y fomenta en el límite en que le conviene todas las tendencias al exclusivismo y al aislamiento.

La primitiva sencillez de los vascos como uno de sus valores.

La burguesía adinerada vasca y catalana remueve el independentismo por intereses propios.

Y no hay pueblo que conserve su personalidad aislándose. El modo de robustecer y acrecentar la propia personalidad es derramarla, tratar de imponérsela a los demás. El que se está a la defensiva perece al cabo.

La confrontación entre los vascos: es imponer a los otros tu ser.

Se habla mucho de la religión del patriotismo; pero esa religión está, en España por lo menos, por hacer. El patriotismo español no tiene aún carácter religioso, y no lo tiene, entre otras razones, por una, la más poderosa de todas ellas, y es que le falta base de sinceridad religiosa. Nada puede sustentarse sobre la mentira.

Es la raíz de las raíces de la triste crisis por que está pasando España, nuestra patria. Todo se quiere cimentar sobre la mentira; una cosa se dice entre bastidores y otra en el escenario. Concretándonos a un orden, al orden político, acaso estábamos respecto a él en vías de salud, con sólo que se dijese en el Salón de Sesiones todo lo que en los pasillos se dice; absolutamente todo. Y lo mismo pasa en los demás órdenes.

El encono entre los combatientes cesa así que pueden verse los unos a los otros desnudas las almas; siguen combatiendo entonces, pero combaten con amor. Pues cabe amor entre los adversarios, y el amor los junta muchas veces en la pelea. Por amor hacia mi prójimo trato de hacerlo a mi imagen y semejanza; por amor a mí, trata mi prójimo de hacerme a su imagen y semejanza.

Más descripciones de cómo es la confrontación entre los vascos.

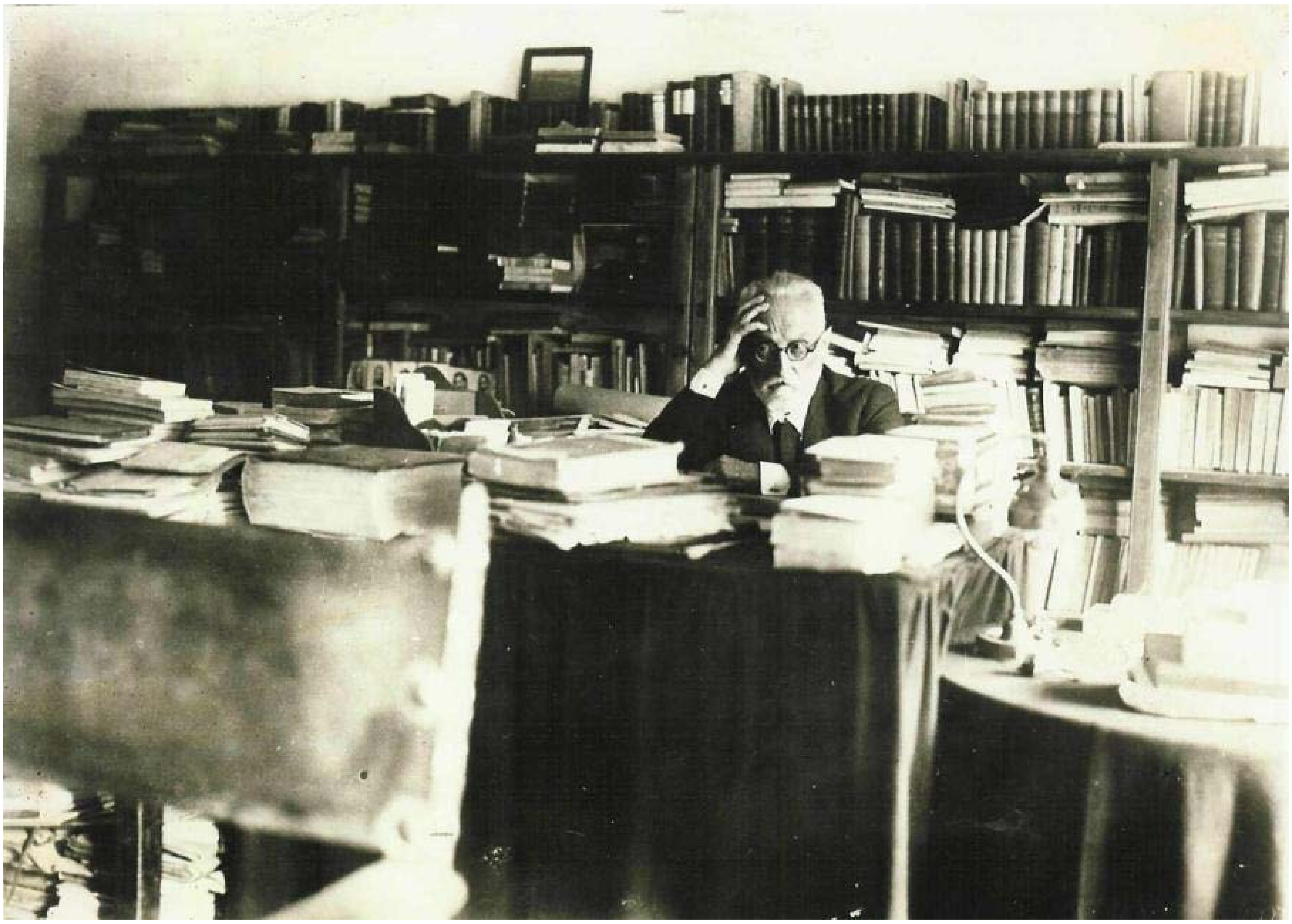
Hay en el fondo del catalanismo y del bizkaitarrismo mucho de noble, de puro, de elevado, y tratando de descubrirlo y ponerlo a luz es como se combate mejor contra todo lo que de innoble, de impuro y de bajo tengan, como toda clase humana tiene. Y ellos, a su vez, esos dos movimientos, no darán lo que deben dar sino rompiendo la mezquindad del egoísmo defensivo.

Castilla ha cumplido su deber para con la patria común castellanizándola todo lo que ha podido, imponiéndole su lengua e imponiéndosela a otras naciones, y ello es ya una adquisición definitiva. El deber de Cataluña para con España es tratar de catalanizarla, y el deber para con España de parte de Vasconia es el de tratar de vasconizarla.

Sería la ruina más completa de la patria el que continuaran apareciendo como los heraldos del patriotismo los que quieren hacer españoles a palos, o los políticos traviesos que han usado del poder para corroborar el beduinismo, cuya fórmula es: "Soy amigo de mis amigos." //

El beduinismo o la influencia árabe en España como una infiltración antiespañola en la personalidad española.

Unamuno " La crisis actual de patriotismo español"



// Debe de ser singular el efecto que cada paisaje produzca sobre los que a continuo lo contemplen desde la niñez.

En el paisaje vasco todo parece estar al alcance de la mano y hecho a la medida del hombre que lo habita y anima; es un paisaje doméstico, de hogar, en el que se ve más tierra que cielo; es un nido. Todo es pequeño; vallecitos entre montañas. Adivínase una casería del otro lado del monte, cuando no se ve salir de allá la humareda de un hogar.

La influencia de Taine en Unamuno: el País Vasco está hecho a la medida humana, como la Grecia de Taine.

Compárase a esto el paisaje castellano, de esta Castilla en que todo es cima. Aquí se abarca más cielo que tierra, perdiéndose ésta en lontananza. A la caída de la tarde se suele dibujar, a las veces, de tal modo sobre el cielo la línea de un saliente del terreno, que parece no haya nada del otro lado de ella. "Parece que allí acaba el mundo, y que tras eso no hay sino el vacío" —me decía una tarde un amigo mirando cómo cortaba el cielo la línea de un próximo levantado de la llanura. Éste es un paisaje o de invierno o de verano, mientras que aquél es paisaje de primavera o de otoño.

Su mujer, Rufina de Bengoechebarri y Goicoechezarra, era también de por ahí, pero aclimatada en Artecalle; una ardilla, una cotorra, y lista como un demonio. Domesticó a su marido, a quien quería por lo bueno; ¡era tan infeliz *Solitaña!*, un bendito de Dios, un ángel, manso como un cordero, perseverante como un perro, paciente como un borrico.

El tipo ibérico que es diabólico porque es muy astuto y listo, puede provenir también de nuestro fondo genético vasco.

El agua que fecunda a un terreno esteriliza a otro, y el viento húmedo que se filtraba por la calle oscura hizo fermentar y vigorizarse al espíritu de doña Rufina, mientras aplanó y enmoheció al de don Roque.

El problema de la humedad en España: a unos los potencia (quizás por vivir medio infectados por los microbios que viven en la humedad) y a otros los hunde.

La casa en que estaba plantado don Roque era viejísima y con balcones de madera; tenía la cara más cómicamente trágica que puede darse, sonreía con la alegre puerta y lloraba con sus ventanas tristes. Era tan húmeda que salía moho en las paredes.

El problema de la humedad en España.

Solitaña subía todos los días la escalera estrecha y oscura, de ennegrecidas barandillas, envuelta en efluvios de humedad picante, y la subía a oscuras, sin tropezarse ni equivocar un tramo, donde otro se hubiera roto la crisma, y mientras la subía lento e impasible, temblaba de amor la escalera bajo sus pies y le abrazaba entre sus sombras.

Para él eran todos los días iguales e iguales todas las horas del día; se levantaba a las seis, a las siete bajaba a la tienda, a la una comía, cenaba a eso de las nueve y a eso de las once se acostaba, se volvía de espalda a su mujer, y recogiéndose como el caracol, se disipaba en el sueño.

En las grandes profundidades del mar viven felices las esponjas.

Todos los días rezaba el rosario, repetía las Avemarías, como la cigarra y el mar repiten a todas horas el mismo himno. Sentía un voluptuoso cosquilleo al llegar a los *orá por nobis* de la letanía:

Las calles solitarias, caldeadas, las casas bajas y terrosas que no dan sombra, sin tiendas ni bullicio. Esto es bueno para recogerse y meditar; pero para dejarse vivir, ver gente, distraerse, gozar con sentir desfilar mil sensaciones vulgares, dejar volar el tiempo, nuestro país. ¿Dónde están aquí las vueltas de romería, oyendo *sansos*, a la caída de la tarde?

Mi corazón es, por fortuna o por desgracia, de carne, y prefiere a esta austera poesía el lirismo ramplón de nuestras montañas.

Estos campos inspiraron a Cervantes, aquí se comprende el espíritu más recóndito de esa epopeya tristísima que hacía llorar al humorista Heine, poema en que la realidad y la vida aparecen tan pequeñas, y la locura y la muerte tan grandes.

Aquí concibo al gimnosofista absorto en la contemplación de la punta de su nariz, o, lo que es lo mismo, al metafísico con su mente perdida en la enmarañada esencia del ser abstractísimo.

El paisaje castellano no permite que el hombre sea él mismo.

Pero aquí no vive el hombre enamorado del santo suelo, que en la actividad busca remedio al reuma del espíritu, que aporta cada día una pajita a su nido, que goza con la vida de mañana.

Este campo y este cielo me abruman, y me parece que me arrancan de mí mismo; me entran ganas de exclamar con Michelet: ¡mi yo, que me devuelvan mi yo!

Los vascos han nacido para la lucha, como la lucha interna que mantiene Unamuno contra sí mismo.

Nosotros hemos nacido para la lucha, no para abismarnos en las profundidades recónditas de un sentimiento quintaesenciado.

El vascongado gusta del movimiento, la agitación y el cambio, del baile y del juego de azar. Yo no comprendo la apatía de esta gente: ¿quién sabe si al fin de todo nos hallaremos con que éstos dormitan en el vacío y nosotros sonambulizamos en él?

Los grandes espacios castellanos son para inútiles metafísicos.

Esto es algo grande, severo, pero es algo que, como las *sublimidades* de la ontología, me deja retintín de palabras y un dejo a cosas impalpables y etéreas que sirven para consolar de la vida a los perezosos.

Yo nada encuentro como mis montes que me cobijan, mis valles que en una mirada se acarician, los caseríos blancos, los árboles hojosos, y pensar en mañana viendo sobre el humo de las chimeneas el penacho de humo de las fábricas.

El vasco no deja volar su fantasía.

Aquí está el hombre que piensa en pasado mañana, que peregrina por la tierra recordando las glorias de sus abuelos y esperando el día en que de este suelo seco vuele a ese cielo tan puro; allí el que sin recordar glorias que no existen hace su nido y lo calienta, para que al cerrar sus ojos a la luz continúen sus hijos, sobre la tierra en que él reposa, la obra inacabable.

¡Qué quiere usted! Yo veo poesía en los aldeanos que meriendan y juegan al mus; en los obreros llenos de hollín, al resplandor rojo de la vena líquida, cuando sangran a un alto horno; en el ir y venir de los corredores; hasta en el indiano que, satisfecho de haber trabajado como un negro, se va al Arenal, se sienta a la sombra y *está estando*.

¿Qué misteriosas relaciones guardarán los espectáculos que hemos tenido de continuo ante los ojos, cuando nuestra comprensión del universo cuajaba, con el rumbo que luego nuestras ideas tomen? Tengo por un misterio augusto el del influjo que en mi concepción de la vida haya podido ejercer aquella visión frecuente del matadero, con su suelo de losas, sobre que corrían agua y sangre, y aquellas mujeres que parecían bailar baile silencioso y hierático, mientras ayudándose de una cuerda, desangraban a golpes de pies las reses muertas.

La hipersensibilidad de Unamuno a los lugares y su nostalgia de la infancia como otras características de posible origen vasco que se encuentran también en todos los españoles.

Pero no sé bien por qué mi bochito se me simboliza, no en las Siete Calles, no en el secular Puente Viejo, que, derribado ya, sirve aún de escudo de armas a la villa; ni tampoco en el Portal, sino en cosa mucho más moderna: en la Plaza Nueva. Mi Bilbao, en ella se cifra y compendia. Cada vez que he ido por vacaciones a visitarlo, tomaba, para ir a la calle de la Cruz, por la Plaza Nueva, y, al encontrarme en ella, toda mi infancia se me subía a flor de alma, cantándome recuerdos.

¡La Plaza Nueva! ¡La Plaza Nueva severa, regular, monótona, puritanesca, fría! ¿Fría? ¡Fría!... ¡no, no! ¡Qué dulce calor de hogar debes de guardar, choza de hielo del esquimal! ¡Cuántas canciones silenciosas me cantas, simétrico cuadrilátero, con tus fachadas geométricas con sus desnudos soportales! Allí dentro perfumaban en primavera al cerrado ámbito las grandes y turgentes flores blancas de las magnolias, en cuyo follaje armaban gorjeadora algarabía bandadas de gorriones, bajo el cuadrado dosel del cielo, junto al estanque, en cuyas márgenes vomitaban agua las grandes ranas metálicas.



¡Y que no rabiaba poco Perico, el *guardamocordos,* cuando se las echábamos al agua, a que se refrescasen! ¡Qué recuerdos me guardas, Plaza Nueva de mi Bilbao, el de las tristonas tardes de terco *sirimiri,* el de resignado aburrimiento, nutrido de íntimas incubaciones! ¡Qué de discusiones, sobre todo lo divino y lo humano, no han oído tus soportales y aquellos dos pintados mozos, de calzón corto, que sosteniendo sus artificiosos helados, nos exhibe la muestra del Suizo Viejo!

No ha mucho escribía un catalán que los vascos somos lúgubres. ¿Qué saben de alegría los que tienen que ir a buscarla fuera, en el movimiento y la luz, porque no la hallan dentro, en la quietud y la sombra? Asistiera una tarde a un chacolí de Churdínaga, cuando el sol se acuesta, alargando en su pajiza lumbre, que desfallece, la sombra de los perales y manzanos, y vería lo que es alegría difusa, disuelta, como la luz del atardecer, como ella dulce, sin chillones claros, es verdad, pero también sin recortadas sombras. Es el resignado contento en que penas y placeres se confunden. Y si no, que se lo pregunten a mi amigo Perico.

Los catalanes ven sombríos a los vascos porque están saturados de luz mediterránea y de vida pero a costa de estar vacíos en su interior.

Los vascos son más profundos y con una vida interior más desarrollada.

He oído contar que en Edimburgo tienen la habilidad y el gusto de modernizar las viviendas y reedificarlas con todas las comodidades y conveniencias higiénicas apetecibles, conservando sus viejas fachadas; que saben verter vino nuevo en odres viejos, dando así a la ciudad un aspecto pintoresco, artístico y de venerable y grata tradición. Esto de apoyar la adaptación en la herencia me parece de suprema sabiduría práctica, así como el ideal de una morada creo sea el de que, como la piel, crezca y se modifique, según crece y se modifica el cuerpo.

El mejor traje es el hecho a la medida del que lo lleva, y una morada *orgánica,* propia para inspirar cariño al que la habite, es la que resulta de una serie de acomodos, la que en algún modo se haya hecho con él como la cáscara del caracol.

"Torres de nuestros padres, duro ejemplo
de las férreas edades turbulentas,
y ora mudos testigos
de cuanto fué y ha muerto",

como decía Querol de otras análogas.

Eran los tiempos que, con pluma concisa y ruda, narró el viejo Lope García de Salazar; los tiempos en que aquellos hombres de almas férreas peleaban "sobre cuál valía más en la tierra", según el cronista nos dice; más, en realidad, sobre quién había de explotar más riquezas de los pacíficos labradores;

Los españoles siempre están rivalizando acerca de quién es más que el otro y esta característica española puede tener su origen en la mentalidad vasca, que de esta manera habría suministrado los fundamentos del carácter español, al ser los vascos sus representantes más puros y antiguos, de esta manera de ser en la Península Ibérica.

los tiempos de aquellos inquietos *parientes mayores*, que asolaban con sus mesnadas y ensangrentaban los risueños valles vizcaínos, tiempos de que, como recuerdo, quedó la división de los apodados forales en bando oñacino y gamboíno. La *vendetta*, la venganza, era la ley suprema del honor de aquellos gavilanes de las casas-torres.

¡Qué preñado de vida y qué rebosante de sombría realidad es el monótono relato del viejo Lope García de Salazar, relato que parece una solemne y larga sonata histórica sobre el antiquísimo tema de Caín y Abel! Los de Butrón contra los de Zamudio; los de

Zamudio contra los de Leguizamón; los de Leguizamón contra los de Zariaga y Martiartu... Y así sigue.

En esas mismas faldas de Santo Domingo, cuajadas hoy de chacolíes que acogen las expansiones de los alegres *chimbos*, en el año del Señor de 1270, "obiendo enemistad entre los Zamudianos e los de Legizamón que eran vesinos, el cerro en medio, que Bilbao no era poblada entonce, e aplasaron pelea para en el campo de la lid, que es sobre Santo Domingo, Ordoño de Zamudio e Urtun Sánchez de Zamudio, e Ochoa Ortiz de Zamudio, sus hermanos, con Diego Pérez de Leguizamón, e con Juan Díaz de Arbolancha, e peleando resiamente muertos e feridos muchos.

, e ya cansados los unos de los otros, allegó Pedro de Lusarra, sobrino de Diego Pérez de Leguizamón, fijo de su hermana, de parte de Deusto con ventidós omes, e dioles por de costado, e como los falló cansados, fueron vencidos e corridos fasta Zamudio, e morieron dellos en el campo o en alcanze ochenta omes de los zamudianos; de los de Leguizamón morieron diez omes".

En 1413 bajaron a ensangrentar el cantón de la Tendería, de la villa, los de Leguizamón y los de Zurbarán, enemistados desde 1362, en que, en la atalaya de Bilbao, Juan Sánchez de Ibarra, Juan de Urnieta y Juan Ochoa de Ibarra, de Leguizamón los tres, mataron a Juan Martínez de Loaga, el mozo, de Zurbarán. Años más tarde, pelearon en la misma atalaya los de Leguizamón, los de Basurto, Asúa, Zurbarán y Guecho.

La tendencia de los vascos a la confrontación, que en nuestra época toma otras formas distintas respecto al siglo de Lope de Salazar.

En 1441 volvieron a ensangrentar las calles de Bilbao los de Zurbarán, en lucha con los de Arbolancha; y poco después mataron en la misma villa Tristán de Leguizamón y Martín de Zaballa, entrando solos "a boca de la noche, con sus espadas, en la Pesquería, a Ochoa Lopes de Arcayche e a Pedro de Arna, que eran de Zurbarán, e otrosi dieron una cuchillada a Martín de Barba de Somorrostro, por las quijadas, cuidando que era de Zurbarán, e morió della de pasmo, e ferieron más de diez hombres de unos e de otros en aquel barrio, cuidando que eran enemigos".

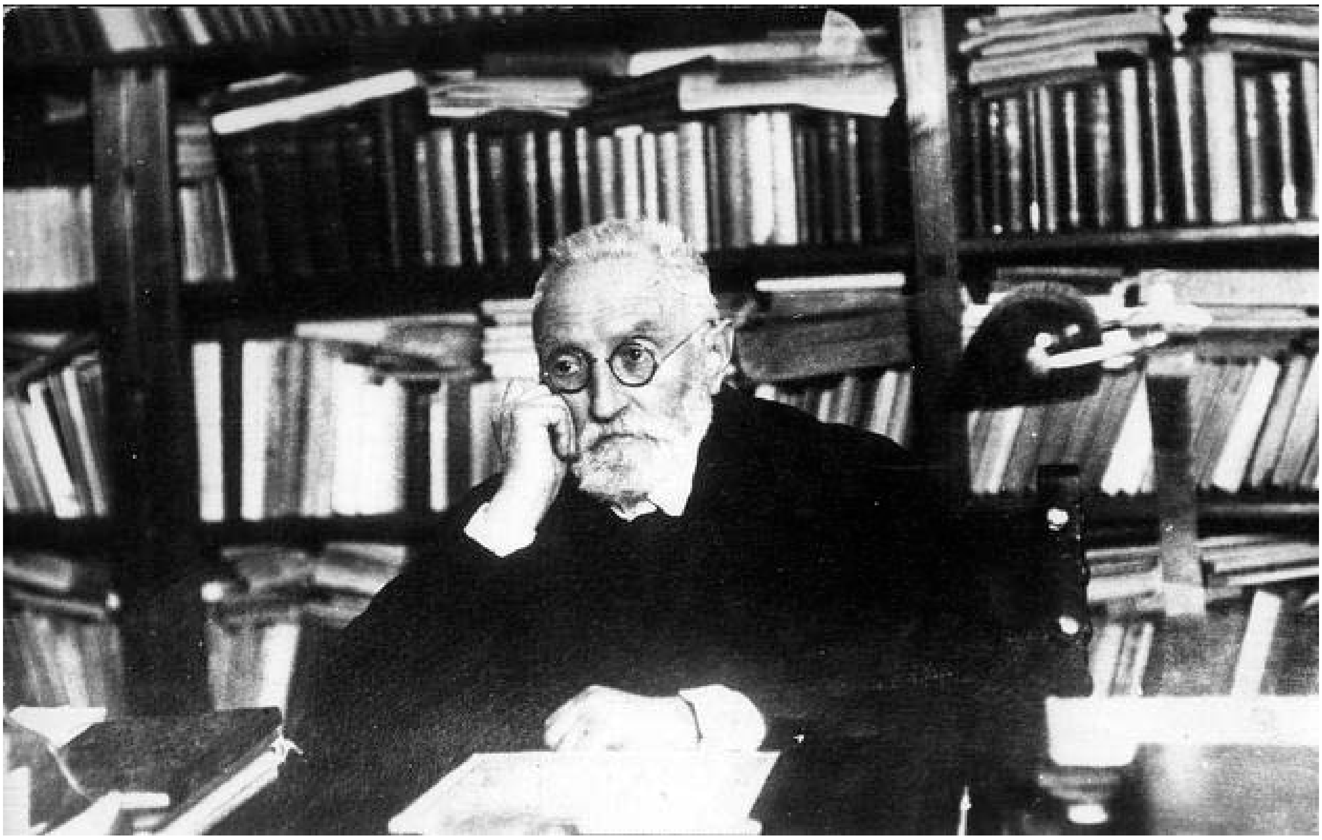
La guerra interior de Unamuno contra sí mismo como una manifestación de este carácter vasco.

Unamuno "De mi país"

El relato se repite con una solemne y fúnebre monotonía. Cuchilladas, asaltos, incendios, emboscadas, hasta que Enrique IV hizo derribar no pocas torres. Teatro la villa de las luchas de aquellos bárbaros, conservó simbólico recuerdo de ellas en los dos alcaldes, uno por cada bando; alcaldes que, durante mucho tiempo, se los impusieron, eligiéndolos a su placer, los de Leguizamón, Basurto y Zurbarán.

Aquellas luchas no han desaparecido: han cambiado, nada más. Ya no es corriente ver que en las calles mismas de la villa se dé una cuchillada por las quijadas a éste o a aquél, cuidando que sea enemigo; //

Leyendo el libro de *Las Bienandanzas e fortunas que escribió Lope García de Salazar, estando preso en la su torre de Sant Martín de Muñatones* —torre cuyas ruinas subsisten y donde tuvieron encarcelado al viejo cronista sus propios hijos—, leyendo tal libro, recuerda uno, sin querer, el juicio, inexacto sin duda, que, acerca de la historia, dió Schopenhauer, al decir que quien haya leído al viejo Heródoto, no tiene más que aprender en la historia, puesto que, si varía el cuento, su sustancia es la misma siempre.



//

Crítica del tipo castellano.

Y esto lo veo yo muy bien en esta ciudad en que vivo, y donde se gastan los más espesos y más duros caparazones que he conocido en mi vida. Para crustáceos espirituales, créeme, no hay como los castellanos. Le estás tratando a uno años enteros, y no sabes si ha llorado alguna vez en su vida, ni por qué lloró. Son de una pieza. Y todo lo entienden en una pieza.

No les pidas el sentimiento del matiz, de la transición, de la media tinta, ni menos la comprensión de los contrarios. Para ellos, lo que no es blanco es negro. Y ¡qué habilidad tienen para no entender cosa alguna a derechas! Y como son chismosos y cuenteros y encismadores, jamás puede estarse seguro con ellos. De mí puedo decirte que de cada veinte cosas que de mí te cuenten, si vienes acá y les oyes, las dieciocho son mentira, y las otras dos están desfiguradas.

Algunos de ellos me echan en cara que, como me confío al primero que llega, y tengo con cualquiera confidencias, resulta que a todos los hago iguales y no distingo entre amigos y no amigos. No, todos son para mí hermanos, y creo que todo hermano es digno de nuestras confidencias. No he de ser yo quien responda del uso que de ellas haga. Pero ellos, los muy crustáceos, no se confían a nadie, y hasta he llegado a dudar si es que tienen cosa alguna que confiar. Su reserva no es más que vaciedad interior. Y así es que, ¡claro está!, cuando se juntan, tiene que ser para jugar al tresillo o para murmurar del prójimo.

Y todo esto produce un enorme sentimiento de soledad. Y sólo me apena el que mis ocupaciones y mi cargo me impidan rodear y protejer esa soledad interior con soledad exterior, y aislarme de veras, retirarme a un desierto, no ya por cuarenta días, sino por cuarenta meses, y aun más, y dedicarme allí a fabricar un gran mazo, claveteado de grandes clavos,

La obra de Unamuno es un martillo que romperá la cáscara de insensibilidad y apatía de los españoles.

y endurecerlo al fuego y probarlo contra los peñascos y berruecos; y cuando tenga uno a prueba de las más duras rocas, volver con él a este mundo y empezar a descargar mazazos sobre todos estos pobres crustáceos, a ver si, descachadas sus costras, se les ven las carnes al descubierto.

Mas al llegar aquí me ocurre una duda, y es si las costras se rompen desde afuera o desde adentro. Afirmé antes que no se rompen sino desde fuera, que es otro el que nos las tiene que romper y quebrantar; pero me parece que lo afirmé muy de lijero, por lo muy redondamente que lo hice.

.. Se trata nada menos que de la más grave y más honda cuestión de ética y de religión: la de si el hombre ha de redimirse a sí mismo o ser redimido por otro; la de si nuestro deber es romper nuestras cadenas o ir encadenados a romper las cadenas de los demás.

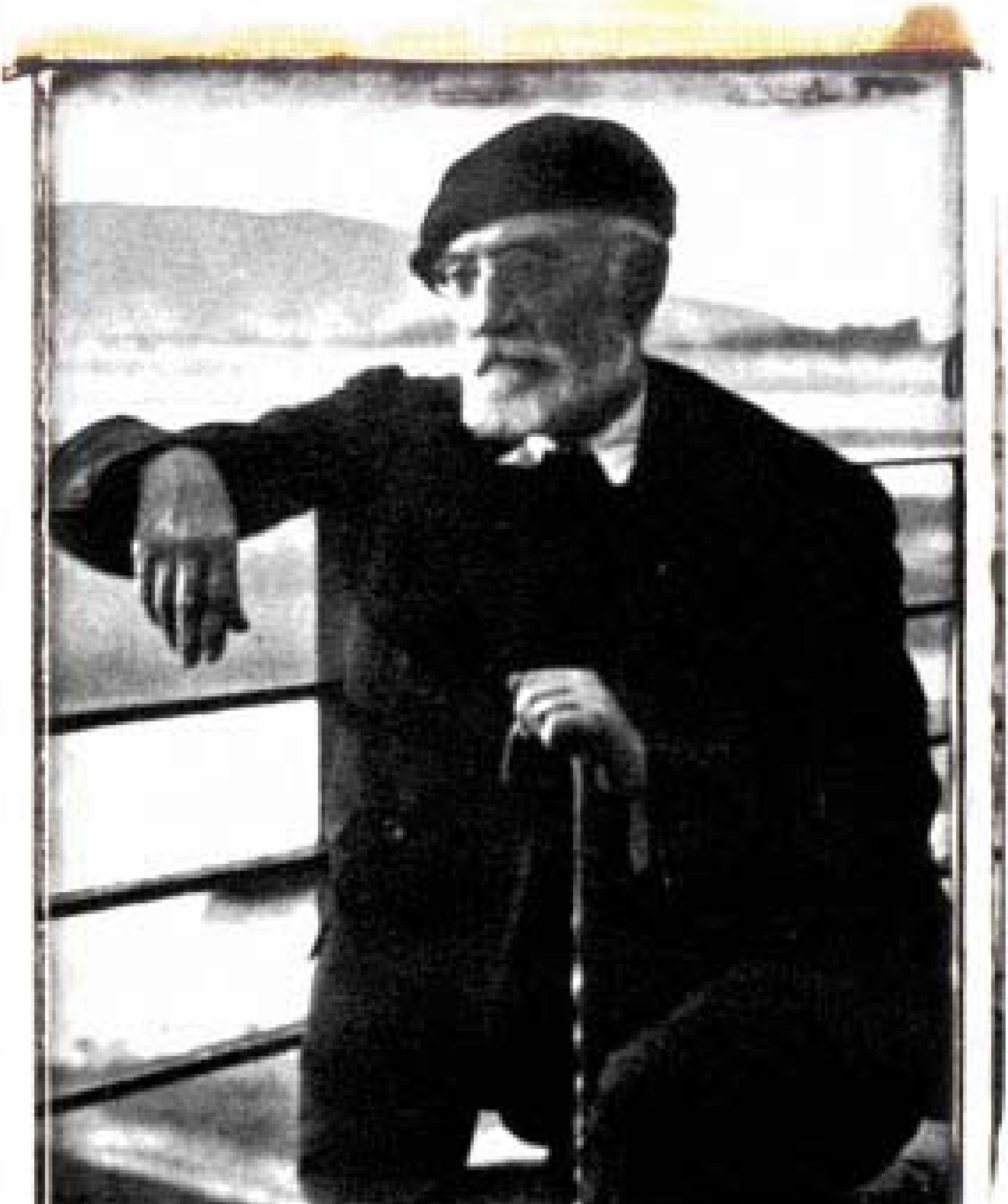
Parece ser, si se piensa en ello con el corazón, que la verdad está en la combinación de ambos puntos de vista, y que las costras se rompen desde afuera y desde adentro a la vez.

Vas a libertar a tu hermano, porque sientes que hace él esfuerzos por libertarse o porque te llegan sus quejas, y las quejas son ya deseo de verse libre, y el deseo de verse libre es principio de libertarse; y cuando él siente que empiezas a querer libertarle, redobla sus esfuerzos por hacerse libre, y redoblas tú los tuyos.

La dialéctica según Unamuno, una adaptación de la confrontación al estilo vasco como estilo de vida.

Le oyes arañar el muro de su prisión, y empiezas a golpear en él desde fuera, y cuando oye tus golpes, golpea él, y tú arrecias y él arrecia, y vais, él desde adentro, y tú desde fuera, trabajando en una misma obra. Y es lo más consolador que mientras golpeas en su costra, como lo haces con la tuya, tanto trabajas por romper la de él como por romper la tuya propia, y él a su vez, mientras golpea en la suya, da golpes en la tuya. Y así toda redención es mutua. //

Unamuno "Soledad"



// Los más de los que en mi país se meten a escribir acerca del vascuence, desdeñando alguno el estudiar con fundamento y método la moderna filología por temor a perder cierta bravía originalidad silvestre, y queriendo suplir con fantasía la ciencia, me parecen gente que se pone a tratar de los alcoholes o de los alcaloides sin haber saludado apenas la química general y sin más que la lectura de algún viejo mamotreto de alquimia.

Los vascos evitan la ciencia y la civilización modernas para no perder bravura salvaje.

Su ciencia, si alguna tienen, es pura escolástica, pura combinatoria, cubileteo e ingeniosidades muy peregrinas a las veces. Su fonética no ha pasado del triángulo orcheliano —que es una imperfectísima mostración de la realidad, y en gran parte errónea— y su pasión les lleva, aun sin darse de ello cuenta, a no ver bien claro en su empeño por hacer del vascuence la cosa más aparte posible.

Hay en Cataluña un sujeto —o lo había no ha mucho— empeñado en la desatinada empresa de reformar la ortografía catalana en sentido etimológico restableciendo íes griegas, tes-haches y otras letras bien muertas (*mythología*, verbigracia), y entre las razones que en abono de su proyecto daba callábase la principal, y es que así se diferenciaría el catalán escrito del castellano escrito mucho más aún de lo que hoy se diferencian ambos entre sí, que es bastante.

Los filólogos catalanes buscan los términos catalanes más alejados de sus equivalentes castellanos, aunque se acerquen con ello a términos franceses.

Del mismo género es el cuidado que algunos escritores catalanes ponen, cuando se encuentran con dos sinónimos, de escoger el que más se aparte del vocablo castellano correspondiente, aunque el otro se parezca al francés, como quien escoge *indret*, en francés *endroit*, lugar.

Así es también lo de aquellos de mis paisanos que habiendo aprendido en la escuela que "antes de *b* y *p* se escribe *m* y no *n*", se han creído que es esto regla de ortografía castellana y no, como es, hecho fonético común al castellano y al vascuence, y que si se escribe *campo* es porque hablando corrientemente y sin esfuerzo se dice *campo* y no *canpo*, como en vascuence se dice *kámporá* y no *kanporá*, e ignorando o queriendo ignorar esto escriben *Ganboa*, *Unbe*, *Larunbe*, etc., no más en el fondo que por oponerse a lo que creen manera castellana.

Asimismo los filólogos vascos buscan las palabras más alejadas del castellano por obsesión por diferenciarse.



El idioma vasco lo era de un pueblo que antes de ponerse en contacto con los pueblos latinizados que le rodean vivía en un estado casi salvaje, no queda rastro alguno de civilización alguna indígena, que no ha debido de haber. Los latinos civilizaron a nuestros abuelos, y al civilizarlos les metieron con los conceptos y objetos de cultura las voces con que los expresaban.

Y el vascuence permaneció siendo una lengua rural, en que apenas se hablaba más que de la vida cotidiana, de la vaca y de la borona, una lengua sin literatura. Hasta las leyes y los fueros están escritos en castellano, no hay legislación en vascuence.

Y esta lengua ¿es posible convertir, con la premura que la vida del país exige, en lengua de cultura? Una lengua vive y se nutre y se acrecienta y decae, y acaba por morir como cualquier otro organismo, y como cualquier otro organismo vive en un ambiente y del ambiente. Idioma que de sí mismo se nutre, pronto se agota.

Cierto es que así como el huevo, encerrado en su cáscara, de las reservas nutritivas que en sí lleva se forma el pollo, así una lengua puede desarrollarse de propio fondo. Tal sucedió al sánscrito, tal al griego, y al alemán en gran parte. Pero para esto es preciso que el pueblo que la habla desarrolle una cultura indígena y propia. La lengua y la cultura se hacen a la par, accionando y reaccionando una sobre otra.



El pueblo vasco no tiene cultura indígena propia, su religión, su arte, su ciencia, sus industrias, todo es recibido de los pueblos que le rodean. Además, una cultura propia no se improvisa, exige la labor de generaciones en serie de siglos, y labor así exigiría el traducir a vasvuence la cultura moderna. Todo lo demás serán vanos esfuerzos de eruditos que forjan desde su gabinete un

volapük con raíces vascas, y que no se entenderán unos con otros, como no se entienden ni aun para adoptar una ortografía común.

Es que no se cumple de ningún modo la colaboración, o mejor la acción del pueblo mismo, y el pueblo vasco, el verdadero pueblo, encuentra menos costoso tomar el castellano o el francés ya hechos, que no hacer de su vieja lengua una nueva lengua que le sirva para su nueva vida, para la vida que se desarrolla en las villas industriales y mercantiles.

Lo común en una lengua es nutrirse de fuera. Cuando se formaron los romances o lenguas neolatinas era muy pobre la cultura de los pueblos que los hablaban, pero se conservaba cual precioso legado la literatura latina, preñada de una cultura, y al latín, su madre, acudieron para enriquecerse.

Y así vemos en castellano, en portugués, en catalán, en francés, en italiano, junto al elemento viejo o primitivo, al fondo con que se formaron, otro elemento allegadizo posterior.

Mas como estos idiomas son latinos, las voces que del latín se introduce en ellos consuenan con su primitivo fondo. El inglés mismo se enriqueció con elemento normando, y esto le ha permitido luego aceptar copioso caudal de voces latinas, merced a su mesticismo lexicológico.



La mezcla de dos organismos es fecunda y hasta provechosa cuando los organismos tienen un cierto grado de parentesco, cuando de este grado se alejan, el hibridismo es estéril. El catalán ha podido y puede recibir voces latinas, castellanas o francesas, catalanizándolas, porque es lengua latina, pero el vascuence, si las recibe, degenera en jerga.

La primera necesidad es la de vivir, y la necesidad de vivir trae consigo la de acomodarnos y adaptarnos al ambiente. El pueblo vasco tiene que vivir, y para ello tiene que adaptarse al ambiente de cultura.

Escritor de éstos hay que luego de afirmar que la forma *don* (la misma que el castellano *Don*, de *dominus*, *domne*) es permutación de un *deun* que supone existiera sacándolo de *deungue* (lo escribo con ortografía castellana), "malo" (*gue* pospuesto equivale en vascuence a nuestro *in* prepuesto), forma aquélla, *don*, que hallamos en *Don-Ostinya*, *Don-Ostian*, es decir, "Don Bastián", o sea San Sebastián, y en *Don Ibane*, San Juan (el *Ibane* es análogo al que se halla en el apellido *Ibáñez*, desciende de Juan o Ibán),

... añade que prefiere el *deun* hipotético, y a mi juicio falso, y muy discutible al menos, al *don* real porque "esta segunda (forma) se confunde con la voz española don". He aquí el principio de donde han salido esas pueriles travesuras de escribir *Bizkaia*, *Araba*, *Gipuzkoa*, *baskongado*, etc.

Mas dejando todo esto, y en espera de que se enderecen por mejor camino para el porvenir de la raza vasca tales esfuerzos, y una vez indicado cómo nació y cómo ha crecido y se mantiene la leyenda del vascuence, cúmpleme mostrar la verdad de su estado y situación y exponer lo más serenamente que me sea

posible y con la mayor objetividad que en mí quepa, el por qué reputo al curiosísimo idioma nativo de mi raza inepto para acomodarse a la moderna cultura y condenado, por lo tanto, y en provecho nuestro y de los pueblos todos de habla española, a muerte próxima. //

Unamuno "La cuestión del vascuence"



// **BARCELONA**

He pasado recientemente tres semanas en Barcelona, ciudad que da mucho que hablar, mucho que pensar y algo que sentir en España toda, no mucho, porque parece que nos vamos volviendo insensibles.

En Barcelona, sin duda, una hermosa ciudad, y no pocos barceloneses pretenden hacer de ella la Ciudad —así con letra mayúscula—, la civitas, algo orgánico y vivo en su unidad específica y algo ciudadano, asiento de civilización —voz derivada de cives, ciudadano— como opuesto al espíritu rural, que hay en Cataluña quienes lo simbolizan en Vich, la vieja ciudad rural y episcopal, de alma carlista.

Esta división que algunos intelectuales barceloneses establecen en dos Cataluñas, la Cataluña rural o pirenaica, la del tradicionalismo y el espíritu reservado y suspicaz, y la Cataluña ciudadana o mediterránea, la del progresismo y el espíritu abierto e imperialista; esta división

—responda o no a la realidad alguna— me recuerda aquella antinomia sarmentiana entre la civilización, simbolizada en la ciudad, en Buenos Aires, y la barbarie, que campeaba libre por la campiña, con las montoneras gauchescas.

No me atrevo a decir si esa oposición no es más aparente que real, y si los fenicios de la costa catalana no tienen mucho más de lo que ellos se creen, del alma irreductible de los almogávares de la montaña.

Los catalanes

del interior son almogávares irreductibles.

Sea de ello lo que fuere, es innegable que Barcelona es una hermosa ciudad, a lo menos por fuera, en su atavío y ornato de ropaje. Un ensanche espléndido, con calles y avenidas realmente suntuosas y realzadas por fa-

chadas magníficas, de un lujo deslumbrador. (Aquí los epítetos consagrados son inevitables, pues se trata de una hermosura también consagrada.) El Ayuntamiento da cada año un premio al arquitecto que ha construído la fachada que un Jurado estima más monumental y artística.

Alusión a Gaudí

Y hay, sin duda, junto a verdaderos absurdos arquitectónicos y extravagancias en piedra, casas que recrean la visita. Fachadas no faltan en Barcelona, y hasta podría decirse que es la ciudad de las fachadas. La fachada lo domina todo, y así todo es allí fachadoso, permítaseme el voquible.

Y en esta espléndida ciudad, de magníficas fachadas, que parecen construídas para asombrar y deslumbrar a los visitantes y huéspedes, el tifus hace estragos por falta de un buen sistema de desagüe. Y ello se comprende: las fachadas se ven desde luego, el alcantarillado no.

He aquí un rasgo que parece simbólico y que explica mucho de lo que en Barcelona ocurre.

Los barceloneses se ocupan mucho de las fachadas pero descuidan la higiene.

Trabajan allí mucho, es verdad, pero vocean más que trabajan, valen, sí, pero sería un negocio redondo comprarles por lo que valen y venderles por lo que creen valer.

En la ciudad de Barcelona se cree uno a veces hallarse en un vastísimo arrabal de Tarascón, y se cree oír en catalán, lengua tan hermana de la lengua provenzal, el grito de combate de los buenos tarasconeses: *fem du brut*, es decir, hagamos ruido.

Barcelona

parece más francesa que... catalana.

La especial megalomanía colectiva o social de que está enferma Barcelona, les lleva a la obligada consecuencia de la megalomanía, a un delirio de persecuciones también colectivo y social.

Y así hablan de odio a Cataluña, y se empeñan en ver en buena parte de los restantes españoles una ojeriza hacia ellos, hacia los catalanes más bien los barceloneses — estimándolo acaso hijo de envidia. Y tal odio no existe.

No existe el odio a Cataluña, ni a Barcelona, ni existe la envidia tampoco. Lo que hay es que los españoles de las demás regiones han estado constantemente ponderando y exaltando la laboriosidad e industriosidad de los catalanes — son los demás españoles los



que han hecho el dicho de: "los catalanes, de las piedras sacan panes" y con esto les han recalentado y excitado esa nativa vanidad que con tanta fuerza arraiga y crece bajo el sol del Mediterráneo.

.. Y esa vanidad, esa petulante jactancia y jactanciosa petulancia que se masca en el aire de Barcelona, hace que las gentes sencillas y modestas —el castellano, a vuelta de otros defectos es sencillo y es modesto hasta en su altivez—, al encontrarse en aquel ambiente de agresiva petulancia, se sientan heridas y molestas.

Ya el viejo Poema del Cid, obra del siglo XIII, hablando del conde de Barcelona, dice en su verso 960:

El conde es muy felón y dixo una vanidad.

Y esto es lo que se observa hoy en la ciudad condal: mucha noble y grande realidad estropeada por la felonería; por la jactancia, que está de continuo profiriendo vanidades.

- Es un empeño ahincoso y tenaz de convencerle al visitante de cuantas grandezas creen atesorar, y, sobre todo, de hacérselas ver en términos de comparación.

El recuerdo de Madrid asoma a cada paso, y hasta el de París. Me ha ocurrido, al censurarles algo de la ciudad, oír que barceloneses me retrucaban: ¿es acaso mejor en Madrid?

Digan lo que quieran, se preocupan demasiado de Madrid, y demasiado también del concepto que de su ciudad se forme el forastero, como si no fuese muy firme la fe que en su hermosura incomparable parecen tener.

En Bilbao, mi pueblo, que tiene también no poco de jactancioso, no preocupa tanto la opinión de los forasteros, y es que la jactancia de mis paisanos los bilbaínos se acerca al orgullo, y la de los barceloneses a la vanidad.

Esta jactancia, atizada sin duda por adulaciones interesadas de forasteros, es compañera de un ensimismamiento pernicioso y fuente de toda clase de injusticias de juicio. Quéjanse con frecuencia los barceloneses, y en general los catalanes, de que en el resto de España no se les conoce y por falta de conocerlos se les juzga injustamente, lo cual es cierto; pero no es menos cierto, sino

mucho más, que ellos conocen el resto de España peor aún que éste los conoce a ellos, y que, por no conocerlo, lo juzgan mucho más injustamente, que el resto de España les juzga a ellos.

He oído en Barcelona, y no a uno ni a dos, sino a varios, y a personas de ilustración y cultura, juicios tan peregrinos como disparatados respecto a Castilla y a la vida castellana; juicios tan exactos como los que en Europa se harían en el siglo XIII respecto al Catay, o como los que aun hoy se hacen con frecuencia en esta misma culta e ilustrada Europa, y por personas de lectura y conocimientos, respecto a esa Sud América.

Por término general, no se han enterado en Barcelona, los que más vocean sobre la decadencia de España, de los progresos agrícolas, industriales y de toda clase que de año en año se realizan en las regiones no catalanas,

en Castilla misma, y muy en especial en el litoral cantábrico, del cual, más que del litoral mediterráneo, ha de venir lo más de la renovación española. Estaba de ello persuadido, y mi último viaje a Barcelona me ha corroborado en esa mi persuasión.

En el Cantábrico hay mejores equipamientos que en Barcelona pero no presumen tanto.

Porqué el costero cantábrico —el gallego, el asturiano, el montañés, el vasco— no hace tanto *brut*, tanto ruido, ni pregona tanto lo que hace ni se pavonea tan jactancioso, sino que trabaja en silencio y en tenacidad y sin avaricia.

Y aquí entra el segundo vicio capital que estropea las buenas, bonísimas cualidades, de esta gente catalana: la avaricia. El Dante, aquel austero y vengador gibelino que marcó a cada pueblo con su estigma, el Dante les retrató en un verso más conocido que el verso del Poema del Cid antes citado, y verso también del siglo XIII.

En él habló de la *avara povertá di Catalogna*, de la avara pobreza de los catalanes. Y la *foloneria* o jactancia que dice vanidades, y la avara pobreza, son dos caracteres que vienen perpetuándose desde antes del siglo XII. Dios sabe desde cuándo, en esta gente industriosa y honrada.

Todo el litoral cantábrico está sembrado de escuelas, hospicios y hospitales fundados y pagados por particu-

lares; el edificio del Instituto de Segunda Enseñanza, del oficial, del a cargo del Estado, en La Coruña, lo costeó el señor Guarda; dos de las mejores escuelas públicas de Bilbao, de las públicas que son magníficas, las costearon los señores Zabálburn y la viuda de Epalza.

En Cataluña hay mucho menos de esto, y como cosa especial se enseña en Barcelona el Observatorio Fabra, costeado por un señor de este nombre.

Y obsérvese que en el litoral cantábrico se ha hecho esto hasta con fundaciones que han ido a manos del Estado. Junto a esto, se puede hablar de las desdichadísimas escuelas públicas de Barcelona? No sé cómo las han descuidado así, aunque sólo fuera para ponerlas espléndidas fachadas.

Y dentro de esas mismas casas tan *fachadosas*, ¿qué arte hay? Buen número de pintores y de músicos catalanes han tenido que irse de Barcelona a Madrid en busca de público. Ni los cuadros ni las partituras pueden emplearse para decorar fachadas, ni cabe llevarlos prendidos de una corbata vistosa.

Ambos vicios, la vanidad petulante y la avaricia codiciosa, brotan de una cualidad, y es la sensualidad. El costeño mediterráneo, por lo menos el catalán, es más sensual que apasionado. Su alma no tiene el ardor seco del alma ibérica del interior.

Y porque es sensual más que apasionado, el deleite carnal se ofrece tan pródiga y variablemente en Barcelona; y porque es mucho menos apasionado que sensual, odia la matonería y los delitos de sangre son tan raros en Barcelona.

En esto hay que admirarlos. Llega un domingo —me decía el jefe de la policía barcelonesa—, se desparraman las familias por los alrededores —que son hermosísimos—, todo es fiestas y regocijo y, sin embargo, apenas se registran navajadas y hasta las borracheras son menos frecuentes que en otras grandes ciudades.

Y al lado de esto una envidiable educación cívica en las masas, que les hace celebrar reuniones políticas, a veces de muchísima gente, como la que presencié en la Plaza de Toros el domingo 21 de octubre de este año, en medio del mayor orden y del más pacífico entusiasmo. Entusiasmo

más sensual que apasionado, más estético que poético —es decir, creativo—, entusiasmo que se vació en gran parte de un agitar pañuelos blancos, diciéndose para sí cada espectador: ¡Oh, qué hermoso!, y yo, al salir de aquel mitin monstruo, del que llamaron *aplech* de la protesta, iba parodiando a aquel sacerdote egipcio cuando habló a Solón de los griegos, diciéndome para mí mismo: ¡Ay, barceloneses, barceloneses, siempre seréis unos niños!

Los barceloneses, esclavos de la sensualidad mediterránea.

Si estas líneas caen bajo los ojos de algún barcelonés, sé que dirá: "No entiende la cosa; no se ha enterado; fué con prejuicios; ha visto visiones".

Son frases que dicta la jactancia del ensimismamiento colectivo.

Es el pueblo en que menos he visto a las gentes rendirse a las observaciones de censura; es el pueblo en que más he visto a los hombres repudiar los caminos del "conócete a ti mismo" colectivo.

Siempre están a la defensiva, hasta cuando parece que atacan; cuidan más del escudo que de la espada. Y por esto, que revela en el fondo, lo mismo que la vanidad,

que no es orgullo, una muy vacilante, muy apagada, muy insegura fe en sí mismos, por esto creo que el litoral cantábrico ha de aportar más que el litoral mediterráneo a la futura renovación de España.

Y decidme, ahora, lectores bonaerenses, ¿no tiene toda gran ciudad, de crecimiento rápido, algo de Barcelona?

"La Nación" de Buenos Aires, 1902. //

Unamuno "Barcelona"



Ahora ando metido en una nueva novela, *La Tía,* historia de una joven que rechazando novios se queda soltera para cuidar a unos sobrinos, hijos de una hermana que se le muere. Vive con el cuñado, a quien rechaza para marido, pues no quiere *manchar* con el débito conyugal el recinto en que respiran aire de castidad sus *hijos.* Satisfecho el instinto de maternidad, ¿para qué ha de perder su virginidad? Es Virgen madre. Conozco el caso (1).

Y a la vez he vuelto a sumirme en estudios religiosos, de historia, crítica y exégesis del cristianismo. Ahora estudio la dirección que han dado al neoluteranismo Rothe, Hermann y Ritschl.

3 nov. 1902.

¡Y qué sentido, qué vivido aquello de la hipocondría que engendra la punzadita! Aquí donde usted me ve, sano y fuerte, he pasado por eso, por la preocupación de la angina de pecho, de un mal cardíaco, y conozco los males imaginarios. Mi mujer me curó de ello.

En su última carta me hablaba usted de mi tienda de campaña. Sí, en mi vida de lucha y de pelea, en mi vida de beduíno del espíritu, tengo plantada en medio del desierto mi tienda de campaña. Y allí me recojo y allí me retemplo. Y allí me restaura la mirada de mi mujer, que me trae brisas de mi infancia.

Nos conocimos, de niños casi, en Bilbao; a los doce años volvió ella a su pueblo, Guernica, y allí iba yo siempre que podía, a pasear con ella a la sombra del viejo roble, del árbol simbólico. Y allí me casé. A mi mujer la alegría del corazón le rebasa por los ojos, y ante ella tengo vergüenza de estar triste. Un día, hace años, cuando me preocupaba lo cardíaco, al verme llorar presa de congoja, lanzó un ¡hijo mío! que aun me repercute. Y ésta es mi tienda de campaña.

Me decía que le parezco el último combatiente de una causa perdida. Y peleo contra ellos, contra los *africanos*. Porque son los africanos los que menos se explican ni sienten mi africanismo. Revolverse así contra la cultura europea moderna conociéndola y por conocerla, sintiéndola y por sentirla, es entrar en ella. Una de las relaciones más íntimas es la relación que llamamos de oposición; una de las solidaridades más estrechas es la de combatientes. Esto le explicará muchas cosas mías.

Siendo un chiquillo, mi madre, que estudió en Francia, me hizo aprender francés, a los veinte años leía alemán, a los veintiséis inglés. Y apenas he leído castellano. He vivido fuera de España con el espíritu y esto es lo que me ha hecho español.

Y soy tan español, tan castellano si usted quiere, porque Castilla no me ha entrado por su literatura, sino ella misma, por su campo, por su cielo, por sus frutos, por sus hombres. No la he conocido en sus escritores sino en ella misma, *inmediatamente*. Y viniendo de unas montañas que se miran en el mar, entre las que nací y me crié y vivieron mis mayores siempre.

Y mire lo que son las cosas. Aquí me tachan de mal español, de extranjerizado.

Yo sé que si se despertara el deseo de sostener e

imponer lo propio se asimilarían lo ajeno; yo sé que si fueran capaces de revolverse contra los principios directores de la civilización occidental entrarían de lleno en ella. Pero nada, no les interesa. Repiten la última novedad filosófica, científica, literaria o artística de Europa y siguen tan... los mismos. Hay que oír hablar de Nietzsche en Madrid a sus adoradores. Les ha servido de pretexto para ir al maurismo.

Todo esto me tiene triste y abatido. Pero de esta tristeza y de este abatimiento sacaré fuerzas para luchar. Me he de hartar de llamar a este pueblo ramplón y ñoño.

18 nov. 1906.

Sr. D. Juan Maragall

Mi querido amigo: Sus cartas me han traído bien y aire de lo que más gusté en Barcelona, de lo que me compensó de lo demás. Comprendo la situación de alma de ahí, pero no puedo participar de ello, sino a medias. Dieciséis años de estar traduciendo y comentando en clase a los antiguos clásicos griegos no han logrado reconciliarme del todo con el alma helénica. ¡Qué le he de hacer...!

Al salir del taller de Casas, aquella noche, me decía Corominas (1): "Usted no ha llegado *aún* al Evangelio; se ha quedado en el libro de Job." Tal vez. Siento cuanto me rodea como una esfinge terrible. Y además, tiene usted razón "nos hemos convertido en unas miserables máquinas de pensar y lo tenemos todo clasificado y distribuído en tristes piezas: esto es claro, esto es oscuro, esto alegría, esto tristeza, lo cristiano y lo pagano, lo trágico y lo idílico..." ¡La máquina de pensar! Copio de mi *Tratado del Amor de Dios:* "¡Terrible mal la inteligencia! La inteligencia tiende a la muerte, a la estabilidad la memoria. Lo vivo, que es lo absolutamente inestable, lo absolutamente individual, es impensable. La lógica tiende a reducirlo todo a identidades y a géneros, a que no tenga cada represención más que un solo y mismo contenido en cualquier lugar o tiempo en que se nos ocurra

... Y esto no es la verdad. Mi idea de Dios es distinta de sí cada vez que la concibo. La identidad, que es la muerte, es la aspiración del intelecto; la mente busca lo muerto, pues lo vivo se le escapa; quiere cuajar en témpanos la corriente fugitiva, quiere fijarla. Para analizar un cuerpo hay que destruirlo; para comprender algo, hay que matarlo en la mente. Etc."

Con este sentido, anti-intelectualista, y buscando la pasión sin idea, figúrese qué efecto me harán griegos y franceses. Y, sin embargo, por querer separar la pasión de la idea, el fuego del combustible, convertimos en idea la pasión. Nuestra pasión se hace metafísica. Pero hay un mundo, el de la poesía, en que todo se hermana. Allí Leopardi da la mano a Walt Whitman.

En breve publicaré mis impresiones de Barcelona, impresiones que serán poco del agrado de la mayoría de los barceloneses que las lean (1). Usted, hombre de vida interior y recogida, me sorprendió en

ese Barcelona bullanguera y jactanciosa, en que hay muchas nueces pero mucho más ruido que nueces y en que a ratos cree uno estar en un vastísimo arrabal de Tarascón.

. ¡Cuántas cualidades buenas, buenísimas, deslustradas por esa petulancia jactanciosa y ese ensimismamiento! ¿Comprenderán y sentirán su *Cant dels hispans?* (1). Lo dudo. He oído, respecto a Castilla las cosas más peregrinas y me ha dolido ese desconocimiento mutuo, creo que mayor de parte de Barcelona (no me atrevo a decir Cataluña, pues en mi propio país he aprendido a conocer como el alma de mi Bilbao, jactancioso también con jactancia de *parvenu* no es el alma ingenua y de una fuerte sencillez de mi Vizcaya).

2 nov. 1906. //

Unamuno y Joan Maragall "Cartas"



//

Emblema racista, y del más bárbaro e inculto racismo, del racismo xenofóbico y antisemítico, es la esvástica, la cruz disimulada, en Alemania y en Austria, entre los pueblos germánicos. Y así esa cruz no es ni cristiana, ni católica, ni propiamente es cruz.

No es cristiana, pues Cristo mismo, y sus apóstoles, entre ellos Pablo, el apóstol de los gentiles, fueron —y son— judíos, y el cristianismo es tan semítico como ario. O mejor: está sobre semitas y arios y camitas y negros y amarillos y todo linaje de razas; es católico o universal.

En los años 20 Unamuno ya se da cuenta de lo que significa el nazismo.

De donde esa cruz disimulada, ese escuadrado símbolo solar, es anticristiana y anticatólica. Y en otro respecto, riñe con el sentido de la escuadra masónica, que cuadra muy bien a los semitas.

Hay dos universalidades o catolicidades: la universalidad cristiana que reunió a todos los pueblos, sin distinción de razas, que formó la primera Internacional —y de proletarios, de esclavos, que tales eran los primitivos cristianos de las catacumbas de Roma— y la catolicidad socialista, la que en 1864 fundó la Internacional socialista al grito de: "Proletarios de todos los pueblos, uníos!"

Y esto que Marx y Engels fundaron sobre fe y esperanza de aquendidad, terrenales, respondía a lo que Pablo de Tarso, más que otro cualquier cristiano, había fundado sobre fe y esperanza

Como en tantas otras tentativas intelectuales en su vida, Unamuno creyó posible un comunismo cristiano y marxista.

de allendidad, celestiales. Dos universalidades, dos catolicidades, que aunque fundadas en fes y esperanzas distintas, si bien no opuestas, en rigor no se excluyen. Y la caridad une los dos reinos. Como también se completan, en rigor, la interpretación materialista y la interpretación religiosa de la Historia.

Lo que se queda fuera —y en contra— de ambas universalidades, de ambas catolicidades, de la cristiana y de la socialista, es el nacionalismo racista de la esvástica. Aunque empieza a apuntar un monstruoso internacionalismo nacionalista, un racismo de las diferentes razas. Una locura.

Esta hoy ya fatídica palabra de *raza* es —ya lo hemos dicho antes— de origen español, y equivale a raya o línea. Se dice de *raza de sol*, y *raza* se le llama en un tejido a una hebra. Raza es, pues, linaje, de línea. Y análogo es casta. Y como estas voces empezaron a usarse en ganadería, siguen teniendo un sabor de animalidad. Las concepciones racistas suelen ser concepciones zoológicas si es que no zootécnicas, de ganadería.

Los racistas, quieras o no, a sabiendas o sin saberlo, consideran a los pueblos como ganado, como manadas. Generalmente de ovejas, a las que hay que esquilar. Quieren razas puras como un ganadero las busca. Razas puras en que se conserven los caracteres diferenciales —el hecho diferencial— que las hacen razas.

Y ahora, ¿qué sentido tiene esa esvástica, esa cruz disimulada, esa cruz anticristiana y anticatólica, ese emblema solar, que ostentan, tal vez como amuleto, algunos de mis paisanos vascos? Sospecho que no tiene sentido alguno; que es otra puerilidad más de esos ingenuos e inocentes diferencialistas. //

El racismo busca perpetuar los caracteres diferenciales que una tierra dota a una raza y la separa de las otras. Los racistas quieren mantener a su raza pura en la conservación de esos hechos diferenciales.

// DE NUEVO LA RAZA

El año próximo pasado, por este mismo tiempo y en ocasión del día de la llamada Fiesta de la Raza, coincidente con el de la Virgen del Pilar de Zaragoza, publiqué un artículo titulado "La raza es la lengua", en que procuraba denunciar el aspecto materialista que suele darse al concepto antropológico de raza. El que le dan los llamados racistas.

Y hoy me siento obligado a insistir en ello, en vista de la exasperada barbarie —mejor salvajería— que el tal racismo alcanza, especialmente en Alemania. ¿Pues qué si no salvajería es todo eso de los arios y de la svástica o cruz gamada, que es todo lo contrario de la cruz universal cristiana? ¿Qué si no salvajería es la persecución a los judíos?

Y como este racismo y ese salvaje antisemitismo empiezan a echar raíces en nuestro suelo español, aunque sea sólo por obra de "snobs" y pedantes, conviene remachar en lo de raza.

La fiesta de la raza hispánica, de las naciones de lengua española, no puede basarse en el concepto fisiológico, somático o material de raza. Las naciones de lengua española —la lengua es la sangre del espíritu— abarcan razas materiales muy distintas, indios americanos, negros, judíos de secular lengua española —o "lengua español", que dicen ellos— a los descendientes de hebreos expulsados de España.

Sin contar los que de ellos se quedaron aquí y se fundieron en la común nación española. Y conviene añadir que si el mestizaje y el mulataje trajo a pensar y sentir en español a muchos indígenas americanos, y si son muchos los indios puros americanos que piensan y sienten en lengua española, son acaso más los que todavía piensan y sienten, aman y odian, gozan y sufren, ven y sueñan en sus viejas lenguas precolombinas.

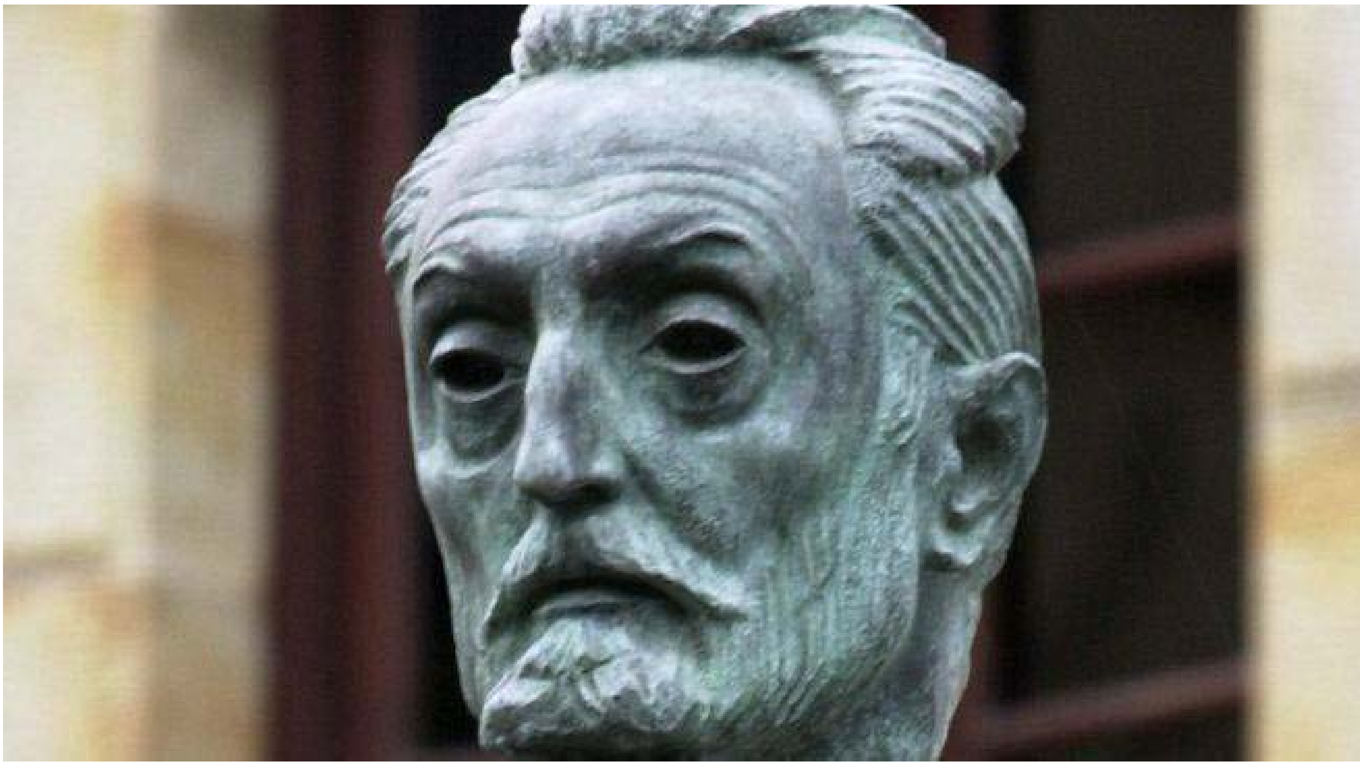
¡Y hay que ver las luchas de razas materiales que se entablan en no pocas naciones hispanoamericanas! Para que se le vaya a dar a esa categoría de raza el bárbaro sentido que le dan los racistas, los presuntos arios esos de la cruz gamada y anticristiana.

Muchos españoles de lengua —quiero decir hombres cuya lengua de cuna, maternal, era el español, o si se quiere el castellano— que se han distinguido en el cultivo de esta nuestra lengua y suya, han llevado en sus venas mayor proporción acaso de sangre material no española que de ésta, y hasta se ha dado el caso de indio puro o de negro puro que no ha pensado ni sentido sino en español. Y en cuanto a judíos, ¡habría tanto que decir!

Todos esos bárbaros racistas teutónicos y sus pedantes discípulos de aquí —hay quien cree en las fantasmagorías de aquel iluso Drumont— suelen decir y repetir que cuando se pronuncian contra los judíos no es por motivos religiosos, sino de raza.

Y mucho más cuanto que no pocos de los supuestos judíos de raza —¡porque cualquiera sabe lo que es antropológicamente la raza judía!— no son judíos de religión, sino cristianos de una u otra rama, y por otra parte los sedicentes arios que los persiguen tampoco son de religión cristiana, sino más bien anticristiana. A tal punto que reniegan de Jesús y de sus apóstoles por haber sido éstos de nacionalidad judaica. //

Unamuno "De nuevo la raza"



Unamuno, en su libro "En torno al casticismo", apunta al geodeterminismo aplicado a Castilla :

"Como todas las grandes masas de tierra, se calienta e irradia su calor antes que el mar y las costas que éste refresca y templa, más pronta en recibirlo y en emitirlo más pronta. De aquí resulta un extremado calor cuando el sol la tuesta, un frío extremado en cuanto la abandona; unos días veraniegos y ardientes, seguidos de noches frescas, en que tragan con deleite los pulmones la brisa terral; noches invernales heladas en cuanto cae el sol brillante y frío, que en su breve carrera diurna no logra templar el día. Los inviernos largos y duros y los estíos breves y ardorosos, han dado ocasión al dicho de «nueve meses de invierno y tres de infierno». En la otoñada, sin embargo, se halla respiro en un ambiente sereno y plácido. Deteniendo los vientos marinos, coadyuvan las sierras a enfriar el invierno y a enardecer el verano; mas si bien impiden el paso a las nubes mansas y bajas, no lo cierran a los vientos ciclones que descargan en sus cuencas, viéndose así grandes sequías seguidas de aguaceros torrenciales.

En este clima extremado por ambos extremos, donde tan violentamente se pasa del calor al frío y de la sequía al aguaducho, ha inventado el hombre en la capa que le aísla del ambiente, una atmósfera personal, regularmente constante en medio de las oscilaciones exteriores, defensa contra el frío y contra el calor a la vez.

Los grandes aguaceros y nevadas, descargando en sus sierras y precipitándose desde ellas por los empinados ríos, han ido desollando, siglo tras siglo, el terreno de la meseta, y las sequías que les siguen han impedido que una vegetación fresca y potente retenga en su maraña la tierra mollar del acarreo. Así es que se ofrecen a la vista campos ardientes, escuetos y dilatados, sin fronda y sin arroyos, campos en que una lluvia torrencial de luz dibuja sombras espesas en deslumbrantes claros, ahogando los matices intermedios. El paisaje se presenta recortado, perfilado, sin ambiente casi, en un aire transparente y sutil.



Faltan suaves transiciones, ni hay otra conti-
nuidad armónica que la de la llanura inmensa y el azul que la cubre e ilumina.

No despierta este paisaje sentimientos voluptuosos de alegría de vivir, ni sugiere sensaciones de comodidad y holgura concupiscibles: no es un campo verde y graso en que dan ganas de revolcar ni hay repliegues de tierra que llamen como un nido.

No evoca su contemplación al animal que duerme en nosotros todos, y que medio despierto de su modorra, se regodea en satisfacciones de apetitos amasados con su carne desde los albores de su vida, a la presencia de frondosos campos de vegetación opulenta. No es una naturaleza que recree[1] al espíritu.

Nos desase más bien del pobre suelo, envolviéndonos en cielo puro, desnudo y uniforme. No hay aquí comunión con la Naturaleza, ni nos absorbe ésta en sus espléndidas exuberancias; cabe decirlo, más que panteístico, un paisaje monoteístico es, campo infinito en que, sin perderse, se achica el hombre, y en que siente en medio de la sequía de los campos sequedades del alma. El mismo profundo estado de ánimo que este paisaje me produce aquel canto en que el alma atormentada de Leopardi nos presenta al pastor errante que, en las estepas asiáticas, interroga a la luna por su destino.

Siempre que contemplo la llanura castellana recuerdo dos cuadros. Es el uno un campo escueto, seco y caliente, bajo un cielo intenso,

el intrincamiento de valles, gargantas, hoces y encañadas, y se llega, por fin, subiendo más o menos, a la meseta central, cruzada por peladas sierras que forman las grandes cuencas de sus grandes ríos. En esta meseta se extiende Castilla, el país de los castillos.

Penetrad en uno de esos lugares o en una de las viejas ciudades amodorradas en la llanura, donde la vida parece discurrir calmosa y lenta en la monotonía de las horas, y allí dentro hay almas vivas, con fondo transitorio y fondo eterno y una intra-historia castellana.

Allí dentro vive una casta de complexión seca, dura y sarmentosa, tostada por el sol y curtida por el frío; una casta de hombres sobrios, producto de una larga selección por las heladas de crudísimos inviernos y una serie de penurias periódicas, hechos a la inclemencia del cielo y a la pobreza de la vida. El labriego que al pasar montado en su mula y arrebujado en su capa os dio gravemente los buenos días, os recibirá sin grandes cortesías, con continente sobrio. Es calmoso en sus movimientos; en su conversación, pausado y grave y con una flema que le hace parecer a un rey destronado. Esto cuando no es socarrón, voz muy castiza de un carácter muy castizo también. La socarronería es el castizo humorismo castellano, un humorismo grave y reposado, sentencioso y flemático; el humorismo del bachiller Sansón Carrasco, que se bate caballerosamente con Don Quijote con toda la solemnidad que requiere el caso, y que acaba tomando en serio el juego. Es el *humorismo* grave de Quevedo, el que hizo los discursos de Marco Bruto.

De ordinario suele ser silencioso y taciturno, mientras no se le desata la lengua.



UNAMUNO

Bronce, 1,82 mt., Balcón de Unamuno,
Artenara, Gran Canaria(1999)

// DIVAGACIONES DE ESTÍO

Mediados de julio. Hace un calor penosamente soportable. Me parece que este sol es ese que llaman sol de justicia, no sé bien por qué. Verdad es que tampoco sé por qué llaman a tantas cosas como las llaman. Bien, ¿y esto qué importa?

El calor dilata los cuerpos. Esto es un hecho y no una teoría científica, y como es un hecho, no cabe ejercitar sobre él la paradoja. ¿Y qué es esto de la paradoja? Una palabra que han inventado los tontos para llamar con ella a todo aquello que oyen por primera vez. Para Adán todo sería paradoja. O más bien no lo sería nada.

El calor del sol español y su influencia en los cuerpos de los españoles.

Y eso que los tontos llaman paradoja, ¿no cabe acaso ejercitarlo sobre los hechos? Dice Meredith —y hago esta cita para que sigan algunos diciendo que soy un hombre que vivo entre libros, un espíritu libresco, cerebral, etc.—, dice Meredith que el dolor no es un misterio, sino un simple hecho, y, sin embargo, el dolor es la principal fuente de lo que llaman paradojas los tontos, a los cuales, aunque chillen, no les duele nunca nada de veras. Pero ¿es que un hecho no es por lo mismo de serlo, un misterio? ¿Y es que todo misterio no es un hecho?

El alma de los españoles se dilata con el calor.

Reanudemos el hilo de estas divagaciones. (He aquí una frase que no viene sino a dar un cierto aspecto lógico a este escrito, siendo así que no lo necesita.) El calor dilata los cuerpos. Pero ¿no dilata también las almas? Acaso. Y no pasemos de este prudente "acaso".

Ahora Unamuno se anticipa a los surrealistas y a Freud y su subsconsciente liberado en la modorra.

Por mi parte, me encuentro con el alma —o lo que en mí haga sus veces— no ya dilatada, sino más bien desgranada, desvencijada; es decir, con sus vencejos o ligaduras todos sueltos. Me cuesta trabajo recojerla en un haz. Se me escapa por todas partes. Y acaso merced a esto se me aparece otro yo, el más primitivo, el que está por debajo del alma. (Esto del yo que está por debajo del alma es una ingeniosidad que a unos ingenuos les puede parecer paradoja y a otros una expresión casi genial.

Y la verdad es que de ordinario no tenemos noción de la profundidad toda de cuanto se nos ocurre.)

Ayer, después de haber pasado una noche interminable de insomnio, de malestar y de jaqueca, yo, que aborrezco la siesta, me eché sobre la cama después de comer. Y empezó a desfilar ante mí mi propia obra.

¡Qué ridícula y qué afanosa me pareció toda ella! ¡Si supieran todos esos caballeros que de cuando en cuando se meten conmigo que yo mismo me he dicho y me digo cosas mucho más duras que cuantas ellos puedan decirme!...

Dando vueltas en la cama, sin poder rechazar el calor que dilata los cuerpos y también, según parece, las almas, me decía a mí mismo: "Hete ya, Miguel, metido en lo que más aborrecías o creías aborrecer, en escritor profesional. Tú quisiste ser un hombre que escribe y no un escritor, pero, a pesar de tus esfuerzos todos, el hombre empieza a desvanecerce debajo del escritor.

Pero aún te queda hombre. Y la prueba de ello es que no pasas por entre la indiferencia de tus lectores. Éstos, o te cobran adhesión y afecto, o te cobran repulsión. Tú, gracias a Dios, molestas; molestas como un hombre, no como un escritor."

Pero luego pensaba que ésta es otra forma de la vanidad de vanidades. ¡Vanidad de vanidades! Bien; ¿y no es la mayor de las vanidades la de querer huir a esa vanidad de vanidad en que fuimos concebidos, nacimos y moriremos por fin? Hay que aceptarlo.

Y daba vueltas en la cama porque se me iba el tiempo sin cosa de provecho. Y pensaba deber aprovechar esta flojedad de espíritu, este desatamiento de los lazos del alma, esta situación de desagregación anímica para escribir alguna fantasía lírica. ¡Imposible! Las explosiones líricas sólo me brotan cuando tengo el alma condensada. No sirvo para el caleidoscopio.

¡Y es lástima! Es decir, es lástima en cuanto hace al número de lectores que con eso me ganaría. ¡Es tan grato para tanta gente el dejarse adormecer a un ritmo de hamaca por una sarta de imágenes sin más cuerda que la de la rima! Esa poesía sin huesos, mucilaginosa e inarticulada hace las delicias de los espíritus de espumas. Porque a estos espíritus, arrastrarlos al fondo de las aguas, es matarlos. //

Unamuno

"Divagaciones de estío"



//

¿Y olvida Dios lo que una vez hubo pensado? ¿No sub-
:en acaso en la Suprema Conciencia los pensamientos to-
; que por ella pasan de una vez? En Él, que es eterno,
se eterniza toda existencia?

«Dios no piensa, crea; no existe, es eterno», escribió Kier-
:gaard (*Afslutende uvidenskabelige Efterskrift*); pero es aca-
más exacto decir con Mazzini, el místico de la unidad
aliana, que «Dios es grande porque piensa obrando» (*Ai
ovani d'Italia*), porque en Él pensar es crear y hacer exis-
a aquello que piensa existente con sólo pensarlo, y es lo
posible lo impensable por Dios. ¿No se dice en la Escri-
ra que Dios crea con su palabra, es decir, con su pensa-
ento, y que por éste, por su Verbo, se hizo cuanto exis-

Unamuno hace un repaso a las tesis tradicionales de la escuela espiritualista.

Es tal nuestro anhelo de salvar a la conciencia, de dar fi-
:dad personal y humana al universo y a la existencia,
hasta en un supremo, dolorosísimo y desgarrador sa-
cio llegaríamos a oír que se nos dijese que si nuestra
:iencia se desvanece es para ir a enriquecer la Conciencia
nfinita y eterna, que nuestras almas sirven de alimento

al Alma Universal. Enriquezco, sí, a Dios, porque antes de yo existir no me pensaba como existente, porque soy uno más, uno más aunque sea entre infinitos, que como habiendo vivido y sufrido y amado realmente, quedo en su seno.

Es el furioso anhelo de dar finalidad al Universo, de hacerle conciente y personal, lo que nos ha llevado a creer en Dios, a querer que haya Dios, a crear a Dios, en una palabra. ¡A crearle, sí! Lo que no debe escandalizar se diga ni al más piadoso teísta. Porque creer en Dios es, en cierto modo, crearle, aunque Él nos cree antes. Es Él quien en nosotros se crea de continuo a sí mismo.

La concepción de Dios por Unamuno está muy influida por su experiencia como creador de personajes y novelas, como vemos en "Niebla".

Hemos creado a Dios para salvar al Universo de la nada, pues lo que no es conciencia y conciencia eterna, conciente de su eternidad y eternamente conciente, no es nada más que apariencia. Lo único de veras real es lo que siente, sufre, compadece, ama y anhela, es la conciencia; lo único sustancial es la conciencia.

Y necesitamos a Dios para salvar la conciencia; no para pensar la existencia, sino para vivirla; no para saber por qué y cómo es, sino para sentir para qué es. El amor es un contrasentido si no hay Dios.

Veamos ahora eso de Dios, lo del Dios lógico o Razón Suprema, y lo del Dios biótico o cordial, esto es, el Amor Supremo.

Las mismas dificultades, las mismas impensabilidades se nos vienen por otro camino.

Alguien podría decir, por otra parte, que la apocatastasis, el que Dios llegue a ser todo en todos, supone que no lo era antes. El que los seres todos lleguen a gozar de Dios supone que Dios llega a gozar de los seres todos, pues la visión beatífica es mutua, y Dios se perfecciona con ser mejor conocido, y de almas se alimenta y con ellas se enriquece.

Podría en este camino de locos ensueños imaginarse un Dios inconciente, dormitando en la materia, y que va a un Dios conciente del todo, conciente de su divinidad; que el Universo todo se haga conciente de sí como todo, y de cada una de las conciencias que lo integran, que se haga Dios. Mas, en tal caso, ¿cómo empezó ese Dios inconciente? ¿No es la materia misma? Dios no sería así el principio, sino el fin del Universo; pero ¿puede ser fin lo que no fue principio?

... ¿O es que hay fuera del tiempo, en la eternidad, diferencia entre principio y fin? «El alma del todo no estaría atada por aquello mismo (esto es, la materia) que está por ella atado», dice Plotino (*Enn. II,* IX, 7). ¿O no es más bien la Conciencia del Todo que se esfuerza por hacerse de cada parte, y en que cada conciencia parcial tenga de ella, de la total, conciencia? ¿No es un Dios monoteísta o solitario que camina a hacerse panteísta?

Y si no es así, si la materia y el dolor son extraños a Dios, se preguntará uno: ¿para qué creó Dios el mundo? ¿Para qué hizo la materia e introdujo el dolor? ¿No era mejor que no hubiese hecho nada? ¿Qué gloria le añade el crear ángeles u hombres que caigan y a los que tenga que condenar a tormento eterno?

... poner vinagre y sal en la herida del alma, porque cuando te duermas y no sientas ya el dolor, es que no eres. Y hay que ser. No cerréis, pues, los ojos a la Esfinge acongojadora, sino miradla cara a cara, y dejad que os coja y os masque en su boca de cien mil dientes venenosos y os trague. Veréis qué dulzura cuando os haya tragado, qué dolor más sabroso.

Y a esto se va prácticamente por la moral de la imposición mutua. Los hombres deben tratar de imponerse los unos a los otros, de darse mutuamente sus espíritus, de sellarse mutuamente las almas.

Y hay que imponerse, aunque sólo sea por la paciencia. «Mi vaso es pequeño, pero bebo en mi vaso», decía un poeta egoísta y de un pueblo de avaros. No; en mi vaso beben todos, quiero que todos beban de él; se lo doy, y mi vaso crece, según el número de los que en él beben, y todos, al poner en él sus labios, dejan allí algo de su espíritu.

Y bebo también de los vasos de los demás, mientras ellos beben del mío. Porque cuanto más soy de mí mismo, y cuanto soy más yo mismo, más soy de los demás; de la plenitud de mí mismo me vierto a mis hermanos, y al verterme a ellos, ellos entran en mí.

«Sed perfectos como vuestro Padre», se nos dijo, y nuestro Padre es perfecto porque es El, y es cada uno de sus hijos que en él viven, son y se mueven. Y el fin de la perfección es que seamos todos una sola cosa (Juan XVII, 21), todos un Cuerpo en Cristo (Rom. XII, 5), y que, al cabo, sujetas todas las cosas al Hijo, el Hijo mismo se sujete a su vez a quien lo sujetó todo para que Dios sea todo en todos.

Y esto es hacer que el Universo sea conciencia: hacer de la Naturaleza sociedad y sociedad humana. Y entonces se le podrá a Dios llamar Padre a boca llena.

Ya sé que los que dicen que la ética es ciencia dirán que todo esto que vengo exponiendo no es más que retórica;

// ... todas esas figuras y colores de que hablamos no son más que ilusiones y desvaríos que perturban la sana comprensión de las cosas, y dicen los sordos que el lenguaje y la música no sirven más que para trastornar a las gentes? Hay sordo que asegura que vive muy bien sin oído, y debe de parecerle muy ridículo el que dos hombres se pongan frente a frente y se estén mirándose y moviendo los labios y pretendan que así se entienden.

—¡Siempre las metáforas!

—No hay otro remedio, sobre todo cuando hay que hablar de cosas para cuya expresión no se ha hecho el lenguaje. //

Es cosa que da en qué pensar eso de que hayan llamado a la moral cristiana moral de esclavos. ¿Quiénes? ¡Los anarquistas! El anarquismo sí que es moral de esclavos, pues sólo el esclavo canta a la libertad anárquica. ¡Anarquismo, no!, sino *panarquismo;* no aquello de ni Dios ni amo, sino todos dioses y amos todos, todos esforzándose por divinizarse, por inmortalizarse. Y para ello, dominando a los demás.

¡Y hay tantos modos de dominar! A las veces, hasta pasivamente, al parecer al menos, se cumple con esta ley de vida. El acomodarse al ámbito, el imitar, el ponerse uno en lugar de otro, la simpatía, en fin, además de ser una manifestación de la unidad de la especie, es un modo de expansionarse, de ser otro. Ser vencido, o, por lo menos, aparecer vencido, es muchas veces vencer; tomar lo de otro, es un modo de vivir en él.

La relación de los hombres entre sí es de dominación pero con muchos estilos distintos.

Y es que al decir dominar, no quiero decir como el tigre. También domina el zorro por la astucia, y la liebre huyendo, y la víbora por su veneno, y el mosquito por su pequeñez, y el calamar por su tinta, con que oscurece el ámbito y huye. Y nadie se escandalice de esto, pues el mismo Padre de todos, que dio fiereza, garras y fauces al tigre, dio astucia al zorro, patas veloces a la liebre, veneno a la víbora, pequeñez al mosquito y tinta al calamar.

Y no consiste la nobleza e innobleza en las armas de que se use, pues cada especie, y hasta cada individuo, tiene las suyas, sino en cómo se las use, y, sobre todo, en el fin para que uno las esgrima.

Los que no son fuertes y grandes también son útiles como conciencias de la época.

Y entre las armas de vencer hay también la de la paciencia y la resignación apasionadas, llenas de actividad y de anhelos interiores. Recordad aquel estupendo soneto del gran luchador, del gran inquietador puritano Juan Milton, el secuaz de Cromwell y cantor de Satanás, el que al verse ciego y considerar su luz apagada e inútil en él, aquel talento cuya ocultación es muerte, oye que la Paciencia le dice: «Dios no necesita ni de obra de hombre ni de sus dones; quienes mejor llevan su blando yugo, le sirven mejor; su estado es regio; miles hay que se lanzan a su señal y corren sin descanso tierras y mares; pero también le sirven los que no hacen sino estarse y aguardar».

They also serve who only stand and wait. Sí, también le sirven los que sólo se están aguardándole; pero es cuando le aguardan apasionadamente, hambrientamente, llenos de anhelo de inmortalidad en El.

... en la vía de las fantasías, podemos fantasear el que estas células se comunicaran entre sí, y expresara alguna de ellas su creencia de que formaban parte de un organismo superior dotado de conciencia colectiva personal. Fantasía que se ha producido más de una vez en la historia del sentimiento humano, al suponer alguien, filósofo o poeta, que somos los hombres a modo de glóbulos de la sangre de un Ser Supremo, que tiene su conciencia colectiva personal, la conciencia del universo.

Tal vez la inmensa vía láctea que contemplamos durante las noches claras en el cielo, ese enorme anillo de que nuestro sistema planetario no es sino una molécula, es a su vez una célula del universo, Cuerpo de Dios. Las células todas de nuestro cuerpo conspiran y concurren con su actividad a mantener y encender nuestra conciencia, nuestra alma; y si las conciencias o las almas de todas ellas entrasen enteramente en la nuestra, en la componente, si tuviese yo conciencia de todo lo que en mi organismo corporal pasa, sentiría pasar por mí al universo, y se borraría tal vez el doloroso sentimiento de mis límites.

Y si todas las conciencias de todos los seres concurren por entero a la conciencia universal, ésta, es decir, Dios, es todo.

En nosotros nacen y mueren a cada instante oscuras conciencias, almas elementales, y este nacer y morir de ellas constituye nuestra vida. Y cuando mueren bruscamente, en choque, hacen nuestro dolor. Así en el seno de Dios nacen y mueren —¿mueren?— conciencias, constituyendo sus nacimientos y sus muertes su vida.

Si hay una Conciencia Universal y Suprema, yo soy una idea de ella, ¿y puede en ella apagarse del todo idea alguna? Después que yo haya muerto, Dios seguirá recordándome, y el ser yo por Dios recordado, el ser mi conciencia mantenida por la Conciencia Suprema, ¿no es acaso ser?

Y si alguien dijese que Dios ha hecho el universo, se le puede retrucar que también nuestra alma ha hecho nuestro cuerpo tanto o más que ha sido por él hecha. Si es que hay alma.

El dolor por los males de este Universo

es lo que hace desarrollarse a la conciencia.

Cuando la compasión, el amor, nos revela al universo todo luchando por cobrar, conservar y acrecentar su conciencia, por concientizarse más y más cada vez, sintiendo el dolor de las discordancias que dentro de él se producen, la compasión nos revela la semejanza del universo todo con nosotros, que es humano, y nos hace descubrir en él a nuestro Padre, de cuya carne somos carne; el amor nos hace personalizar al todo de que formamos parte.

Unamuno da la vuelta a los argumentos de Feuerbach contra la religión.

En el fondo, lo mismo da decir que Dios está produciendo eternamente las cosas, como que las cosas están produciendo eternamente a Dios. Y la creencia en un Dios personal y espiritual se basa en la creencia en nuestra propia personalidad y espiritualidad. Porque nos sentimos conciencia, sentimos a Dios conciencia, es decir, persona, y porque anhelamos que nuestra conciencia pueda vivir y ser independiente del cuerpo, creemos que la persona divina vive y es independientemente del universo, que es su estado de conciencia *ad extra*.

Existe el fenómeno de la conciencia en el hombre que siempre busca una unión con los otros hombres.

Claro es que vendrán los lógicos y nos pondrán todas las evidentes dificultades racionales que de esto nacen; pero ya dijimos que, aunque bajo formas racionales, el contenido de todo esto no es, en rigor, racional. Toda concepción racional de Dios es en sí misma contradictoria. La fe en Dios nace del amor a Dios, creemos que existe por querer que exista, y nace acaso también del amor de Dios a nosotros. La razón no nos prueba que Dios exista, pero tampoco que no pueda existir.

Pero más adelante, más sobre esto de que la fe en Dios sea la personalización del universo.

Y recordando lo que en otra parte de esta obra dijimos, podemos decir que las cosas materiales, en cuanto conocidas, brotan al conocimiento desde el hambre, y del hambre brota el universo sensible y material en que las conglobamos, y las cosas ideales brotan del amor y del amor brota Dios, en quien esas cosas ideales conglobamos, como en Conciencia del Universo.

. . .

Es la conciencia social, hija del amor, del instinto de perpetuación la que nos lleva a socializarlo todo, a ver en todo sociedad, y nos muestra, por último, cuán de veras es una sociedad infinita la Naturaleza toda. Y por lo que a mí hace, he sentido que la Naturaleza es sociedad, cientos de veces al pasearme en un bosque.

... al mundo espiritual o imaginable, al que la imaginación nos crea. La conciencia tiende a ser más conciencia cada vez, a concientizarse, a tener conciencia plena de toda ella misma, de su contenido todo. En las profundidades de nuestro propio cuerpo, en los animales, en las plantas, en las rocas, en todo lo vivo, en el Universo todo, hemos de creer con la fe, enseñe lo que nos enseñare la razón, que hay un espíritu que lucha por conocerse, por cobrar conciencia de sí, por serse —pues serse es conocerse—, por ser espíritu puro, y como sólo puede lograrlo mediante el cuerpo, mediante la materia, la crea y de ella se sirve a la vez que de ella queda preso.

Sólo puede verse uno la cara retratada en un espejo; pero del espejo en que se ve queda preso para verse, y se ve en él tal y como el espejo le deforma, y si el espejo se le rompe, rómpesele su imagen, y si se le empaña, empáñasele.

Hállase el espíritu limitado por la materia en que tiene que vivir y cobrar conciencia de sí, de la misma manera que está el pensamiento limitado por la palabra, que es su cuerpo social. Sin materia no hay espíritu, pero la materia hace sufrir al espíritu, limitándolo. Y no es el dolor, sino el obstáculo que la materia pone al espíritu, es el choque de la conciencia con lo inconciente.

Es el dolor, en efecto, la barrera que la inconciencia, o sea la materia, pone a la conciencia, al espíritu; es la resistencia a la voluntad, el límite que el universo visible pone a Dios, es el muro con que topa la conciencia al querer ensancharse a costa de la inconciencia, es la resistencia que esta última pone a concientizarse.

Aunque lo creamos por autoridad, no sabemos tener corazón, estómago o pulmones, mientras no nos duelen, oprimen o angustian. Es el dolor físico, o siquiera la molestia, lo que nos revela la existencia de nuestras propias entrañas. Y así ocurre también con el dolor espiritual, con la angustia, pues no nos damos cuenta de tener alma hasta que ésta nos duele.

Es la congoja lo que hace que la conciencia vuelva sobre sí. El no acongojado conoce lo que hace y lo que piensa, pero no conoce de veras que lo hace y lo piensa. Piensa, pero no piensa que piensa, y sus pensamientos son como si no fuesen suyos. Ni él es tampoco de sí mismo. Y es que sólo por la congoja, por la pasión de no morir nunca, se adueña de sí mismo un espíritu humano.

El dolor, que es un deshacimiento, nos hace descubrir nuestras entrañas, y en el deshacimiento supremo, el de la muerte, llegaremos por el dolor del anonadamiento a las entrañas de nuestras entrañas temporales, a Dios, a quien en la congoja espiritual respiramos y aprendemos a amar.
Es así como hay que creer con la fe, enséñenos lo que nos enseñare la razón.

El origen del mal no es, como ya de antiguo lo han visto muchos, sino eso que por otro nombre se llama inercia de la materia, y en el espíritu, pereza. Y por algo se dijo que la pereza es la madre de todos los vicios. Sin olvidar que la suprema pereza es la de no anhelar locamente la inmortalidad.

La conciencia, el ansia de más y más, cada vez más, el hambre de eternidad y sed de infinitud, las ganas de Dios, jamás se satisfacen; cada conciencia quiere ser ella y ser todas las demás, sin dejar de ser ella, quiere ser Dios. Y la materia, la inconciencia, tiende a ser menos, cada vez menos, a no ser nada, siendo la suya una sed de reposo. El espíritu dice: «¡Quiero ser!», y la materia le responde: «¡No lo quiero!»

El dolor aparece cuando la materia obstaculiza a la conciencia.

Y muchos que parecen grandes egoístas y que todo lo atropellan por llevar a cabo su obra, no son sino almas encendidas en caridad y rebosantes de ella, porque su yo mezquino lo someten y soyugan al yo social que tiene una misión que cumplir.

Y en el orden de la vida humana, el individuo, movido por el mero instinto de conservación, creador del mundo material, tendería a la destrucción, a la nada, si no fuese por la sociedad que, dándole el instinto de perpetuación, creador del mundo espiritual, le lleva y le empuja al todo, a inmortalizarse. Y todo lo que el hombre hace como mero individuo, frente a la sociedad, por conservarse aunque sea a costa de ella, es malo, y es bueno cuanto hace como persona social, por la sociedad en que él se incluye, por perpetuarse en ella y perpetuarla.

¿No es que acaso vivimos y amamos, esto es, sufrimos compadecemos en esa Gran Persona envolvente a todos, as personas todas que sufrimos y compadecemos y los sees todos que luchan por personalizarse, por adquirir coniencia de su dolor y de su limitación? ¿Y no somos acaso deas de esa Gran Conciencia total que al pensarnos existentes nos da la existencia?

¿No es nuestro existir ser por Dios percibidos y sentidos? Y más adelante nos dice este nismo visionario, a su manera imaginativa, que cada ánel, cada sociedad de ángeles y el cielo todo contemplado e consuno, se presentan en forma humana, y que por virid de esta su humana forma, lo rige el Señor como a un olo hombre.

Sí, la hay, y es del primer místico cristiano, de San Pablo de Efeso, del Apóstol de los gentiles, de aquel que por no haber visto con los ojos carnales de la cara al Cristo carnal y mortal, al ético, le creó en sí inmortal y religioso, de aquel que fue arrebatado al tercer cielo, donde vio secretos inefables (II Cor., XIII). Y este primer místico cristiano soñó también en un triunfo final del espíritu, de la conciencia, y es lo que se llama técnicamente en teología la apocatastasis o recostitución.

Es en los versículos 26 al 28 del capítulo XV de su primera epístola a los Corintios donde nos dice que el último enemigo que ha de ser dominado será la muerte, pues Dios puso todo bajo sus pies; pero cuando diga que todo le está sometido, es claro que excluyendo al que hizo que todo se le sometiese, y cuando le haya sometido todo, entonces también El, el Hijo, se someterá al que le sometió todo para que Dios sea todo en todo: ίνα η ό θεος παντα εν πασ ιν. Es decir, que el fin es que Dios, la Conciencia, acabe siéndolo todo en todo.

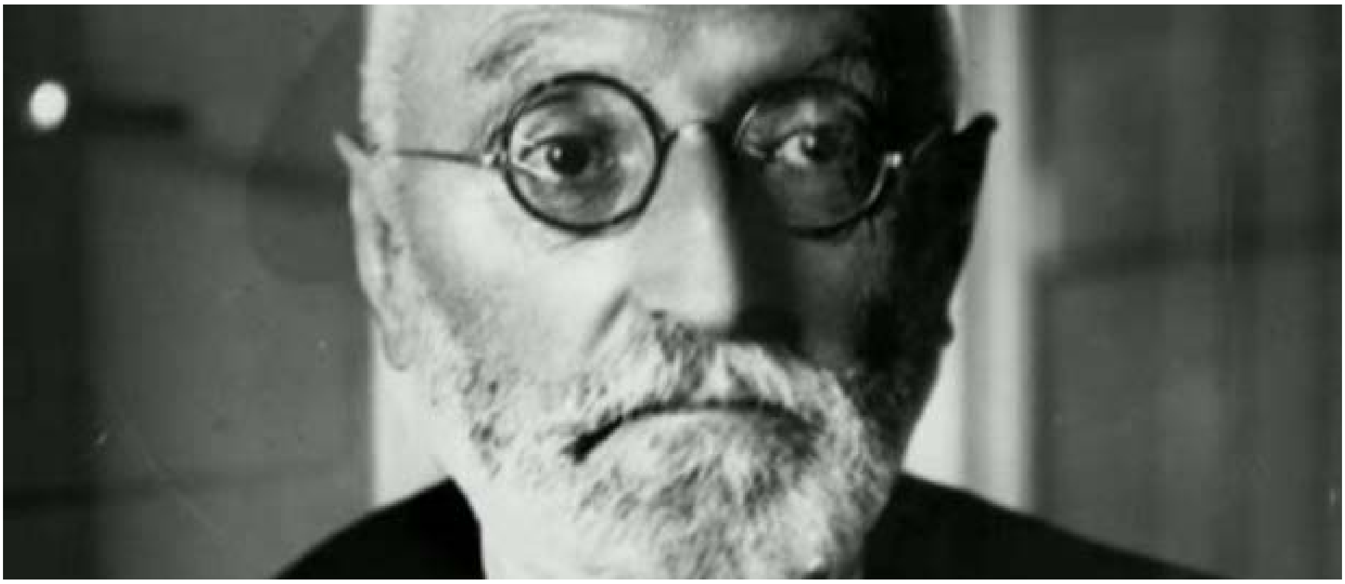
Doctrina que se completa con cuanto el mismo Apóstol expone respecto al fin de la historia toda del mundo en su epístola a los Efesios. Preséntanos en ella, como es sabido, a Cristo —que es por quien fueron hechas las cosas todas del Cielo y de la Tierra, visibles e invisibles (Col., I, 16)—, como cabeza de todo (I, 22), y en él, en esta cabeza, hemos de resucitar todos para vivir en comunión de santos y comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la largura, la profundidad y la altura, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento (III, 18, 19).

... Y a este recojernos en Cristo, cabeza de la Humanidad, y como resumen de ella, es a lo que el Apóstol llama reçaudarse, recapitularse o recojerse, todo en Cristo ανακεφαλαιωσασθαι τα παντα εν Χριστω. Y esta recapitulación —ανακεφαλαιωσις, *anacefaleosis*— fin de la historia del mundo y del linaje humano, no es sino otro aspecto de la apocatastasis. Esta, la apocatastasis, el que llegue a ser Dios todo en todos, redúcese, pues, a la ancefaleosis, a que todo se recoja

en Cristo, en la Humanidad, siendo, por tanto, la Humanidad el fin de la creación. Y esta apocatastasis, esta humanación o divinización de todo, ¿no suprime la materia? ¿Pero es que suprimida la materia, que es el principio de individuación —*principium individuationis*, según la Escuela—, no vuelve todo a una conciencia pura que en puro pureza ni se conoce a sí, ni es cosa alguna concebible y sensible? Y suprimida toda materia, ¿en qué se apoya el espíritu? //

El hombre, que es atravesado por rayos cósmicos, radiofrecuencias, radiactividad, magnetismo , espera que la finalidad del Universo sea la reunión de todos los seres que han existido.

Unamuno "Del sentimiento trágico de la vida"





Unamuno siempre busca la inmortalidad de algo suyo , como su conciencia, lo cual es habitual entre los espiritualistas. Pero en su vida mundana, Unamuno buscó lo mismo que los demás hombres: tener éxito en la vida. Quiso sacar las oposiciones para profesor de griego, luego quiso publicar artículos y novelas, criar a sus hijos, convertirse en una celebridad y , sobre todo, conseguir decir con palabras lo que quería decir, lo cual es el máximo logro para todo escritor. Es decir, Unamuno buscó el éxito material en su vida aunque en sus escritos siempre buscara la inmortalidad de una parte de él : su conciencia.

Unamuno no se diferenció de cualquier otro hijo de vecino. Tener éxito en la vida terrenal quería decir que todos los proyectos emprendidos acabaran en éxito, fueran formar una familia, ser profesor o escribir "Paz en la guerra" que le tomó I2 años de dedicación. La felicidad terrenal era, para Unamuno, la misma que para el resto de los mortales : que toda acción empezada acabara en éxito. Que le salieran bien todas las cosas que quería hacer en la vida. Que fuera más listo que los demás para acceder al puesto de profesor de griego, de escritor de calidad , de crítico de la época sin morir en la empresa, de ser famoso , de llevar adelante a su familia, de publicar, de lograr cada proyecto literario que se propusiera. Cuando el hombre tiene éxito es feliz porque los planes que había tramado , creyendo que era más listo que los otros, han salido bien . Pero cuando al hombre no le salen bien las cosas que había calculado con tanto detenimiento, entonces es un desgraciado que odia a todo el mundo y que critica todos los males de la época. A todo aquel que uno tras otro todos sus proyectos en la vida van lográndose , aunque cuesten muchos años de trabajos, le corresponde la felicidad porque su verdad, su concordancia del sujeto que es él mismo con los objetos del mundo han dado un fruto : dinero, posición, fama, obras . En esta relación del sujeto con el Mundo, debe demostrarse a sí mismo que es más

listo que los demás tramando planes y esquemas , aprovechando resquicios por donde colarse , por donde meter sus nuevas tecnologías, sus nuevos productos en el mercado, sus ideas propias, su manera de ser con toda su filosofía propia , su ética propia y sus técnicas propias. Al hombre que es así se le llama un triunfador y todos lo estudian para descubrir sus secretos, sus planes personales que lo han llevado a la verdad: la concordancia del sujeto con los objetos, también conocida como éxito. Todos imitan al triunfador pero sus trucos solamente sirven para él mismo. Cada individuo debe desarrollar su propio camino, sus propios trucos para tener éxito en la vida, para ser más listo que los demás en algún campo o en alguna actividad. Lo hace así el ingeniero que desarrolla nuevas máquinas o nuevas tecnologías, lo hace así el arquitecto que desarrolla un estilo arquitectónico propio, lo hace así el músico que desarrolla un lenguaje musical propio y unos conceptos estéticos propios, lo hace así el comerciante que vende muchos productos , lo hace así el político que adapta su programa electoral a lo que la época pida y a lo que el pueblo pida en cada década.

Unamuno era un hombre como los demás y buscó su éxito como los demás hombres. Aunque el tema recurrente de la mayoría de sus escritos fuera la búsqueda de la inmortalidad de su conciencia.

No hay hombre más feliz en este mundo que aquél al que todas las cosas le salen bien en esta vida.Todos los negocios y empresas que ha acometido, todos han salido bien porque es listo y evita las trampas y las ratoneras de cada mundillo profesional. Todas sus actividades personales, desde las amorosas hasta las deportivas siempre han sido un éxito porque no empieza nada que no sepa que pueda hacer bien. Todos sus proyectos profesionales se han realizado correctamente. Ha llegado a la vejez con su familia en buena situación económica y con dinero en su cuenta corriente. Acaba su vida con todo lo que tenía que hacer , hecho y bien. No ha cometido

errores y siempre ha optado por tomar los caminos más seguros y establecidos. Y cuando no lo ha hecho, ha tomado nuevos caminos que su genialidad ha abierto y que le han llevado a nuevos éxitos. Esto es lo que busca todo individuo, incluso el mismo Unamuno. No les importa si serán inmortales después de morir , todo de ellos o solamente una parte como la conciencia. Lo que les importa realmente es que todas las cosas en la vida les salgan bien, evitando las cosas malas de la vida, todas sus trampas y acabando sus días con muchas obras realizadas, su familia bien gracias, dinero en su cuenta corriente y buena salud. Todos los hombres quieren lo mismo y quien diga lo contrario, es un mentiroso, aunque se llame Unamuno. Todo hombre es máximamente feliz cuando consigue aquello que ha emprendido, sea clavar un clavo o acabar un trabajo lento y paciente al que ha dedicado muchos años, o escapar de alguna de las muchas trampas que hay en la vida, como quedar atrapado en una mala ciudad, en un mal barrio, en una mala familia o en un mal trabajo. Todos nos sentimos libres como mariposas cuando logramos salir de una situación mala, de la compañía de mala gente, de una empresa llena de gente tóxica o de una ciudad infernal. El hombre es feliz cuando nada perturba su casa, sus cuentas bancarias, su salud, su plan de vida, su tinglado que se haya montado en la vida. Y cada año que pasa es más y más feliz si ningún accidente o imprevisto estropean su plan de vida. Y cuando llega a la vejez, se reconforta a sí mismo pensando en lo listo que ha sido en la vida.Como decía Aristóteles, lo mejor es acabar esta vida sin haber perdido ningún miembro ni sentido. Y para conseguirlo hay que ser más listo que los demás para esquivar los peligros de este mundo.

//

... conciencia de mí mismo, el núcleo del recíproco juego entre mi mundo exterior y mi mundo interior. Del posesivo sale el personal.

Innecesario es que aquí me dilate en explicar cómo el ambiente hace al hombre y éste se hace aquél haciéndose a él. El hombre, modificado por el ambiente, lo modifica a su vez y obran uno sobre otro en acciones y reacciones recíprocas.

Puede decirse que obran el ambiente sobre el hombre, el hombre sobre el ambiente, éste sobre sí mismo por ministerio del hombre y el hombre sobre sí por mediación del ambiente. La naturaleza hizo que nos hiciéramos las manos, con ellas nos fabricamos en nuestro mundo exterior los utensilios y en el interior el uso y la comprensión de ellos:

los utensilios y su uso enriquecieron nuestra mente y nuestra mente así enriquecida enriqueció el mundo de donde los habíamos sacado. Los utensilios son a la vez mis dos mundos, el de dentro y el de fuera.

Da vértigo fecundo al hundirse en este inmenso campo de acciones, reacciones, mutualidades, sonidos, ecos que los refuerzan y con ellos se armonizan, ecos de los ecos y ecos de estos ecos en inacabable proceso, ecos que hacen de resonadores, inmensa comunión de mi conciencia y mi naturaleza. Todo vive dentro de la conciencia, de mi conciencia, todo, incluso la conciencia de mí mismo, mi yo y los yos de los demás hombres.

La conciencia, la memoria, instrumentos con los que trabaja el literato y que eleva al rango de esencias del Universo.

Importa mucho sentir en vivo, con honda comprensión, esta comunión entre nuestra conciencia y el mundo y cómo éste es obra nuestra como nosotros de él. El no comprenderlo bien lleva a concepciones parciales, como es en mucha parte la que se llama concepción materialista de la historia, en que se convierte el hombre en mero juguete de las fuerzas económicas.

Se han provocado recientemente empeñadas discusiones acerca de la selección y la herencia, negando unos

la trasmisión de los caracteres adquiridos y atribuyendo a selección mucho de lo que a herencia se atribuye. Reducida la cuestión de la biología general a la sociología, es ésta: ¿es el ambiente social o el individuo el que progresa?

Cabe en rigor sostener que desde los griegos acá, pongo por punto de partida, lo que ha progresado han sido las ciencias, las artes, las industrias, las instituciones sociales, los métodos e instrumentos, y no la capacidad humana individual, la sociedad más bien que el individuo, la civilización más que la cultura.

Elogio de la cultura griega (Unamuno era catedrático de griego) y negación de que la capacidad mental humana haya aumentado en los 3.000 años que han pasado desde Homero.

Cabe sustentar que en el momento de nacer no traemos ventaja alguna de mayor perfección sobre los griegos antiguos, que heredamos en el ambiente social y no en nuestro organismo íntimo ni en nuestra estructura mental el legado de la acumulada labor de los siglos.

Y cabe sostener, por el contrario, que con el progreso del ambiente social ha ido en mayor, en menor o en igual grado, el de las congénitas facultades del individuo, que la civilización y la cultura marchan de par mediante acciones y reacciones mutuas.

Nadie puede poner en duda que aun destruídos los artefactos todos de la mecánica, quedaría entera y viva la ciencia que los ha producido y vive atesorada en mentes humanas, quedaría viva y trasmisible.

Son dos cosas muy distintas la trasmisión por el organismo corporal de una mayor capacidad mental y el hecho de que aun destruída la exterioridad de una civilización quedara viva y trasmisible la interioridad de la cultura.

La cultura de cada pueblo se transmite por la lengua y por los conocimientos científicos y no por genética.

Junto a esto es de poca importancia la trasmisibilidad o no trasmisibilidad de la mayor capacidad mental que pueda adquirirse.

¿Sabéis la civilización toda que una lengua lleva hecha cultura, condensada en sí a presión de atmósferas espirituales de siglos enteros? Palabras hay muchas que son órganos atrofiados. "

Unamuno "Civilización y cultura"



//

Pero este silencio de la sima no era sino cuando ella recibía a sus devotos. En ciertos días, más en otoño que en otra estación del año, y a ciertas horas, a la caída de la tarde, salía del fondo de la sima una música misteriosa envuelta en un vaho de un aroma embriagador y extramundano.

Unamuno

"La sima del secreto"

Oíase como el canto lejano, lejanísimo, de una numerosa procesión, un canto arrastrado, melancólico y quejumbroso de una muchedumbre. Pero la lejana y musical quejumbre era de una melancolía dulcísima y aquietadora. Oyéndola es como se metían en el fondo de la sima muchos de los tantos y tantos que de continuo vagaban por la boca de la cueva.

Se habían hecho toda clase de pruebas y de ensayos. Había entrado alguno sujeto por una fuerte cuerda para poder tirar de ella a una señal, y siempre que se intentó esto hubo que retirar la cuerda, suelta ya, sin que precediera señal alguna. Una vez se le ciñó a uno la cintura con un cincho forjado y sujeto por una cadena forjada también, y hubo que retirar cincho y cadena sin el hombre a quien sujetaban. ¿Cómo había podido escabullirse de ellos?

Otra vez entró otro llevando a cuestas el cadáver de un amigo —se quería saber si la sima admitía muertos—. El cadáver apareció por la mañana en el senderillo, delante del recodo, pero del viviente que lo llevara no volvió a saberse, como era de regla, nada. Y no cupo duda ya de que la sima no admitía sino vivos.

Otro ensayo se propuso y se llevó varias veces a cabo, cual fué el de hacer entrar en la sima a los animales. Y éstos salían al poco rato, pero salían como despavoridos o aturdidos y no volvían a cobrar voz en su vida. Salían mudos. Animal que volviese de la sima no ladraba, o maullaba, o balaba, o mugía, o rugía, o cacareaba en el resto de su vida. Y no se observó que entrase ni rana, ni ratón, ni lagartija, ni mosca, ni mosquito.

Se hizo también, más de una vez, la prueba de acercarse varios cojidos de las manos. Y unas veces al acercarse el primero y trasponer el recodo se desprendía de su compañero, por fuerte que éste le tuviese prendido, perdiéndose silenciosamente en el fondo, o se perdía en él la cadena toda de hombres.

Habíanse perdido en el fondo misterioso y musical de la sima toda clase de personas. Ya un padre de familia

atraído por el misterio aquél. Y luego sus hijos se asomaban al recodo a llamarle: "¡Padre!, ¡padre!", y se perdían tras él. Mas lo que tenía alarmado al rey y al reino todo, era la frecuencia con que se dejaban tragar por la sima parejas de jóvenes enamorados y de recién casados. Aquel era uno de los favoritos viajes de novios; un viaje sin vuelta.

El Cielo, el Paraíso o Dios mismo, según Unamuno.

Y a pesar de la prolificidad del reino aquél, donde era raro el matrimonio que tuviese menos de diez hijos, esta continua pérdida de jóvenes parejas inquietaba a los gobernantes.

Un sagrado respeto había vedado a los reyes todos de aquel reino el prohibir el acceso a la sima. Y hasta hubo un rey que se perdió en ella, después de lo cual ningún otro volvió a acercársele. Pero el encanto fatídico llegó a ser tal, que al fin se resolvió una vez poner a la boca de la sima centinelas que por la fuerza de armas impidiesen su entrada. Pero acababan siempre por entrar los centinelas mismos, por rendirse la guardia, y tras ella todos aquellos que habían estado contenidos.

Era no poco extraño lo que pasaba con los suicidas. Parece lo natural que en aquel reino no los hubiese, pues los que sintieran tedio o aborrecimiento de la vida habrían de meterse en el fondo de la sima en vez de matarse. Y, sin embargo, no era así.

Los suicidas abundaban en aquel reino de la sima misteriosa, y los más de ellos se cometían a la boca misma de la cueva. Y se observó que eran de aquellos que habiendo intentado perderse en ella, se volvían a los pocos pasos, antes de llegar al fatídico recodo.

Una vez un pobre hombre que sufría una dolorosísima dolencia crónica y a cuyos dolores no podía resistir, se suicidó dejando escrito que si no se metió, senderillo adentro, en la sima, era por temor de que allí dentro le continuasen los dolores sin poder ya quitarse la vida, por temor de una pena inmortal.

El gobierno aprovechó la sima para sus condenados a muerte. En vez de ejecutarlos, se les obligaba a entrar en la cueva, lo cual hacían ellos, claro está, con el mayor gusto. No todos, sin embargo. Los hubo que, presa de un sagrado temblor, se negaron a entrar, y eso que a la boca, un piquete de arqueros les amenazaba con asaetarlos si no entraban. Y más de una vez hubo que retirar del fondo de la boca, de junto al recodo, el cadáver de algún condenado que prefirió la muerte al sumimiento aquel.

Una vez llegó de un país distante y vago, de una lejana tierra de la que sólo la existencia se conocía, un anciano ciego y mendigo, acompañado de un jovencito lazarillo. El viejo no hablaba sino su lengua, una lengua completa y absolutamente ininteligible para los del reino éste.

Cuando hablaba con su lazarillo, por breves que fuesen sus palabras, no podían adivinar de qué le hablaba. El lazarillo chapurreaba algo la lengua del país. El viejo ciego cantaba algunas veces y su canto tenía una remota semejanza con el canto lejano y misterioso que se oía salir, en los atardeceres de otoño y envuelto en vaho de aromas embriagadores, del fondo de la sima.

Era un canto como el canto aquel con que acompañaba su trabajo Lázaro, el hermano de Marta y María, en su segunda vida, después que el Cristo lo resucitó de la tumba. Y todos se paraban a oír al pobre ciego y todos oyéndole se sentían movidos a ir al bosque, penetrar al descampado y perderse en la sima.

Y sucedió que el viejo y ciego mendigo encaminó sus pasos, con el lazarillo, al bosque y de allí al descampado y a la cueva y atravesando una apiñada muchedumbre penetró, guiado por su lazarillo, senderillo adelante y entró en la sima cantando. Y el mozo que le guiaba no volvió, pero él, el ciego, volvió a salir: ¡el único desde hacía siglos! Todos se apelotonaron a verle

. Volvía ciego como entró. Y nadie entendió una palabra de cuanto decía, y ni por el tono, ni por el gesto, ni por el aire se pudo traslucir cosa alguna. Se perdió en la espesura del bosque y no se volvió a saber de él. Pero su vuelta de la sima, vuelta única, selló al pueblo aquel con una impresión imperecedera.

Solamente puede verse el Paraíso si renunciamos a los sentidos y al lenguaje.

Y en aquel reino toda la vida, absolutamente toda, pendía del secreto de la sima. Todo su arte, su ciencia, su literatura, su gobierno, giraba en torno de ella. Y no es que la gente no se muriese como en otras partes, ¡no! La mayoría de los habitantes moríase como en otros reinos se muere, de las mismas dolencias y del mismo modo.

Había siempre en los alrededores de la boca de la sima una muchedumbre de gentes fascinadas que se pasaban las horas, los días, los meses y los años, algunos la vida entera, contemplando el recodo. Y cuando salía del fondo, aquel canto melancólico y pastoso de coro lejano, aquella muchedumbre se apiñaba a embriagarse con la música.

Y cuando alguno de ellos se decidía por fin a entrar, mirábanle los demás con terror y con envidia. Y siempre, siempre, siempre, a pesar del continuo desengaño, le decían al despedirle: "Manda decirnos qué hay dentro; contéstanos cuando te llamemos." Y jamás contestó nadie de los que entraron.

Los más de aquellos desgraciados no se atrevían a entrar, y moríanse miserablemente, en los alrededores de la boca de la cueva, anhelando su fondo. Las próximas espesuras del bosque estaban llenas de chozas y tiendas donde se albergaban aquellos infelices fascinados.

Había en el reino muchísimas personas, las más de ellas seguramente, que nunca se habían acercado a la sima y ni aun al bosque que la protegía, pero éstos no estaban menos que los otros bajo la fascinación del secreto de la cueva. Algunos, no pocos, hasta se indignaban de que se hablase de tal cosa, pero eran tal vez los que más pensaban en ella. Y no faltaban tampoco, aunque se les pudiese contar con los dedos, los que negaban que tal sima existiese siquiera.

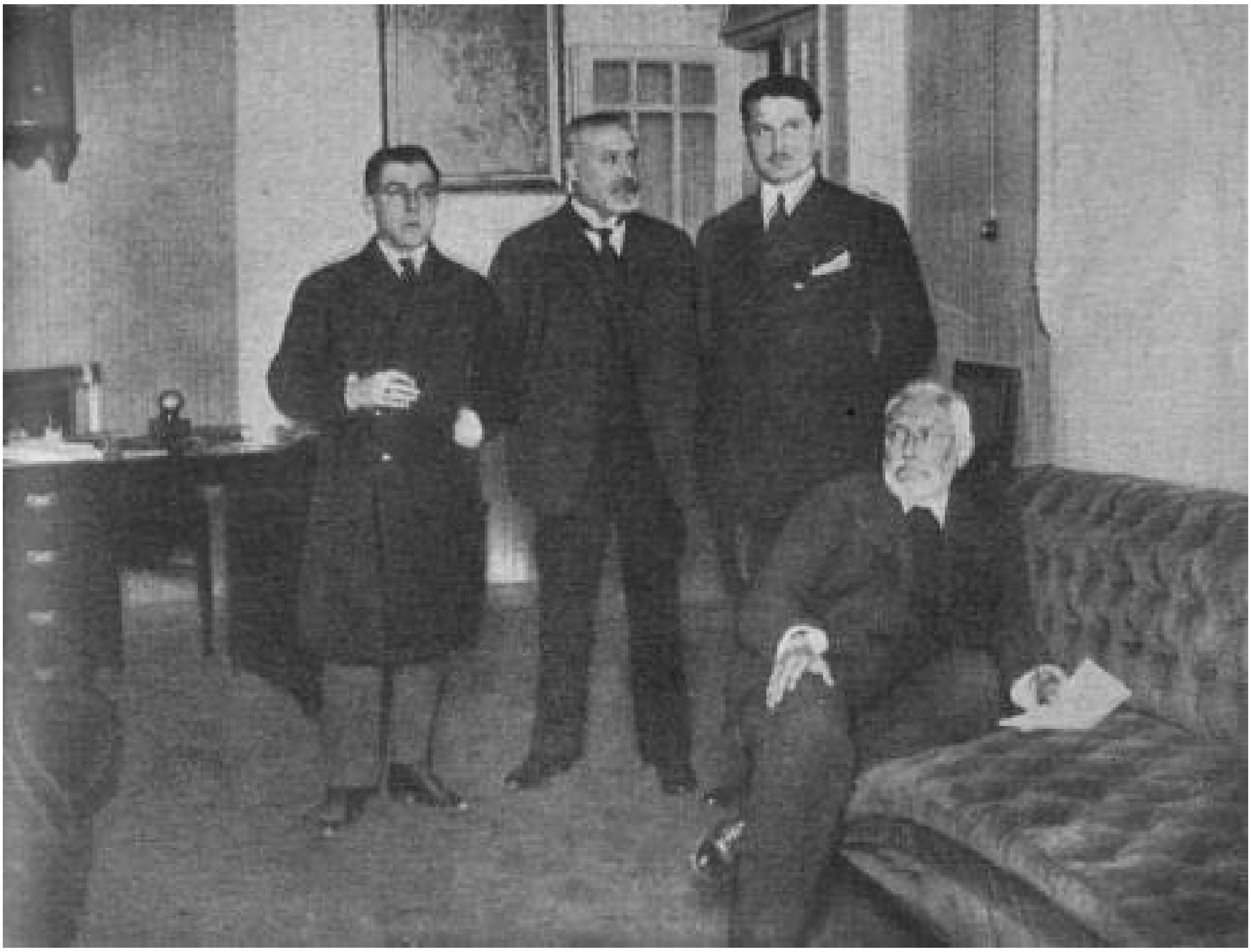
En aquel reino toda filosofía, toda ciencia, todo arte, toda literatura, estaba, como dijimos, penetrada del secreto de la sima y estaba más penetrada de él toda filosofía, toda ciencia, todo arte, toda literatura, que se proponía expresamente ignorar el secreto. Cuando menos se hablaba de él, estaba más presente a las imaginaciones de los que así lo callaban.

La futilidad del progreso científico.

Había —¿y cómo no?— entre los pensadores de aquel reino multitud de hipótesis y teorías sobre lo que pudiera contener la sima. Alguien había propuesto penetrar en ella por otro camino, abriéndolo por ingeniería, pero nunca se pudo encontrar obrero que se atreviera a dar el primer picazo.

Unamuno "La sima del secreto"

Recordábase que un rey quiso una vez cerrar la boca de la cueva tapiándola, y cuando pusieron mano a la obra, o entraron en la sima abandonando el trabajo o murieron muy pronto. Y por la mañana encontrábase siempre deshecha la obra del día anterior. Y así es como hubo que renunciar a ello. "



// Para muchos la buena nueva es ésta: "¡Ámate a ti mismo!"

¿Y cuál es la razón de que amemos tan poco al prójimo? Lo que voy a decir parecerá á muchos el colmo de la paradoja, el ya no más del conceptismo, y no obstante, arrostrando falsas interpretaciones, he de decirlo: no amamos más a nuestros prójimos porque no creemos más en su existencia sustancial.

Si supiéramos ahondar en las propias entrañas espirituales, llegaríamos a comprender que apenas creemos en la verdadera existencia de nuestros prójimos, en que tengan un interior espiritual. Cuando se oye llorar a un niño, el lloriqueo nos molesta, pero apenas lo distinguimos del que produciría un muñeco perfectamente insensible, al que se le diese cuerda para que llorara por máquina.

La gente no conoce los problemas de los demás ni sus dolencias e incluso a veces dice "¡pero si parece que no tenga nada!" para ocultar su crueldad, su ignorancia y su desinterés.

"De las muestras de dolor que dé uno —me decía una vez un amigo— no vayas a deducir que le duela tanto como cuando tú das iguales muestras; no todos están hechos lo mismo." Y un médico me ha asegurado que los gritos desgarradores que lanzan algunos niños en ciertas graves inflamaciones de las envolturas de los sesos, son gritos de esos que llaman reflejos y no van acompañados de dolor. El de los padres es grandísimo; pero es que la sustancia del hijo es de la sustancia del padre y se comunican alma a alma.

Incluso los mismos médicos se comportan así, negando las enfermedades de algunos enfermos, simplemente porque no ven manifestaciones de ellas o no quieren verlas en radiografías y TAG.

Es evidente que una ligera molestia propia, un leve dolor de muelas, nos duele más que el espectáculo de un terrible dolor ajeno, como nos incita más el propio apetito de una golosina que no el pensar en el hambre del prójimo. Y esta falta de imaginación, que es la facultad más sustancial, la que mete a la sustancia de nuestro espíritu en la sustancia del espíritu de las cosas y de los prójimos, esta falta de imaginación es la fuente de la falta de caridad y de amor.

Unamuno "!Plenitud de plenitudes y todo plenitud!"

El perfecto equilibrio entre el espíritu y el mundo es imposible; siempre sobra mundo para nuestro espíritu, o nos sobra espíritu para el mundo; siempre sobrepuja nuestra vitalidad espiritual a la necesaria para mantenernos o queda por debajo de ella.

Y así, o la tenemos para verterla o vamos languideciendo; o tiramos al todo, o tiramos a la nada. Cuando alguien desea pasar sin ruido y sin ser notado, y no predominar en nada, y hasta le es gravoso el ocupar el hueco espiritual que ocupa y quisiera acaso disolverse, es que su vitalidad espiritual es menguante, es que la desasimilación de su espíritu excede a la nutrición del mismo, es que declina, es que tiende a la nada.

La vida espiritual necesita alimento o si no enflaquece.

Tiende a la nada y se enamora de su propia dolencia, como aquellos enfermos crónicos que acaban por encariñarse de la propia enfermedad y gustar la voluptuosidad de la disolución.

¿Y qué mal hay en ello? —se me dirá—. ¿Qué mal hay en que se deleite uno en el propio derretimiento? Yo sólo sé que me aterra semejante deleite, y no discurro más.

Concibo que pueda vivir y hasta obrar obras de valer un hombre que crea en su propio derretimiento, que no crea en su propia existencia sustancial; pero no concibo un pueblo entero en que semejante ánimo sea el dominante. Un pueblo así, un pueblo de esclavos.

Y el Espíritu de Disolución vuelve y dice: "¡Un pueblo de esclavos!, ¿y qué más da?, ¿qué más da, si es tan feliz como un pueblo de libres y más que un pueblo de tiranos?" ¡Qué más da!, ¡qué más da! He aquí una frase mucho más terrible que el vanidad de vanidades y todo vanidad.

El "¿qué más da?" es la agorera enseña de los que buscan la razón de la razón y la razón de esta segunda razón, y así en inacabable rosario de razones. sin llegar nunca, ¡claro está!, a la primera. Y es natural que no lleguen a ella, porque no hay ni puede haber razón alguna primera y suprema de las cosas; es imposible en sí un primer por qué.

Y si no, decidme: ¿por qué ha de haber mundo, y no que más bien no hubiera ni mundo ni nada? La existencia no tiene razón de ser, porque está sobre todas las razones. Los que fundan la razón de la existencia en un Ser Supremo absoluto, infinito y eterno, se mueven en una petición de principio, en un enorme círculo vicioso.

Porque dicen que el mundo existe porque lo está creando un Dios, e infieren que existe un Dios —sea cual fuere el concepto que de Éste se forme— para explicarse la existencia del mundo, y así existe mundo porque existe Dios, y existe Dios porque existe un mundo.

Uno de los textos más importantes de Unamuno: para resolver el problema del sentido del mundo sin caer en un razonamiento circular, debe conceder que el hombre existe para que exista el Mundo y al revés en una influencia recíproca.

Y siempre cabe preguntarles: "¿y qué necesidad había de que existan ni mundo ni Dios ni nada?" Y por este camino se llega siempre al vértigo y al absurdo. Y al vértigo y al absurdo se llega por el "¿qué más da?" Y no se llega a ellos afirmando con la voluntad. que el mundo existe para que exista yo, y yo existo para que exista el mundo, y que yo debo recibir su sello y darle el mío, y perpetuarse él en mí y yo en él.

Y sólo sintiendo así se siente uno vivir en una creación continua, y en vez de repetir con el de ¡vanidad de vanidades y todo vanidad! que no hay nada nuevo bajo el sol —*nihil novum sub sole*—, sacaremos del ¡plenitud de plenitudes y todo plenitud! que todo es nuevo bajo el sol —*omnia nova sub sole*— y cada momento de una visión una visión nueva.

El pobre de Cervantes no alcanzaba a la robusta fe del hidalgo manchego, fe que le hacía dirigirse con elevadas pláticas a los cabreros, seguro de que, si no entendían su letra, se edificaban con su música. Y como con este pasaje, le ocurre a Cervantes con muchos otros.

Y nada debe de extrañarnos esto; pues, como ya he dicho, si Cervantes fué el padre de Don Quijote, su madre fué el pueblo de que Cervantes formaba parte. Cervantes no fué más que un mero instrumento para que la España del siglo XVII pariese a Don Quijote; Cervantes hizo en su *Quijote* la obra más impersonal que puede hacerse y, por lo tanto, la más profundamente personal en cierto sentido.

Cervantes, como autor del *Quijote*, no es más que ministro y representante de su pueblo, ministro y representante de la humanidad. Y por esto hizo una obra grande.

El genio es, en efecto, el que en puro personalidad se impersonaliza, el que llega a ser voz de un pueblo, el que acierta a decir lo que piensan todos sin haber acertado a decir los que lo piensan. El genio es un pueblo individualizado.

Y así como ha dicho un literato, me parece que fué Flaubert, que la perfección del estilo consiste en no tenerlo, y es indudable que el estilo, como el agua, es mejor cuanto a menos sepa, así la perfección del pensamiento y del sentimiento es no tenerlos, sinó pensar y sentir lo que piensa y siente por dentro el pueblo que nos rodea y del que formamos parte.

Y no me cabe duda de que Cervantes es un caso típico de un escritor enormemente inferior a su

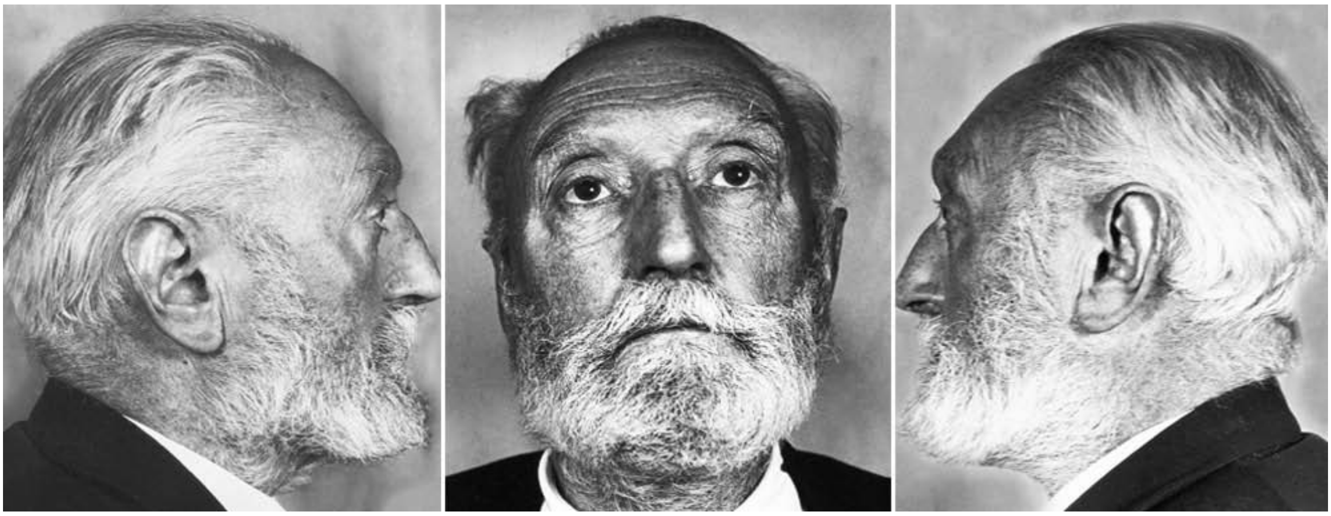
obra, a su *Quijote*. Si Cervantes no hubiera escrito el *Quijote*, cuya luz resplandeciente baña a sus demás obras, apenas figuraría en nuestra historia literaria sino como ingenio de quinta, sexta o decimatercia fila. Nadie leería sus insípidas *Novelas ejemplares*, así como nadie lee su insoportable *Viaje al Parnaso*, o su teatro. Las novelas y digresiones mismas que figuran en el *Quijote*, como aquella impertinentísima novela de *El curioso impertinente*, no merecería la atención de las gentes.

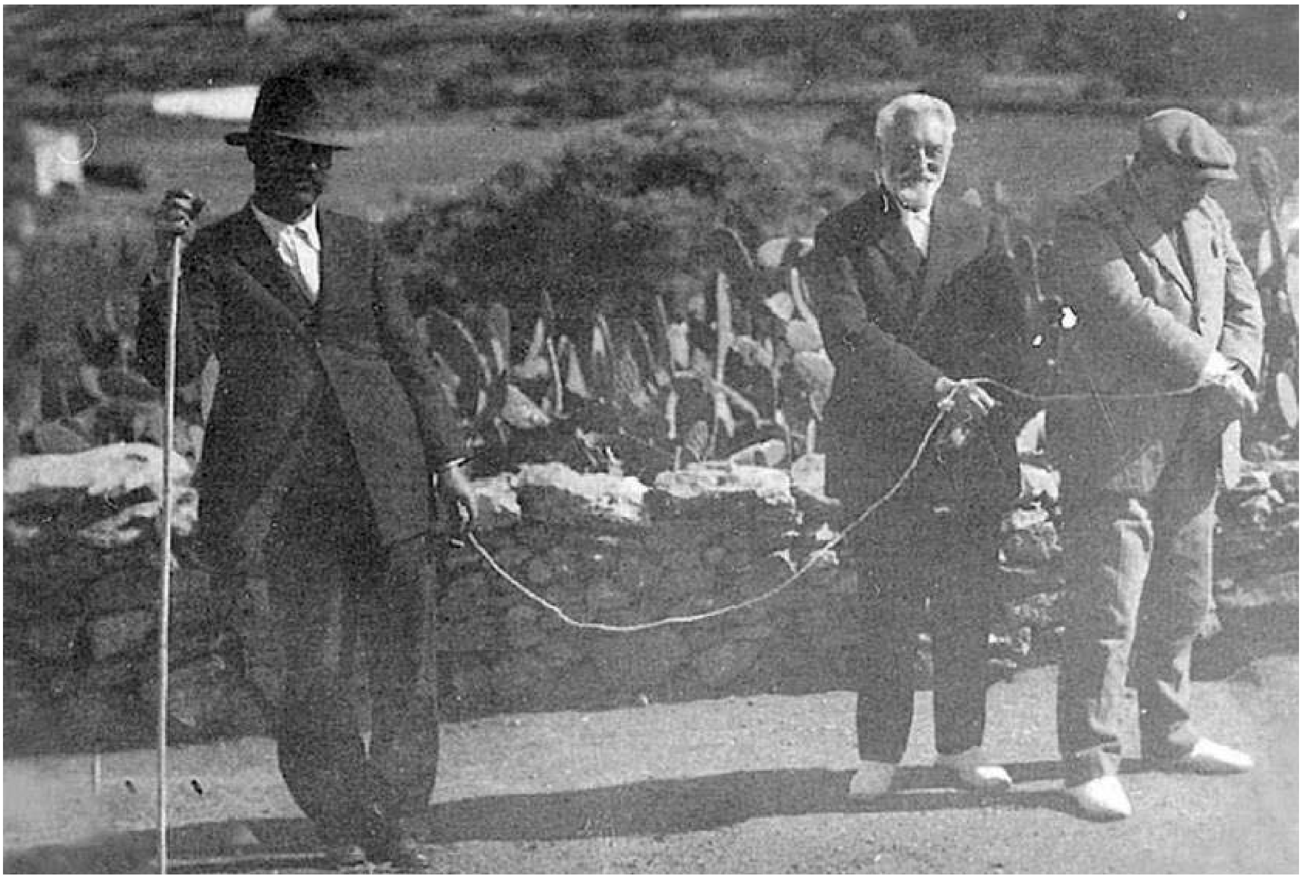
La criatura es superior a su Creador, que no entiende nada y que solamente se ha dejado llevar por lo que el Mundo pedía crear: otro tema muy unamuniano, como en "Niebla".

Voy más lejos aun: y es que llego a sospechar que Cervantes se murió sin haber calado todo el alcance de su Quijote, y acaso sin haberlo entendido a derechas. Me parece que si Cervantes resucitara y leyese de nuevo su *Quijote*, lo entendería tan mal como lo entienden los masoretas cervantistas y se pondría del lado de éstos. No nos quepa duda sino de que, en caso de volver Cervantes al mundo, se haría cervantista y no quijotista.

Aunque Don Quijote saliese del ingenio de Cervantes, Don Quijote es inmensamente superior a Cervantes. Y es que, en rigor, no puede decirse que Don Quijote fuese hijo de Cervantes; pues si éste fué su padre, fué su madre el pueblo en que vivió y de que vivió Cervantes, y Don Quijote tiene mucho más de su madre que no de su padre.

Pues bastar leer atentamente el *Quijote* para observar que cada vez que el bueno de Cervantes se introduce en el relato y se mete a hacer consideraciones por su parte, es para decir alguna impertinencia o juzgar malévola y maliciosamente a su héroe. Así sucede, por ejemplo, cuando al contarnos la hermosísima proeza de Don Quijote de enderezar aquel su discurso sobre la edad de oro a unos cabreros que no habrían de entendérselo en su sentido material —y en esto consiste lo heroico de la arenga— llama a ésta *inútil razonamiento*.





Nunca he podido pasar con eso de que el *Quijote* sea intraductible; y aún hay más: y es que llego a creer que hasta gana traduciéndolo, y que si ha sido mejor sentido fuera de España que en ella misma, se debe en buena parte a que no ha podido empañar su belleza la preocupación del lenguaje.

O, mejor dicho, por no sentirse aquí su íntima grandeza hay tantos que se agarran a lo de su estilo y forma externa. Que, lo repito, me parecen no muy recomendables.

Todo consiste en separar a Cervantes del *Quijote* y hacer que a la plaga de los cervantófilos o cervantistas sustituya la legión sagrada de los quijotistas. Nos falta quijotismo tanto cuanto nos sobra cervantismo.

Sucede en la historia literaria que unas veces es el hombre superior al autor; y así a tal o cual escritor, que produjo enorme sensación en sus contemporáneos, no podemos juzgarlo y nos sorprende el prestigio de que gozó y la influencia que ejerció, mientras otras veces es el autor superior al hombre y las obras al que las escribió. Hay hombres muy superiores a sus obras, y hay obras muy superiores a los hombres que las llevaron a cabo.

Hay quien se muere sin haber agotado su espíritu en sus escritos y habiéndolo derramado en conversaciones, en dichos y en hechos. Sorprende encontrarnos en antiguos escritores con elogios subidísimos de alguno de sus contemporáneos, cuyas obras nos dejan hoy fríos, y en tal caso debemos suponer que el hombre era muy superior a sus obras. Y en otros casos ocurre lo contrario.

Sobre el problema de miles de hombres que no dejan nada escrito y cuyos hechos y sabiduría se pierden tras su muerte.

Cuando en el cuerpo, debilitado por alguna dolencia, se bambolea falto de asiento el espíritu, o a raíz de algún fracaso o desengaño se hinche en torno nuestro el Espíritu de la Disolución, acerca su boca a nuestro oído íntimo y nos habla de esta suerte:

"¿Para qué desasosegarse en buscar un nombre y un prestigio, si no has de vivir sino cuatro días sobre la tierra, y la tierra misma no ha de vivir sino cuatro días del curso universal?

Día vendrá en que yacerán en igual olvido el nombre de Shakespeare y el del más oscuro aldeano. Ese afán de renombre y ese afán de prepotencia, ¿a qué dicha sustancial conducen?..."

Es inútil continuar, porque la cantinela es de sobra conocida; y como el chirriar del grillo en las noches de estío o el mugido de las olas junto al mar, suena de continuo y sin interrupción a través de la historia.

Aunque a las veces lo ahoguen voces más vigorosas y altas, ese canturreo del Espíritu de Disolución es continuo, como el mugir de las ondas del mar junto a las rocas.

Cuando le oigáis a alguno expresarse así, no lo dudéis, soñó alguna vez o acaso sigue soñando con la fama, esa sombra de la inmortalidad. Los hombres enteramente sencillos y de primera intención

jamás expresan tales lamentaciones.

Las quejas de Job se lanzaron para ser escritas, y fué un escritor el que las lanzó. Han sido siempre poetas, hombres enamorados de la gloria, los que han cantado la vanidad de ella.

Y todo ese cantar fué reducido, siglos hace, a una fuerte sentencia, que como agorero estribillo se hace resonar de vez en cuando sobre nuestras cabezas soñadoras; y la sentencia es ésta: *vanitas vanitatum et omnia vanitas!*, ¡vanidad de vanidades y todo vanidad!

Cuando esta tentación nos venga, opongámosla un conjuro, el conjuro del Espíritu de Creación; y el conjuro es: *plenitudo plenitudinis et omnia plenitudo!*, ¡plenitud de plenitudes y todo plenitud!

Sí; busquéis vuestra alma con los brazos del alma misma y abrazadla y restregaos a su contacto, y sentidla sustancial y caliente, y calentados a su calor exclamad llenos de fe en la vida que no acaba: ¡plenitud de plenitudes y todo plenitud!

Es cosa apenadera, pero muy cierta, sin embargo y por desgracia, que no todos sienten su propio espíritu, que no todos se sienten ser y existir como núcleo de su universo.

Hay lo que llaman los modernos psicólogos la *cenestesia* o sensibilidad común, y no es otra cosa que la sensación general del cuerpo en cuanto distinta de las sensaciones especiales de los sentidos.

Es el sentirse uno vivir, respirar, circular la sangre, funcionar los órganos, oscura y vaga sensación resultante de las funciones vitales del organismo, y que algunos suponen la recibe el sistema ganglionar. Hay, en fin, el sentir uno su propio cuerpo y la vida de él.

La pérdida o el trastorno de esta cenestesia es efecto y, a la vez, causa de graves dolencias, y hay que buscar ese trastorno en los curiosos casos de doble personalidad y otros análogos.

Y de igual manera eso que se llama conciencia tiene cierto aspecto que en lo espiritual corresponde a lo que es en lo fisiológico, y aun en lo psíquico, la cenestesia.
No sé cómo expresarme al entrar en estos escondrijos y rinconadas de la vida del espíritu, y preveo que han de faltarme palabras adecuadas.

Hay personas que no sienten su espíritu y Unamuno los llama "robots".

Porque no sé cómo decir que al oír cómo se expresan y cómo se conducen muchas gentes he llegado a sospechar que carecen de conciencia refleja, que son a modo de autómatas que nos producen la ilusión de seres vivos, que no sienten, en fin, el peso del propio espíritu ni el contacto de él.

Mala cosa es que al posar uno una mano sobre la pierna ni ésta sienta a aquélla ni aquélla a ésta; pero peor es que al fijar tu atención sobre ti mismo no te *sientas* espiritualmente. Mala cosa es que al recostarte en tierra no sientas a lo largo de tu cuerpo el toque de la tierra, y que ésta es firme y sólida; pero peor es que al recibir en tu espíritu el mundo no sientas el toque del mundo, y que es firme y sólido y pleno, con plenitud de plenitudes y todo plenitud.

Si buscando mi plenitud camino a la prepotencia o a la conquista del renombre, y me viene entonces un prójimo con el estribillo de vanidad de vanidades y todo vanidad, me hago cuenta que oigo el mugir de una onda en el Océano, de una onda pasajera que no es sino forma del palpitar de la corteza de éste.

Ese prójimo no se toca al alma con el alma misma, no tiene plena posesión de sí mismo, carece de la intuición de su propia sustancialidad.

Ésta es la palabra más exacta, aunque sobrado abstracta: la intuición de la propia sustancialidad. Para quien llega a ella, de nada sirven los argumentos de los intelectuales, de nada sirven las doctas investigaciones de la psicología.

Mi voluntad no le parecía suficiente base para una creencia con valor objetivo. Era un hombre de ciencia, eso que llamamos un hombre de ciencia o un hombre científico, y su filosofía, como la de todos los de su especie, culminaba en el ¡vanidad de vanidades y todo vanidad! Por algo el autor mismo de esta sentencia famosa dijo aquello otro de que no es bueno ser sabio en exceso.

¡Plenitud de plenitudes y todo plenitud! A este grito de júbilo y de liberación y de persistencia sólo puede llegarse abrazándose la propia alma con los propios brazos de ella, y sintiéndola espiritualmente material, a través de las burlas de unos, de los rencores de otros, de los desprecios de éstos, de las envidias de aquéllos y de la indiferencia de los más.

Los ataques personales son una forma de las relaciones espirituales... la guerra es una forma de las relaciones humanas, diría Von Clausewitz.

A quien os hable de su experiencia de la Divinidad, y de que siente y toca y se comunica sustancialmente con Dios, podréis tratarle de loco —que esto siempre nos es permitido como fácil recurso— o de mistificador, pero no podéis irle con el almirez lógico a reducir a polvo las supuestas pruebas de la existencia de Dios. No hace falta probar la existencia de aquello de que se tiene experiencia inmediata, ni es fácil demostrar a un sordo de nacimiento la existencia del sonido.



Si fuera posible un hombre desprovisto desde nacimiento de todó sentido de tacto, ¿cabría demostrarle la corporeidad de las cosas? Todo sería para él como sueño fugitivo. Pero tal hombre es imposible, porque no cabe vivir sin sentido alguno de tacto durante la vida toda. Hay ciegos, sordos, faltos de olfato o de gusto desde nacimiento, y viven; pero no sé de ninguno que falto de todo tacto haya podido vivir.

Y, sin embargo, parece que hay gentes faltas de tacto espiritual, que no sienten la propia sustancia de la conciencia, que se creen sueño de un día, que no comprenden que el más vigoroso tacto espiritual es la necesidad de persistencia, en una forma o en otra, el anhelo de extenderse en tiempo y en espacio.

No se tocan ni se sienten a sí mismos, ni sienten el toque íntimo de su sustancia con la sustancia de las cosas, la sustancialidad de éstas. El mundo es para ellos aparencial o fenoménico. No han logrado que al llegar a ellos las visiones, los sonidos o los toques de las cosas, se les rompa la corteza visual, sonora o táctil, y rompiendo luego la sustancia de esas cosas la corteza del alma, sus sentidos, penetre sustancia a sustancia y baje el mundo a asentarse en las entrañas de sus espíritus.

Y este mundo que así baja es el que llamamos el otro

mundo, y no es sino la sustancia del que vemos, oímos y tocamos.

Es un mundo misterioso y sagrado, donde nada pasa, sino todo queda; es un mundo en que no hay pasajeras formas de materia y fuerza persistentes, sino que todo lo que ha sido sigue siendo tal como fué, y es como será todo lo que ha de ser. Y ese mundo es el verdadero mundo sustancial.

Lo que llamamos espíritu me parece mucho más material que lo que llamamos materia; a mi alma la siento más de bulto y más sensible que a mi cuerpo. Tu cuerpo puede llegar a parecerte una función de tu alma.

Uno de esos hombres que han perdido el sentimiento de contacto de su propio espíritu, me preguntó una vez: "¿Y en qué va a fundarse la creencia en la propia persistencia inacabable?" Y hube de contestarle: "En que lo quiero, en que quiero persistir." Como buscaba razones, se me quedó mirando extrañado.

Pero hay algo más hondo aún y que parecerá más absurdo a muchos, y es que no creemos en la existencia de nuestros prójimos porque no creemos en nuestra propia existencia, en la existencia sustancial quiero decir. Hasta muchos de los que más aseguran creer en ella porque es dogma del credo que se les impuso y acatan, hasta los más de éstos no creen, en realidad, en ello. O si creen, piensan, hablan y obran en lo demás como si no lo creyesen.

¿Cómo un hombre que crea de veras en su propia existencia va a no intentar sellarla en todo, y ligarla a todo y a todo comunicarla? ¿Cómo un hombre que crea de veras en su propia existencia va a creer en su propia muerte, en su muerte existencial? Porque en la aparencial nos fuerza a creer el mundo aparencial que nos rodea.

Pero el Espíritu de Disolucion, blandiendo su empresa de "vanidad de vanidades y todo vanidad", vuelve a la carga y nos dice: "Pues si no has de morirte del todo y has de persistir sustancialmente, puesto que tal es tu fe y no te rindes a la razón, ¿para qué quieres dejar nombre? Si te vas con tu sustancia, ¿para qué quieres dejar su sombra?"

No le hagas caso y sigue tu tiro. Ese anhelo de dejar rastro de ti es natural floración de la fe en la propia existencia y la mantiene. Nada natural debe podarse del espíritu. Todo el que de veras cree en su propia existencia, anhela sellar con ella las existencias de los demás.

El hombre espiritual , se siente obligado a influir en los demás.

Y además, ¿quién sabe si no la recogeremos y redondearemos un día con los frutos de sus rastros? Pudiera muy bien suceder que se reconstruya nuestra personalidad con las memorias que de ella queden.

Hubo un Shakespeare existencial, o quienquiera que fuese el autor de los dramas que llevan su nombre, y se derramó en ellos y en ellos perdura.

... la amplitud toda de la tierra, recibe en sí el alma de Shakespeare, siquiera en embrión u oscura simiente; y si todos los hombres que la han recibido y todos los que hoy la reciben se fundieran en uno y de las almas de todos se hiciese un alma sola, el alma de la humanidad, resurgiría en ella, completado y trasfigurado, el Shakespeare que fué.

Y este nuevo Shakespeare, este Shakespeare que ha vivido por sus obras en las mentes y en los corazones de cadenas de hombres en los más varios países, iría a animar y llenar la sustancia del Shakespeare que fué y es. Vive cada uno en su descendencia, en todos y en cada uno de los que derivan de él según la carne, y vive también en todos y en cada uno de los que reciben los efluvios de su espíritu.

Más exposiciones del espiritualismo de Unamuno.

Te trasmites todo y entero en todas y en cada una de tus obras y de tus acciones; en un gesto tuyo va tu espíritu completo. Y por eso puedes repetir del más pequeño de tus actos, de la más ligera de tus palabras, que es plenitud de plenitudes y todo plenitud.

En todo acto humano se manifiesta el alma.

Y del mismo modo, la robusta fe en la propia existencia sustancial es la que nos mueve a irla sellando en todas partes y a todas horas y a dejar nombre y memoria de nosotros en dondequiera y cuando quiera.

La voluntad de Schopenhauer es considerada por Unamuno como el alma que quiere dejar su marca siempre en toda circunstancia y por este fenómeno sabemos que existe el alma.

Y aquí vuelven los razonadores, instigados por el Espíritu de Disolución, y dicen: "Las posiciones absolutas se confunden todas; lo mismo es decir que todo es libre como decir que no lo es nada; lo mismo da afirmar que todo es Dios como que no le hay; lo mismo da decir que todo es bueno como que todo es malo; que todo es objetivo como que todo es subjetivo, y todo por el estilo.

Al que asegure que este mundo es el peor de todos los posibles y al que sostenga que es el mejor de ellos, puede decírseles igualmente que, siendo el único posible, por ser el único que hay, es a la vez el peor y el mejor de todos los posibles. Todo es espíritu equivale a decir que todo es materia. No hay más sutil manera de negar el milagro y el misterio que afirmar que todo cuanto sucede es milagroso, y es misterioso todo cuanto existe.

Son juegos de palabras, y nada más, como si preguntáramos qué sucedería del universo si se volviese todo él de arriba abajo. Si nos imaginamos no más que dos puntos en el espacio y se acercan, no tiene sentido alguno el querer averiguar si uno de ellos está quieto y otro se mueve hacia él, y cuál es inmóvil y cuál el móvil, o si los dos se mueven el uno hacia el otro; en el fondo es inconcebible lo de los dos solos puntos.

Y así con todo lo absoluto. Lo mismo da, pues, decir que es vanidad de vanidades y todo vanidad, y que nada hay nuevo bajo el sol, como decir plenitud de plenitudes y todo plenitud, y que es todo nuevo bajo el sol.

Unamuno "!Plenitud de plenitudes y todo plenitud!"

Así sería, en efecto, si las palabras no expresaran más que razones y si fuese verdad que la proposición verbal no es más que la manifestación oral de un juicio. Pero aunque intelectualmente veamos lo mismo el mundo los que dicen que nada hay en él de nuevo y los que decimos que todo es nuevo en él, lo sentimos de muy distinta manera. //


cyltv

// No traigo esto aquí a colación por hallarme de acuerdo con la doctrina de Kalkhoff, ni tampoco para rebatirla —odio las refutaciones, que suelen ser modelo de mala literatura y de peor filosofía—, sino tan sólo para poner más en claro lo que pienso respecto al *Quijote*. A nadie se le ocurrirá sostener en serio, no siendo acaso a mí, que Don Quijote existió real y verdaderamente e hizo todo lo que de él nos cuenta Cervantes,

La tendencia de Unamuno de hacer de la literatura una teología: la criatura es mejor que su Creador y cada nueva generación la amplía y la transforma.

como la casi totalidad de los cristianos creen que el Cristo existió e hizo y dijo lo que de él nos cuentan los Evangelios; pero puede y debe sostenerse que Don Quijote existió y sigue existiendo, vivió y sigue viviendo con una existencia y una vida acaso más intensas y más eficaces que si hubiera existido y vivido al modo vulgar y corriente.

La criatura literaria tiene una existencia más rica y plena que las otras criaturas . Es la filosofía de la escritura: todo lo escrito desde Mesopotamia ha transformado al hombre y está más vivo que ningún hombre.

Y cada generación que se ha sucedido ha ido añadiendo algo a este Don Quijote, y ha ido él trasformándose y agrandándose. Mucho más interesante que todas las menudencias y pequeñeces que han ido acopiando respecto al *Quijote* los masoretas cervantistas y sus congéneres, sería recojer las distintas maneras como han entendido la figura del hidalgo manchego los distintos escritores que sobre él han escrito.

En cientos de obras se ha sacado a Don Quijote y se le ha hecho decir y hacer lo que ni hizo ni dijo en el texto cervantino, y con todo esto podría formarse la figura de Don Quijote fuera del *Quijote*.

... engendró su pueblo en él a Don Quijote, y así que éste salió al mundo abandonó a Cervantes su pueblo, y Cervantes volvió a ser el pobre escritor andariego, presa de todas las preocupaciones literarias de su tiempo. Y así se explican muchas cosas, y entre otras, la endeblez del sentido crítico de Cervantes y la pobreza de sus juicios literarios, como lo hizo ya notar Macaulay. Todo lo que en el *Quijote* es crítica literaria, es de lo más ramplón y más pobre que puede darse y delata una verdadera opilación de sentido común.

Y observad cómo un hombre tan cuerdo y tan tupido de sentido común, y del más basto que se conoce, como era Cervantes, pudo engendrar a un caballero tan loco y tan henchido de sentido propio. Cervantes no tuvo otro remedio sino darnos un loco para poder encarnar en él lo eterno y grande de su pueblo.

Y es que muchas veces, cuando lo más íntimo de lo íntimo de nuestras entrañas, cuando la humanidad eterna que duerme en lo hondo de nuestro seno espiritual se nos sube a flor de alma gritando sus anhelos, o aparecemos locos o fingimos estarlo para que se nos disculpe nuestro heroísmo.

Miles de veces acude un escritor al artificio de fingir decir en broma lo que siente muy en serio, o saca a escena un loco para hacerle decir o hacer lo que haría o diría él de muy buena gana y muy en acuerdo, si la miserable condición rebañega de los hombres no les llevara a querer ahogar al que se salga del redil de que están deseando salirse todos, y sin valor ni coraje para hacerlo, por miedo de morirse de hambre, sed y frío en el campo raso y sin pastor ni perro.

El Abismo que todo español teme: la anarquía, el hambre.

Dios no mandó a Cervantes al mundo más que para que escribiese el *Quijote*, y me parece que hubiera sido una ventaja el que no conociéramos siquiera el nombre del autor, siendo nuestro libro una obra anónima, como lo es el *Romancero* y creemos muchos que lo es la *Ilíada*.

Y me atrevo a más: y es a escribir un ensayo en que sostenga que no existió Cervantes y sí Don Quijote. Y visto que por lo menos Cervantes no existe ya, y sigue viviendo en cambio Don Quijote, deberíamos todos dejar al muerto e irnos con el vivo, abandonar a Cervantes y acompañar a Don Quijote.

Considero que una de las mayores desgracias que al quijotismo pudiera ocurrirle es que se descubriese el manuscrito original del *Quijote*, trazado de puño y letra de Cervantes. Es de creer que semejante manuscrito se destruyó, afortunadamente, ya que en tiempos de Cervantes no había el fetichismo que hoy hay por los autógrafos, ni se sabe que se fuese tanto como hoy se va a los escritores famosos a que pusieran pensamientos en álbumes y tarjetas postales.

Caso de no haberse destruído aquel manuscrito y de haberlo conservado algún curioso y enterrado luego en un arca y que hoy apareciese, de lo menos de que nos veríamos amenazados sería de una reproducción fototípica del tal manuscrito, y luego de una porción de monografías de grafólogos distinguidos. Y ¡qué de curiosas investigaciones se harían sobre qué pasajes escribió Cervantes con más seguro pulso, y en cuáles corrió más su pluma, y en cuáles se detuvo, y dónde había más tachaduras y enmiendas y dónde menos!

Los males del academicismo.

Aquí no hemos tenido ni grandes herejes de la teología ni grandes herejes de la filosofía. Pues así como hay una dogmática ortodoxa católica de la que ningún fiel puede apartarse, so pena de incurrir en pecado y poner en peligro su salvación eterna, imposible fuera del seno de la Iglesia.

. así también hay una dogmática científica moderna, aunque al parecer más amplia que aquélla, de la que ningún hombre culto puede apartarse, so pena de incurrir en extravagancia, prurito de originalidad o monomanía por las paradojas, y poner en peligro su crédito entre los sabios —esta insoportable clase de hombres— y hasta su respetabilidad entre las gentes.

Para muchos, Haeckel, pongo por

caso de sabio de la *corriente central* y por sabio para quien está cerrado lo más y lo más precioso del espíritu; Haeckel, digo, es para muchos algo así como un santo padre de la Iglesia científica moderna. Sobre todo cuando Haeckel suelta ramplonerías o groserías insípidas, lo cual sucede muy a menudo.

Digo, pues, que esta incapacidad filosófica que nuestro pueblo ha mostrado siempre y cierta incapacidad poética —no es lo mismo poesía que literatura— ha hecho que caigan sobre el *Quijote* muchedumbre de eruditos y perezosos espirituales, que constituye lo que se podría llamar la escuela de la Masora cervantista.

Era la Masora, como el lector sin duda sabe, una obra judía, crítica del texto hebreo de las Sagradas Escrituras, obra compuesta por varios doctos rabinos de la escuela de Tiberíades, durante los siglos VIII y IX.

Los masoretas, que es como se llama a estos rabinos, contaron las letras todas de que se compone el texto bíblico, y cuántas veces está cada letra y cuántas veces cada una de éstas va precediendo a cada una de las demás, con otra porción de curiosidades del mismo jaez.

No han llegado todavía a tales excesos los masoretas cervantistas por lo que al *Quijote* se refiere, pero no le andan lejos. Se ha registrado, por lo que respecta a nuestro libro, todo género de minucias sin importancia y toda clase de insignificancias. Le han dado vueltas y más vueltas considerándolo como obra literaria, y apenas si ha habido quien se haya metido en sus entrañas.

Pero hay más todavía: y es que cuando alguien ha intentado meterse en tales entrañas y dar a nuestro libro sentido simbólico o tropológico han caído sobre él los masoretas y sus aliados los puros literatos y toda frasca de espíritus cobardes y le han puesto como no digan dueñas o se han

burlado de él. Y de cuando en cuando nos sale algún santón de la crítica sesuda y de cortos vuelos diciéndonos que Cervantes ni quiso ni pudo querer decir lo que tal o cual simbolista le atribuye, sino que su propósito fué tan sólo el de desterrar la lectura de los libros de caballerías.

Dios no es quien entiende mejor su obra sino sus criaturas.

Convenido que así fuese; pero ¿qué tiene que ver lo que Cervantes quisiera decir en su *Quijote*, si es que quiso decir algo, con lo que a los demás se nos ocurre ver en él? ¿De cuándo acá es el autor de un libro el que ha de entenderlo mejor?

Los hombres interpretan el Universo como quieren y eso es más importante que la intención de Dios al crearlo.

Mas con todo y con esto puede asegurarse que es España una de las naciones en que menos se lee el *Quijote,* y desde luego es aquella en que peor se le lee. Estoy harto de oír a españoles que no han podido resistir la lectura de nuestro libro, del que debería ser una a modo de Biblia nacional; son muchos los que me han asegurado no haber podido nunca dar remate a su lectura, habiéndolo empezado varias veces, y más de uno me ha confesado que sólo lo conoce a trozos y salteado. Y esto ocurre con españoles que pasan por cultos y hasta aficionados a la lectura.

Pero no es esto lo peor, sino que los que lo leen, y aun algunos que se lo saben casi de memoria, están a su respecto en situación inferior a la de los que no lo han leído, y habría valido más que nunca hubieran echado su vista sobre él.

Hay, en efecto, quienes lo leen como por obligación o movido por lo que de él se dice, mas sin maldito el entusiasmo, y a lo sumo empeñándose en que les ha de gustar. Lo leen como leen muchos curas el Evangelio durante la misa: completamente distraídos, mascullando el latín y sin enterarse de lo que están leyendo.

La culpa de esto la tienen, en primer lugar, los críticos y comentadores que como nube de langostas han caído sobre nuestro desgraciado libro, dispuestos a tronchar y estropear las espigas y a no dejar más que la paja.

La historia de los comentarios y trabajos críticos sobre el *Quijote* en España sería la historia de la incapacidad de una casta para penetrar en la eterna sustancia poética de una obra y del ensañamiento en matar el tiempo con labores de erudición que mantienen y fomentan la pereza espiritual.

Y he añadido *por dentro*, porque al pueblo le han hecho creer que piensa y siente lo que ni piensa ni siente y cree lo que no cree; y cuando alguien viene y le descubre lo que en realidad piensa, siente y cree, se queda embobado y suspenso, aunque a

primeras apenas le entienda, como se quedaron los cabreros embobados y suspensos al oír hablar a Don Quijote del siglo del oro.

Y así como hay genios vitalicios, genios que lo son durante toda su vida, y que durante toda ella aciertan a ser ministros y voceros espirituales de su pueblo, así hay también genios temporeros, genios que no lo son más que en alguna ocasión de su vida.

Todos los genios temporales pueden comprender a los genios vitalicios porque han conocido la genialidad en ellos mismos alguna vez.

Ahora, que esta ocasión puede ser más o menos duradera y de mayor o menor alcance. Y esto debe servirnos de consuelo a los mortales de loza más basta cuando consideremos a los de porcelana finísima, pues ¿quién no ha sido alguna vez, y siquiera por un cuarto de hora, genio de su pueblo, aunque su pueblo sea de trescientos vecinos?

Todos los españoles son genios temporales, aunque hayan sido geniales solamente un día de su vida.

¿Quién no ha sido héroe de un día o siquiera de cinco minutos? Y gracias a esto, a que todos podamos llegar a ser genios temporeros, siquiera de temporada de unos minutos, gracias a esto podemos comprender a los genios vitalicios y enamorarnos de ellos.

Cervantes fué, pues, un genio temporero; y si se nos aparece como genio absoluto y duradero, como mayor que los más de los genios vitalicios, es porque la obra que escribió durante la temporada de su genialidad es una obra no ya vitalicia sino eterna.

Al héroe de un día, al que en el día de su heroicidad le sea dado derrocar un inmenso imperio y cambiar así el curso de la historia, le está reservado en la memoria de las gentes un lugar más alto que el de muchos genios vitalicios que no derrocaron imperio alguno material. Ahí tenéis a Colón. ¿Qué es Colón sino un héroe de temporada?

Me convenció de ello el ver que se llame filósofos a comentadores o expositores de filosofías ajenas, a eruditos y estudiosos de filosofía. Y acabé de confirmarme, corroborarme y remacharme en ello cuando vi que se daba el nombre de filósofos a escritores como Balmes, el padre Ceferino González, Sanz del Río y otros más.

Y hoy sigue la esterilidad, si es que no se ha agravado. De un lado, esas miserables obrillas de texto en que se da vueltas y más vueltas al ramplón y manido escolasticismo, y de otro, esos libros en que se nos cuenta por milésima oncena vez lo que alguien llamaría la *corriente central* del pensamiento europeo moderno, los lugares comunes de la *Bibliothèque de philosophie contemporaine* que edita en París F. Alcan.

La crítica que hace Unamuno se puede extender a todos los filósofos españoles de todos los siglos.

Cuando he oído sostener a alguien el disparate histórico de que al pensamiento español le perdió en pasados siglos el consagrarse demasiado a la teología, y agregar que nos han faltado físicos, químicos, matemáticos o fisiólogos porque nos han sobrado teólogos, he dicho siempre lo mismo: y es que en España, así como no ha habido filósofos, y precisamente por no haberlos habido, no ha habido tampoco teólogos, sino tan sólo expositores, comentadores, vulgarizadores y eruditos de teología.

Y la prueba de que aquí no han florecido nunca de veras los estudios teológicos y que nunca se ha llegado con intensidad y alguna persistencia al fondo de los gravísimos problemas metafísicos y éticos que ellos suscitan es que no ha habido aquí grandes heresiarcas.

Donde no florecen las herejías es que los estudios teológicos son una pura rutina de oficio y un modo de matar el tiempo y ocupar la pereza espiritual con una falsificación de trabajo.

La erudición, o lo que aquí en nuestra patria suele llamarse erudición, no es de ordinario, en efecto, más que una forma mal disfrazada de pereza espiritual. Florece que es una pena en aquellas ciudades o aquellos centros en que se huye más de las íntimas inquietudes espirituales. La erudición suele encubrir en España la hedionda llaga de la cobardía moral, que nos tiene emponzoñada el alma colectiva.

Suele ser en muchos una especie de opio para aplacar y apagar anhelos y ansias; suele ser en otros un medio de esquivar el

tener que pensar por cuenta propia, limitándose a exponer lo que otros han pensado.

Cojo aquí un libro, allí otro, más allá aquél, y de varios de ellos voy entresacando sentencias y doctrinas que combino y concino, o bien me paso un año o dos o veinte revolviendo legajos y papelotes en cualquier archivo para dar luego esta o la otra noticia. Lo que se busca es no tener que escarbar y zahondar en el propio corazón, no tener que pensar y menos aún que sentir.

Aquí Unamuno se carga a todos los licenciados y doctores de Letras en España, que se pasan la vida haciendo precisamente lo que explica Unamuno.

Y así resulta que apenas habrá hoy literatura alguna que dé obras menos personales y más insípidas que las nuestras, y apenas habrá hoy pueblo culto —o que por tal pase— en que se advierta una tan grande incapacidad para la filosofía.

Siempre creí que en España no ha habido verdadera filosofía; más desde que leí los trabajos del señor Menéndez y Pelayo enderezados a probarnos que había habido tal filosofía española, se me disiparon las últimas dudas y quedé completamente convencido de que hasta ahora el pueblo español se ha mostrado retuso a toda comprensión verdaderamente filosófica.

Y si Cervantes resucitara y volviese al mundo, no tendría derecho alguno para reclamar contra este *Quijote*, de que el suyo no es sino la hipóstasis y como el punto de partida; pues tanto valdría que una madre, al ver que su hijo llegaba a destinos en que ella ni soñó siquiera o que a ella le desplacen, pretendiera volverlo a su infancia y arrimárselo a los pechos de nuevo para darle de mamar, ya que no volverlo a su seno.

Cervantes puso a Don Quijote en el mundo y luego el mismo Don Quijote se ha encargado de vivir en él; y aunque el bueno de don Miguel creyó matarlo y enterrarlo e hizo levantar testimonio notarial de su muerte para que nadie ose resucitarlo y hacerle hacer nueva salida, el mismo Don Quijote se ha resucitado a sí mismo, por sí y ante sí, y anda por el mundo haciendo de las suyas. //

Unamuno "Sobre la lectura e interpretación del Quijote"

Cervantes no es ni tan sólo el primer motor. Las criaturas literarias resucitan realmente por los siglos de los siglos.

Al resucitar, las criaturas literarias transforman a la Humanidad por muchos siglos.



// Conocí un sujeto de grandísimo espíritu, de espíritu rebosante de espiritualidad, es decir, rebosante de sí mismo; sujeto que revivía su vida a cada momento, que hacía suyo lo que era de todos, y de tan singulares prendas que cuando hablaba, aun haciéndolo en lenguaje corriente y moliente, vulgar y claro, parecía que iba inventando el lenguaje según hablaba y que sus palabras eran virginales, palabras nacidas de consuno con la idea o la impresión que encarnaban.

Unamuno

"A lo que salga"

El oirle era un embeleso, sobre todo en ciertos días en que, sin saberse por qué, parecía como que le reventaba el espíritu y se le salía todo por la mirada, por el gesto, por la actitud, por la palabra, por el aliento mismo. Y entonces hacía vibrar el ambiente espiritual en que hablaba, y nos hacía vibrar a todos explicándonos sus ensueños y sus anhelos, y hasta las menores minucias de su vida.

Y había otro amigo nuestro que en ocasiones tales le interrumpía diciéndole: "¡Vaya, vaya; si sigues con esas metafísicas me marcho!" ¡Llamaba metafísicas a lo menos metafísico que cabe concebir! Todo aquello debía parecerle paja.

La existencia de individuos con una gran vida interior que sienten la necesidad de darla a conocer a los demás es otra prueba de la existencia del alma . Como decía Gracián: "los alemanes tienen el doble de cuerpo que los españoles pero la mitad de su alma" (El Criticón).

Cuando alguien me da sus ideas, es decir, lo que se dice sus ideas, como se dice su dinero, aunque éste haya corrido antes por miles de manos y venga sucio y gastado de todas ellas; cuando alguien me da ideas, las tomo y me las guardo hasta que tenga ocasión de gastarlas, dándolas a mi vez;

pero cuando alguien me da con sus ideas algo de su espíritu, cuando en el ademán, en el aire, en la puridad que emplee al dármelas o al recibirlas yo en mi mente, en el calor que me infunden, noto que vienen impregnadas de su alma, entonces hago como los pordioseros que reciben un mendrugo o una moneda de limosna, y es que la besa, y la beso con el corazón antes de echármela al zurrón del espíritu.

Y de estas limosnas espirituales, de estas caridades íntimas, ¡cuán pocas se reciben en el

trato corriente de nuestra sociedad, en que se habla por no callar, y en que se cambian palabras como se cambian fichas en un juego!

Decía Schopenhauer que los tontos, no teniendo ideas que cambiar, inventaron unos cartoncitos con figuras diversas para cambiárselos en mil diversas combinaciones, y que de aquí se originó el juego de los naipes. Si esto fuera así, resultaba que los tontos no lo eran tanto como parecen, pues supieron inventar eso.

Y además, en la mayoría de los casos, vale más, entre nosotros los españoles al menos, ponerse a jugar a los naipes que no ponerse a charlar, pues, cartoncitos por cartoncitos, valen más los de nuestra baraja que los de nuestra conversación.

Pero he podido también notar que era mi nombre, y no mis trabajos, lo que generalmente se conocía, y que, respecto a mí y a mi obra, tenían, los más de los que decían conocerme, los más disparatados prejuicios. Siete volúmenes, entre chicos y grandes, llevo publicados, y he podido percatarme de que los que más me habían seguido en la Prensa, no conocían ninguno de ellos.

No traigo aquí esto para ponerme a disertar respecto al horror al libro que en España domina, sino para advertir a los jóvenes que a nuestro pueblo le interesan muy poco las empresas literarias, y que, por lo tanto, el hablar de técnica literaria es hablar en cotarro.

Nuestro pueblo no quiere leer, sino que le lean o le reciten, y por eso cobra aquí reputación y fama antes el orador que el escritor, y el único género literario que da dinero es el dramático, pero el dramático que se representa.

Empecé a escribir todas estas consideraciones, aun siendo ellas tan vulgares y tan conocidas, para justificar mi propósito de hablar aquí de una cuestión de mera técnica literaria, de una de esas cuestiones que sólo a los del oficio nos interesan, y porque soy de los que creen que, en un concierto dado al público por un pianista, no debe irle éste con *estudios*, ni dificultades técnicas vencidas, ni prestidigitaciones de ninguna clase.

!Cuánta música actual no es más que prestidigitación!

Mas, una vez que me he decidido a escribir de cosas de técnica literaria, ruego al lector no profesional que me lo tolere, y desde ahora le aseguro que, aunque sé por dónde he empezado este ensayo —o lo que fuere—, no sé por dónde lo he de acabar

Todo lo cual me trae a la memoria un drama íntimo que pude vislumbrar en el alma de un sujeto a quien traté bastante, y sujeto que se murió sin

que nadie en su pueblo se percatara de lo que había llevado dentro durante su vida. Era un hombre atormentado por el ansia de creer, y sin poder lograrlo; un hombre en quien la cabeza negaba con tanto ahinco como afirmara el corazón; un hombre que, por sus estudios profesionales, se veía llevado a negar lo que las creencias que sus padres le inculcaran afirmaban.

Recuerdo una noche en que nos quedamos él y yo, los dos solos, en un casino hasta ya muy tarde, y en que después de verterme su corazón, aun a su pesar, me dijo: "Y no vuelva usted a atormentarme; no vuelva a suscitar delante de mí tales conversaciones; no se goce en martirizarme así, tomándome como sujeto de experimentaciones psicológicas." Se le quebraba la voz al decirlo. Le perdí de vista y supe que acabó entregado a la Iglesia y a la bebida, tragándose rosarios y copas de coñac. ¡Pobre hombre!

Y este mi antiguo amigo, que era un hombre inteligente y bueno, ¿no se habría curado o aliviado siquiera de sus pesares de haber podido verterlos al público y unir su alma al alma de su pueblo?

Una mañana de niebla, en que salí de casa —de esto hace cinco o seis años—, me produjo el espectáculo de la niebla matutina, con ser frecuente en esta ciudad de Salamanca, un efecto singular, y como nunca antes me lo había producido, merced, sin duda, al estado en que acertara a encontrarse entonces mi alma.

Y fué que al ver los arbolillos que bordan la carretera que pasa junto a mi morada de entonces, y verlos sumergidos en la niebla, así como los objetos todos de mi alrededor, y veladas por ella las lontananzas, parecióme como si a aquellos arbolillos se les hubiesen resumado o extravasado las entrañas, y que ellos no eran más que corteza, continentes de árboles sumergidos en sus propias entrañas, algo así como hollejos de

uva dentro del mosto. Y que las entrañas éstas de los arbolillos y de las cosas todas se habían fundido unas en otras, dejando a sus cuerpos como armaduras de un guerrero que ha muerto y se ha hecho polvo.

El Alma del Universo es una "niebla" y solamente puede explicarse mediante una literatura nebulosa, simbólica.

Y recuerdo que, a partir de semejante imaginación, continué mi camino, rumbo a la Universidad, a dar mi clase, pensando en un remoto reino del espíritu en que se nos vacie a todos el contenido espiritual, se nos rezumen los sentimientos, anhelos y afectos más íntimos, y los más recónditos pensares,

y todos ellos, los de unos y los de otros, cuajen en una común niebla espiritual, en el alma común, dentro de la que floten las cortezas de nuestras almas, estas cortezas que son hoy casi lo único que de ellas ofrecemos a nuestros prójimos, y casi lo único que recibimos de éstos.

Y continué pensando que es poco menos que forzoso el que sean escritores u oradores neblinosos cuantos se propongan verter al público, por escrito o de palabra, su espíritu, la savia de sus sentires y de sus quereres, y no tan sólo su inteligencia, no sus pensamientos tan sólo.

—Te equivocas. Lo menos acomodado al pueblo es la doctrina tradicional fraguada por teólogos, y esa ciencia de vulgarización que se le quiere ahora dar. Todo eso no le da vida. Y nada más cerca de lo natural que lo espiritual ni nada más cerca del pueblo que el poeta. El poeta, el vidente, el soñador, el utopista, no el hombre de ciencia, no el físico, ni el químico, ni el teólogo.

El espiritual, en puro espiritualizarse, vuelve al pueblo. Ya Blumhardt, el poderoso predicador, decía que hay que convertirse dos veces: una de la vida natural a la espiritual, y después, otra vez de nuevo, de la espiritual a la natural, en cuanto es justa ésta.

La suprema naturalidad se alcanza en el somo de la espiritualidad, en su cumbre. No espero que me lo tomes a paradoja si te digo que los santos, los verdaderos santos, han llegado a cobrar inocencia de animales y tanta pureza de intención como un borrego, un tigre o una víbora; esto los verdaderos santos.

—¿Y por qué insistes en lo de verdaderos?

—Porque una cosa son los santos según la naturaleza o, si quieres, según la gracia divina, y otra los santos según esta o aquella hermandad de hombres; a unos los canoniza Dios mismo, a otros la humanidad, a otros esta o aquella Iglesia. No llamo santos a todos los que figuran como tales en el calendario, pues los hay puramente eclesiásticos y hasta puramente litúrgicos.

—¡Entendido!

—Pues bien; los grandes santos verdaderos, que son los hombres que han llegado a la alta espiritualidad a que cabe llegar a hombre nacido; los más grandes santos, que han sido los supremos poetas, por haber hecho de la vida poesía, ésos han sido los hombres cuya vida se acercaba más a la animalidad. En pura santidad llegaron a la inocencia de los animales, y si uno de esos santos

picó, dió zarpazos o devoró a alguien —con una u otra manera de devorar— fué con tanta pureza de intención y tanta falta de malicia, como pica la víbora y da zarpazos o devora el tigre. La gracia les había vuelto a la pura naturaleza.

—Y no, no han logrado dársela, aunque reconozco que me han cogido en una contradicción, aparente al menos.

—¿Aparente?

—Aparente, sí, y lo irás viendo. Yo no sé si es que no han sabido inculcarle eso que se le trataba de inculcar o que ello riñe con su profunda manera de ser; mas lo cierto es que tal tradición histórica, y no más que histórica, no es su tradición viva y vivida, como hay muchas leyes que, a pesar de imponérselas siglos hace, no han logrado suplantar a las costumbres primitivas que con ellas riñen.

Y el día en que hombres de autoridad, el día en que hombres de veras espirituales digan a este nuestro pueblo, a los naturales: "Te engañan los intelectuales ésos, y no creas lo que te dicen que crees y repites tú lo que crees", entonces Sancho, de quien no se cuenta que muriera, despertará a la voz de Don Quijote, redivivo, y, dejando al bachiller Carrasco con la palabra en la boca, volverá a irse tras su amo, a quien pedía con lloro que no se muriese, sino que le llevara a la ínsula prometida.

Sancho espera a Don Quijote, aun sin saber que lo espera; los naturales esperan a los espirituales, hastiados de los fríos y hueros sermones del intelecto revestido de piedad. Vuelvo a mi tema: nada más cerca de la naturalidad que la espiritualidad; y tú me entiendes lo que con esto quiero decir.

—Te entiendo, sí, pero no me convences de ello; porque si el pueblo no entiende a los que le hablan con lógica, con la voz de la ciencia media, y dándole la tradición histórica fraguada por cadena de doctos rebuscadores; si no entiende esa voz, menos entenderá de arrebatos líricos, que apenas son otra cosa, de esa especie de profetas de nuevo cuño a que aludes al hablar de espirituales; me parece...

. Y de esto es precisamente de lo que quiero escribir aquí, de esto de ponerse uno a escribir una cosa sin saber adónde ha de ir a parar, descubriendo terreno según marcha, y cambiando de rumbo a medida que cambian las vistas que se abren a los ojos del espíritu. Esto es caminar sin plan previo, y dejando que el plan surja. Y es lo más orgánico, pues lo otro es mecánico; es lo más espontáneo.

Escribiendo y pensando " a lo que salga" Unamuno deja salir más y mejor a su alma, sin técnicas ni estilos.

Yo he sido casi siempre escritor ovíparo, y sólo desde hace algún tiempo me ha entrado la comezón de convertirme en escritor vivíparo. Y esto pide que explique aquí, aun cuando creo haberlo hecho en uno de esos innumerables articulillos que he ido desparramando por diarios y revistillas efímeras, pide que explique aquí, digo, qué entiendo por escritores ovíparos y qué por escritores vivíparos.

Hay quien, cuando se propone publicar una obra de alguna importancia o un ensayo de doctrina, toma notas, apuntaciones y citas, y va asentando en cuartillas cuanto se le va ocurriendo a su propósito, para irlo ordenando de cuando en cuando. Hace un esquema, plano o minuta de su obra, y trabaja luego sobre él; es decir, pone un huevo y lo empolla.

La creación del Mundo según un literato: es todo cuestión de empollar y de ir añadiendo escenas y personajes.

Así hice yo cuando empece a trabajar en mi novela *Paz en la guerra*, y lo traigo aquí por vía de ejemplo. Escribí primero un cuento, y, apenas lo hube concluído, caí en la cuenta de que podía servir de núcleo, o más bien de embrión de una novela, y me puse a empollarlo. Día por día, y según estudiaba la historia de la última carlistada y de sus precedentes, iba añadiendo al cuento detalles, episodios y nuevas escenas.

Metime de hoz y de coz en la rebusca de noticias referentes a la última guerra civil; tuve la paciencia de leer el montón de folletos carlistas que precedieron al levantamiento de 1872, los relatos de la guerra, y muy en especial cuanto se refería al bombardeo de mi pueblo, Bilbao —bombardeo del que, siendo casi un niño, fuí testigo—, y a las acciones de Somorrostro.

Con todo ello, y con observaciones respecto al paisaje de mi Vizcaya y al carácter de mis

paisanos, observaciones tomadas en mis excursiones por mi tierra, iba aumentando el cuento. Cuando los añadidos, notas, episodios, etc. formaban una masa mayor que el núcleo, que el cuento primitivo, vino el meterlo todo en masa, el podar, el limar y ajustar, y de allí salió un nuevo relato, que era ya entre cuento largo y novela corta, lo que llaman los franceses una *nouvelle*. Y vuelta a empezar

.. Y así, por una serie de expansiones y concentraciones sucesivas, llegué hasta fraguar la novela en que el cuento primitivo iba diseminado en una serie de escenas de costumbres vascas, y en un relato de gran parte de la última guerra civil carlista, relato para cuya hechura procedí con tanta escrupulosidad como si se tratase de escribir una historia, pues no hay en él detalle que no pueda comprobar documentalmente. Y todo ello fué una verdadera empolladura de escritor ovíparo.

Hay otros, en cambio, que no se sirven de notas ni de apuntes, sino que lo llevan todo en la cabeza. Cuando conciben el propósito de escribir una novela, pongo por caso, empiezan a darle vueltas en la cabeza al argumento, lo piensan y repiensan, dormidos y despiertos, esto es, gestan.

Y cuando sienten verdaderos dolores de parto, la necesidad apremiante de echar fuera lo que durante tanto tiempo les ha venido obsesionando, se sientan, toman la pluma, y paren. Es decir, que empiezan por la primera línea, y, sin volver atrás, ni rehacer ya lo hecho, lo escriben todo en definitiva hasta la línea última. Así me ha dicho que trabajaba uno de nuestros más celebrados novelistas, cuya pluma hace años está colgada. Éstos son escritores vivíparos.

Uno y otro modo de proceder tienen sus ventajas y sus inconvenientes respectivos, dice Gedeón, añadiendo un sinfín de perogrulladas. Yo casi siempre he producido ovíparamente; mas, desde

hace algún tiempo, he ensayado a producir vivíparamente, y así van los ensayos que durante este año vengo publicando en diferentes revistas. En ninguno de ellos sabía á punto fijo, al empezarlo, cómo habría de terminar, sino que he ido dejándome llevar de mi pensamiento, como Don Quijote de *Rocinante,* al azar de los caminos o de los pastos.

El trabajo de empolladura tiene muy graves inconvenientes, y acaso el peor es el de que cuesta mucho trabajo sacrificar notas, observaciones y detalles; cuesta ser sobrio. En una crítica que Wyzewa hizo de la novela *Lourdes,* de Zola —novela que no conozco, pero sí a Zola como novelista, y éste sí que era ovíparo y empollón—, hacía notar con gran tino que el célebre novelista no pudo resistir la comezón de vaciar en su novela cuantas notas tomó en Lourdes, sin seleccionarlas, llenándola de detalles pueriles e insignificantes.

Sobre el Creador que llena en exceso su obra de detalles pueriles.

Y, en efecto, las descripciones zolescas degeneran, con harta frecuencia, en descripciones de inventario, hechas por receta, y de una monotonía fatigante. Raro es el libro suyo en que hay fluidez, en que se vea que ha corrido la pluma desembarazada y libre, y sin el obstáculo de los cuadernitos de notas o la minuta previa.

Ocurre no pocas veces que lo costoso no es la obra, sino sus preparativos, como ocurre a las veces que cuesta más levantar el andamiaje de una torre que no la torre misma. Y luego que el arquitecto levantó la torre, cuando conviene derribar el andamiaje y dejarla exenta y libre, para que su gallardía resalte sobre el cielo, le da pena derribarlo, y se dice: "¿y cómo van a conocer ahora el trabajo que me ha costado levantar esta torre?"

Y deja los andamios, que estorban a la clara visión, para que las gentes juzguen de su esfuerzo. No otra cosa hacen los autores que nos dan en sus

obras cuatro líneas del texto y cuarenta de notas, y que llenan de referencias los pies de las páginas. Libros son éstos a los que no resisto por molestos, antiestéticos y pesados.

Y no es esto lo peor, sino que, por lo regular, los andamios suelen ser excesivos y se echa en ellos mucha más madera de la que hace falta. Es de permanente actualidad lo que Cervantes dijo de las citas en el prólogo de su *Quijote*, de que él se bastaba para decir por sí mismo lo que otros con aparato de autores decían.

Suele haber citas donosísimas, y no desconfío de encontrar algún economista que traiga a colación el apoyo de dos, tres o más autoridades para corroborar el principio de que, si hay una corriente de emigración del país A al país B, crecerá la población en B a la vez que disminuirá en A. La mayor parte de las notas que veo en los libros suelen ser perfectamente superfluas.

Digo, pues, que aleccionado por lo que me ha ocurrido y por lo que a otros ocurre, y huyendo de la especial pesadez que llevan en sí las obras producidas por oviparición, me he lanzado a ejercitarme en el procedimiento vivíparo, y me pongo a escribir, como ahora he hecho, a lo que salga, aunque guiado, ¡claro está!, por una idea inicial de la que habrán de irse desarrollando las sucesivas.

"¡Eso es falta de respeto al público!", argüirá, estoy seguro de ello, algún colega en escribiduría; pero yo prefiero la confianza al respeto, y estoy persuadido de que, si algo nos mantiene alejados de nuestro público, si algo hace que no ganemos su confianza, es que no le entregamos la nuestra.

Estoy harto de observar cuán frecuente es que un hombre ingenioso, ameno y discreto en su conversación particular resulte un orador irresistible, y cuántos hay que escriben cartas con singular gracejo y donosura y que, puestos a escribir para el público, no producen más que soñolientas disertaciones. Lo cual proviene de una lamentable idea del decoro y de un temor injustificado al público; y hasta quedan quienes al dirigirse a éste lo hacen en *nos*, creyendo que, no ya el abuso, sino hasta el uso del *yo* es algo presuntuoso, si es que no satánico. ¡Ridiculeces!

La falta de intimidad es, en efecto, una de las causas que me han hecho siempre más irrespirable el ambiente moral de nuestra sociedad, de esta sociedad en que hay tantos y tantos sujetos que se pasan lo mejor del día en la calle, matando el tiempo en embrutecedoras comadrerías.

Cuando alguien me echa en cara —y ha sucedido— el que hable y escriba mucho de mí mismo, contesto siempre esto, y es que prefiero hablar en exceso de mí mismo a no hablar de los demás, y que es mucho mejor el pasarse la vida autobiografiándose que no pasarla murmurando del prójimo, que es como la pasan los hombres recogidos y dignos que celan con esmero su intimidad.

Hasta cuando oigo de alguno o de alguna que se pasan las horas muertas al pie del confesor y prolongan mucho sus confesiones sacramentales, pienso al punto que están murmurando de otros y que van allá, no a deponer sus pecados, sino a comentar, por carambola, los del vecino.

Propende el español a vivir en la calle o en el café —mejor es en el café que no en la calle—, entre gentes y en continua charla, y esto haría creer al observador superficial que somos un pueblo comunicativo. Y nada hay más lejos de la verdad. Me moriré sin haber conocido a las más de las personas con las que hablo y trato a diario, y si las conozco algo es a pesar de ellas mismas y no por su voluntad.

Empiezan por estarnos cerrados, o poco menos, mutuamente los hogares, y sé de uno que estuvo jugando a diario, durante más de un año, al tresillo con otro, e ignoraba si este otro era soltero o casado, ni de dónde era, ni de qué vivía. Y esto es pura y sencillamente insociabilidad, y en el fondo barbarie. //

Unamuno "A lo que salga"



//

—Porque cuando la gente se pone a leer pónese a que le cuenten algo con principio, medio y fin, pues para estarse leyendo una conversación tirada y suelta, de esas que por cualquier punto cabe cortar, una de esas sartas sin cuerda, para eso se van al casino a oír charlar junto a la chimenea.

Unamuno "Los naturales y los espirituales"

—Pero ¿no es una esclavitud el que hayamos de conversar para veinte, cien, mil o más personas y no para nosotros mismos?

—Bueno, amigo; dejemos eso, y puesto que hablamos para que se escriba y publique lo que hablamos, y puesto que eso de escribr, y más aún lo de publicar lo escrito, sea una de las cosas más antinaturales que cabe concebir, renunciemos a lo natural para someternos al arte o lo que fuere.

—Pero también el arte es naturaleza, como dijo el otro, quien lo dijera.

—Schiller, y antes de él supongo que otros, aunque esto importa poco, menos aún que el perder el hilo de nuestro discurso. Lo cierto es que eso de escribir es una de las cosas menos naturales, y por ello andan los escritores tan lejos de la naturaleza y tan lejos del pueblo, que se está arrimando a ella. Y entiende que quiero decir aquí por escritor algo muy poco recomendable.

—Me lo figuraba.

—Y te lo figurabas bien. Escritor o literato es algo no tan mezquino, sino mucho más mezquino que intelectual. Un literato francés ha dicho esta solemnísima majadería: "No hay más que una manera de tener talento, y es tener estilo"; y otro, inglés, Stevenson, dijo antes que en un literato sólo hay un mérito que deba tenerse en cuenta, y es el que escriba bien, y sólo una falta condenable, y es la de que escriba mal.

—Ahora habría que saber a qué llaman estilo.

Y por lo tocante al hecho supremo de la vida, que es morirse, recuerdo haber leído en un escritor ascético, me parece que el padre Faber, que aconseja a los fieles no hagan comedias a la hora de la muerte ni conviertan en tablado de teatro el lecho mortuorio, sino que se mueran natural y sencillamente; y a esto añade que muchos de los más grandes santos se murieron como los animales, acostándose a morir.

Y de aquí saco que, al decirse eso de "murió como un perro", no se tiene en cuenta que es la tal muerte un morir de santo.

—Me parece que te excedes.

—No lo sé, pero sí, como repito, que la muerte del santo es muerte de perro. Para el hombre perfecto es el morir una mera función fisiológica, algo como el dormirse.

Parir con dolor y morir con dolor son el lote que nos corresponde por haber caído del Paraíso, por haber perdido la naturaleza original. Los animales y los santos mueren sin dolor, acostándose.

¡Y si el parir la mujer con dolor dicen ser efecto de la caída de nuestros primeros padres, y de haber con ella perdido el estado de pura naturaleza, el que sólo mediante la gracia se recobra, efecto también de la caída, signifique ésta lo que significare, ha de ser el morirse con dolor o el dolor de la muerte.

Mas veo que vamos alejándonos mucho de nuestro hito y perdiendo el carril de nuestro discurso.

—¿Y qué más da?

—Cierto que da poco si esta nuestra conversación hubiera de irse y perderse con las aguas corrientes de la vida; pero como me consta de ciencia cierta que habrá de quedar cuajada en escrito, como si esas aguas se helasen, y habrá de publicarse, bueno es que le demos cierta unidad, no sea que el público que nos lea se queje.

—¿Y por qué ha de quejarse?

Pilato le mostró al pueblo diciendo: He aquí el hombre. Debemos todos abrirnos ante el pueblo el pecho del alma, desgarrarnos las vestiduras espirituales, y mostrándole nuestras entrañas decirle: He aquí el hombre. Y el pueblo que se eduque a ver hombres acabará por buscarse, zahondar en sus entrañas espirituales, descubrir en ellas la fuente de su vida y decir a los demás pueblos: ¡He aquí el pueblo!

—¿Y no puede llegar a ese descubrimiento por la ciencia?

—No sé de nadie que haya llegado a descubrirse de veras estudiando fisiología y anatomía e histología y todas esas ciencias tan útiles para que el médico llegue a curarnos las afecciones corporales y para otras muchas cosas.

—Entre ellas, para llegar a curarnos las afecciones morales.

—Así dicen, aunque yo no lo creo.

—Pues yo sí lo creo, y tú y yo, bien mirado, somos hermanos gemelos e hijos de un mismo padre y hasta puede decirse que desdoblamiento de una sola y misma persona.

—Pues bien; convendrá que esa persona lo crea y no lo crea y reciba con su inteligencia lo que tú le enseñas, y recoja en su espíritu lo que le enseño yo, y que su fe y su razón anden a la greña de continuo, porque eso es vida.

Él puede contradecirse, ya que el pricipio de contradicción es el principio de progreso en la vida; pero a cada uno de nosotros no nos es lícito contradecirnos.

—Y sin embargo, me acusas a menudo de que me contradigo, y yo te acuso, también a menudo, de que te contradices.

—Ahora defiendes la ciencia para el pueblo.
—Repito que no, porque eso no es la ciencia de los intelectuales, por útil que ésta sea. Pues hasta sus más elevadas hipótesis son doctrinas frías. Hay que hacerlas poesía, que es el alimento que recibe el pueblo, ni hay doctrina que se asimile mientras no se haga poética. El poeta, el poeta es el que está más cerca del aldeano y es el que puede llevarle de la naturalidad a la espiritualidad, o ya paso a paso por camino de intelecto o más bien por salto.

—¿Por salto?
—Por salto, sí, suprimiendo la intelectualidad. Y a eso responde mi palabra ¡no deleguéis! No hay que delegar, porque delegando se entrega el tesoro espiritual a intelectuales, y, lo que es peor, a intelectuales de escaso o casi nulo intelecto, a meros repetidores de fórmulas muertas; el espíritu es indelegable.

El conocimiento por salto, frecuente entre los carboneros españoles que ignoran de ciencias y filosofías pero pueden hacerse una idea de lo que trata el asunto porque su alma es la que lo aprehende.

Y si se le predica un día y otro y otro al pueblo que no delegue es posible que, recogido en sí y buscando con anhelo por dónde romper, se eleve de su naturalidad a su espiritualidad por salto. Y como se manifieste ésta y qué formas tome, eso no importa. Y aquí veo la superioridad espiritual respecto al intelectual para con el pueblo; y es que el intelectual le enseña lo que ha aprendido, conocimientos que tienen almacenados en su intelecto, y el espiritual le enseña lo que es, le enseña su propia alma, su personalidad.

Y da al pueblo la visión más robusta, la más fecunda, la más avivadora que puede dársele, cual es la visión de un hombre entero y verdadero, la revelación de un alma al desnudo. El poeta, si lo es de verdad, no da conceptos ni formas; se da a sí mismo. ¿De qué valdría el Sermón de la Montaña y las parábolas y los preceptos todos evangélicos si Jesús no se hubiese dado a sí mismo y si el libro en que se atesora su espíritu no nos diera, no ya sus enseñanzas, sino a él mismo, al hijo del hombre?

... pero sácale al campo en una noche estrellada y muéstrale en la infinita bóveda el camino de Santiago, y dile lo que es la nebulosa y los millones de mundos de que consta, y que nuestro sol y nuestro sistema todo no es sino una molécula de ese inmenso anillo; y si se lo haces entender verás cómo te lo agradece y le has removido los hondones del espíritu, y no tan sólo arañado el pellejo de la inteligencia.

—Por donde se ve lo que sirve dar ciencia al pueblo y enseñarle cosas concretas y claras y...

—Sigue.

—Y... no sé lo que iba a decir.

—Aplicables, hombre, aplicables; acaba.

—No, aplicable no, pero dogmas astronómicos.

—Sí, aplicable, aplicable a lo espiritual, y no dogmas, porque no los recibe como tales. Tan ciencia o más es lo de la dilatación por el calor y la oxigenación del hierro, y eso no le importa.

Pero díle luego que el trozo de hierro es también una nebulosa y que allí dentro hay sistemas planetarios de moléculas y soles acaso y astros con sus órbitas, y logra hacérselo entender y que relacione una cosa con otra y verás.

—¿Y eso no es ciencia?

Anticipándose a Teilhard, Unamuno quiere un cristianismo evolucionista y en paz con la física actual.

—No, eso es ya filosofía. Y convéncete de que los grandes principios científicos modernos o, mejor dicho, los grandes principios filosóficos sacados de la ciencia moderna no serán eficaces para la vida honda y verdadera de los pueblos mientras no se reduzcan a religión. Que si todas aquellas filosofías del Logos encarnaron en la religión cristiana, en religión y en la misma religión cristiana pueden encarnar los principios de la conservación de la energía y de la evolución de las formas.

¿Dogmas? Que él se los haga y se los deshaga y rehaga.

—Y que él se invente una química y una física y una fisiología a su gusto y capricho.

—Ni la química, ni la física, ni la fisiología, ni nada de eso, con ser tan grande y tan bueno y tan útil, es cosa propiamente del espíritu, aunque sirvan de preparación para lo espiritual. Todo eso es cosa del intelecto.

—Sutilezas escolásticas, que dirías tú.

—Nos entendemos, y basta. Todo eso es cosa de ciencia más que de sabiduría, de lo que llaman los alemanes *Wissenchaf* y los ingleses *knowledge*, más que de lo llamado por aquéllos *Weisheit* y por éstos *wisdom*.

Por la ciencia van muchos a la sabiduría, o sea, que van por el intelecto al espíritu; pero no es ése el camino obligado, ni hemos de creer que para llegar el pueblo a la sabiduría espiritual tenga que pasar por la ciencia intelectual.

Aquí está el error de los intelectuales; aquí está el error de los que se van a los obreros con nociones de física o de química generales, aunque es mucho mejor irles con esto que no con física o química aplicadas a sus oficios. De irles con física y química, creo que comprenden mejor y que les son más provechosas las altas teorías de esas ciencias, su parte filosófica, lo que de ellas puede sumirnos en el reino del espíritu, que no esas otras nociones técnicas.

Observa que nada interesa tanto al pueblo como aquello que le es menos útil para la vida práctica cotidiana, y es la astronomía. No le vayas a un herrero de lugar con explicaciones sobre eso de que el calor dilata los cuerpos, y que el hierro es cuerpo simple, y que su combustión es oxigenación, que todo eso le entrará por un oído para salirle por el otro, y así debe ser; //

Unamuno "Los naturales y los espirituales"



//

Para llegar a tocar el piano hace falta aprendizaje mayor o menor, es preciso diferenciación en el artista, pero apenas es menester habilidad especial para tocar un piano de manubrio. Un buen piano mecánico es mejor que un mal pianista, y ya es algo, dado que los malos pianistas sean los más, pero es muy inferior hoy a un pianista bueno.

Mas ¿no cabe concebir progresos mayores en la construcción de pianos mecánicos y a la vez una justa depreciación del puro *virtuosismo* de prestidigitación de ciertos artistas?

El ejemplo precedente no lo he traído más que para mostrar cómo la diferenciación del instrumento útil, del ámbito adaptado a nosotros, permite una especie de indiferenciación del hombre, le deja a éste más ancho campo para integrar y ser lo que debe ser: un poder integrador.

Y esto que pasa con la maquinaria pasa también con la ciencia y el arte, que son una especie de máquinas espirituales. Conforme las ciencias progresan, es más la labor que ellas cumplen en nuestra mente que la que nosotros cumplimos en ellas, llegan a calcular las matemáticas en el que las conoce.

Miguel de Unamuno

"La dignidad humana"

La diferenciación de las ciencias hace más accesibles a éstas. Y llegará a hacer, contra lo que a primera vista parece, más fácil su integración y más hacedero el pasar de unas a otras. Conforme se especializan, se van acercando más unas a otras, por dentro, no por arriba, y se van generalizando: ¿no es acaso la especialización creciente de la química lo que tiende a convertirla en una mecánica molecular?

Y lo que pasa en la ciencia pasa en el arte.

Es estúpido burlarse sin ton ni son del enciclopedismo y no creer obreros útiles en el progreso científico más que a los pincharranas y cuentagotas.

Y sobre todo, hay que tener en cuenta que tanto la ciencia como el arte son para la vida, y considerar las cuestiones desde el punto de vista del consumo y

no siempre desde el de la producción, como si estuviéramos destinados a caer muertos de fatiga al pie del almacén abarrotado de los productos de nuestra industria mercantil.

Se suele olvidar con suma frecuencia hasta qué punto y de qué modo determina el consumo la producción, que ésta endereza a aquél, que el cambio es mero medio, que no se produce para cambiar precisamente, sino para consumir. ¡Tanto hablar de derecho al trabajo y derecho a los medios de producción y tan poco de derecho al consumo, que es la raíz y fundamento verdadero y real de aquellos otros derechos!

Lo único que tiene el fin en sí mismo, lo verdaderamente autoteleológico, es la vida, cuyo fin es la mayor y más intensa y completa vida posible. Y la vida es consumo tanto como producción. El resultado más útil de la mejora de la clase obrera y de su instrucción es que así aumentan sus necesidades y aumenta el consumo y no se satisface ya con el mismo jornal y tiene que aumentar la producción de cosas *generalmente* útiles, amenguando la de objetos de puro lujo.

Cuanto más exigente el pueblo, tanto mejor para una producción sana. Cuando llega a ser de primera necesidad para el obrero cierto vestido y cierta alimentación entran a determinar el mínimum de salario a que trabajan, el mínimum que queda fuera de la concurrencia, y recibe un golpe el consumo de vestidos y manjares de lujo de las clases más o menos holgazanas.

Y esto que digo de los artículos de consumo material lo digo del arte y de la ciencia. Popularizarlos es sanearlos, es hacer que aumente el consumo de arte y ciencia de primera necesidad, y que se hagan de primera necesidad el arte y la ciencia sanos, y es a la vez amenguar la producción dañosa de toda clase de extravagancias científicas y artísticas a que se entregan los atacados del prurito de diferenciación a toda costa.

Un sorprendente discurso antitecnocrático de Unamuno que se anticipa en muchos años a los hippies de los años 60.

... primero vivir, filosofar después, dice un viejo adagio latino, al que hay que añadir que la vida, el *vivere*, es ya en sí y por sí un filosofar, el más profundo y grande. Lo que hace más grande a la naturaleza es el ser desintencionada.

Se ha olvidado que el origen de la inteligencia es la necesidad de vivir y reproducirse, el hambre individual y la de la especie, y bajo la fórmula de "la ciencia por la ciencia" suele ocultarse, no pocas veces, una concepción antihumana.

Cuando se dice que la ciencia es producto del trabajo colectivo, se olvida a menudo la parte que en su producción han tomado los desdeñados por los hombres de ciencia, así como también que en el estado actual de diferenciación del trabajo nadie puede decir: "Ésta es mi obra, esto sólo de mí procede."

Lo que hace posible la existencia de los hombres dedicados a la pura especulación científica, y con ella el progreso de la ciencia, es el callado y terrible sacrificio de no pocos braceros, cuyo valor se estima poco más alto, o tal vez más bajo, que el cero de nuestra escala social.

Se ha intentado de mil maneras diferentes calcular con alguna exactitud el valor económico del trabajo humano, se ha aplicado a él de una manera ingeniosa la fórmula del trabajo mecánico $\frac{mv^2}{2}$ (la mitad del producto de la masa por el cuadrado de la velocidad), pero hay que reconocer que la voluntad y la energía humanas son fuerzas inmensurables hasta hoy.

No hay para el trabajo humano otra medida que el valor de la obra que lleva a cabo, y tal obra rara vez es producto mensurable.

En la práctica se ha trazado una escala de graduación para estimar el trabajo humano, y se ha fijado en ella un punto (movible, por supuesto, y oscilante), cual cero de la escala, un punto terrible en que empieza la congelación del hombre, en que el desgraciado a él adscrito va lentamente deshumanizándose, muriendo poco a poco en larga agonía de hambre corporal y espiritual entretenidas.

He aquí la fuente de la degeneración que fustiga Max Nordau, fuente de donde brotan miles de extravagancias. En último análisis, se reduce todo a adquirir valor de cambio en el mercado para tener más salida en él.

Éste es el foco del mandarinismo científico y literario, la causa de la llamada enfermedad del siglo. Y todo ello son consecuencias del proceso económico capitalístico actual, en que la vida de los unos es un mero medio para la conservación y disfrute de la vida de otros.

En el mundo literario se desprecia la vida de la gran masa, no se quiere cantar en el gran coro por temor a que en él se pierda la voz en armónico concierto, y para hacerse notar se sueltan gallos, rompiendo la armonía, se sostienen estúpidas paradojas, se cae en toda clase de insinceridad.

Y esta miseria moral se ha reducido a fórmulas, sacando a luz doctrinas profundamente inmorales. Los unos siguen los ensueños disparatados (en que hay, sin embargo, mucho que es oro puro y de ley) del pobre Nietzsche y su "sobre-hombre" (magnífico ensueño cuando se le comprende rectamente);

A lo largo de su vida, Unamuno pasará de la admiración a algunas ideas de Nietzsche a su aborrecimiento, como corresponde a las contradicciones unamunianas bien conocidas.

otros falsifican el *heroworship*, el culto a los héroes de Carlyle, que si bien no era en éste del todo sano, por lo menos le llevaba a creer en los pueblos heroicos, otros dan en el diletantismo mandarinesco de Renán, otros en otras fantasías más insanas.

Si el lector examina despacio todos estos fenómenos patológicos de nuestro *fin de siècle*, a los que hay que añadir un *soi disant* misticismo de borrachos y morfinómanos, reconocerá que todo ello procede del olvido de la dignidad humana, de la caza por la distinción, del temor a quedar anónimo, del empeño por separarse del pueblo.

Entre literatos es frecuente, como entre industriales, no ver en el hombre más que un productor en

el sentido económico, no un hombre: tantas novelas o tantos dramas por año.

Se habla de una reacción espiritualista, pero lo que en realidad se ve no es otra cosa que al repugnante y anticristiano René, que se esfuerza por salir de la oscuridad y llamar a sí las miradas con *Le genie du christianisme* redivivo. Mejor hará en ir a enterrarse con la pobre Atala en un bosque.

Esto sólo prueba que la burguesía desesperada anda a la busca de un dios que encadene al pueblo trabajador a las máquinas, mientras ella se lanza a alcanzar el "sobre-hombre". Es muy posible que así vuelva al orangután, que no carece de distinción.

La burguesía "evoluciona" hacia el mono cuando busca que la clase obrera esté esclavizada en un sistema industrial inhumano.

Hay, sin embargo, que hacer observar que si algo distingue al hombre del animal es que el hombre es inmensamente más capaz de crearse un ámbito, de hacerse un ambiente propio, que no otra cosa significa el empleo de útiles e instrumentos. La labor del progreso consiste en ir estableciendo diferenciación en el ámbito, refiriendo a él la división del trabajo para quedarnos nosotros con el poder integrador.

Es casi incuestionable que la sociedad progresa más que el individuo, que es el ámbito social el que más adelanta, que excede en más nuestra ciencia a la de los griegos que nuestra capacidad mental a la suya. Nacemos en una sociedad que nos suministra medios perfectos, disponemos para toda clase de cálculos de diferentes clases de tablas de logaritmos.

Nuestra ciencia es mejor que la de los griegos pero nuestra capacidad mental es la misma.

No es raro que para cohonestar el prurito de originalidad se saque a plaza, desquiciándola, la famosa ley de la diferenciación (mejor que división) del trabajo. Últimamente, Durheim *(De la division du travail social)* ha insistido como en deber supremo en el de diferenciarse.

Y así sucede que el proceso capitalístico actual, despreciando el valor absoluto del trabajo y con él el del hombre, ha creado enormes diferencias en su justipreciación. Lo que algunos llaman individualismo surge de un desprecio absoluto precisamente de la raíz y base de toda individualidad, del carácter específico del hombre, de lo que nos es a todos común, de la humanidad.

Contra el capitalismo salvaje

Los infelices que no llegan al cero de la escala son tratados cual cantidades negativas, se les deja morir de hambre y se les rehusa la dignidad humana.

Es mi intento aquí indicar el efecto moral que por fuerza produce tal manera de considerar las cosas. Como fruto natural y maduro de concepción semejante, y de las que de ella fluyen, ha venido un oscurecimiento de la idea y el sentimiento de la dignidad humana. No basta ser hombre, un hombre completo, entero, es preciso *distinguirse*, hay que subir lo más posible del cero de la escala y subir de cualquier modo, hay que adquirir valor social de cambio.

Y en esta encarnizada lucha por lograr la altura de cualquier modo que sea y apoyándonos en ajenas espaldas, no es el amor a la altura, sino el terror al abismo, lo que nos impele, es la visión pavorosa del mundo de la degradación y la miseria. No se aspira a la gloria cuando se tiembla ante el infierno, y el infierno moderno es la pobreza.

Unamuno

"La dignidad humana"

Se sacrifica la individualidad a la personalidad, se ahoga bajo lo diferencial, lo específico y común, no se procura el desarrollo integral y sano de la personalidad, no, se quiere caricaturizarse cuanto sea posible, acusar más y más rasgos diferenciantes a costa de la dignidad humana. La cuestión es elevarse y distinguirse, *diferenciarse* sin respeto alguno al necesario proceso paralelo de *integración*.

Hay que llegar a originalidades, sin advertir que lo hondo, lo verdaderamente original, es lo originario, lo común a todos, lo humano. //



//

... viendo *dentro* del mundo, prestándose calor y fomento como mellizos que coparticipan de una misma matriz.

—Hoy hace calor.

—Sí, hace calor; es verdad que hace calor...

—En este tiempo suele hacer calor...

—Es verdad, suele hacer calor en este tiempo..., ji, ji..., y en invierno, frío.

Y así seguían, sintiéndose semejantes y gozando en descubrir a todos momentos lo que creemos tenerlo para todos ellos descubierto los que lo hemos cristalizado en conceptos abstractos y metido en encasillado lógico. Era para ellos siempre nuevo todo bajo el sol, toda impresión fresca, y el mundo una creación perpetua y sin segunda intención alguna. ¡Qué ruidosa explosión de alegría la de Pepe cuando vió lo del escarabajo patas arriba! Cogió un canto, en la exaltación de su gozo, para desahogarlo despachurrando al bichillo; pero Celestino se lo impidió, diciéndole:

—No, no es malo...

La brutalidad de los españoles: dos tontos del pueblo encuentran en su amistad un refugio a la maldad de los aldeanos que les tiran piedras y se burlan de ellos.

La imbecilidad de Pepe no era, como la de su nuevo amigo, congénita e invariable, sino adventicia y progresiva, debida a un reblandecimiento de los sesos. Celestino lo conoció, aunque sin darse de ello cuenta; percibió confusamente el principio de lo que les diferenciaba en el fondo de semejanza, y de esta observación inconsciente, soterrada en las honduras tenebrosas de su alma virgen, brotó en él un amor al pobre Pepe, a la vez, de hermano, de padre y de madre.

Cuando a las veces se quedaba su amigo dormido a la orilla del río, Celestino, a su vera, le ahuyentaba las moscas y abejorros, echaba piedras a los remansos para que se callasen las ranas, cuidaba de que las hormigas no subieran a la cara del dormido, y miraba con inquietud a un lado y otro por si venía algún hombre. Y al divisar chicuelos le latía el pecho con violencia y se acercaba más a su amigo, metiéndose piedras en los bolsillos. Cuando en la cara del durmiente vagaba una sonrisa, Celestino sonreía soñando el mundo que le encerraba.

Por las calles corrían los chicuelos a la pareja gritando:

¡Tonto con tonto,
tontos dos veces!

Un día en que llegó un granuja hasta pegar al enfermo, despertóse en Celestino un instinto hasta entonces en él dormido, corrió tras el chiquillo y le hartó de pescozones y de sopapos.

La patulea, irritada y alborozada a la vez por la impresumible rebelión del tonto, la emprendió con la pareja, y Celestino, escudando al otro, se defendió heroicamente a bolcos y patadas hasta que llegó al alguacil a poner a los chicuelos en fuga. Y el alguacil reprendió al tonto... ¡Hombre al cabo!

En el progreso de su idiotez llegó Pepe a entorpecerse de tal modo de sentidos, que se limitaba a repetir entre dientes, soñoliento, lo que su amigo iba enseñándole, según desfilaba como truchimán de cosmorama.

Un día no vió Celestino el tonto a su pobre amigo, y andúvole buscando de sitio en sitio, mirando con odio a los chicuelos y sonriendo más que nunca a los hombres.

Oyó al cabo decir que había muerto como un pajarito, y aunque no entendió bien eso de muerto, sintió algo como hambre espiritual, cogió un canto, metiéndoselo en el bolsillo; se fué a la iglesia a que le llevaban a misa, se arrodilló ante un Cristo, sentándose luego en los talones, y después de persignarse varias veces al vapor, repetía:

—¿Quién le ha matado? Dime quién le ha matado...

Y recordando vagamente, a la vista del Cristo, que un día allí, sin quitarle ojo, había oído en un sermón que aquel crucificado resucitaba muertos, exclamó:

—¡Resucítale! ¡Resucítale!

Al salir le rodeó una tropa de chicuelos: uno le tiraba de la chaqueta, otro le derribó el sombrero, alguno le escupió, y le preguntaban: «¿Y el otro tonto?» Celestino, recogiéndose en sí mismo, perdido aquel fugitivo coraje, hijo del amor, y murmurando: «Pillos, pillos, repillos..., canallas...; éstos le han matado...; pillos», soltó el canto y apretó el paso para ponerse en su casa a salvo.

Unamuno "Los semejantes"

Cuando paseaba de nuevo solo por las alamedas, a orilla del río, las oleadas de impresiones frescas, que, cual sangre espiritual, recibía como de placenta del campo libre, venían a agruparse y tomar vida en torno a la vaga y penumbrosa imagen del rostro sonriente de su amigo dormido.

Así humanizó la naturaleza, antropomorfizándola a su manera, en pura sencillez e inconsciencia; vertía en sus formas frescas, cual sustancia de vida, la ternura paternomaternal que al contacto de un semejante había en él brotado, y sin darse de ello cuenta vislumbró vagamente a Dios, que desde el cielo le sonreía con sonrisa de semejante humano. //

Dios estaba en el semejante.

El Universo castiga a los mentirosos con una vida falsa y una locura final.

// ... la naturaleza nos habla pensando, o piensa hablándonos.

Mas el hecho es que por sutil magia, por misterioso proceder, la naturaleza miente a los mentirosos.

Estoy persuadido de que si la absoluta veracidad se hiciese dueña de los hombres y rigiese sus relaciones todas, si acabase la mentira, los errores desaparecerían y la verdad se nos iría revelando poco a poco.

El único culto perfecto que puede rendirse a Dios es el culto de la verdad. Ese reino de Dios, cuyo advenimiento piden a diario maquinalmente millones de lenguas manchadas en mentira, no es otro que el reino de la verdad.

Dejad la reforma de todo vicio, de toda flaqueza; humillaos al azote de la soberbia, de la ira, de la envidia, de la gula, de la lujuria, de la avaricia; pero proponeos no mentir nunca ni por comisión ni por omisión; proponeos, no sólo no decir mentiras, sino tampoco callar verdades;

proponeos decir la verdad siempre y en cada caso, pero, sobre todo, cuando más os perjudique y cuando más inoportuno lo crean los prudentes, según el mundo: hacedlo así y estaréis salvos, y todos esos pecados capitales no podrán hacer mella en vuestras almas.

¿Te domina la soberbia, o la envidia, o la lujuria, o la avaricia? Pues no lo ocultes. No seas hipócrita, ni con la hipocresía del que llamamos así, hipócrita, ni con la hipocresía del cínico, que nos quiere engañar con la verdad, mentirnos diciendo lo que es real.

Dicen que en la confesión de culpas lo esencial para obtener el perdón de ellas es la contrición, o siquiera, a falta de ella, la atrición. No; lo esencial es confesarlas, hacerlas públicas, decir la verdad. No resulta muy claro del relato evangélico (véase Lucas, XXIII, 39-41) si el malhechor que, estando crucificado junto a Jesús, reprendió al otro y confesó su culpa, por lo cual el Cristo le prometió el paraíso, estaba o no contrito. Declaró, es cierto, que merecía aquel castigo;

pero puede un criminal declarar justo el castigo que se le inflige sin sentirse por ello arrepentido de su culpa; le habló a su compañero del temor de Dios, pero lo esencial es que confesó su culpa en voz alta. No mintió, ni de palabra ni de silencio.

Hay gentes que se escandalizan cuando se les habla del reinado de la absoluta verdad, de la verdad oportuna o inoportuna, y que se imaginan que entonces no se podría vivir en el mundo. Hablaba yo de esto con una dama muy inteligente, y le decía que así como el paganismo culminó en el desnudo del cuerpo, así el cristianismo debe culminar en el desnudo del alma, y me replicó:

"¡Qué horror, Dios mío! Si no fuese por el traje, ¿cómo vivirían los jorobados, los lisiados, los estropeados, los desgalichados, todos los que tienen algo que ocultar?"

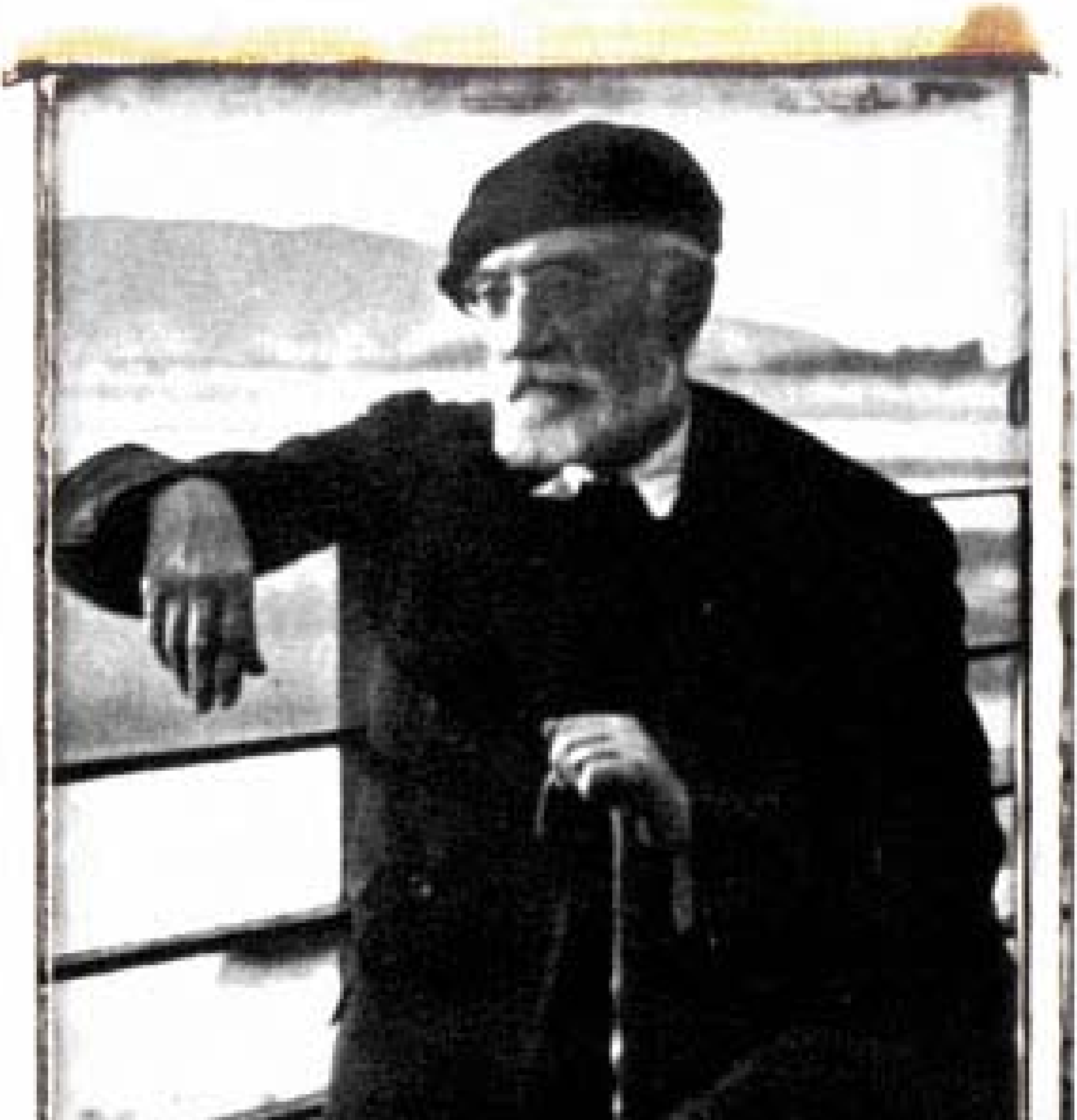
Los jorobados no deben ocultar sus jorobas porque así la gente acaba aceptándolas.

Y yo le repliqué: "¡Mucho mejor que ahora, señora! El jorobado está peor vestido que desnudo; el traje no hace sino atormentarle la joroba, y hacernos suponer que es mayor de lo que en realidad es. Así que nuestros ojos se acostumbrasen al desnudo, comprenderíamos las deformidades corporales.

Estoy seguro de que entre los salvajes que andan no más que con taparrabos pasan los jorobados más inadvertidos que entre nosotros." "Es que entre ellos apenas los hay", me contestó. Y ella: "Porque los matan apenas nacen con joroba." Y aunque así sea, vale más. //

Los pueblos primitivos matan a los recién nacidos con deformidades.

Unamuno "¿Qué es verdad ?"



... el mejor de los perros y capaz de guardar muchas ovejas. Filocleón replica: «¿Y de qué sirve eso si se come el queso?» A lo que su hijo replica: «Pelea por ti, te guarda la puerta y en todo lo demás es el mejor, y si robó perdónale, pues no sabe tocar la cítara.» Y Filocleón: «¡Así no supiera las letras, para que después de ese estropicio no hubiese escrito la defensa!» (versos 954 a 961).

Lo de que el perro no supiera tocar la cítara quiere decir que no había recibido educación alguna, que no era ni bachiller, sino analfabeto e inculto, y que había que perdonarle, por lo tanto, el que, siguiendo su natural instinto, no enfrenado por una buena educación —musical, sobre todo—, robase quesos.

Sigue el proceso y al ir a fallarlo Filocleón, el ciudadano jurado del pueblo del ostracismo, se dispone a condenar al perro, y al suplicarle su hijo, el abogado, que le absuelva, exclama aquél: «¡No; pues no sabe tocar la cítara!» (verso —o *vieso*, que habría dicho el Infante don Juan Manuel, y así resulta consonante de *divieso*— 989).

¡El rasgo es maravilloso y el tiro da en la diana! «¿Conque el perro, por no tener educación, por no haberle enseñado a tocar la cítara, obedece a su instinto natural y animal al robar quesos, y hay, por lo tanto, que perdonarle? Pues yo, Filocreón, el jurado, el ciudadano del pueblo del ostracismo y de la envidia, tampoco tengo educación ni se me ha enseñado a tocar la cítara, ni sé tocarla —¡ni ganas!—, y obedezco a mi instinto natural y animal de juez popular e inculto, y condeno. Y hay que perdonarme el que condene, el que juzgue para condenar, ya que no sé tocar la cítara.»

En el séptimo de los ensayos del tomo VI de los nuestros —*Ensayos*— (1) podrá encontrar el lector que se interese por estas cosas amplio desarrollo respecto a aquellos que juzgan no en virtud de la necesidad de juzgar, sino de castigar. Pero éstos son muchos más de los que uno podría figurarse a primera vista. Y ese

sentimiento natural y animal, no espiritual y humano, ese sentimiento de venganza y no de justicia, brota y se desarrolla más allí donde una mala educación, una deseducación, diríamos, popular contrarresta y destruye toda la armonía de la cítara.

¡La cítara! La cítara es aquí el símbolo de la intelectualidad. Bdelicleón era un intelectual y así es como se le ocurría el argumento de la cítara. Bdelicleón creía que el oficio de juzgar es un oficio intelectual, espiritual, humano, y no un oficio instintivo, natural y animal. Su padre, en cambio, se había embriagado con la ponzoña demagógica del Pnix.

Lo terrible no es que el padre, Filocleón, no supiera tocar la cítara, si el hijo, Bdelicleón, sabía tocarla; lo terrible sería que el padre se opusiese a que el hijo aprendiera a tocar la cítara. Y esto de padres que no se cuidan de que sus hijos aprendan a tocar la cítara para poder juzgarles en su día intelectual, espiritual y humanamente, esto estamos presenciando.

¡Cómo los juzgarán y condenarán esos hijos cuando hartos de andar a coces con una bola se vuelvan a examinar lo que a sus padres hayan debido!

En España hay demasiada gente que castiga por castigar, movida por un sentimiento primario de pura venganza y adoleciendo de falta de cultura.

¿Monotonía? No, nada menos monótono que el desierto. Aunque el tono fundamental sea uno mismo, las distintas distancias le dan distintos matices. El verdor de una inmensa llanura del mismo pasto que se pierde en la redondez del horizonte nos ofrece más matices de verdura que pueden ofrecer distintos manchones de distintas especies vegetales que se mezclen en un paisaje de montaña.

Las cinco o seis notas de un caramillo no nos dan más variedad que una misma nota que se va perdiendo a la distancia y nos viene, como un eco repetido, de distintas lejanías.

Ni el cargo de monotonía ni el de pesadez suelen ser fundados en la mayoría de las veces. Alguna vez hemos dicho que una ardilla dando vueltas dentro de una jaula nos resulta mucho más pesada que un elefante caminando a paso lento.

El escritor quiere a las veces romper la aparente monotonía de su expresión propia citando expresiones de otros escritores, pero en las citas está él. Se puede escribir una obra originalísima nada más que con citas ajenas. Y es que el escritor que merece nombre de tal no hace más que decirse a sí mismo.

Y aunque pretenda, como le pasaba a Flaubert, cultivar la impersonalidad. El reportero mismo, el que publica entrevistas, si es escritor —y si no lo es no merece ser leído— no hace más que expresarse a sí mismo. Unos sin saberlo y otros sabiéndolo y unos hipócrita y otros cínicamente.

De cuando en cuando encontramos en Unamuno comentarios a la manera de ser de los vascos y todos esos comentarios juntos ofrecen una visión bastante ruda y primitiva de los vascos.

... Del pasaje no se deduce si es sólo la «tendencia enfadosa a la exageración», cosa de vasco, o si es también característico nuestro, de los vascos, la tendencia a hablar demasiado y demasiado largamente cada uno de sí mismo. Me acuerdo que cuando se le echaba esto en cara a don Antonio Trueba —que era vasco no más que en parte y por adopción y cariño, pero no de casta— sólo contestaba que él mismo era el hombre que tenía más a mano para ejemplificar sus observaciones.

«Ustedes los vascos son muy suyos» —me decía una vez cierto sujeto que pretendía cultivar lo que él llamaba la objetividad—. «¿Muy nuestros?» —le repliqué—; «querrá usted decir muy nosotros». Luego añadió: «Se dice usted demasiado a sí mismo; me gustaría más que fuese usted más objetivo.» Y yo entonces: «Por lo visto yo no soy para usted un objeto; y, sin embargo, para un hombre no puede haber objeto más digno de atención que otro hombre.» Se temió que le estuviese tomando de objeto de mi estudio y, como tenía miedo de conocerse a sí mismo, se me esquivó.

Los libros más autobiográficos son las biografías que unos hombres escriben de otros. Y ocurre a las veces que el que se pone a escribir la vida de otro hombre que vivió acaso siglos antes que él acaba por persuadirse, aunque no se atreva a decirlo, que su biografiado es él mismo, que él, el autor de la biografía, es una reencarnación de aquel cuya vida cuenta. Y acaso sea así.

La objetividad es una mentira tan grande como la actualidad.

Pero... ¿no he dicho estas mismas cosas otras veces? ¿No me estoy repitiendo? Estoy viviendo.

Mentir, engañar, es el arte supremo del médico, esto es, dar ánimo al enfermo. ¿Y cómo puede mejor darse a un hombre ánimo que por el engaño? Y hay que engañar a las veces también a la familia. Debe evitarse que el paciente descubra en los ojos de su madre, de su mujer o de su hija, el secreto de su destino. Hay que rodearle de un ámbito de ignorancia, de engaño.

Pero los enfermos son terriblemente suspicaces. Y más los enfermos de aprensión: ésos a que se da el nombre de aprensivos.

¿Qué es la aprensión? No lo saben más los médicos que saben los confesores lo que es escrúpulo y lo que no lo es. Hay enfermos terriblemente aprensivos, y es, como el de los tontos, infinito el número de los que tienen la aprensión de que han de morirse. ¡Habráse visto...! Sólo los jóvenes se creen inmortales, aunque por vergüenza se lo callan.

Sé de un enfermo que dio en la más extraña y tremenda aprensión, cual era en la de que la muerte le había de cojer dormido y no despierto. Y fue tan penetrante la manía, que dio en no dormir; el terror se lo impedía. El caso pareció llegar al desesperado, pero la sabia Naturaleza —sólo la Naturaleza es sabia de verdad— lo resolvió de una manera sorprendente. Y fue que el pobre aprensivo acabó por dormir soñando que estaba despierto.

Ahora los médicos han encontrado una palabra maravillosa, que es toda una panacea de engaño. Porque no hay como las palabras para curar, sean habladas o escritas. Muchas veces lo que cura no es la droga que contiene el frasco, sino la etiqueta. O sea la fe. Y otras veces la fe mata.

Y esta panecea verbal que han encontrado los médicos es la palabra neurastenia. Palabra que no quiere decir nada, os lo aseguro. Y por no querer decir nada deja que con ella digan lo que quieran.

La neurastenia es la fórmula científica del engaño. O pseudocientífica. Este pseudo tiene también un gran valor en medicina, donde hay la enfermedad hache y la enfermedad pseudo-hache, y sólo se distingue en que la una mata desde luego y la otra no. Cuando llega a matar, pierde el pseudo. Es decir, que es pseudo mientras no mata. Así, verbigracia, una caída desde una torre, si uno muere de la caída, es caída, pero si no muere de ella, aunque se quede cojo o manco, es pseudocaída.

«¡Bah, lo que usted tiene no es más que una neurastenia!», y es una de dos, o que el médico no sabe lo que tiene, o que no quiere decírselo por creer que no debe. Y mi hombre se va por ahí con su neurastenia y hasta dándose tono con ella. Porque la neurastenia viste.

¿Y la cura? ¡Bah!, la misión del médico no es curar al enfermo, sino engañarle. Todos los enfermos son, en rigor, incurables. Y sobre todo la ciencia termina en el diagnóstico. Lo del tratamiento no es más que arte, y en punto de arte, el supremo es el del engaño.

La ciencia, decimos, termina en el diagnóstico, porque el fin de la ciencia es conocer las cosas, sus leyes y sus causas. Sólo al enfermo —¡si será exigente!— no le consuela ni le alivia saber en qué consiste su enfermedad y cuál fue su causa. Sobre todo, si la causa es, como suele ser, la vida. Porque no hay que darle vuelta, se muere de haber vivido.

La ciencia de la medicina estudia casos y no hombres y la perfección del conocimiento del caso se cumple en el diagnóstico. Y hay casos vulgares y otros muy bonitos, dando la pícara casualidad de que los más bonitos suelen ser los más feos para el que los padece. Yo no sé si será o no un consuelo morirse de una enfermedad de que no haya otro caso en el siglo.

¿El tratamiento? ¡Bah!, el tratamiento consiste en hacerle creer al enfermo que va mejor, es decir, que de ésta no se muere. Con lo cual queda convencido —si no es joven— de que se morirá de otra.

«Para los neurasténicos, cambio de vida.» Decía un célebre doctor a un paciente que fue a consultarle: «¡ni beba usted vino!»; y como el paciente contestara: «pero si no lo bebo nunca, doctor...», replicó éste: «¡pues entonces, bébalo usted!» Y el buen médico creemos que en este caso estaba en lo cierto.

Es sorprendente que en 100 años nada haya cambiado en la relación entre médicos y pacientes.

Y lo más hondo es que el neurasténico suele saber que eso de la neurastenia no es más que un mote para salir del paso, pero se deja engañar. //

Unamuno

"La vida literaria"

EL HOMBRE DE LA MOSCA Y EL DEL COLCHÓN

¿Conocéis a esos dos hombres? Pues son los que han nacido para aislar a los solitarios.

Elie Faure, en el ensayo que en su libro *Les constructeurs* dedica a Dostoyevski, dice de éste, el más grande apóstol del cristianismo ruso, esto: «Como tenía un alma inmensa, estaba solo y no podía aislarse. Se comprende, porque sólo el que puede vivir todos los martirios que se sufre alrededor de él es también el que está solo.»

¡Estar solo y no poder aislarse, no poder hallar su isla! ¡Ser un Robinsón sin isla! ¿Os dais cuenta de lo que es esto? ¿Os dais cuenta de lo que es ser de nacimiento y para toda la vida un cartujo exclaustrado?

«Sólo el que puede vivir todos los martirios que se sufre alrededor de él es también el que está solo.» Sobre todo, el que sufre los martirios de los que no lo sufren; el que siente la joroba de su prójimo, que no la siente, que acaso no sabe que la tiene; aquel a quien le duele la tontería del tonto que no sabe que lo es.



El hombre de la mosca y el del colchón no se dan cuenta de la espantosa desventura de su vida, del terrible sino que les acompaña a la tumba.

El hombre de la mosca es aquel a quien se le ha antojado una cierta mosca que tiene una pintita blanca, roja, azul o dorada en el coselete, y que a cazar esa mosca lo pospone todo. La mosca puede ser una condecoración, un título, una senaduría, un sillón de académico, un ministerio... Siempre es una mosca de seis patitas y dos alas, y nada más. Y la mosca vuela

de acá allá, posándose en un plato de miel o de leche, en una boñiga o en un cadáver. Y su hombre, el hombre de la mosca, a cazarla. Y acaba por no ver más que la mosca. Se acerca al cadáver de su mejor amigo, de su padre mismo, de un hijo acaso, si sabe que sobre él se ha posado la mosca, para cazarla allí, y no para otra cosa. Y tal vez al ir a cazarla da una bofetada en el rostro helado del muerto venerado. Y encima se le escapa la mosca.

Llegan días trágicos, días en que un terremoto social sacude las entrañas del pueblo del hombre de la mosca, y un día le veréis a éste, no con el valor, sino con la impavidez de la inconciencia, deslizarse por la plaza o la estancia en que los combatientes se matan, y pasando por entre charcos de sangre, ir a cazar su mosca, que vuela sobre la refriega. Acaso en un momento solemne interviene en la lucha y predica la paz y la concordia, pero es sólo para que le dejen un momento seguir a su mosca, a la que ahuyentan con sus agitaciones.

La obsesión por alcanzar un triunfo en la vida.

¿No conocéis el caso de aquel loco que coleccionaba los últimos autógrafos de hombres ilustres o notorios, y en cuanto sabía que uno de éstos se hallaba en trance de muerte, le asediaba con los más ingeniosos inventos para arrancarle la última firma? Dícese que desplegaba en esto un talento colosal. Vivía para engordar su mosca, que era su colección de autógrafos fúnebres. Y sin llegar a eso, todo coleccionista, de autógrafos o de lo que sea, es hombre de mosca.

Y el dolor, el inmenso dolor, la pena desgarradora de ser el hombre de la mosca, no es éste, no es él mismo quien lo siente, sino el solitario que no puede aislarse y pasa a su lado.

Figuraos que el hombre de la mosca, persiguiendo a ésta, que un momento se ha posado junto a vuestra oreja, os da una bofetada y os la da sin reparar en que estáis allí, sin el menor ánimo de ofenderos y dispuesto siempre a daros todo género de excusas y reparaciones. ¿No os dolerá ese bofetón en lo más entrañado del alma y como una puñalada a vuestra común humanidad?

Porque no le sentiréis en vuestra mejilla, ¡no!; le sentiréis en el seno augusto de vuestra madre común, de vosotros y del hombre de la mosca, de la humanidad. Porque el hombre de la mosca,

al abofetearos por ir a cazarla, no os abofetea a vosotros, no os ve siquiera, no ve a sus semejantes si es que lo somos de él. La mosca le impide al hombre de ella ver a los hombres. Y esto os tiene que doler de él, que no ve a los hombres. Y es que el hombre de la mosca se ha convertido en otra mosca. No es más que una mosca más.

El hombre del colchón necesita ideas cómodas y seguras para poder vivir.

Y cuando, buscando un aislamiento en que nutrir vuestra soledad, huís de la mosca que es el hombre de la mosca, os encontráis con el hombre del colchón. El hombre del colchón es el que se pasa la vida buscando un colchón, católico, protestante, budista, racionalista, materialista, ateo, agnóstico o lo que sea, en que poder echar sus siestas lo más largas posibles. El hombre del colchón quiere seguridades que le ahorren quebraderos de cabeza; el hombre del colchón quiere tener dónde dormir.

El hombre del colchon no concibe que busquéis un lecho duro y pedregoso, acaso con pinchos, sea católico, protestante, budista, racionalista, materialista, ateo o agnóstico, en que descansar un momento en vuestra marcha, pero sin dormiros, porque teméis, en caso de que os coja el sueño, no volver a despertar de él. El hombre del colchón no comprende que viváis de inseguridades y de incertidumbre, y que el eterno más allá sea la meta de vuestro eterno viaje.

El hombre de la mosca no quiere echarse en el colchón, por cansado que se encuentre, cuando ve pasar a su adorado tormento, a su mosca de la pintita blanca, roja, azul o dorada; pero jamás se acostará en un pedregal a esperar el paso del vuelo de su mosca.

Y el hombre del colchón jamás se moverá de él para ir a cazar el águila que le trae en sus ojos el misterio del sol; pero es posible que si al ir a echarse en su colchón ve la mosca posada en él, difiera un poco su acostamiento para cazarla. Y en todo caso, no se echará, sabiéndolo, sobre ella de modo que la aplaste. La cazará para dársela al hombre de la mosca. Y así como el hombre de la mosca se convierte en mosca, así el hombre del colchón se convierte en colchón, en saco de lana.

El hombre de la mosca y el del colchón se entienden perfectamente entre sí, se hermanan.

Y algunas de esas moscas sociales —condecoraciones, títulos, senadurías, sillones académicos, ministerio, etc.— son moscas *tsetsé*, que matan de sueño, o mosquitos *anofeles*, que matan de paludismo a no pocas almas.

¿No encontraríais heroico el que un investigador hiciera que le picase la mosca *tsetsé* o el *anofele*, para inocularse así la enfermedad del sueño o el paludismo y poder mejor estudiarla en sí mismo? Sólo que los que persiguen moscas sociales no suelen hacerlo con el propósito de estudiar en sí mismos sus terribles efectos.

Sobre los que estudian en sí mismos a la naturaleza humana, poniéndose a sí mismos como cobayas.

No recordamos ahora ningún hombre público que haya buscado el que le hagan ministro para estudiar en sí mismo, en su conciencia, los terribles y desintegradores efectos de esa enfermedad, para ver cómo se le perturbaba la inteligencia y cómo se le entenebrecía la conciencia, y cómo, perdiendo la libertad interior, la santa libertad, se hacía un esclavo.

Y también cabe defender el que en medio de formidables terremotos sociales persiga a una mosca un entomólogo, un filósofo de la entomología, y no un mero y simple y miserable coleccionador de insectos, es decir, un mentecato. Durante el sitio de Siracusa por los romanos, el año 212 antes de Cristo, el siracusano Arquímedes, que en él murió, dicen que estaba absorto, mientras se bañaba, en el descubrimiento del principio físico que lleva su nombre.

Durante la Revolución francesa, que fue una época no más preñada de porvenir y de hechos universales y eternos que es esta época de la Revolución rusa y mundial en que nos ha hecho Dios la merced de dejar-

nos vivir y ver y oír, durante aquella época cuéntase que Goethe se interesaba más que de la marcha de la Revolución, de las discusiones que en la Academia de Ciencias, de París, mantenían Geoffroy de Saint-Hilaire y Cuvier sobre principios biológicos, de que salió luego la doctrina de la evolución orgánica de los seres vivos.

Y nadie culpará a Goethe por eso. Que si la Revolución francesa ha moldeado nuestros espíritus, no los ha moldeado menos la doctrina trasformista, y aun sin ésta, los efectos de aquélla habrían sido muy otros y muy endebles. ¿Y se le culparía a uno que entre el fragor de esta guerra se aislara y recojiera para proseguir una investigación victoriosa de que pueda derivarse la curación del cáncer?

Mas no queremos descender —¡sí, descender!— a las aplicaciones pragmáticas de la ciencia; no queremos que el bárbaro materialismo industrialista, que ha desencadenado esta guerra, nos contamine. Conque un cazador de moscas no persiga al cazarlas nada más que descubrir una parte más de la verdad, por remota y humilde que esa parte sea, debe bastarnos. La verdad, ante todo.

Se refiere a la Primera Guerra Mundial.

Y el que llegue a saber toda la verdad de una mosca, sabrá toda la verdad del Universo; el que llegue a penetrar todo el sentido social de una condecoración o un ministerio, llegará a penetrar el misterio de la sociedad humana.

«Hay quien, a modo de mosca, persigue a una luciérnaga volante o rampante, y es para clavarla con un alfiler en el sombrero y que le alumbre el camino de la vida», se nos dice. ¡Pobre! Pero no; él sabe bien que la luciérnaga no le alumbrará su camino; lo que busca es que le vean a él, al hombre de la luciérnaga, en la oscuridad de la noche, y que no tropiecen. Busca evitar tropezones o simplemente que se repare en él, merced a su luciérnaga, o mejor, a la luciérnaga cuyo es él.

Unamuno

"El hombre de la mosca y el del colchón"

Pero hasta la vanidad es respetable, y aun admirable cuando es heroica, cuando es trágica. La vanidad de un Chateaubriand es sagrada, pues que produjo a *René*. Pero la minúscula, la microscópica vanidad de nuestros hombres-mosca, los de sus moscas, ¿qué ha producido? Ni como hombres-mosca nos ofrecen interés alguno. //

//... la vulgaridad triunfante e insolente. Y los vahos que me vienen de fuera, de lejos, son también vahos de vulgaridad.

Yo he creído y sigo creyendo que la ilustración y la cultura es un capital que crece sin cesar y que cuanto más se difunde y reparte, a más toca a cada uno; pero tengo un amigo que sostiene una doctrina muy contraria a ésta, afirmando que hay una cantidad fija de ilustración, cantidad que crece en una proporción fija también, y que si se reparte mucho es para tocar a cada uno menos.

Sostiene muy serio que donde el tipo medio de la instrucción es elevado, se ahoga toda genialidad y profundidad de pensamiento, y me recuerda la típica expresión de otro amigo mío que hablándome del país en que ahora vive —muy lejos de esta su patria y nuestra patria— me decía que hay en él una alta cultura superficial.

El primero de estos de mis dos amigos ha llegado algunas veces a hacerme vacilar en aquella mi creencia que os decía, y por lo menos me ha hecho pensar en si sucederá con la instrucción y la cultura lo que con otros géneros de comercio, y es que se logra la cantidad a costa de la calidad.

Los empeños por vulgarizar la ciencia, la han vulgarizado, en efecto, pero en el peor sentido de la palabra. Lo mismo en ciencia que en literatura, lo clásico, lo permanente, lo universalmnte humano, se ahoga hoy bajo una balumba de producciones ligeras, baratas —baratas intelectualmente, es decir, que cuesta poco esfuerzo comprenderlas— y vulgares.

Hay quien cree que Flammarion es el primer astrónomo del siglo, quien cita a Letourneau como una de las mayores autoridades en sociología, y así por el estilo.

No hace mucho, me escribía un joven preguntándome qué literatos y poetas de cincuenta años acá le recomendaba que leyese. Y le contesté que por qué los limitaba a los de cincuenta años acá. Que leyese a Homero, y Platón, y Virgilio, y Tácito, y San Agustín, y Dante, y Shakespeare, y Cervantes, y Calderón, y Milton, y Corneille, y Pascal, y Goethe, y..., y..., y... ¿Por qué de cincuenta años acá?; ¿por qué aplicar a cosas de arte, filosofía y poesía ese criterio de mercachifle?

Que siga pensando mi amigo Ricardo Rojas en la necesidad de dar una base de cultura clásica a la educación

argentina, y de crear así un clasicismo nacional propio. Es el único modo de combatir la vulgaridad.

Siempre ha habido vulgo, no cabe duda; pero se me antoja que el vulgo de otros tiempos era más respetuoso que el de estos en que vivimos, que sabía ignorar y sabía respetar a los que sabían más que él. ¡Pero este vulgo que tengo que padecer! ¡Este vulgo al que la prensa le ha hecho creer que está informado y enterado de todo! ¡Este vulgo mimado, adulado a diario!

Sí, me acuerdo de los consejos de Marco Aurelio, me acuerdo de ellos. Ya que no podamos hacer que sean de otro modo que como son, dejarlos. Pero no, yo no los dejo. ¿Que nada consigo con estas agrias, desabridas y displicentes censuras? ¿Que nada se consigue con llamarle tonto al tonto y al ramplón, ramplón? ¡Quién sabe!...

Y aunque no se consiga. A Solón, que lloraba la muerte de un hijo, le dijo un "filósofo" que por qué lo lloraba, si nada conseguía con ello, y le respondió: "¡Pues por eso!"

A medida que la cultura y la ilustración se hacen más un género de comercio, entran más cada vez en la ley general de la oferta y la demanda. Se fabrica ciencia, arte, filosofía y poesía a gusto del consumidor. ¡Y vaya un gusto!

El peor mecenas es el público. Y no hablemos del arte popular, de la ciencia popular... ¡Horror!, ¡horror! y ¡horror! El cálculo infinitesimal, la histología comparada, etc., al alcance de todo género de personas.

Las democracias tienen una cierta tendencia a desconocer la ley de la diferenciación del trabajo. A pesar de lo cual se les impone. Creo que fué Hobbes el que dijo que la democracia es una aristocracia de oradores. Pudo decir que de demagogos. Y lo cierto es que el *politician*, el político de oficio, es el más genuino producto de una democracia.

Y el político de oficio suele ser el más genuino representante de la vulgaridad. No hay oratoria más vulgar que la oratoria política. El que quiera oír vaciedades más o menos sonoras, que acude a un *meeting*, o metingue, de cualquier clase que él sea.

Estoy quejándome de la vulgaridad, que es mi más constante queja, cuando llega un amigo y me dice: "Siempre ha sido así; lo que hay es que la vulgaridad pasada se perdió en el olvido, porque lo vulgar es pasajero, y sólo ha quedado en pie y subsistente lo verdaderamente intenso, profundo y sólido, lo que acaso en su tiempo pasó

inadvertido. No son los autores que hoy se siguen leyendo los más populares en su tiempo." Sí, esto es verdad, muy verdad, pero Dios mío, ¡tener que convivir con lo que no ha de sobrevivir!

Y hay una forma de vulgaridad que es la más terrible y la más dañina de todas: la vulgaridad brillante. El brillo no hace sino hacer más vulgar a la vulgaridad. "Con azúcar está peor", podría decirse aquí, aplicando aquel agudo dicho sobre aquello de que "peor es meneallo". La vulgaridad con brillo está peor.

Estados Unidos: el país de la vulgaridad brillante.

¿Y en que consistirá, Dios mío —suelo preguntarme algunas veces—, que desde hace pocos años me duele cada vez más la vulgaridad ambiente? Y ha llegado esto a tal punto, que se ha mezclado no poca amargura a algunos de mis éxitos. "Pero ¿por qué me aplauden esto —me pregunto— y no aquello otro?" He venido a dar en temer el éxito.

Porque yo sé —así como suena, lo se, lo se de ciencia cierta y con toda seguridad— que si mis escritos se leen y se recuerdan de aquí a cien años, no serán los que más me han sido celebrados los que mejor se recuerden entonces. He oído no pocos aplausos que me han sonado a reproche.

Y ¿por qué inauguro mis correspondencias de este nuevo año de gracia —o de desgracia— con estas amargas y malhumoradas a la vez que nada nuevas ni originales reflexiones? Pues porque en el año que finó —vaya bendito de Dios al abismo oscuro y silencioso de la eternidad— he sentido más que nunca la terrible presión de la vulgocracia. Sobre todo en sus últimos meses. . . .

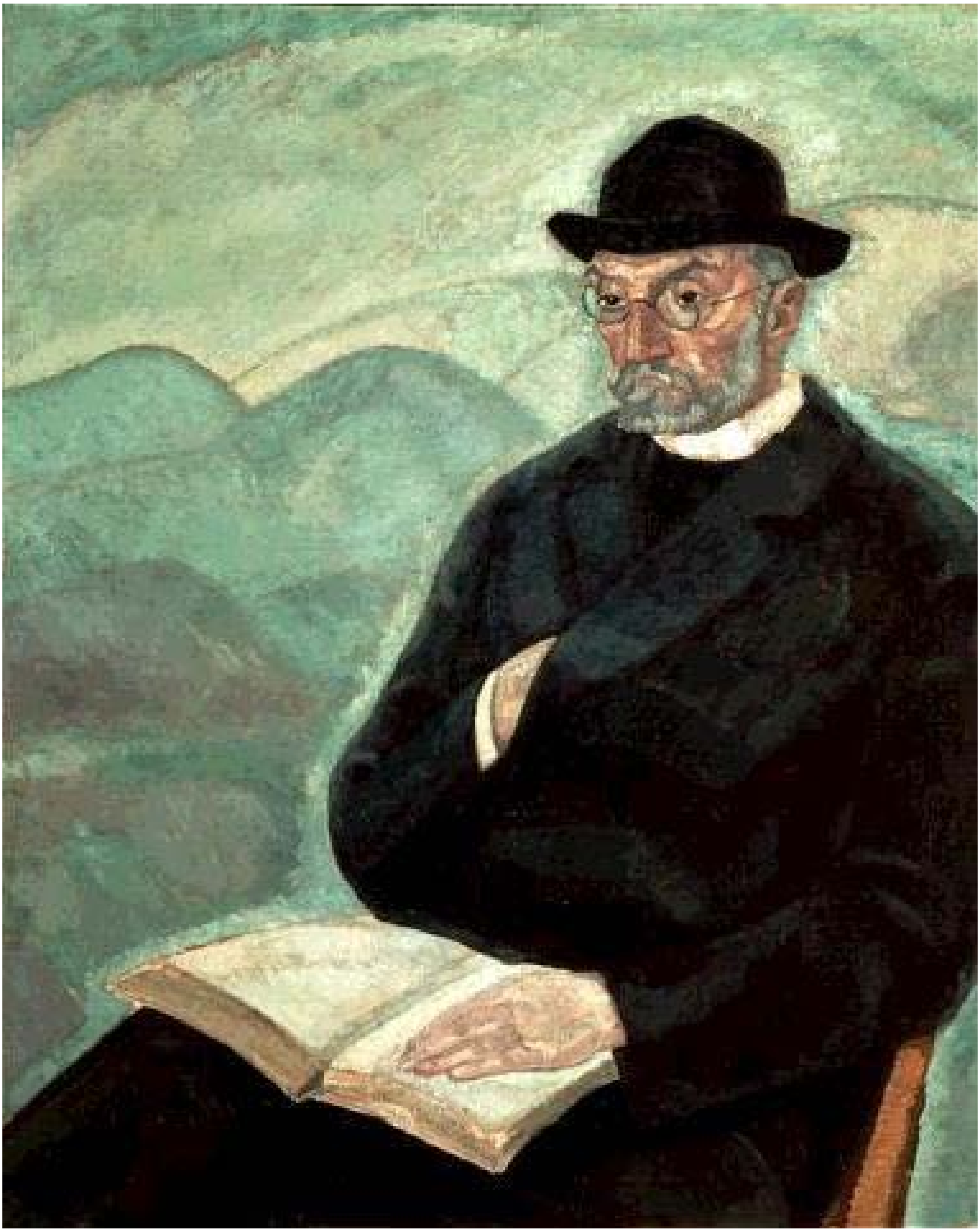
Cuando la democracia degenera en vulgocracia.

Os deseo, lectores, un buen año nuevo. Ahí, en la Argentina, es un año de centenario, de fiestas y banquetes de confraternidad, de discursos, de salutaciones, de bienvenidas, de himnos, de champaña, de desbordamiento. Dios os lo dé llevadero!

Y aquí, en España, es como todos, un año de esperanzas. Están en el poder los llamados liberales, con el apoyo de los republicanos, y estos llamados en España liberales son una eterna esperanza, es decir, un eterno desengaño.

Yo, por mi parte, temo que en este año que ha empezado se robustezca la vulgocracia. Y este temor es el que me da fuerzas para luchar. Tenía razón Carlyle; si el mundo fuera bueno, sería absolutamente inútil. //

Unamuno "Vulgaridad"



PÚBLICO Y PRENSA

No hace mucho que un diario español, el *A B C*, traía ésta nota:

"Con motivo del gran aumento de tirada que estos días tenemos, debido a la información del doble crimen de la calle del Calvario y al especial favor que el público nos dispensa, nos vemos obligados hoy, como ayer, a aplazar la publicación de nuestro suplemento *La Mujer y la Casa*, que acostumbramos a dar los martes."

La vulgocracia promociona los toros, la lotería y las crónicas de crímenes... hace 100 años como hoy mismo.

Y otro diario, *La Correspondencia de España*, decía comentándolo:

"Las anteriores líneas de nuestro querido colega *A B C* son una triste verdad. Verdad, porque relatan un hecho. Triste, porque retratan un estado de cultura social demostrativo de que la intelectualidad española está, para desgracia nacional, en un nivel poco envidiable.

"Las líneas con que *A B C* encabeza su número de hoy podrían encabezar las de todos los diarios madrileños, y ya que escritas están, no será de más que les sea consagrado un comentario.

"Por desgracia para todos, los crímenes, aun cuando sean vulgarísimos, como el cometido por el Hojalata, y las cogidas de toreros, aun cuando éstos sean de ínfima categoría, son las únicas causas que en un momento aumentan la curiosidad de los lectores y, por lo tanto, la tirada momentánea de los diarios, de *A B C* y de todos, son un fenómeno natural.

"Los crímenes, las consecuencias sangrientas de las corridas de toros y la lista de la lotería son los tres auxiliares de las empresas periodísticas, pues todo vendedor o paquetero pide aumento cuando el periódico trae lista, corrida o crimen.

"¡¡Qué pena tan grande!! A la masa de lectores de aluvión le importa, por lo general, muy poco que un diario tenga o no artículos dignos de ser leídos, informaciones costosas, reseñas bien hechas; sólo la lista, la corrida o el crimen la impulsan a leer: Lo demás no le importa."

Unamuno "Público y prensa"

¡Y cómo se disfrazan ese odio, esa envidia, que Arguedas ha podido observar en Bolivia y que nosotros todos podemos observar cada cual en nuestro país, espiritualmente hermanos! «La afectividad es simulada —dice el autor boliviano—; en el fondo de nuestras frases corteses y almibaradas siempre late la envidia, la indiferencia, el odio. El lenguaje común es rico en términos afectuosos; pero se le usa de una manera inconsciente, banal. Allí nadie admira a nadie sinceramente.

El temor, el respeto, el interés o la hipocresía nos empujan al empleo de ese lenguaje acariciador; como los meridionales, nos es forzoso simular grandes afectos. Interiormente, la aridez afectiva, desesperante; generosidad, hidalguía, sinceridad, son términos vagos y sin aplicación, acaso altas concepciones morales, pero nada efectivas.»

Volved a leer estas sencillas y terribles palabras del autor de *Pueblo enfermo*. Tienen todo lo doloroso de lo que es sencillamente verdadero. En ellas está expresada derechamente, sin rodeos y sin retórica, una verdad hija de dolorosa experiencia. «La afectividad es simulada», es muchas veces pérfida, es felina. En el fondo de frases corteses y almibaradas siempre late la envidia. Es más aún: la envidia es sutilísima y muy fecunda en inventar halagos y adulaciones. ¿No habéis oído nunca elogiar felina y ambiguamente, por envidia?

Una de las astucias maliciosas que la envidia emplea es confundir en un mismo elogio a personas de muy desigual valía, es nivelar en el elogio. Hasta los elogios son sospechosos en pueblos comidos por la envidia. Suelo yo decir que aquí, cuando se oye que uno elogia a otro desmedidamente, hay que preguntar siempre: ¿Contra quién va ese elogio? Puede ir contra el elogiado mismo; puede ir contra un tercero.

Y esta horrible gangrena de la envidia, ¿de qué puede habernos venido? Yo creo que de ociosidad espiritual, y téngase en cuenta que puede tener ocioso el espíritu, ociosa la inteligencia, un hombre muy activo para procurarse la vida y hasta uno de esos a quienes se llama hombre de estudio. Así, por ejemplo, los eruditos suelen ser, por lo común, envidiosos; pero es que

los eruditos mantienen su inteligencia en mal disfrazada ociosidad.

«Lo que de usted más me gusta —le dije una vez a un hombre de grandísima valía y de intensísima vida espiritual— es que no le he observado rastro de envidias.» Y me contestó: «Es que no he tenido tiempo de envidiar; me inquieta tanto el camino que tengo bajo mis pies, y tanto me atormenta la idea de adónde me llevará, que no he podido aún mirar los caminos de los otros, ni ver si en ellos avanzaron más o menos que yo en el mío.»

La persona que no se fija en lo que hacen los otros no es envidiosa... pero tampoco se entera de si otros están haciendo lo mismo que él e incluso mejor.

La envidia es hija de superficialidad mental y de falta de grandes preocupaciones íntimas.

La envidia brota en los pueblos en que el íntimo y verdadero resorte religioso, la fe que crea y no la que vegeta parásita del dogma, se ha herrumbrado. La envidia, que es hija de la ociosidad espiritual, es compañera del dogmatismo. Por algo se ha hecho proverbial el *odium theologicum*.

¿Y quién no sabe que la envidia, más que la gula, más que otro cualquiera de los siete pecados capitales, es el vicio clerical por excelencia? La envidia es la roña íntima de los conventos. Y ello procede de la ociosidad espiritual.

La paz y la democracia engendran casi forzosamente la envidia. El mejor remedio contra la envidia es la guerra. Pero entiéndase bien que la guerra más eficaz es la que uno trama contra sí mismo, la guerra contra el misterio de nuestra vida y de nuestro destino.

La guerra de la que habla siempre Unamuno es la guerra intelectual interior, como en su novela "Paz en la guerra".

Y por lo que hace a la democracia, ¿ha habido acaso pueblo más envidioso que el ateniense, el que inventó el ostracismo? Los dioses griegos tienen envidia de los mortales felices. Es difícil dar en otra lengua la fuerza toda del vocablo helénico *phthonos*, envidia.

Las democracias son envidiosas, y por envidiosas han decretado alguna vez la abolición de los títulos honoríficos, de las distinciones, de las condecoraciones. Y se pagan mucho de ellas. Donde no hay condes ni marqueses, hay generales y hay doctores. «Como los mandarines chinos —dice Arguedas de los gobernantes de su patria—, conceden gran importancia al aparato... Melgarejo tenía una capa colorada; Santa Cruz iba cargado de condecoraciones.

En las democracias falsas, la aristocracia es sustituida por generales y doctores... los envidiosos de los anteriores aristócratas.

Unamuno "La envidia hispánica"

// Y esta casticísima envidia reviste las más variadas y las más extrañas formas. ¿Creéis que es otra cosa, si no ella, esa característica benevolencia en el juzgar que infesta de epítetos encomiásticos las planas de nuestros diarios? Es la nivelación en el elogio. Todos sobresalientes, es lo mismo que aprobados todos. El lema es: "Todos somos unos." Unos, sí; unos envidiosos.

De esta envidia arranca la tan decantada democracia castellana; la que se ha llamado, por unos, democracia cesarista; por otros, democracia frailuna. Es la nivelación en la indigencia moral e intelectual. Lo más grande de la frailería era, y es, que el hijo de un porquero pueda llegar a arzobispo de Toledo. Nunca aquí el episcopado se reclutó, tanto como en Francia, de entre los hijos de la nobleza.

He aquí un pueblo democrático, pero antiliberal. Como si se le deja a cada cual vestirse a su antojo, aquél puede hacerlo de modo que se le tenga por elegante, y yo, no. ¡Uniforme para todos! Y así persiste la Inquisición, ya que no en las leyes, en las costumbres.

Porque la Inquisición brotó de las entrañas mismas de este pueblo, de su poso de envidia, y fué una dicha que la encauzara la Iglesia, estableciendo Tribunales del Santo Oficio y procedimientos regulares, porque si llega a actuar por jurados populares o por sufragio universal, no se escapa con vida ni uno que se distinguiese de la común ramplonería de pensar.

De esta tétrica tendencia al igualitarismo intelectual sólo se salvan los extremos. O un sentido común muy pragmático y seguro, pero muy zafio e inadecuado para iniciaciones y altezas, o a las veces, muy raras, una genialidad bravía. Cuando alguno de estos espíritus rompe el recio dermatoesqueleto en que vive, se derrama en chorro de fuego. Pero esto sucede una vez al siglo.

Lo dudo. La apatía es aquí tradicional y endémica, como la siesta. Si los arrieros que trajinan por estas carreteras de polvo están tan indignados contra los automóviles, es porque, obligándoles éstos a ir con ojo despierto sobre las mulas, no les dejan echar la siesta en su carromato. Y esto es simbólico.

Diríase que los hijos de esta casta, cansados de una larga lucha con un suelo ingrato, nacen con un sueño de siglos, si es que no fuera otra cosa. Su vida es recio combate contra la miseria. No tanto les mueve ansia de riquezas como terror de la pobreza, así como en los más caliginosos siglos medievales era el miedo al infierno, no el anhelo de la gloria, lo que azuzaba las almas al claustro, hundiéndolas en la abadía. De este miedo a la pobreza viene su avaricia, y de él su mendiguez y su concepción hospiciana del Estado.

Son tristemente avaros estos coleccionistas de dehesas o de acciones del Banco; buscan el interés seguro, aunque sea módico, antes que arriesgar su fortuna. Por todas partes ven peligros para ella.

Y no es menos triste que la avaricia de los que tienen algo que perder, la mendiguez de los que tienen todo que ganar. Los cargos y empleos son para los que los desempeñan, no éstos para aquéllos. El Municipio, la Provincia, el Estado son un hospicio.

Y a esta avaricia de bienes materiales corresponde la avaricia espiritual: la envidia.

La envidia es el terrible azote de estos pobres espíritus amodorrados; la envidia es la peor de las plagas morales de casi toda nuestra España. Aquí pudo nacer la frase quevediana de que la envidia está flaca porque muerde y no come, y aquí pudo hacerse proverbial el símil de la cucaña. //

Unamuno "Estos"

//

Después de cavilar muy poco he rechazado el uso que emplea la voz galicana revancha, y me atengo al abuso, quiero decir, al purismo que nos manda decir desquite. Que nadie me lo tenga en cuenta.

Esto del desquite es de una actualidad feroz, ahora que todos estamos picados de internacionalismo belicoso.

Luis era el gallito de la calle y el chico más roncoso del barrio, ninguno de su igual le había podido, y él a todos había zurrado la badana. Desde que dominó a Guillermo no había quien le aguantara. Se pasaba el día cacareando y agitando la cresta: si había partida, la acaudillaba; se divertía en asustar a las chicas del barrio por molestar a los hermanos de éstas, se metía en todas partes, y a callar todo Cristo, ¡a callar se ha dicho!

¡Que se descuidara uno!

—¡Si no callas te inflo los papos de un rés!...

¡Era un mandarín, un verdadero mandarn! Y como pesado, ¡vaya si era pesado! Al pobre Enrique, a Enrique el tonto, no hacía más que darle papuchadas, y vez hubo en que se empeñó en hacerle comer greda y beber tinta.

¡Le tenían una rabia los de la calle!

Guillermo, desde la última felpa, callaba y le dejaba soltar cucurrucús y roncas, esperando ocasión y diciéndose: «Ya caerá ese roncoso.»

A éste, los del barrio, aburridos del gallo, le hacían «chápale, chápale», yénndole y viniéndole con recaditos a la oreja.

—Dice que le tienes miedo.

—¿Yo?

—¡Dice que te puede!

—¡Dice que cómo rebolincha!...

—¡Sí, las ganas!

Se encontraron en el campo una mañana tibia de primavera; había llovido de noche y estaba mojado el suelo. A los dos, Luis y Guillermo, les retozaba la savia en el cuerpo, los brazos les bailaban, y los corazones a sus acompañantes que barruntaban morradeo.

Sobre si fué el uno o fué el otro quien derribó un cochorro de una pedrada, tuvieron palabras.

El cochorro estaba en el suelo, panza arriba suplicando paz con el pataleo de sus seis patitas, esperando a que por él y junto a él se decidiera la hegemonía del barrio.

—¡Sí!... ¡Tú, tú echar roncas nada más no sabes!...

—¿Roncas? ¿Roncas yo? ¡Si te doy uno!

Hacía que se iba con desdén digno, y volvía.

—¡Calla y no me provoques!

—¡Ahí va!, provoques —exclamó uno de los mirones— provoques..., provoques... ¡Qué farolín, para que se le diga que sabe!

Los circunstantes les azuzaban.

—¡Anda, pégale!

—¡Chápale a ése!

—¿Le tienes miedo?

—¿Miedo yo?

—¡Mójale la oreja!

—¡Tírale saliva!

—¡Llámale aburrido!

—¡Provócale, anda, provócale!

Todos soltaron el trapo a reír al oír esto. Luis se puso como un tomate, y se acercó a imponer correctivo al burlón.

—¡Déjale quieto! —le gritó Guillermo.

—¡Y a ti también si chillas mucho!

—¿A mí?

Luis le dió un empellón, se lo devolvió Guillermo, siguió un moquete y se armó la gresca. Los mirones les animaban y saltaban de gusto. Uno de éstos se puso a *rezar* por Guillermo.

—Ojalá gane Guillermo. Ojalá amén... Ojalá gane... Ojalá gane...

Se separaban para dar vuelo al brazo y descargarlo con más brío. Al principio llevaban la mano a la parte herida y tomaban tiempo para devolver el golpe; después menudeaban los embistes sin darse reposo.

—Ojalá gane... Ojalá gane... Ojalá gane...

—¡Échale la zancadilla!

Cayeron al fin al suelo mojado, Luis debajo, y al caer aplastaron al cochorro que imploraba piedad con sus patitas. Guillermo sujetó con las rodillas los brazos del enemigo, y mientras éste forcejeaba, el otro, resudado, rojo de faz, irradiando alegría, feroz los ojos, le decía entre resoplidos:

—¿Te rindes?

—¡No!

Y le descargaba un puñetazo en los hocicos.

—¿Te rindes?

—¡No!

Otro puñetazo más, y así siguió hasta que le hizo sangrar por las muelas.

En aquel momento uno de los mirones exclamó:

—¡Agua..., agua..., agua!

Era que venía el alguacil, el muy pillo cauteiosamente, haciéndose el distraído, como tigre de caza. Al verle abandonaron todos el campo echando a correr. Y el alguacil, al escapársele la presa, les amenazaba desde lejos con el bastón.

Entraron en la calle, el vencedor rodeado de los testigos de su triunfo y sin hacer caso a Eugenio, que le repetía:

—¡He rezado por ti! ¡He rezado por ti!

Poco después entró el vencido sangrando por la boca, embarrado, hosco y murmurando:

—¡Ya caerá! ¡Ya caerá!

¡Qué corte rodeó desde aquel día a Guillermo!

En la calle bailaban todos de contento; ya no temían al roncoso, ya podían decirle:

—Te ha podido Guillermo.

Quien más atenciones prodigó a éste fué Eugenio.

El cual tenía un hondísimo sentimiento de la dignidad humana. Si le pegaban 6, 15 ó 21 golpes, él devolvía 7, 16 ó 22; cuando el maestro le administraba una azotina, contaba él los zurriagazos, y si éstos eran *n*, después, en desquite, tenía que tocar el faldón de la levita del maestro $n + 1$ veces. Siempre quedaba encima.

Luis no volvió a abrir el pico, pero no cerró noche ni abrió día sin que murmurara:

—¡Ya caerá! ¡Ya caerá!

¡Ardoroso alimento de su augusta majestad caída!

La venganza en España:

se desquitan unos de otros

por una reciprocidad primitiva de "ojo por ojo" , por

represalias y ataques, para

demostrar que se es más que el otro.

"Borriquito como tú,

yo sé más que tú" (Peret).

«¡Valiente chiquillería! ¡Mira con qué nos sale!»

¿Dice esto el lector?

¡Bien!, pues ahí está el origen del sentimiento de justicia, porque nació ésta del desquite. Toda la monserga de la vindicta social se reduce a la revancha social, ni tilde más, ni tilde menos. ¿Me pega? ¡Le pego, y en paz!

¡Vaya una paz!

Los pueblos pasaron de la venganza al castigo. Ésta es una pura reacción, como el estornudo. Entra un granillo de polvo en la mucosa..., la laringe castiga al granillo estornudando.

Cuando veo a dos rapaces darse de mojicones en la calle, me digo:

«Ésa es la educación social, y lo demás pamplina. Así, libre y al aire libre, cada uno aprende, así, que, frente a su voluntad, hay otras voluntades, y que no hay otro remedio que imponerse o someterse a ellas, o concertarse todos a escapar bajo el ojo del alguacil.» //

Unamuno "El desquite"



//

El viaje aquel de Toribio a Madrid fué un viaje terrible: no podía quitar de la cabeza la innoble figura de aquel Campomanes que tanta guerra le había dado a su pueblo. ¡Campomanes! Cifra de todo lo que estorba. Toribio le atribuía todas las cualidades vulgares que más odiaba, y se complacía en no suponerle mala intención ni perfidia. «¿Pérfido? ¿Mal intencionado Campomanes? ¡Eso quisiera él, majadero, nada más que majadero!», se decía Toribio sin poder pegar ojo.

Sacó los guantes y se los iba a poner; pero pensó entonces: «Unos guantes así gasta Campomanes... Voy a parecer un elegante...» Y no se los puso.

Llegó a Madrid, y con él, en su cabeza, la innoble figura de Campomanes.

Aquella misma tarde fué al antiguo café; allí, charlando de todo, olvidaría sus penas y se olvidaría de Campomanes.

Cuando llegó él al café aún no habían llegado sus amigos. En la mesa contigua estaba un hombre solo, fumando un puro. Toribio le contemplaba pensando en Campomanes.

Llegaron sus amigos y los del vecino, se formó en cada mesa un corrillo y se revolvió en una y en otra todo lo humano y lo divino.

Toribio continuó asistiendo al antiguo café. Casi todos los días era el primero que llegaba, y casi todos encontraba en la mesa contigua al mismo vecino, siempre solo y siempre fumando su puro. Le tomó una feroz antipatía,

que se convirtió en odio feroz. No le conocía, no sabía quién era, ni qué era. Ni qué hacía, ni qué decía; no sabía de él nada, nada más sino que él, Toribio, le odiaba con toda su alma.

«Pero, señor —se decía—, ¿por qué me carga este hombre?» Y para razonar su odio y justificarlo fué inventando, sin darse cuenta de lo que hacía, mil pretextillos.

Entraba en el café... «Ahí está, ¡cómo me mira!, me odia, bien se conoce que me odia...»

Empezó con sus amigos a hablar mal del otro, les dijo que se odiaban, inventó mil mentirillas de ojeadas feroces, de gestos de desprecio; acabó por creerlas él mismo.

A todo esto el vecino impasible, acaso adivinaba lo que sucedía en el alma de Toribio, pero no lo daba a entender.

«¡Qué manera tan presuntuosa de fumar el puro! ¡Qué desdén en la mirada! ¡Qué rostro abotagado! ¡Qué sello de imbecilidad en el traje! ¡Cómo me mira..., me aborrece, nos hemos comprendido!» Y todo esto era mentira, y Toribio lo sabía; no había tal presunción, ni tal desdén, ni tal rostro, ni mucho menos aborrecimiento alguno. «¡Y ni saluda al entrar!»... Él tampoco saludaba.

En fuerza de repetirse los pretextos acabó por creerlos, se los sugirió como verdaderos y se convenció de que el vecino le odiaba.

Un día llegó Toribio al café un poco alegrillo, y lo primero que vió fué a su vecino en la mesa de ellos, de Toribio y sus amigos.

«Ha ocupado nuestra mesa teniendo la suya vacía..., busca camorra... Pero aquí las mesas son del primero que llega. No importa, tiene la suya, ¿por qué no la ha ocupado?... No, pues yo voy y me siento en la nuestra. ¿Busca camorra?, que empiece él... ¡Está claro! Como lo que él quiere es que yo me siente junto a él, dirá algo...»

Se sentó en la misma mesa, frente al vecino odiado. Pidió café. Vino el mozo y fué a retirar la taza que estaba delante de Toribio. //

Unamuno "Del odio a la piedad"

El odio en España: se odia al vecino por prejuicios, por suposiciones, por imaginaciones o por necesidad de odiar al otro.

// Poesía, sí, y esa poesía deberíamos ser nosotros, los españoles, los que más fuertemente la sintiéramos. Como Diego Laínez se llenó de orgullo al ver que su hijo, el Cid, sintiéndose mordido en el dedo por el padre, le amagó un bofetón.

así nosotros, los españoles, deberíamos enorgullecernos de la heroicidad de aquellos hombres frente a las tropas de los torpes Gobiernos peninsulares y considerar una gloria de la raza las glorias de las independencias americanas. Pero aún no hemos llegado a esto.

Ni aún, justo es decirlo, se ha llegado ahí, en América, a hacernos entera justicia, aunque cada día, sobre todo desde que España perdió a Cuba y Puerto Rico, aumenta el buen deseo de hacérnosla, y prueba de ello es, entre otras muchas, la obra del señor Gil Fortoul que ha provocado este escrito.

Y vuelvo a lo que decía al principio, y que es uno de mis más repetidos estribillos, a la necesidad de que todos los pueblos de lengua castellana se conozcan entre sí. Porque no es sólo que en España se conozca poco o mal a la América latina, y que en ésta se conozca no mucho ni muy bien a España, sino que sospecho que las repúblicas hispanoamericanas, desde Méjico a la Argentina, se conocen muy superficialmente entre sí. //

Unamuno "Don Quijote y Bolívar"

La independencia de los países latinoamericanos como una rebelión de los mejores españoles (que emigraron allí) contra la España más atrasada y senil.

//

Como cada hombre, cada pueblo tiene su representación propia, y en la ciencia se distingue por su preferencia a tal rama o tal método, pero no puede en rigor decirse que haya ciencia nacional alguna. Todo lo que se repita y vuelva a repetir el trivialísimo lugar común de que la ciencia no tiene nacionalidad, todo será poco, porque siempre se lo olvidará de puro sabido, y siempre *se hará ciencia* para cohonestar actos de salvajismo e injusticia.

¡Cuánto no ha influido la suerte de la Alsacia y la Lorena en el cultivo de la sociología en Francia y Alemania! La obra de Malthus, ¿no tuvo como razón de ser el propinar un bálsamo a la conciencia turbada de los ricos?

No solamente Malthus sino también Darwin buscó ese objetivo.

El proceso económico o el político explican el proceso de sus ciencias respectivas. ¡Cuán lejos estamos de la verdadera religiosidad, de la *pietas* que anhelaba Lucrecio, de poder contemplarlo todo con alma serena, *paccata posse omnia mente tueri!*

Si hablamos de geometría alemana o de química inglesa, decimos algo, ¡y no es poco decir algo!, pero decimos más si hablamos de filosofía germánica o escocesa. Y decimos algo, porque la ciencia no se da nunca pura, porque la geometría, y más que ella la química y muchísimo más la filosofía, lleva algo en sí de precientífico y de subcientífico, de sobrecientífico, como se quiera, de intracientífico en realidad, y este *algo* va teñido de *materia* nacional.

Esto en filosofía es enorme, es el alma de esa conjunción de la ciencia con el arte, y por ello tiene tanta vida, por estar preñada de intrafilosofía. Y es que, como el sonido sobre el silencio, la ciencia se asienta y vive sobre la ignorancia viva.

Sobre la ignorancia viva, porque el principio de la sabiduría es saber ignorar, sobre la viva y no sobre la muerta, como quieren asentarla los que piden ciencia de proteccionismo. Y aquí tolere el lector que, dejando por el pronto suspendido este oscuro cabo suelto, prosiga el hilo de mis reflexiones.

El alma condenada a vivir en este mundo material.

La representación brota del ambiente, pero el ambiente mismo es quien le impide purificarse y elevarse. Aquí se cumple el misterio de siempre, el verdadero misterio del pecado original, la condenación de la idea al tiempo y al espacio, al cuerpo. Así vemos que el nombre, cuerpo del concepto, al que le da vida y carne, acaba por ahogarle muchas veces si no sabe redimirse.

Del mismo modo, la ciencia, que arrancando del conocimiento vulgar, ligado al ambiente exclusivo y *nacional*, empieza sirviéndose de la lengua vulgar, moriría si poco a poco no fuera redimiéndose, creando su tecnicismo según crece, haciéndose su lengua universal conforme se eleva de la concepción vulgar. A no ser por el latín, no hubiera habido filosofía escolástica en la Edad Media; al latín universal y muerto debió su cuerpo y su pecado original también.

Un conocimiento va entrando a ser científico conforme se hace más preciso y organizado, conforme va pasando de la precisión cualitativa a la cuantitativa. En un tiempo la verdadera ciencia científica era la matemática, la física ha entrado en el período realmente científico cuando, subordinándose a la mecánica racional, se ha hecho matemática, y se ha pasado de la alquimia a la química al reducir la previsión cualitativa de cambios químicos a previsión cuantitativa según peso, número y medida.

La época positivista de Unamuno.

Este proceso lo han descrito a las mil maravillas Whewel y Spencer. Refresque el lector sus enseñanzas, medite un rato acerca de ellas, y sigamos.

A medida que la ciencia, pasando de la previsión meramente cualitativa a la cuantitativa, va purificándose de la concepción vulgar, se despoja poco a poco del lenguaje vulgar, que sólo expresa cualidades para revestirse del *racional*, científico, que tiende a expresar lo cuantitativo.

Los castizos nombres *agua fuerte*, *sosa*, *piedra infernal*, *salitre*, *aceite de vitriolo*, evocan en quien conoce esos cuerpos la imagen de un conjunto de cualidades, cuyo conocimiento es utilísimo en la vida, pero los nombres *ácido nítrico*, *carbonato sódico*,

nitrato de plata, *nitrato potásico*, *ácido sulfúrico*, despiertan una idea más precisa de esos cuerpos, marcan su composición, y no ya estos nombres, las fórmulas que apenas se agarran al lenguaje vulgar por un hilillo, HNO_3, $NaCO_2$, $AgNO_3$, KNO_3, H_2SO_4, suscitan un concepto *cuantitativo* de esos cuerpos.

El que conoce el vinagre como $C_2H_4O_2$ y el *espíritu de vino* como C_2H_5OH sabe de éstos *científicamente* más que el que sólo los conoce por el nombre vulgar y castizo. ¡Cuán preferible es la fórmula $C_6H_4(OH)_2$ a este terminacho, híbrido de lengua vulgar y científica, *metahidroxibencina*! Ya en la distinción lingüística entre *ácido sulfuroso* y *ácido sulfúrico* iba un principio de distinción científica, pero ¡cuánto mayor es ésta en la diferencia de fórmulas H_2SO_3 y H_2SO_4!

Como el cardo corredor, así los conceptos científicos, cuando rompen el lazo que los ata a las raíces enterradas en el suelo en que nacieron, es cuando pueden, libres, ir a esparcir su simiente por el mundo.

¡Si todas las ciencias pudieran hacerse un álgebra universal, si pudiéramos prescindir en la economía política de esas condenadas palabras de *valor, riqueza, renta, capital*, etc., tan preñadas de vida, pero tan corrompidas por pecado *original!* Un álgebra les serviría de bautismo a la vez que extraeríamos ciencia de su fondo histórico, metafórico.

Aquí tenemos la ventaja del empleo de la lengua griega en el tecnicismo científico, que *estén en griego* los vocablos y que, perdiendo el peso de la tradición, permitan el vuelo de la idea.

¿Que esto es abogar por la fórmula y contra la idea? ¡Como si las fórmulas no tuvieran vida! ¡Como si una nube que descansa en un risco no tuviera más vida que el risco mismo! ¡Nebulosidades!...: de ellas baja la lluvia fecundante, ellas llevan a que se sedimente en el valle el detrito de la roca. Cuando no se cree más que en la vida de la carne, se camina a la muerte. ¡Qué hermoso fué aquel gigantesco esfuerzo de Hegel, el último titán, para escalar el cielo!

aquel trabajo hercúleo por encerrar el mundo todo en fórmulas vivas, por escribir el álgebra del universo! ¡Qué hermoso y qué fecundo! De las ruinas de aquella torre, aspiración a la ciencia absoluta, se han sacado cimientos para la ciencia positiva y sólida, de las migajas de la mesa hegeliana viven los que más la denigran.

Comprendió que el mundo de la ciencia son formas enchufadas unas en otras, formas de formas y formas de estas formas en proceso inacabable, y quiso levantarnos al cenit del cielo de nuestra razón, y desde la forma suprema hacernos descender a la realidad, que iría purificándose y abriéndose a nuestros ojos, racionalizándose.

Este sueño del Quijote de la filosofía ha dado alma a muchas almas, aunque le pasó lo que al barón de Münchhausen, que quería sacarse del pozo tirándose de las orejas. Tenía que hablar una lengua, lengua nacional, y el lenguaje humano es pobre para tal empresa, que era la empresa nada menos que de hacernos dioses.

La época positivista y hegeliana de Unamuno.

Fué —dicen algunos— la revelación del satanismo (1), y luego ha venido el convertirse Nabucodonosor, que quiso ser dios, en bestia, y anda hozando el suelo para extraer raíces de que alimentarse. Ésta es una atroz blasfemia en que nos detendremos más adelante.

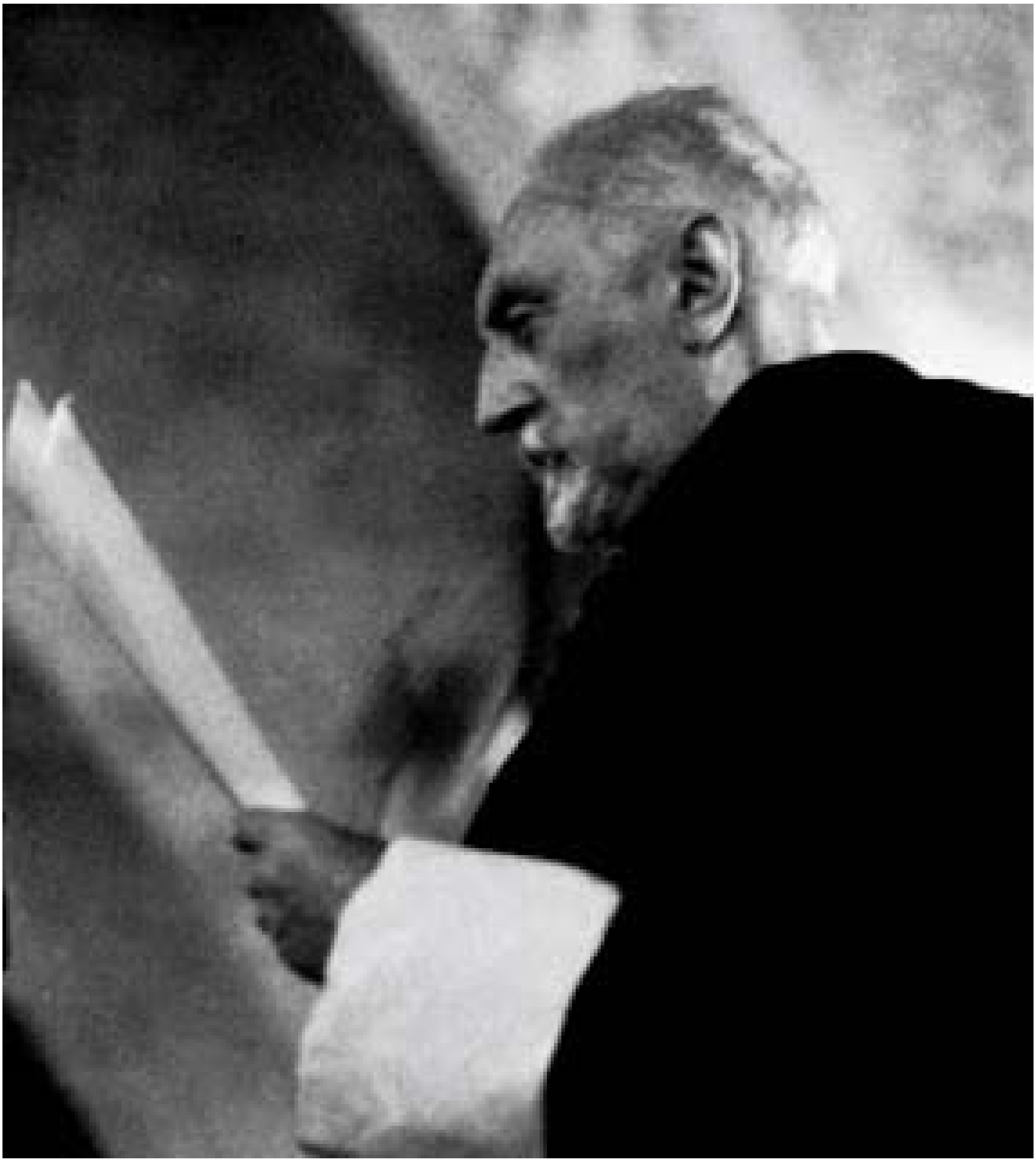
¡Formas enchufadas unas en otras, formas de formas y formas de estas formas en proceso inacabable es el mundo de la ciencia, en que se busca lo cuantitativo de que brotan las cualidades! Pero si dentro de las formas se halla la cantidad, dentro de ésta hay una cualidad, lo intracuantitativo, el *quid divinum*.

Todo tiene entrañas, todo tiene un *dentro*, incluso la ciencia. Las formas que vemos fuera tienen un *dentro* como lo tenemos nosotros, y así como no sólo nos conocemos, sino que *nos somos*, ellas *son*. ¿De qué nos serviría definir el amor, si no lo sintiéramos?

(1) Por serlo admiran a Hegel los que adoran a Satanás *al revés*, los que en realidad creen en una especie de divinidad de que son dos formas Dios y el Demonio, los absolutistas que creen lo más lógico, dentro del liberalismo, el anarquismo. //

El anarquismo entendido como nuevo gnosticismo o maniqueísmo.

Unamuno "La tradición eterna"



// Y me puse a pensar, mientras seguíamos conversando, qué otra cita le encajaría a mi amigo.

Porque el lector se habrá percatado ya de que en esta conversación uno de mis principales objetos era irle colocando a mi interlocutor unos cuantos pasajes que me habían llamado especialmente la atención en mis recientes lecturas. Y así, llevaba yo de tal modo la conversación, contando siempre, claro está, con la complacencia de mi amigo, que fuera a recaer precisamente en los tópicos correspondientes a las citas que tenía de antemano aparejadas.

Y esto, lectores míos, no debe extrañarles. Es la corriente manera que hay aquí de hacer piececillas cómicas y hasta comedias. Un autor cómico, de eso que llaman el género chico, se dedica a coleccionar chistes, chascarrillos, dicharachos, juegos de palabras, y cuando tiene ya una regular cosecha de ellos, escribe una pieza para irlos colocando, vengan o no a pelo. Y se ve desde luego que tal o cual situación no está traída sino para justificar, mejor o peor, tal o cual chiste.

Es decir, que los chistes no son orgánicos, no surgen del conjunto, no brotan del argumento general cómico de la pieza, sino que ésta no es sino un pretexto para irlos ensartando. Y el público tan contento.

¿Y esto que nuestros autores cómicos hacen con sus piezas, no puedo hacerlo yo en mis conversaciones? Mayormente cuando otros lo hacen también en las suyas. ¿O es que se creen ustedes que no es sino una invención aquella anécdota del que preguntaba: "¿Han oído ustedes un cañonazo?", y al decirle que no, añadía: "Pues a propósito de cañonazo...", y colocaba su cuento?

Yo me he impuesto la obligación —mejor diré, en cierto sentido, necesidad— de dirigirme a ustedes, mis queridos lectores, cada quince días, y tengo que inventar asuntos. Y no pocas veces ocurre que no los hay. ¿Porqué, entonces, no me ha de ser permitido distraerles a ustedes con una conversación suelta, como la de hoy, en que vaya ensartando las citas más curiosas o sugerentes de mi última cosecha?

Además, esto de tener que ensartar citas es una cosa tan generadora como la rima. Porque ya sabrán ustedes, y vaya de cita, que Carducci, siguiendo no recuerdo ahora a quién, le llamó a la rima *rima generatrice*, rima generadora. Y en efecto, la necesidad de colocar un consonante le obliga a un poeta, a un gran poeta, a seguir una nueva asociación de ideas.

Más teología de la literatura: la rima genera nuevas ideas y aparece el azar.

Y este lazo de asociación que parece meramente externo, meramente acústico, introduce un cierto elemento de azar, de capricho, que Novalis estimaba tan esencial en la poesía. Porque si la poesía no nos liberta de la lógica, maldito para lo que sirve.

Y aquí vuelve a venírseme a las mientes otro pasaje de Oliver Wendell Holmes, cuando nos dice que la obra de un espíritu lógico es construir un *pons asinorum*, un puente para borricos, sobre congostos que la gente viva puede saltar sin necesidad de semejante estructura.

Y a renglón seguido diserta muy agudamente sobre esos hombres lógicos, sutiles dialécticos, óptimos abogados, pero que no tienen relaciones primarias con la verdad. "Según yo entiendo la verdad", añade el autócrata de la mesa redonda *(The autocrat of the breakfast-table)*, a lo cual uno de sus comensales le dice que habla como un trascendentalista.

Contra los lógicos.

Para este comensal era bastante el sentido común *(common sense)*, y el autócrata le replica: "Exactamente, mi querido señor; el sentido común, según usted lo entiende."

Eso digo yo también desde aquí a aquellos de mis lectores que me honran dirigiéndome cartas, firmadas, seudónimas o anónimas, haciéndome observaciones, que agradezco, sobre estas mis correspondencias. Sí, mis queridos señores, la verdad, la justicia, el sentido común, según ustedes lo entienden.

Pero dejemos esto y volvamos al hilo de nuestro discurso.

Pero... ¿es que hay discurso? ¿Es que hay hilo? ¿No quedábamos precisamente en que esto era una especie de conversación para ir engarzando en ella los pasajes de

mis lecturas que me hubiesen últimamente chocado? ¿Es que esto es una especie de sarta sin cuerda?

Y así también nuestra vida, una sarta sin cuerda. ¿Es que la vida de muchos de nosotros tiene más unidad interna, más coherencia que esta conversación, o lo que fuere? La unidad la da el tono, no el argumento. No son los escritores fragmentarios los que menos unidad íntima nos muestran.

Las almas se relacionan por la dialéctica platónica y de ese gérmen surgirán las grandes obras posteriores.

Y esto de hablar así con el lector tiene otra ventaja, que señaló también nuestro ya conocido Oliver Wendell Holmes, y es que moldea para nosotros mismos nuestro propio pensamiento. Hay quien piensa en voz alta, y yo uno de ellos. Cuando estoy callado sueño, pero no pienso.

Yo hablo lo mismo con la lengua que con la pluma en la mano. "El lenguaje hablado es tan plástico —dice el autócrata de la mesa redonda— que se puede retocarlo, extenderlo, alisarlo, quitarle y ponerle, y heñirlo tan fácilmente trabajando este blando material, y así resulta que no hay nada como él para modelar. De él se sacan los bocetos que se trasladan luego al mármol o al bronce de los libros inmortales, si es que uno llega a escribirlos."

Ya conocéis, pues, el origen y la finalidad de estas conversaciones. Y lo pongo en plural porque, suponiendo que ésta haya sido de vuestro agrado, pienso reincidir en ellas. De vez en cuando, bajo este nombre genérico de "Conversación", os daré así una sarta de reflexiones sueltas sobre lo que se presente. Y espero que me ayudaréis y que mi interlocutor no sea siempre ficticio. //

Unamuno "Conversación primera"



// En estas tardes pardas,
mientras tardas las horas resbalando
van dejando tras sí huella de tedio,
el único remedio —¡triste estrella!—,
tan desterrado al verse,
es acojerse al golfo del recuerdo
de lo que nunca fué.

—¿Cómo, cómo es eso del recuerdo de lo que nunca fué? A ver, explíquemelo usted.

—¡Ah!, pero ¿estaba usted ahí?... Y yo que me creía solo...

—Y por eso recitaba versos en voz alta...

—Me ha sorprendido usted. Pero ¿no se ha apostado usted alguna vez en un oculto observatorio, cerca de un camino solitario, para observar cómo los más de los transeúntes, si se creen solos y sin testigos, van hablando y accionando en voz alta?

—Creo haber hecho esa observación, en efecto.

—No lo dude usted, cuando el hombre se cree solo, conversa en voz alta, dialoga.

—¿Dialoga? ¿Con quién?

—Consigo mismo. Nuestra conversación interior es un diálogo, y no ya sólo entre dos, sino entre muchos. La sociedad nos impone silencio y una conversación ficticia. Porque la verdadera conversación es la que sostenemos en nuestro interior. Después que usted y yo nos separemos, continuaremos conversando uno con otro, y yo me diré lo que debía decirle ahora y no se lo digo, y me contestaré lo que usted debe contestarme y no me contesta.

¡Si usted supiera cuánto me acuerdo de las cosas que debí decirle a usted en tal o cual ocasión y no se las dije! Ya ve, pues, cómo puede uno acordarse de lo que no fué, sino debió haber sido.

—Pero es que si uno se acuerda de ello es porque de uno o de otro modo fué.

Más referencias a Platón.

—Es usted un racionalista impenitente y formidable y a un hombre así no se le deben recitar poesías. Usted, amigo, no puede en estas tardes pardas, en esas horas muertas que resbalan dejándonos huella de tedio, acojerse al recuerdo de lo que no fué. ¡Y si viera usted qué dulce es ello!

Es soñar un pasado venturoso,
—¡hermoso ensueño!—,
es con el sueño rehacer la vida
perdida ya.

—¡Ay amigo! ¡Fantasías de poeta! Lo vivido, vivido; a lo hecho, pecho, y agua pasada no mueve molino.
—¡El racionalista! ¿Y sabe usted lo que es hoy que ya ha pasado, el pasado? ¿Es que hoy tiene para usted más realidad lo que ayer le sucedió que lo que soñó ayer?
—Es que, amigo, lo que soñé me sucedió también. No soy tan materialista como usted supone.
—¿Y por qué —añadí exaltándome— en vez de soñar un porvenir dichoso no hemos de soñar un venturoso pasado, que fuimos lo que no fuimos, que nos sucedió lo que no nos sucediera?

El pasado es un sueño como cualquier otro, puesto que tampoco tiene realidad actualmente.

—Es lo mismo.
—Sí, usted lo ha dicho: es lo mismo.
—Y además —añadió mi interlocutor grave y solemnemente— es ese gran consuelo de la vida, ese que nos imaginamos que fué lo que no fué, que computamos como victoria lo que fué derrota.
—Sí —le interrumpí—, ya José de Maistre dijo que ganar una batalla es creer que se ha ganado.
—Y hacerlo creer a los demás.
—Para hacer creer a los demás que se venció en algo, precisa creerlo uno primero.

Existe el fenómeno en la mente humana por el cual podemos cambiar el pasado mediante la automentira y Unamuno quiere explicarlo por la vida espiritual propia del hombre, que puede imaginar el futuro y el pasado.

—O la inversa: para creerlo, precisa hacerlo primero creer a los demás. Entre los cuales se cuenta uno mismo.
—¿Cómo?, ¿cómo?
—Sí, uno se cuenta entre los demás. Ya he dicho que somos muchos. Y esa conversación interior de que le hablaba tiende sobre todo a convencerle de algo a nuestro auditorio interior. Es rehacer la vida, perdida ya.
—Usted, amigo, lo tengo visto, tiene la obsesión del tiempo y de la eternidad.

—Sí, sí. El tiempo, el espacio y la lógica son nuestros tres más crueles tiranos. ¿Por qué no he de poder vivir ayer, hoy y mañana a la vez? ¿Por qué no he de poder estar aquí y ahí a un tiempo? ¿Por qué no he de poder sacar de unas mismas premisas cuantas conclusiones me convengan? Esto del tiempo me atormenta y por eso quiero rehacer la vida perdida ya.

Es volver a vivir del tiempo fuera,
en la esfera bendita
de la infinita libertad,
la de soñar qué fué lo que no fuera.

—Y no hay más libertad que ésa; lo digo yo, el racionalista. Es decir que no hay libertad.

—¿Quién sabe?

—¿Cómo quién sabe?

—Sí, ¿quién sabe? Acaso la eternidad es la sustancia del tiempo, como el mar es la sustancia de las olas, y de la misma manera la libertad es la sustancia de nuestras esclavitudes todas...

—¡Uf! ¡Qué archimetafísico!

—Lo más metafísico es acaso lo más poético.

—O viceversa. Todo es poesía. Y la suprema poesía la de esa infinita libertad de soñar lo que no fuera. Figúrese usted que en vez de haberme casado con mi quinta novia, Rosa, la morena, la que es hoy mi mujer, me hubiese casado con Margarita, con mi primera novia, la que es hoy mujer de Alberto. ¿Qué hubiera sido de nosotros? ¿Cómo nuestros hijos?

No, no con Rosa, fué con Margarita,
y cerrando los ojos —¡fácil cosa!—
a la verdad,
a la verdad tiránica, intratable,
¡cuán dable es construir un nuevo nido,
prendido allá en las nubes irisadas
que mece el aura de la eternidad!

—¿Luego le pesa a usted haberse casado con Rosa?

—No, no, no, Dios me libre. Es que si me hubiese casado con Margarita, soñaría un pasado con Rosa, un pasado que no fué. Es que además del nido que tenemos en tierra, el nido real, el que guarda las realidades, //

Unamuno

"Conversación segunda"



Unamuno

"Mal humorismo"

// Lo cual, entiéndase bien, no es denigrar ni rebajar el humor y el humorismo, sino tal vez —y en mi opinión seguramente— exaltado. Acaso no puede apreciar el verdadero valor de la vida sino un enfermo. El hombre sano vive en perpetua ilusión y en perpetuo engaño, olvidándose de que tendrá que morirse un día. Y el enfermo, en cambio, sobre todo cuando es aprensivo, tiene de continuo ante sí el *morir habemos*, y a la luz de esta soberana sentencia ve el mundo tal como es y lo aprecia en su justo valor.

La vida del hombre sano y fuerte es un engaño puesto que es esclavo de esa salud que le obliga a hacer lo que hace. El hombre enfermo está más cerca de la auténtica realidad del hombre.

Leyendo hace pocos días en la magnífica obra que mi amigo el profesor Andrew D. White, presidente que fué de la Universidad de Cornell y ministro de los Estados Unidos en Alemania y Rusia, dedicó a la guerra de la ciencia con la teología en la cristiandad *(A History of the warfare of science whith theology in Christendom)*, obra que me propongo hacer traducir íntegra al español,

me encontré con un párrafo en que, hablando de Carlyle, con la acritud de un yanqui contra aquel malhumorista, que tan despiadadamente trató a los yanquis, nos dice que se burló de Darwin "con la petulancia natural de un eunuco dispéptico". Y esta recia invectiva fué para mí, que antaño leí tanto a Carlyle, y hasta le traduje, un rayo de luz. ¡Un eunuco dispéptico!

Es evidente que Carlyle, prototipo de humoristas, fué un hombre amargado, gruñón, y es muy fácil que fuera dispéptico. Sólo que faltaría averiguar el origen de su dispepsia, y si lo era, si el mundo en que vivía fué el que le estropeó el estómago. Y me parece, por otra parte, muy natural que viviera molestado por no tener hijos, fuese o no capaz de hacerlos.

El mal humor de Carlyle es evidente, y la morbosidad de su espíritu, más evidente aún. Y repito que con esto, lejos de querer rebajarle, busco exaltarle. Y si acudimos a otro formidable malhumorista, al más amargo y más cáustico tal vez de los humoristas, a Swift, ¿quién no ve el mal humor y la morbosidad de este tétrico irlandés?

Hay que desengañarse, el hombre perfectamente sano —y gracias a Dios, no creo que pueda darse tal hombre—, el hombre que sea una perfecta ecuación fisiológica, será un excelente gañán, pero también un burro de reata y un majadero de solemnidad. El agua químicamente pura es impotable y la sangre fisiológicamente pura no puede lle-

var al cerebro aquellos estimulantes, siempre de origen más o menos tóxico, que nos hacen pensar algo más que para vivir.

Se dice que los artríticos suelen ser gente de aguda mentalidad y hay quien se ha puesto a dilucidar si es que se han hecho artríticos por ser vivos y despejados de inteligencia, o si es la vivacidad y despejo de ésta lo que les trajo la artritis. Ambas cosas a la vez. El hombre inteligente y de corazón, el que no es un porro, se preocupa e inquieta más que el torpe, lleva peores ratos, sufre más insomnios, toma más disgustos, y, naturalmente, se le vicia la sangre y da en artrítico, y la artritis a su vez le hace preocuparse.

Conocido es el aforismo aquel de que todo cardiópata viene a dar en neurópata. El corazón nos altera los nervios y los nervios nos alteran el corazón. Y es muy cómodo ir y decirle a un paciente que tenga que vivir en el mundo y del mundo, y que sea sensible e inteligente, que no se tome disgustos ni malos ratos. ¡Como si eso dependiera de nosotros! ¿Puede evitarse acaso el que a un hombre inteligente y sensible le pongan de mal humor las desgracias o las torpezas de su patria o le irriten las tonterías o las maldades de sus semejantes?

La sensibilidad y la inteligencia suelen ir de par: el tonto es casi insensible. Un majadero, por bueno que sea, no puede sentir la muerte de un hijo como la siente un hombre inteligente.

Guillermo James, en su tan conocido libro sobre las variedades de la experiencia religiosa, hace notar que con decir que Santa Teresa era histérica —y nos lo dice ella misma, que describe su enfermedad— nada se ha dicho contra su doctrina. Es como si para desvirtuar el descubrimiento de un químico se dijera que éste padece del hígado.

Y voy más lejos, y es a suponer que acaso llegue día en que uno que tenga cualquier extraña enfermedad de la vista haga un descubrimiento astronómico o biológico y precisamente por tener la vista enferma y permitirle su enfermedad ver a través del telescopio o del microscopio lo que a través de él no vieron los demás mortales de vista normal.

¿Vista normal? ¿Y qué es esto? ¿Qué es lo normal?



Léase en uno de los humorísticos prólogos de Bernardo

Shaw a sus feroces comedias unas atinadísimas consideraciones sobre esto de la vista normal.

Nadie, creo, sabe bien lo que es normal, y en último caso, lo normal resulta puramente teórico, y abstracto. No hay, me parece, un hombre fisiológicamente normal. Todos estamos más o menos enfermos, y los más de nosotros vivimos de nuestra enfermedad, cada cual de la suya. Y hasta nos jactamos de ella y nos envanecemos.

¿No ha observado acaso el lector cuánto gustan los hombres de hablar de sus propias dolencias y que les hablen de ellas? Si se hiciera una estadística de los asuntos de conversación, sobre todo entre gentes del pueblo, se vería que el tema de la salud y la enfermedad entra en una relevantísima proporción.

Y los esfuerzos que se hacen para curarnos de una enfermedad cualquiera no son sino esfuerzos para producirnos la contraria. Hasta la gimnasia no tiende, ni con mucho, a hacer hombres normales. Un atleta no es un hombre normal, y con frecuencia es un dispéptico. Y si se me dice que la gimnasia pedagógica no tira a hacer atletas, diré que hasta esa gimnasia no normaliza ni muchos menos.

Y en cuanto a los deportes o *sports*, ¿quién duda de que propenden a desnormalizarnos, sobre todo por lo que hace al cerebro, cuya función de pensar nos es hoy tan fisiológica como la función de respirar los pulmones? Y sobre el peligro que hay en los deportes de que lleguen a producir una generación de brutos, voces elocuentísimas se han alzado en Inglaterra y los Estados Unidos, donde el deportismo llega a ser una verdadera enfermedad.

Hay países anglosajones donde su población está compuesta por jugadores de rugby...

Es inútil querer librarnos de las enfermedades, y además de inútil es dañino. El problema estriba en acomodarnos a ellas de tal modo que no nos molesten sino lo preciso para que no nos durmamos en las pajas y que podamos vivir con ellas todo el tiempo preciso para sacar adelante a nuestros hijos y dar guerra a los enemigos de la vida o de la verdad.

El progreso humano estriba en asimilarnos las enfermedades. El día en que nos asimilemos el microbio de la tuberculosis y logremos que viva en nuestra sangre sin peligro para nuestra vida —es decir, sin que acorte en nada la vida media— ese mismo microbio o sus deyec-

ciones tóxicas serán un estimulante para nuestra actividad mental.

El bueno de Lombroso escribió todo un libro sobre el parentesco entre el genio y la locura, libro, sin duda, lleno de sofismas y sobre todo de peticiones de principio y donde se empieza por determinar, previamente al criterio dependiente de los resultados, qué sea genio y qué no;

pero no cabe duda de que hay un fondo de verdad en su tesis. Todo hombre que no se limite a comer, beber, dormir, jugar y reproducirse, es un hombre enfermo. Y hasta en el jugar hay su parte de enfermedad.

Y acaso una de las buenas definiciones que del humorismo pueden darse es decir que es la visión del mundo a través de una enfermedad, no ya de un temperamento. En un país húmedo y frío, donde han de producirse fácilmente el artritismo y la dispepsia, ha de haber malhumoristas, y los ha de haber donde las bruscas oscilaciones de temperatura y de presión traen de continuo al corazón en jaque.

Los males de vivir

en un país húmedo

y en uno con cambios

bruscos de tiempo.

Por lo que a mí personalmente hace, puedo asegurar a mis lectores que nunca tengo más ganas de ejercer mi facultad satírica o humorística —y no digo ironista, porque la ironía se me escapa— que cuando estoy de mal humor o se me exacerban las aprensiones por el estado de mi salud.

Ved, pues, cómo para justificarme forjo teorías. Es lo humano.

. . . cómo lo prefería con mucho —lo mismo que a mí me pasa— a Eça de Queiroz, a pesar de la boga que éste ha alcanzado, me decía: Eça es falso, es artificioso, su ironía es una cosa rebuscada y de imitación, de moda o de escuela, es algo que no le brota de las entrañas portuguesas, algo pegadizo, se ve la receta en ello, y en cambio el sarcasmo de Camilo es espontáneo, violento, pasional, y sobre todo profundamente portugués.

Eça es cosmopolita, mejor dicho, es francés traducido al portugués; Camilo es nuestro, es vernáculo, es portugués, acaso lo más íntimamente portugués que hay en nuestra literatura. Camilo es incapaz de ironía; o su cabeza está por debajo de ella, o su corazón por encima.

A estas observaciones de mi amigo sólo tengo que añadir lo que en una de sus conversaciones conmigo me dijo una vez Guerra Junqueiro, y es que Camilo es ibérico, no ya portugués, y acaso más español que no portugués. Camilo refleja, no algo privativo del alma portuguesa, sino lo que ésta tiene de común con el alma española; refleja el alma ibérica. Y me habló del parentesco que hay entre Camilo y Quevedo.

El corazón de Camilo, en efecto, era demasiado tumultuoso y encendido para satisfacerse con la ironía. Camilo insulta. Y el que quiera ver todo lo trágico del sarcasmo camiliano no tiene sino leer entre líneas aquella especie de biografía de Laura, la cantada por el Petrarca, que escribió. Murió Laura y su cantor tuvo la insolencia de sobrevivirle treinta años.

(Creo que son treinta, pues no tengo aquí el libro y no es cosa de ir a buscarlo sólo para esto.) Lo cual quiere decir: si yo, Camilo, el portugués, hubiese escrito tales sonetos, al morir Laura, me pego un tiro, y si no, es que no soy más que un farsante.

No quiero yo decir que no hayamos tenido en España ironistas, y ahí está Valera, que lo era muy exquisito. Pero hay que tener en cuenta que el autor de *Pepita Jiménez* era un andaluz de los finos, y el tipo fino andaluz tiene no poco de helénico, y su coba mucho de sutilísima ironía.

Ahí en América, don Ricardo Palma es el más exquisito cultivador de la ironía que yo conozco, y acaso se deba, como más de un crítico, y entre ellos José de la Riva Agüero, ha indicado a que en el Perú, con el clima

El Perú es mejor que España.

moderado e igual y la vida blanda, dulce y fácil, se ha formado un alma que no deja de tener sus analogías con el alma francesa y tal vez con el alma helénica.

Pero aunque puedan darse ironistas en España y se hayan dado de hecho, la ironía resulta aquí una planta exótica.

Los riesgos de vivir en países con Estados del Bienestar muy confortables.

La ironía misma de Jacinto Benavente, tan justamente celebrada, es de un acre amargor que no tienen, en general, ni la helénica ni la francesa; es una ironía que llega con frecuencia, casi siempre, al sarcasmo y que en muchísimos casos en humor a la inglesa. La de Benavente no es sonrisa, sino un contraído gesto de dolor y de asco, que la disimula o finge. Y por eso resulta tan español, tan profundamente español Benavente, uno de nuestros más castizos escritores.

Repito que los españoles somos poco capaces de esa blanda, suave e indulgente zumba del que todo lo perdona, porque todo lo comprende. Estamos más expuestos a condenarlo todo, no sé si por no comprender nada o por comprender demasiado bien. Y el fondo de todo ello es que no solemos estar bien avenidos con la vida. Somos, en el fondo, pesimistas.

Siempre he creído ver una íntima relación entre nuestros satíricos, moralizadores y graves, y nuestros místicos y escritores ascéticos, moralizadores también tanto o más que contemplativos. Y no sin razón hay quien coloca a Quevedo entre los místicos. Mejor acaso sería colocarlo entre los ascéticos.

Su libro sobre el gobierno de Dios y el régimen de Cristo lo patentiza. El grave y agrio don Francisco tenía más de escritor ascético que de otra cosa. Su burla tiene siempre un agrio dejo de dómine.

Y he aquí por dónde nuestra sátira, nuestro sarcasmo, se parece más al *humour* inglés que no a la ironía francesa.

Y sin entrar a dilucidar qué sea el humor, conviene fijarse en el origen fisiológico de este vocablo. Sabido es lo que llamamos humores del cuerpo. Y el humor, en efecto, me parece que casi siempre es de origen no ya fisiológico, sino patológico. El humor suele ser un malhumor, engendrado tal vez por dispepsia. El humor suele ser hijo del *spleen* o murria, y la murria proviene de que se hacen mal las digestiones o de otro motivo análogo. //

Unamuno "Malhumorismo"



—Me voy a París, a ver si triunfo en España.

//

Recordé que se nos tacha de fanáticos y pensé cuán moribundo está ese nuestro decantado fanatismo. ¿Fanáticos? No; aquí no es fanático más que el sol. Supersticiosos; vil y bajamente supersticiosos; no fanáticos.

Todos ésos no son capaces de andar a tiros en las calles por defender que María, la Madre de Jesús, subió a los cielos en carne mortal, o que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y no solamente del Padre, pero inquieren si el escapulario puede o no llevarse dentro de una bolsita, consulta a la que he leído no hace mucho una contestación en cierto receptáculo de memez y ñoñería.

El frío me calaba hasta los tuétanos del alma, y como un reuma espiritual empezaba a adolorarme el desencanto. "Estás arando en el mar, Miguel —me decía a mí mismo—; las aguas se te abren ante la quilla, pero es para cerrarse al punto. Estás en el momento de la mayor prueba de tu vida; puedes decir impunemente cuanto del corazón se te suba a la boca.

Son cosas tuyas. Cuatro ladridos, dos o tres chistecillos tísicos, y te dejan en tu soledad. Y lo peor es cuando te dicen que tienes razón, porque tú lo que quieres tener no es razón, precisamente, sino otra cosa."

Y pensé en los otros, en todos los caballeros que se han muerto de frío espiritual en esta ex caballeresca tierra.

Entró sofocado y enjugándose el sudor un amigo; le hablé del frío íntimo que hacía, y empezó a contarme casos de pasiones abrasadoras, de crímenes pasionales, de violencias. Y le dije: Llama, pero sin verdadero calor, aunque te parezca paradoja; chis-

pas que el eslabón del instinto animal saca en el hielo; ésas son erupciones de lava, que vienen de debajo del fondo humano, de los abismos animales, y que no derriten apenas la nieve que cubre a la cumbre humana.

¡Qué idea más mezquina y más horrible de la virilidad! ¡A qué cosa más lamentable llaman ser hombre, más hombre que otro! Y, en rigor, no se sienten hombres sino de cintura abajo.

Una de las cosas que más falta hacen aquí —pensé— es despertar el sentimiento y la conciencia de la humanidad; por encima de virilidad y feminidad; es fraguar el *hombre*, el homo. *Homo*, hombre, que abarca, y corona, y perfecciona al varón, *vir*, y a la mujer, *mulier*. Y ¡qué lección ésta de que donde se da el hombre afeminado, se da, junto a él, la mujer hombruna! Hombre con andares de mujerzuela y mujeres con bigote. Es natural, donde los opuestos no se funden y armonizan en una síntesis superior, se mezclan en grotescos términos ambiguos.

Y todo proviene del frío del alma, del frío del alma, que impide la fusión y sólo consiente alguna mezcla frigorífica.

Murmuran los hombres a la puerta de los cafés y los casinos, lo mismo que comadres. Es que se criaron entre faldas. Y su respeto a las venerables tradiciones de sus mayores, su culto a las que llaman creencias de su niñez, son un respeto y un culto puramente femeninos, pero de esa feminidad de las mujeres que, como ellos, tampoco han logrado llegar a la humanidad.

No son respeto y culto fanáticos; son respeto y culto supersticiosos. Todo se cifra en aquella sentencia tan hondamente mujeril: "Siempre se ha hecho así; ¿vamos a introducir leyes nuevas?" Y entran en la misma ley el modo de preparar el puchero y el modo de creer en Dios. Sobre ese mar muerto no hay más movimiento.

Alzóse nuestro clásico teatro cuando andaba el pueblo español a tajos y mandobles por Italia, Flandes y América; y hoy, que vivimos encerrados en la monótona y rutinaria existencia de nuestra vieja hacienda, ¿cómo vamos a suplir aquella riqueza de vida? ¿Contaremos los chismes de nuestras tertulias, los bostezos de nuestros casinos?

Nada más falaz que el incipiente neoaristocratismo de nuestros cerebrales. Tengamos, primero, que decir algo jugoso, fuerte, hondo y universalmente humano, y luego, del fondo, brotará la forma; de la abundancia del corazón, hablará la boca.

Ex abundantia cordis, sí, de la abundancia del corazón. De la mente bajará al corazón nuestro pensamiento, como nube que llueve sobre un lago vivo.

La vida que aquí queda es la vida silenciosa del pueblo desparramado en nuestros campos. Aquí, donde no hay hasta hoy más que cimientos, querer trabajar con sutileza de *oribe* (así llaman aquí a lo que los franceses *orfèvre*) la pingorota de la torre es trabajar en balde. No hay flor donde el árbol no echa follaje, ni hay nata donde la leche es pobre. //

Unamuno "Frío en el alma"



No conozco desatino más grande que eso de que la religión debe quedar al cuidado de las madres, que son precisamente las que más la ignoran y las que más la deforman y desreligionalizan. Una vez más, y no será la última, tengo que repetir lo vergonzoso y degradante que resulta el que en un país que se dice cristiano no haya leído el Evangelio la inmensa mayoría de los hombres que por cultos se tienen,

y que en cambio ,se cuelguen del cuello de los niños, a modo de amuleto, trocitos del Evangelio, en *latín*, metidos dentro de unas bolsitas cosidas y adornadas con lentejuelas, y que se traguen las parturientas una cintita de papel hecha un rollo conteniendo una jaculatoria y otras formas del más bajo y anticristiano fetichismo.

Tengo observado la inmensa diferencia que va de los librepensadores a quienes se educó más o menos religiosamente, aunque fuera en las formas más impuras de religión, y aquellos otros a quienes se criara en principios de irreligión. Los primeros, aun siendo ateos y, en toda la extensión del vocablo, materialistas,

no saben bien cuánto jugo y savia dan a su vida mental y espiritual las profundas aguas de la niñez, oreadas en algún aliento religioso, y al educar a los segundos, a sus hijos, en irreligión ignoran que les privan de lo mejor que ellos tienen, de la raíz positiva, hasta de aquello que de fecundo y noble tiene su librepensamiento.

El autor trata en este interesante capítulo, y en su párrafo 86, de la *doctrina del moderno "anticristianismo"*, hablándonos de Nietzsche, que también en España ha hecho sus estragos, de este pensador de pura cepa teológica, cuya irreligiosidad es una forma aguda de religión,

de este pobre espíritu atormentado por la angustia metafísica y la religiosa, por el problema pavoroso del destino individual y de la inmortalidad —tormento que le llevó a lo de la "vuelta eterna"—, de ese caso agudo de erostratismo. Se ha tomado mal su doctrina del sobre-hombre, que aparece ya en San Pablo y aun antes, como él tomó mal el principio darwiniano de la sobrevivencia de los más aptos.

De los más aptos, digo, y no de los más fuertes. ¿Y quiénes son los más aptos? ¿Quiénes los más fuertes? Recuerdo que hace años, siendo yo estudiante, me produjo honda impresión oír a un estudiante de medicina decir que el Estado debía prohibir la vacunación de los niños, pues si desde el punto de vista del padre estaba esto bien, al Estado le convenía ciudadanos robustos y eliminar en su primera edad los débiles, librándolos así de la infelicidad, y que la viruela se encargaría de eliminarlos.

Y ya entonces di en pensar en ello, y me dije: "pero ¿han de ser infelices los que éste llama débiles? Y sobre todo, la viruela mataría a los organismos débiles para resistirla, para resistir la viruela, pero ¿hemos de declararlos por eso débiles en absoluto? ¿Quiénes son los débiles?"

Y hoy en que oigo a menudo tachar a éstos o los otros de débiles, de fracasados, de vencidos, de enfermos, me digo: ¿quiénes son los débiles? La resignación, la mansedumbre, la paciencia cristianas, tan mal entendidas por unos y tan mal practicadas por otros, ¿no son acaso poderosa arma ? "

Unamuno "La educación"

// REALIDAD OBJETIVA

¿Pero es que con achaque del estilo nos vas a hablar de todo y de otras cosas más?, se me dirá. Y así es y así debe ser, puesto que puede ser. El estilo, el ritmo, la forma, lo es todo. Y estudiándolo es como estudiamos todo. ¿Idealismo?

Idealismo se opone, en concepción vulgar, a realismo, así como a materialismo se opone espiritualismo; sólo que la propensión a confundir la idea, esto es, la forma, con el espíritu y la realidad con la materia, hace que para muchos sean sinónimos, de

una parte, idealismo y espiritualismo, y de otra, realismo y materialismo. Y en rigor no es así, pues que la materia es una idea lo mismo que lo es el espíritu.

El célebre doctor Johnson, el héroe del sentido común inglés, del *common sense*, creía refutar el idealismo, el de Berkeley, dando una patada a un guardacantón, para que se viera cómo existía objetivamente.

A patadas suelen reaccionar los realistas vulgares. Sólo que las patadas, las coces, del realismo vulgar no van siempre contra un guardacantón, sino que suelen ser contra el idealista. Contra Don Quijote fueron las coces de los yangüeses y las pedradas de los galeotes, y yangüeses y galeotes eran realistas y, a la par, materialistas.

Citábamos no ha mucho las palabras que el Cristo le dijo al apóstol incrédulo, a Tomás —no al de Aquino, que no era apóstol ni era realista—, cuando le dijo: "Trae tus dedos aquí y ve mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente." (Juan, XX, 27.)

Donde se ve que Tomás tenía que ver con los dedos de la mano, tenía que tocar para creer en la existencia objetiva de algo. Porque el materialismo cree que la vista le engaña, pero que no engaña el tacto; el materialista cree que la materia es lo tangible, lo ponderable. Y decimos que cree, porque el materialismo es cosa de fe.

Símil del fonógrafo.

Mas ¿de dónde se ha sacado que el tacto nos engañe menos que la vista? ¿De dónde que la realidad tangible sea más realidad que la realidad visible? Es como suponer que los trazos que en un aparato dejan señalados las vibraciones del aire sonoro son más objetivos, tienen más realidad, que los sonidos que esas vibraciones nos traen al oído;

es como suponer que los tracitos que podemos ver —ver— y acaso tocar, teniendo muy buen tacto, en la placa del fonógrafo, son más objetivos, más reales, más materiales, que los sonidos que nos da ese mismo fonógrafo cuando funciona. Es atribuir más realidad a lo mediato que a lo inmediato.

Tecniquerías y virtuosismos de circo de feria son los de no pocos ebanistas de verso o de prosa que, repitiendo a diario que la literatura es el arte de bien decir, y que sólo por una página bien escrita se salva un escritor, tienen del bien decir y de la página bien escrita la más peregrina idea. Suelen aspirar a ser cristalinos como la nota de un vaso, más vibrante cuanto más vacío es el vaso. Para su bien decir, estorba el decir algo.

Y luego se quejan. Se quejan del pueblo los que no hacen literatura más que para los literatos, los incapaces de sumergirse en el alma popular o de ascender a las nubes que coronan la cresta de la montaña del ideal, cresta que se alza sobre la firme y formidable roca de la ciencia.

De esos circos literarios salen los genios de similor, ante quienes se prosterna su cotarro, presentándolos al *profanum vulgus,* en son de desafío, como impenetrables esfinges. Acaban, como decía Juan Pablo, pintando éter con éter en el éter.

Vedlos entre los poetas. "Gran vergüenza sería —dice el Dante— para aquel que rimase algo bajo vestido de figura o de color retórico el que, pidiéndoselo, no supiese desnudar sus palabras de tal vestido, de manera que tuviesen claro sentido." Palabras que debían grabar en su espíritu cuantos con el falaz pretexto de que se les presenta espontáneamente en verso las imágenes, que piensan rítmicamente, ensartan versos para mero halago del oído y deslumbramiento fugaz de la fantasía. Todo se les va en espuma.

El genio es, cuanto más alto, más accesible a todo el mundo. Como en la realidad misma, ve en sus obras cada cual distintas cosas, pero todos ven algo. Cada uno, según su capacidad, penetra en diferentes

Unamuno "Realidad objetiva"

esferas. Hay quien leyendo el *Quijote* se sume en abismáticas reflexiones respecto a hondos problemas de lo ideal y lo real y vislumbra al través de las inmortales páginas de Cervantes un mundo que es dudoso llegara a ver el mismo que las trazó; //

//

CONVERSACIÓN TERCERA

—Es un hervidero; no hay manera de entenderse. Cada uno dice su cosa, todos hablan a un tiempo y nadie se entiende ni entiende a los demás.

—Acaso así sea mejor.

—¿Cómo?

—Sí, del caos salió el mundo. Y todo pueblo cuando está despierto entra en un período caótico. Toda esta agitación es nuncio de algo; lo peor sería que nadie se agitara.

—Pero si apenas se entiende nadie...

—Eso es muy cierto. Y tal vez dentro de cien años, si algún paciente historiador estudia esta nuestra agitación actual, venga a parar a que coincidimos muchos de los que hoy creemos estar contrapuestos. Hay modo de expresar el mismo anhelo con palabras, no ya distintas, sino hasta opuestas.

—Pero lo peor, mira, es que parece que muchas gentes no sólo no entienden, sino que no quieren entender. ¿Sabes las cosas que me atribuyen como si las hubiese dicho en aquel discurso que hace ocho días tú mismo me oíste?

—Y es natural, amigo, que así suceda. No se puede ni se debe hablar en un lenguaje demasiado personal a un auditorio colectivo. La oratoria no puede ser lírica. A una colectividad hay que hablarle en lenguaje colectivo. Píndaro no hubiera podido producir los efectos de Demóstenes, que tan parco era en metáforas.

—Pues el Evangelio...

—Sí, te entiendo: la oratoria evangélica, que tú estimas, y yo no, el modelo de oratoria, se compone toda ella de metáforas, parábolas y paradojas. Por eso es tan mal entendida y peor interpretada. Desengáñate; los espíritus líricos estáis en minoría.

—Por fortuna...

—O por desgracia. Y no te quejes de que te hayan interpretado mal.

—No hay, en efecto, auditorio ni más discreto ni más silencioso.

—Pero que se entera, me consta. Sólo que el bueno de San Antonio no cayó en la cuenta de que además de los peces había también, formando parte del auditorio, algunas ranas...

—Éstas no son ni tan discretas ni tan silenciosas como aquéllos.

—Pero, si...

—Mira, una vez San Antonio de Padua, el gran taumaturgo, satisfecho del buen resultado que había obtenido con aquel su famoso sermón a los peces del mar, decidió predicar a los peces de un hermoso río, y, deteniéndose a orillas de éste, junto a un remanso, puso por obra su propósito. Los peces le oyeron con atención y en silencio.

—En efecto, la rana es vocinglera y es indiscreta. El pez oye para enterarse, se entera y calla, pero la rana oye para enterar a los demás, esto es, para no enterarse ella, y va luego por ahí croando lo que oyó.

—Bueno, dejémonos de digresiones y prosigue. ¿Qué le pasó a San Antonio?

—¡Qué había de pasarle, hombre! Que al poco rato acertaron a pasar por allí unos caballeros, y noticiosos del sermón del santo, preguntaron a su auditorio qué es lo que había predicado. Los peces, como es natural, se callaron; pero las ranas, tomando al punto la palabra, informaron a los caballeros de que el santo había dicho: ¡Cro, cro, cro, cro!

Y de aquí proviene la tan famosa leyenda de que una vez San Antonio de Padua predicó diciendo: ¡Cro, cro, cro, cro! Cada cual traduce lo que oye en su propia lengua, y en la suya tradujeron las ranas. No te quejes, pues, de que se te haga decir lo que no dijiste.

—De lo que me quejo es del lenguaje de las ranas y de la simplicidad de la comprensión.

—¿Cómo?, ¿qué es eso?

—Me quejo de que lo quieran todo someter al simplismo de su comprensión.

—Mira; a un auditorio no le caben, por lo general, más de tres o cuatro ideas por hora, y el arte del orador consiste en darle a cada una de esas ideas cuatrocientas vueltas.

—Un buen orador es ante todo y sobre todo un parafraseador. Es menester dar tiempo a que el público se vaya enterando. Si se le echan demasiadas cosas a la vez o de seguido, no es posible que se entere. Se pueden tragar diez, doce, quince o veinte almendras por minuto, pero no se pueden mascar otras tantas en igual tiempo. Es distinto cuando se escribe. Lo escrito puede el lector leerlo al paso que mejor le acomode, y releerlo y detenerse en cada párrafo cuanto le convenga. El orador político...

Cuando se da una conferencia, conviene no hablar de más de cuatro o cinco asuntos porque el público no puede asimilar más.

—¡Ah, el orador político! Es que el orador político, amigo mío, se encuentra en una actitud privilegiada. Dirígese casi siempre a un público que o concuerda con sus ideas o discrepa de ellas; el caso es igual.

—¿Cómo es igual el caso?

—Claro está, porque tanto en uno como en otro presumen ya lo que va a decirles. En cuanto un político se levanta a hablar, sea en un Parlamento, sea en un mitin o asamblea, sabemos ya de antemano qué es lo que en sustancia nos va a decir, según el partido a que pertenezca o el mote que lleve.

El público de mitin va a oír lo que ya sabe que han de decirle. El orador político no hace sino parafrasear lo que su auditorio piensa, o contradecirlo. Pero cuando te levantas y dices cosas que no esperaban ni presumían, cosas acaso en que jamás pensaron o por lo menos no las pensaron como las piensas tú, entonces estás perdido para con las ranas, ya que no para con los peces.

Entonces dirán que no dices sino paradojas, que eres incoherente o que te contradices. Y la contradicción suele estar en sus cabezas y no en la tuya. Y en cuanto a las paradojas...

—Sí, ya sé lo que me vas a decir, y es que eso que el vulgo de las ranas llama paradojas no son sino las novedades.

—En efecto. No recuerdo en cuál de sus escritos, pero sí recuerdo que en alguno de ellos, nos dice el sutilísimo Bagehot que cuando un inglés de tipo medio dice al oír algo: "¡En mi vida he oído semejante cosa!", cree haberlo refutado. Y figúrate cuántas cosas no han de parecer paradojas a públicos como los que por acá nos gastamos, acostumbrados a toda la simplicidad de concepción mental que produce la educación sectaria, ya sea de un extremo, ya del otro. Las palabras mismas han

adquirido una significación sectaria en puro no usarlas sino las sectas. Y el que pretenda dar a los conceptos su valor más íntimo y más real correrá el riesgo de que le tengan, si no por un desequilibrado, por un exhibicionista, por un hipócrita, por un ecléctico. Figúrate, una vez un amigo nuestro dijo que había que descatolizar a España y volverla al espíritu de sus místicos, de un San Juan de la Cruz, y no fué poco lo que tuvieron que decir de tan tremenda paradoja.

—Y con justicia. Porque ese nuestro amigo se calló su opinión, equivocada o acertada, de que en los místicos, aunque ortodoxos, se inició algo que hubiera podido llegar a ser la Reforma española si la Inquisición no lo ahogara y se calló la distinción entre el catolicismo popular o español y el eclesiástico o romano.

—No, no es eso. Es que, en el fondo, a muchas gentes no sé si las irrita o las asusta todo lo que les huele a religión, sea ello como fuere. Tú te acordarás de aquel nuestro amigo republicano que como en un mitin de su partido se le escapara la fórmula de: "y Dios no quiera que...", no faltaron oyentes que exclamaron por lo bajo; "Dios..., Dios..., ¡vaya un republicano!" Por eso te decía que en esta confusión los hombres no quieren entenderse.

—Demasiado que se entienden, amigo. En el fondo, créemelo, se entienden muy bien. Lo que hay es que hay cosas que no pueden decirse.

—¿Cómo que no pueden decirse?

—Sí, que no pueden decirse sin molestar. Hay puntos de vista que hemos declarado tácitamente intangibles. Si a un pueblo, pongo por caso, que está preocupado de su prosperidad material, de su adelanto en industrias, artes y trabajos, de su civilización, en fin, vas a querer darle la tabarra con la cancioncilla del fin último del hombre, te tomará por un redomado reaccionario y dirá que por mucho que te disfraces de progresista, no eres más que un neo, un ultramontano, un clerical...

—Pero, ¿que tiene que ver el clero con eso?

—Sí, sí: bien lo sé. Es más, por regla general, el clero, maldito si se preocupa tampoco de semejante problema. Es un honorable gremio que vive de su oficio lo mismo que el carpintero de hacer mesas o el sastre de cortar trajes. Pero me temo que el día en que deje de haber

clero, si es que llega día en que deje de haber clero de una u otra clase...

—Hombre, ¿y lo dudas?

—Sí, lo dudo. Porque si el clero católico desaparece de nuestra patria, será para ser sustituído por el clero cientificista, no menos clero y no menos clerical que aquél, el cual tendrá sus dogmas y hasta su calendario y su liturgia. Augusto Comte, que era un alma eclesiástica, lo vió muy claro.

Y te digo que si llega un día en que deje de haber clero, aún seguiría habiendo clericales. Por lo menos, los otros llamarían así a todo el que les molestara con problemas de esos que no deben plantearse siquiera.

—Y ese estado de cosas...

—Lo curará la ciencia, ¿qué duda cabe? El otro día leí un desdichadísimo soneto que acababa con este monumental verso:

¡Murió la Religión!, paso a la Ciencia.

No se le ocurrió al autor de éste pensar si eso que él llama ciencia no es otra religión del mismo género que la que él desea que desaparezca. No una religión en el buen sentido, porque, en efecto, la ciencia, la verdadera ciencia, puede ser y es una religión. ¿Acaso hay mejor manera de honrar y dar culto a Dios que investigando humilde y sinceramente en los secretos del universo en que se nos manifiesta? Pero así como hay una superstición religiosa, hay, ya lo sabes, una superstición científica.

La religión de la investigación científica de las entrañas de Dios.

—Tu estribillo.

—Mi estribillo, sí. Superstición, *superstitio*, equivale, en el rigor del vocablo, a lo que queda, lo que resta, poso, escoria, escurridura o escurraja. Es el limón después que fué estrujado del jugo que contenía; es el despojo de toda ciencia o toda doctrina; es algo que persiste cuando la vida que lo animaba se fué. Y hasta los más grandes principios de las ciencias, sus principios vitales, cuando llegan al vulgo sectario no suelen ser sino escurriduras, escorias, posos, saborra.

Aquel santo y sabio hombre que se llamó Darwin, espíritu sereno, ecuánime y magnánimo si los ha habido, debió de sufrir sin duda por la necia guerra de dicterios, burlas e inep-

Aquí cree que Darwin fue un santo varón muy utilizado por otros.

cias que los teólogos, tanto católicos como protestantes, armaron contra él; pero no sufriría menos al ver qué uso hacen de sus nobles y meditadas enseñanzas los ateólogos y los sectarios del otro extremo.

En sostener y defender que el hombre no puede venir de un mono pusieron los teólogos aquellos un ardor y un empeño que nada tenían que ver con el amor a la verdad, y en sostener y defender que del mono viene el hombre suelen poner muchos de estos otros un ardor y un empeño también que tampoco tiene nada que ver con el amor a la verdad. Ni unos ni otros pelean por la verdad.

Ni los creacionistas ni los darwinistas son honestos.

—Y es natural que así sea. Porque, dígase lo que se diga, no es la verdad, sino la ilusión del deseo, lo que nos hace vivir. Y lo primero es vivir. Y como vivimos en la lucha, de la lucha por ella y para ella, lo principal es la bandera de combate. Unos y otros defendieron y defienden el estandarte de su batallón respectivo.

—Pues si es así, te confieso que lo mejor es que me calle en adelante.

—Pero ven acá, petulante, ¿es que acaso tú, en todo lo que dices y escribes, haces otra cosa que defender tu estandarte, aunque éste sea solamente tuyo? ¿Es que por ir solo, o a lo menos por creer ir solo, dejas de formar también batallón, grupo, pandilla, cotarro o secta?

¿No te has parado a pensar nunca si en el fondo todo lo que haces no es sino predicarte a ti mismo? ¿Tienes derecho a quejarte de que no se te entienda y se te interprete mal cuando tú, por tu parte, apenas te cuidas en averiguar qué es lo que les duele a los que han de oírte, tan hombres como tú?

—Si son hombres, no puede dolerles sino lo que a mí me duele. No necesito meterme en ellos; me basta sumergirme en mí mismo para encontrarlos. Las raíces comunes las lleva en lo profundo de sí mismo cada uno de nosotros. Por lo mismo que ellos son tan hombres como yo, soy yo, a mi vez, tan hombre como ellos.

Y sé, lo sé, lo sé perfectamente, que lo que a mí me duele e inquieta les duele e inquieta a ellos, tiene que dolerles y que inquietarles. Y respecto a ese cargo, si es que como tal me lo haces, de que no hago sino predicarme a mí mismo, no te lo niego.

—¿Pues entonces?...

—Pues entonces, ¡sí! Es lo que hace falta, predicar al hombre concreto, tangible y visible, al de carne y hueso y corazón y cabeza, al que sufre, y no al hombre abstracto de los sociólogos y antropólogos; al hombre concreto, como yo, como tú, como aquél, como cada uno de los que me oían.

¿Por qué cuando se habla a una colectividad se ha de hablar a la colectividad misma, como tal, y no a cada uno de sus miembros? ¿Por qué no ha de escribirse, no ya para el público, sino para el lector concreto, personal y aislado?

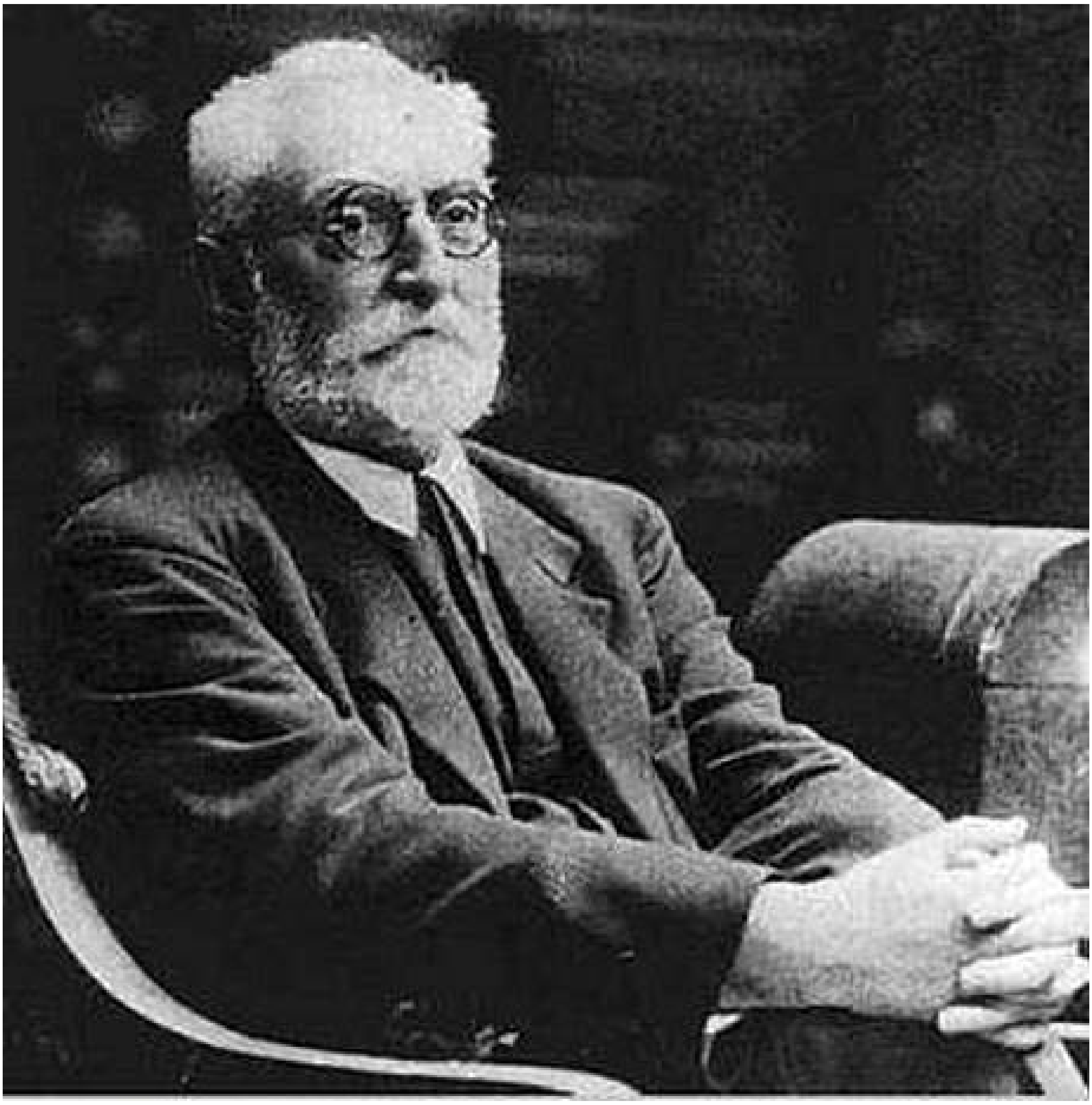
—Sutilezas...
—No, no son sutilezas; no lo son. Porque si amo algunos libros, son aquellos en que siento que su autor, el que acaso murió siglos antes de haber yo sido engendrado, se dirigía a mí, a mí personal y concretamente, a mí en confidencia. Me lo has oído mil veces, aborrezco a los hombres que hablan como libros, y amo los libros que hablan como hombres. De aquí mi horror a esos a quien la gente suele llamar sabios.
—Es que hay sabios...

—Sí, hay sabios y sabios. No vayas ahora a creerme tan simplista como ese vulgo ineducado y batrácico contra el que me revuelvo. Entre nosotros no hacen falta definiciones.
—No la hacen en general entre todos aquellos que discuten o siquiera conversan de buena fe.
—Ahora, por fin, amigo, dijiste la palabra: ¡de buena fe! ¿Crees que cabe buena fe en un campo de sectarios, blancos los unos, rojos los otros y negros los de más allá? ¿Crees que cabe buena fe entre teólogos y ateólogos, entre clericales y cientificistas?

Definición del estilo de Unamuno:

—Pero esa indeterminación, ese no concluir, ese oscilar, ese imaginar sin concretar conceptos, ese...
—Sí, esa bruma.
—Tal vez.
—Pues bien, dejemos por hoy a la bruma. Me siento fatigado. Mi corazón exije reposo. De todo eso hablaremos otro día.
—Pero para concluir...
—No, no concluiremos nunca. Nunca, nunca, nunca; no lo olvides, nunca. *Never, never, never more,* como el cuervo de Edgardo Poe. //

Unamuno "Conversación tercera"



// Y si te he de decir la verdad, me duele y me hiere el ver que los hombres marchen tan confiados como si marcharan por suelo firme, confiados en sus prejuicios y antiprejuicios, unos, de la fe religiosa; esclavos otros de la ciencia, esclavos otros de la ignorancia, esclavos todos. Quiero que duden, quiero que sufran, quiero sobre todo que se desesperen, quiero que sean hombres y no progresistas. La desesperación, aunque resignada, es acaso el estado más alto del hombre.

Unamuno

"Nuestras mujeres"

Todos somos esclavos de algo...

Dios, amigo, no me trajo al mundo como apóstol de paz ni para cosechar simpatías, sino como sembrador de inquietudes y de irritaciones y para soportar la antipatía. Ésta, la antipatía, es el precio de mi redención.

Paso por poco galante. Dondequiera que he dirigido la palabra a un público en que hubiera hujeres, he tenido para éstas palabras de ruda verdad, muy otras que las palabras de aduladora galantería con que de ordinario

Y hay quienes son esclavos de las mujeres a las que han converti-

do en diosas.

se las lisonjea. Alguna vez he dicho que nada me parece peor que el papel de ídolos que a las mujeres hacen representar muchos, teniéndolas atadas y presas al altar y sahumándolas con el barato incienso de fáciles requiebros.

Una mujer puede ser fiel y amante esposa, muy ama de casa, muy señora de su hogar, muy devota de sus hijos, y ser, sin embargo, una muy imperfecta ciudadana y un elemento de estancación social. Entre las mujeres más honradas y más revestidas con todas las virtudes que el confesor les inculca, es donde suelen encontrarse los espíritus más mezquinos y más lastimosamente apegados a la tierra.

De nada hay que desconfiar más que de la supuesta religiosidad de la mujer. Va a misa como va al teatro, y rige sus devociones por la ley de la moda. Es en los países católicos por buen tono. Juega al juego masculino de las comisiones y las juntas formando asociaciones en que una representa la presidenta y otra la secretaria. Y suele llevar a esas sociedades y cofradías toda la estrecha mezquindad de un espíritu limitado.

Respecto al tono que la mujer ha impreso a la religiosidad católica, vale más que ceda la palabra a un testigo de excepción. El cual dice:

"La devoción a Cristo ha sido, en su mayor parte, devoción de mujeres, religiosas o no; el Cristo que ha creado es, hasta cierto punto, una creación femenina, y como el pedido determina la oferta, los predicadores y expositores masculinos de esa devoción han cedido a la tendencia a feminizar el presentimiento, más bien que resistirla y corregirla.

Los hombres arrastrados por mujeres, aun los más capaces —dice sir Leslie Stephen—, nunca pertenecen del todo al género masculino. Lo cual no quiere decir sino que la semejanza y la simpatía son condición y medida de mutua inteligencia.

En la plenitud de la humanidad de Cristo hay, más que todo, lo que llena los dos ideales de la humanidad, el de la mujer y el del hombre, pero estos ideales son diferentes, y es el de la mujer el que sobre todo prevalece en el púlpito, en el arte religioso y en el lenguaje y la literatura devocionales.

Y el resultado es que el Cristo así presentado no logra atraer a los hombres del tipo masculino, si es que no los repele, a aquellos hombres para quienes la acción es más y el sentimiento menos de lo que es para el tipo femenino.

"Si hiciéramos un holocausto de las nueve décimas de nuestras pinturas e imágenes piadosas, podría ser simbólico de la reforma que hace falta en esta materia. Debemos mucho, sin duda, a las visiones de Santa Brígida,

Santa Gertrudis, la beata Margarita María, la hermana Emmerich y otras; pero en conjunto la ganancia espiritual ha sido más para las mujeres que no para los hombres, y no podemos por menos sino sospechar que los visionarios masculinos —si hubiera habido tales— nos habrían presentado al "hombre perfecto" bajo un aspecto "más seco", y en tal caso podríamos habernos ahorrado la grosera y blasfema revuelta de la escuela de Nietzsche en favor del llamado superhombre *(Übermensch)* y contra el supuesto ideal cristiano de una humanidad rebajada."

No basta que la religiosidad de una mujer —o de un hombre— sea sincera para que merezca nuestro elogio. También es sincero en muchos bosquimanos el fetichismo.

Y luego viene otro tópico, y es el de la caridad, llamando así al deporte de la beneficencia.

Conozco un pueblo en que la mayoría de las damas de alguna posición se pasan buena parte de su tiempo en eso que llaman la "conferencia", arbitrando recursos para los necesitados y visitando a los pobres, dedicadas a la beneficencia. Es su manera de divertirse, que a las veces combinan con otras diversiones, ideando rifas, kermeses o funciones de teatro en beneficio de este o del otro asilo.

A esto llaman caridad, y de esas damas se dice que son muy caritativas. Y luego de haber conocido la especialísima e incaritativa caridad de esas señoras, he leído en

las *Armonías y rebencazos* de Abul-Bagi lo que este sincero y ardiente patriota argentino dice —en el artículo titulado *Analogías*— sobre la Sociedad de Beneficencia, viviendo del producto del juego y manteniendo lujos y vanidades.

Yo no sé directamente lo que ahí pase con esas sociedades en que bajo el manto de caridad religiosa, las mujeres juegan a la beneficencia, pero sé que aquí le exigen a un pobre hambriento la cédula de comunión antes de satisfacerle el hambre, que en los asilos hay ancianos que se enferman porque las monjas les obligan a levantarse temprano para ir a misa, y que las Hijas de María, las Vicentinas o las Beatíficas retiran el litro de leche o el kilo de pan a aquel o aquella de quien descubren que no cumple cristianamente con la Iglesia.

Contra las mujeres burguesas.

Y no es raro que pongan los mandamientos de la Santa Madre Iglesia por encima de los mandamientos de la Ley de Dios y estimen que el dejar de oír misa es pecado más grave en una criada o mucama que no el mentir o el sisar a su señora.

Y estas señoras tan benéficas, tan presidentas o secretarias de esta o de la otra sociedad, estas señoras tan adornadas con las virtudes todas del hogar descubren su falta de caridad cuando se trata de juzgar los defectos ajenos, de sufrir con paciencia las flaquezas de sus prójimas, de tratar con quien hubiera incurrido en eso que se llama un desliz.

La mezquindad de espíritu es en nuestras mujeres, las españolas, el correlativo de la falta de elevadas y nobles ambiciones en los hombres. A hombres irreligiosos, quiero decir, a hombres superficiales que rehuyen las más profundas inquietudes espirituales y cifran su anhelo en adquirir fortuna o renombre, cuando no en irlo pasando sin quebraderos de cabeza, a hombres así corresponden mujeres fetichistas.

Cuando el sumo de la ambición del marido es llegar a ministro o a millonario, calcúlese cuál será el sumo de la ambición de la mujer.

Sin que esto tenga que ver nada con la honradez. No es menester ser una Dalila para cortarle los cabellos a Sansón. A más de un Sansón le ha recortado, no la cabellera, sino las alas, su propia mujer, su mujer fiel y cariñosa, una esposa modelo de fidelidad y de sumisión y de cariño y de todas esas que llamamos virtudes domésticas. Y en cambio más de una Dalila ha sido fuente de energía y de ambición y de altos anhelos para algún Sansón.

¡No he de caer en la injusticia de sostener que nuestra mujer, la mujer española, es inferior a nuestro hombre, no! Tal para cual. A la depresión del espíritu masculino corresponde la depresión del femenino. Tenía razón sor Juana Inés de la Cruz, la mejicana, cuando decía a los hombres:

tomadlas cual las hacéis
o hacedlas cual las queréis.

Ahora, no ha mucho, han andado por aquí las damas católicas y otras que ni son damas ni son católicas, firmando unas exposiciones a las Cortes en petición de que no se discutiese la ley de Asociaciones, presentada por el partido liberal. Las más de esas damas no tienen la menor idea de lo que ese proyecto de ley era ni de lo que en él se pedía, ni de cuáles podrían haber sido sus consecuencias, ni siquiera tienen idea de lo que es una asociación religiosa.

Les dijeron que la religión estaba en peligro, y sobre todo, que firmaban doña Fulana y doña Mengana y doña Zutana y ellas no habían de ser menos que estas respetables y respetadas damas. Pero ni eso era celo por la religión ni cosa que se le parezca.

Cuando hay alguna reunión a que concurren señoras, suele haberlas que envían al criado a informarse de si llegó alguna ya, porque no ha de ser una la primera en llegar; no hay que llamar la atención de esa manera. Y a conferencias, mítines y reuniones análogas, no va más de una señora que tendría gusto en ello porque no van las demás.

En cambio, se pone en moda una devoción tan ridícula, tan ñoña y tan pueril como la de San Expedito, verbigracia, y allá van nuestras honradas ciudadanas a infantilizar su espíritu con memeces *à la dernière*.

Estamos haciendo de la mujer un niño grande. Lee puerilidades, aprende puerilidades, repite puerilidades y de puerilidades vive. Basta ver cuáles son los escritores preferidos por las mujeres. El tipo de literato, al que se llama confesor laico de señoras, es el tipo de literato más ridículo que cabe.

¿Qué debe leer una muchacha?, me preguntaba una vez un amigo, y le contesté lo que contesto a los que me preguntan qué debe leer un niño: ¡lo mismo que leen sus padres!

Cuando un padre esconde un libro para que no lo lean sus hijas, de cada diez veces, las nueve insulta con ello a sus hijas, no al autor del libro. Y la otra vez se rebaja a sí mismo leyendo libros semejantes.

Voy a terminar con un recuerdo evangélico. Sabido es de todos con qué dulzura y qué indulgencia trató el Cristo a la mujer adúltera y cómo de la Magdalena dijo que se le perdonaría todo por haber amado, pues al que ama mucho, mucho se le perdona. //

Unamuno "Nuestras mujeres"

// Toda la historia humana es la labor del hombre sobre el ambiente en que vive. Los esfuerzos de generaciones, acumulados y multiplicados con interés compuesto, van civilizando el ámbito, en que hombres nuevos beben nueva y más alta vida. Es el ámbito social más que el individuo lo que progresa.

Toda la historia humana es la labor del hombre forjándose habitación humana, toda la civilización tiende a desasirr al hombre de la tierra, a libertarle del terruño, a que sea él quien posea a ella y no ésta a él. Desasido de la tierra, la querrá el hombre, porque el labriego que de ella vive le tiene apego, no amor. Amor le cobra el artista que la siente, el sabio que la comprende.

El apego al rincón natal, al valle o llano que nos vió nacer, al terruño en que sudaron nuestros padres y a la aldea en que viven los camaradas de nuestra infancia, es el sentimiento de aquel que labra su propia tierra, del capitalista obrero, del que produce realmente con medios productivos suyos, del que produce para consumir sobre todo, puesta en el consumo la intención casi siempre.

El nacionalismo, el patriotismo de las grandes agrupaciones históricas, cuando no es hijo de la fantasía literaria de los grandes centros urbanos, suele ser producto impuesto a la larga por la cultura coercitiva de los grandes terratenientes, de los *landlords*, de los señores feudales, de los explotadores de los latifundios.

El proceso económicosocial moderno, mercantil e industrial, arrancando del libre cambio, trae el verdadero cosmopolitismo, la gran patria del espíritu que del cambio se nutre, la gran patria humana.

La polarización señalada más arriba significa, pues, de una parte, un despertar de los sentimientos primitivos que tienen su base histórica en la primitiva comu-

nidad de tierras, una vuelta espiritual a los tiempos en que el comunismo agrario era una verdad histórica, poseyendo el trabajador la materia y el instrumento de trabajo, y significa aquella polarización, de otra parte, un anhelo a la gran patria, creada por el libre cambio entre las naciones.

Cúmplese la escisión ésa a expensas del nacionalismo estrecho de la burguesía, explotadora del llamado suelo patrio, para mantener el monopolio del cual se han llevado a cabo las más sangrientas guerras y se han teñido de sangre de hermanos las banderas todas.

No se sabe bien lo que de sí puede dar la conjunción espontánea y libre de elementos hondos y puramente históricos con elementos conceptuales. En el orden teórico el socialismo colectivista surgió, en cuanto doctrina científica, de la aplicación hecha por Carlos Marx del sentido histórico alemán, cuya más elevada fórmula ideal se halla en la filosofía hegeliana y que brotó en un país dividido en patrias regionales, a la economía mercantil inglesa, formulada con su mayor hondura por Ricardo, en el mercado de los pueblos.

El solo sentido histórico va a dar en la pobreza de un Roscher, y el solo sentido abstracto, en los jacobinos del individualismo manchesteriano. En cuanto Marx, ayudado por predecesores y continuadores, aplicó a la doctrina estática del economismo inglés el sentido evolutivo histórico, investigando los orígenes del proceso y el proceso mismo en cuanto tal proceso, surgió por sí el socialismo.

Esperemos el surgir del verdadero patriotismo de la conjunción del hondo sentido histórico popular, refugiado hoy, ante las brutalidades del capital, en la región y el campanario, y el alto sentido ideal, que se refugia en el cosmopolitismo más o menos vago del libre cambio.

Es una de las concepciones más erróneas la de estimar como los más legítimos productos históricos las grandes nacionalidades, bajo un rey y una bandera. Debajo de esa historia de sucesos fugaces, historia bullanguera, hay otra profunda historia de hechos permanentes, historia silenciosa: la de los pobres labriegos que un día y otro, sin descanso, se levantan antes que el sol a labrar sus tierras y un día y otro son víctimas de las exacciones autoritarias.

Se les saquea el fruto de su trabajo y se les lleva los hijos a matar a quienes ningún daño les han hecho, ni en nada les dificultan su perfeccionamiento. Los cuatro bulleses que meten ruido en la historia de los sucesos no dejan oír el silencio de la historia de los hechos. Es seguro que si pudiésemos volver a la época de las grandes batallas de los pueblos y vivir en el campo de las conquistas se nos aparecerían éstas muy otras de como nos las muestran los libros.

.. Hay en el Océano islas asentadas sobre una inmensa vegetación de madréporas, que hunden sus raíces en lo profundo de los abismos invisibles. Una tormenta puede devastar la isla, hasta hacerla desaparecer, pero volverá a surgir gracias a su basamento. Así en la vida social se asienta la historia sobre la labor silenciosa y lenta de las oscuras madréporas sociales enterradas en los abismos.

La época socialista influida por la lectura de Marx , de Unamuno.

Podrá ser estrecho, pobre, raquítico el concepto de patria que tenga el aldeano que nunca ha visto más allá del horizonte de su aldea, pero es, sin duda alguna, un concepto profundamente histórico, un *hecho* histórico, no un *suceso* más o menos durable. En él se conservan las raíces vivas, sensitivas y concretas del patriotismo.

Es históricamente más hecho ese sentimiento que arranca de la primitiva comunidad agraria que la patriotería del gran propietario de tierras, que las esplota con administrador, que acaso no las ha visto nunca y que es incapaz de distinguir la cebada del centeno.

Hay dos regionalismos: el de esos propietarios que luchan contra los efectos del libre cambio y el de los que, llevados por éste, buscan por el camino de diferenciación la integración suprema. Hay un regionalismo retrógrado, proteccionista del terruño, el mezquino y pobre que forma juntas de defensa para evitar el traslado de una capitanía general, el que pide cruceros, guarniciones, limosna de la que mancha y empobrece, y hay un regionalismo que pide que se deje a cada pueblo desarrollarse según él es.

El uno, atizando los odios entre las regiones sirve a los que las explotan, el otro pide la separación de los elementos antitéticos violentamente unidos para que se comprendan y se unan al cabo, en coordinación santa y libre, no en subordinación maldita y autoritaria.

Y téngase en cuenta que dos términos pueden estar entre sí subordinados cada uno de ellos al otro, según el respecto. Hay quien dice: subordínense ellos a nosotros en lo económico y nosotros nos subordinaremos a ellos en lo político. Y de aquí nace la muerte de ambos.

El libre cambio es, si bien se mira, un precepto de moral, una derivación rigurosa del "ama a tu prójimo como a ti mismo".

Libertad, libertad ante todo, verdadera libertad. Que cada cual se desarrolle como él es y todos nos entenderemos. La unión fecunda es la unión espontánea, la del libre agrupamiento de los pueblos.

El regionalismo proteccionista y retrógrado arranca y termina en la propiedad acaparada, el librecambista y progresivo en el individuo libre, el uno quiere remachar las cadenas que sujetan al hombre al terruño, libertarle de éste, para que lo posea, el otro.

Cuanto más se diferencien los pueblos más se irán asemejando, aunque esto parezca forzada paradoja, porque más irán descubriendo la humanidad en sí mismos. //

Unamuno "La crisis del patriotismo"



// Tal sería un estado en que se asimilara y se produjera a la vez, en que el recibir y el dar un conocimiento fuera una misma cosa. A tal estado se acercan los desgraciados periodistas. Para un *reporter*, oír una noticia es darla, no reflexiona en ella. Se encuentra en la lamentable situación de un taquígrafo, que al levantarse la sesión de que tomó nota no sabe lo que en ella se trató.

Miguel de Unamuno

"Ciudad y campo"

.. Por mi parte, conozco ese estado de ánimo, y lo conozco por la tarea de traducir a tanto el pliego. Si he querido enterarme de los más de los libros que he traducido, he tenido que leerlos después. El corrector de pruebas conoce bien esto mismo.

Ese triste estado en que el ritmo mental tiende a la recta, es decir, de hecho a la monotonía, es un estado, a mi parecer, predominantemente ciudadano. Aseguro que para mi gusto nada hay más monótono ni más fatigante que los *chroniqueurs* parisienses, y en general los escritores todos de la gran *Ville Lumière*, de ese insoportable París.

Hace cien años ya existía un discurso contra las grandes ciudades y su "speed of life".

Se lee una obra de una de esas reputaciones del *boulevard* o del barrio latino, y se han leído todas las suyas y además todas las de sus congéneres. Y nada digo del género chico de los teatros de Madrid, porque al fin y al cabo su tremenda monotonía sirve a las mil maravillas para provocar el sueño de los infelices espectadores.

No hay sino observar atentamente a la gente que de noche sale de los teatros madrileños para caer en la cuenta de que, aunque no crean ellos, van sonámbulos. El teatro en Madrid teine, ante todo, una función hipnótica, prepara para el sueño a los espíritus sobreexcitados por aquella descarga de menudencias callejeras de que hablé antes.

Sobre esto de la monotonía de las grandes ciudades debe leerse lo que dice Sénancour en la carta LXXXVIII de su *Obermann*, al comentar su afirmación de que en aquéllas las ocupaciones o las distracciones son siempre poco más o menos las mismas, adoptándose de grado una manera de ser uniforme, mientras que en una quebrada de los Alpes los días de dieciocho horas se parecen poco a los de nueve.

Pero es una uniformidad poco nutrida, no es la monotonía de vida exterior, que permite y aun favorece la mayor riqueza de vida interior. Como dice el mismo *Obermann* en su carta X, fechada en París, "no hay aquí medio entre la inquietud y la inacción; hay que aburrirse si no se tienen negocios o pasiones".

De aquí el que la superficialidad sea un padecimiento urbano. El principal centro productor de ramplonerías en España son los cafés de Madrid. Y encima, para agravar la cosa, viene el ingenio, ese condenado ingenio que es la mueca de la genialidad. "Hacer frases", ésta es la deplorable habilidad de la flor de ese cansadero, "hacer frases", excitaciones rápidas, breves y fugitivas para el espíritu. *Glissez, n'appuyez pas:* éste es el estúpido lema que ha brotado de esas conglomeraciones del *homo urbanus*. Ha inventado, además, la moda, es decir, la monotonía en el cambio.

Antes de ahora he dicho que mucho más pesada que un oso es una ardilla dando vueltas en una jaula. Es terrible eso del hombre que "consume, sin gozarla, una duración inquieta e irritable, semejante a esos insectos siempre movibles, que pierden sus esfuerzos en vanas oscilaciones, mientras otros tan débiles, pero más tranquilos, les dejan tras de sí en su marcha directa y siempre sostenida" (*Obermann*, carta VII).

Y ahora me acuerdo de aquella triste novela de Wells, *When the Sleeper Wakes*, "Cuando el durmiente se despierte", y de esa visión aterradora de las grandes

ciudades del porvenir; y me acuerdo del noble Ruskin y de los ensueños de Loria respecto a nuestra futura civilización y del apocalipsis de Enrique George. Acaso la civilización va demasiado de prisa y no podemos seguirla; nuestra obra nos supera. Nuestros artefactos, inventos y producciones de todas clases exceden en complejidad y extensión a lo que nuestro espíritu haya podido complejizarse y extenderse.

Las máquinas van más de prisa que nuestro organismo, y hoy las hay que exigen para manejarlas un esfuerzo de atención, para el que no está tal vez preparado el actual sistema nervioso humano.

Es lo que pasa con los automóviles, que andan haciendo estragos por esas carreteras, porque nuestros arrieros tienen la costumbre de echar la siesta sobre sus carros, y las mulas no están habituadas a ese ruidoso artefacto y se espantan. Se nos está indigestando en gran parte la civilización.

De aquí el que muchos juzguen próximo uno de aquellos *ricorsi* del buen Vico, el desequilibrio aumentará, irá el hombre acumulando medios, inventos, obras y no poniendo su propio espíritu al nivel de ese progreso, y vendrán unos nuevos y salvadores bárbaros, que es de esperar salgan de los anarquistas, a restablecer cierto equilibrio relativo.

Los nihilistas entendidos

como purificadores de la civilización

al destruirla y al eliminar

tanta acumulación de

libros y estatuas.

Entonces se quemarán todos los libros que para nada sirven, corrigiendo esa funesta manía de almacenarlos en bibliotecas, y se destruirán buen número de ferrocarriles.

Se destruirá acaso buena parte de la civilización, pero ha de ser, si así es, para salvar la cultura. Además, cierta selección se impone, pues si damos en convertir al mundo en un museo y en conservar todas las reliquias del pasado, no va a quedar sitio para lo nuevo.

Hay escritores, verbigracia, que en beneficio de su nombre deben pasar con una o dos composiciones a una antología. Y en general cabe decir que conviene *antologizarlo* todo.

Debo aquí declarar que tengo horror al telégrafo y que casi nunca acudo a él. Me parece un síntoma de grave enfermedad social, de urbanismo, eso de telegrafiar, en un estilo disparatado y con el menor número posible de palabras, lo que no hace maldita la falta que llegue en una o en veinticuatro horas.

En esta época de lenguaje de

teléfono móvil, es interesante ver que hace 100 años Unamuno ya

protestaba contra el lenguaje perio-

dístico impuesto por el telégrafo.

El telegrafismo ha tenido una funesta influencia en la prensa, contribuyendo a crear —por paradójico que parezca— eso que llaman estilo brillante, y que es el más torpe disfraz de la monotonía de pensamiento. Y ahora a Madrid me vuelvo.

Cuando alguien quiere decidirme a que pida mi traslado a Madrid —lo cual podrá llegar a serme dolorosa necesidad, sobre todo por causa de mis hijos, algún día— me dice que hay allí medios de estudio. Y es precisamente en la superabundancia de esos medios donde veo peligro para mis fines. Les tengo miedo a las revistas que se reciben en el Ateneo, temblando de acabar en lector de catálogos.

Aquí, en Salamanca, atenido a los pocos libros modernos que me puedo procurar con mis escasos recursos pecuniarios, y a los no muchos que las bibliotecas y los amigos pueden ofrecerme, lo que leo, lo leo con calma y hasta apurarlo, pero allí, en Madrid, llego al Ateneo, empiezo a revisar revistas y dejo la una y tomo la otra y nada saco de provecho.

En las grandes ciudades

todo es excesivo para camuflar

la falta de vida interior.

Mientras estoy leyendo un artículo, me está bailando en la retentiva el título de otro. Y así, empezando por leer libros, se pasa a leer revistas y luego revistas de revistas y catálogos al cabo. Se enreda uno en el exceso de material.

Hay aquí, en Salamanca, una hermosa Concepción de Ribera, y tantas veces la he visto, y con tanta calma cada vez, que me la sé de memoria y la he sacado casi todo el fruto que pudiera, y en cambio recuerdo mi paso a la carga por una de las más ricas pinacotecas de Italia, de la que no conservo imagen alguna precisa y clara.

Llamo cerebralismo a aquel estado que proviene de una excesiva especialización de funciones del cerebro, de modo que entre lo menos posible en nuestro pensar el resto del organismo. El cerebral apenas discurre más que con la cabeza, y lo que es peor, apenas siente tampoco más que con ella, si es que eso es sentir. En el orden del espíritu produce intelectualismo, enfermedad o degeneración —porque lo es— predominantemente urbana.

De aquí cierta impasibilidad de buen tono y el perfecto dominio que de sí mismo tiene el hombre de mundo, es decir, el hombre de ciudad, muy diferente del reposo y de la ecuanimidad del hidalgo campesino. El aplomo de Jorge Brummel no es el de García del Castañar.

Acabo de leer en el *Adam Bede*, de Jorge Eliot, que hablando de un "viejo hidalgo" *(old Squire)* dice que era siempre cortés, pero "los aldeanos habían notado, tras larga confusión, que esa cortesanía era uno de los signos de dureza" *(that this polish was one of the signs of hardness)*.

Siempre me ha parecido eso que llaman urbanidad el disfraz de la indiferencia egoísta, y siempre que veo gentes que se pasan de finas y corteses me acuerdo del incendio del Bazar de la Caridad de París.

La literatura urbana es discreta, se sonríe, pero no suelta la carcajada, su campo es la ironía. Yo no la puedo resistir porque aborrezco lo fino y me cargan las relucientes pecheras del traje de frac.

Y no se crea que al decir esto aludo a Madrid, que maldito lo que tiene de fino, empecherado y enguantado de blanco, siendo más bien un gran villorrio en que se acortesana algo de la castiza llaneza del castellano viejo de Larra, la morada del pueblo de la

Pradera, del Canal de las Ventas y de las bellotas de El Pardo. No hay que calumniarle suponiéndole exquisito, refinado, bizantino, complicado, perverso y otros piropos por el estilo, que los suramericanos suelen dirigir al París de sus ensueños y sus ansias, ya que no al París popular y verdadero, que debe ser otro villorrio también.

Ferrero aseguraba hace algún tiempo —y digo que lo aseguraba porque es Ferrero de los que viven y, por consiguiente, se rectifican—, Ferrero aseguraba que lo mejor para el mejor desarrollo de una individualidad y de la cultura de un pueblo son las pequeñas ciudades, las villas de 20.000 a 40.000 habitantes, como las de las Universidades alemanas, y tanto mejor cuanto de más profunda naturaleza estén rodeadas.

Las individualidades potentes suelen ahogarse en los lugarejos y en las grandes ciudades, en aquéllos por sobra de vida nutritiva y falta de vida de relación, y en éstas por la inversa.

Y no es que yo crea que en una gran ciudad no pueda comerse bien y respirarse aire puro (me parece que se exagera en eso de la impureza del aire de los grandes centros), sino que creo que el sistema nervioso, cansado de la descarga de excitaciones, no rige bien, en cuanto le compete regirlas, las funciones nutritivas y respiratorias.

He nacido y me he criado en una villa de no mucho vecindario, y cuando yo era mozo de mucha menos población que hoy, en Bilbao, y puedo asegurar que en la incubación de mi espíritu, tanto o más que cuanto allí pude leer o aprender del trato y conversación con

mis amigos entraron mis frecuentes paseos por aquellos contornos, mis subidas a Archanda o al Pagazarri o aquellos internamientos en la èspesura de Buya, entre las robustas y sosegadas hayas. En Madrid hay espléndidas puestas de sol, magnificadoras del que las

contemple, y casi nadie mira al cielo, ni siquiera al de la calle.

"Es agradable y saludable ver la aurora, pero ¿qué se va a hacer después de haberla visto entre los tejados, después de haber oído a dos jilgueros colgados de una buharda *saludar* al sol naciente? Un cielo hermoso, una dulce temperatura, una noche alumbrada por la luna, en nada cambian tu manera de ser, y acabas por decirte: ¿para qué sirve?" (*Obermann*, carta LXXXVIII).

Por mi parte, cuando en estas mañanas de primavera salgo al balcón me gusta mirar las uvas de gato que penden del canalón del tejado de la casa frontera, esa pobre planta, de hojas carnosas y humildes flores, que me recuerda, aun así y todo, el campo.

El ideal sería, sin duda, que el espíritu de la ciudad y el del campo se compenetraran, que aprendiéramos a ver en la sociedad naturaleza y en la naturaleza sociedad, pero el ideal está siempre muy lejano. Entretanto, el campesino o lugareño resulta en la corte un *isidro* y el cortesano resulta en el lugar un *misinguín*, como por aquí dicen los charros, o un señoritín, si he de decirlo más claro.

Claro está, y el lector no habrá dejado de barruntarlo, que con todo esto que de Madrid, como único tipo de gran ciudad de que tengo experiencia personal directa, claro está que con todo esto que de Madrid digo no dejo de guardar afecto a ese gran patio de vecindad en que las comadres y los compadres hablan del perro *Paco*, del *Bombita*, del *Garibaldi* o del crimen

de la calle de Fuencarral, de ese buen cotarro abierto a todo el que llega y nada merecedor de las torpes e injustificadas censuras que le dirigen los petulantes y los despechados. De todo podrá tacharse a la intelectualidad madrileña —llamando así al conjunto de hombres de ciencia, literatos y artistas que en Madrid residen—, de todo podrá tachársele menos de petulancia,

Hay más diferencias entre un hombre de capital y uno de campo que entre dos hombres de países distintos.

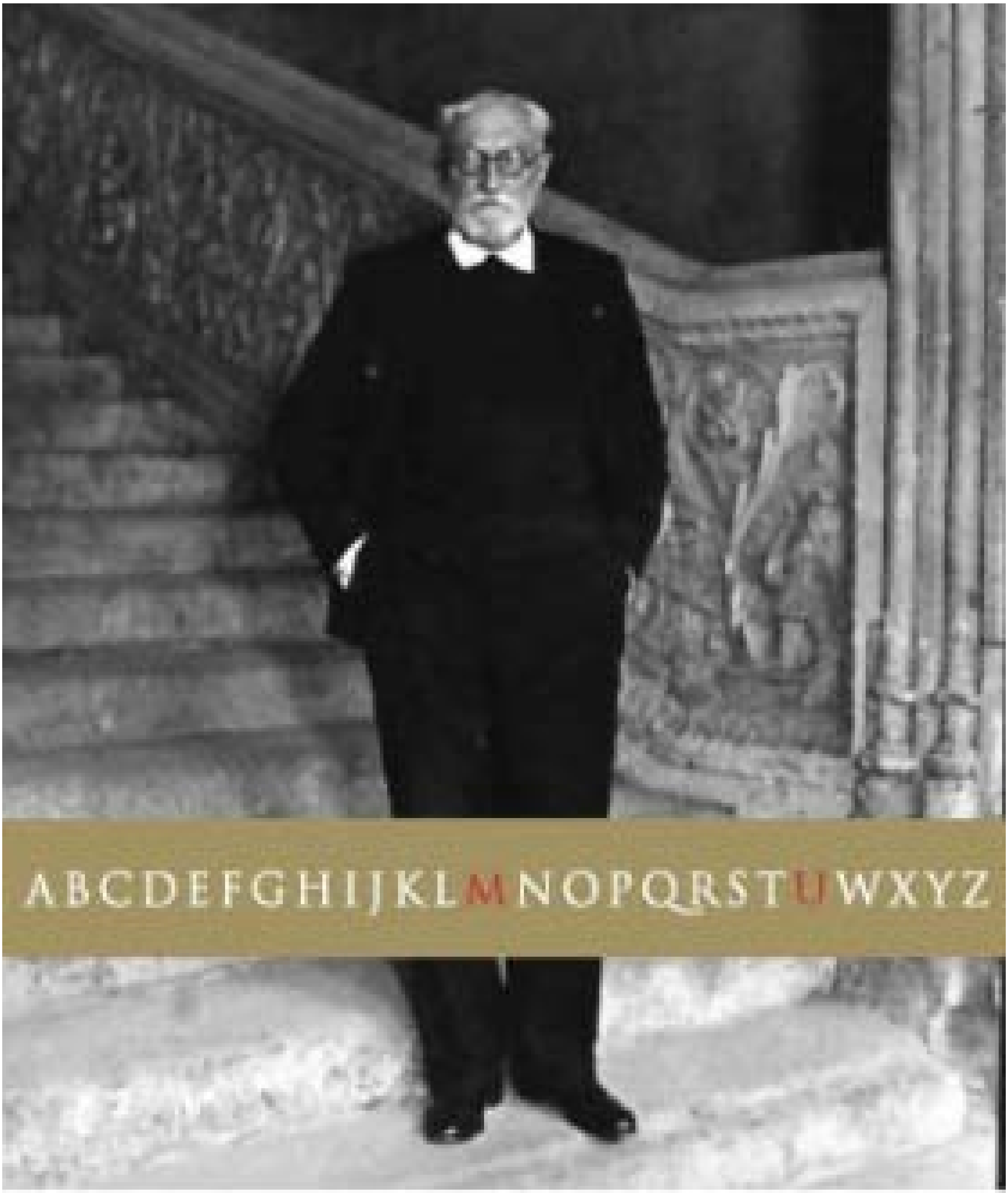
de desdén hacia los demás y de falta de atención y de llaneza. No son de los que se creen cara a Europa por abrir los libros publicados en París cuando todavía huelen a tinta y repetir, mejor o peor, la lección aprendida en una revista extranjera o en un tomo de la biblioteca Alcan.

Los celos y rivalidades entre las grandes ciudades me parecen soberanamente ridículos, porque nadie me quita de la cabeza que todas son iguales, y que un rincón de aldea de mi país vasco, otro de Cataluña, otro de Galicia, otro castellano y otro andaluz se diferencian más entre sí que sendas calles de Madrid, de Barcelona, de París, de Berlín o de Londres puedan entre sí diferenciarse.

Concretando el caso, me atrevo a suponer —y atrevimiento es— que entre un manchego y un catalán hay mucha más diferencia que entre un madrileño y un barcelonés, en cuanto el manchego y el catalán entran en sus respectivas capitales, Madrid y Barcelona, asimílanse entre sí dentro del tipo común del ***homo urbanus***.

Las obras literarias producidas en grandes centros, en poblaciones de medio millón de almas en adelante, no pueden ser regionales, y sólo logran una mixtificación cuando sus autores intentan hacerlas tales. Creo, con otros muchos que también lo creen, que entre la ciudad y el campo hay más distancia espiritual que entre los más distantes climas, y que antes debe indagarse de un escritor, verbigracia, si se crió y formó en una gran población o en un lugarejo que no si se crió y formó en el ecuador o en la zona templada, y creo también que hay mucha más diferencia de un gaucho a un mujic o de un tío de la Mancha a un *farmer* del Middlesex que de un bonaerense a un petersburguense o de un madrileño a un londinense. //

Miguel de Unamuno "Ciudad y campo"



2010

MIGUEL DE UNAMUNO

XII. SAIAKERA LEHIAKETA

XII PREMIO DE ENSAYO

//

Contra los eruditos como un tipo de secta cerrada.

Y luego estos eruditos paleontólogos y los críticos de su escuela y sus semejantes todos forman una especie de cofradía internacional, se comentan los unos a los otros y se celebran mutuamente sus danzas de la muerte. Constituyen una especie de orden, algo así como una masonería que tiene en los archivos sus logias.

Contra las tesis doctorales de estilo alemán.

Agréguese a todo esto esa ridícula leyenda del profesor alemán, especialista, paciente investigador, que se confina de por vida a no explorar durante toda ella sino este o el otro rincón de los conocimientos humanos, que intenta agotar una materia, y para agotarla la reduce.

Claro está que esto también tiene su defensa y que cabe ver el Universo todo reflejado en una gota de agua, y estudiando un coleóptero o una sola obra de un solo autor, o un único suceso histórico, puede llegarse a una concepción total y unitaria del Universo y de la vida; pero la tal leyenda es una de las más funestas leyendas que pueden darse.

Cuando acabé mi carrera, doctorándome en Filosofía y Letras, se me presentó desde luego, como a todos nos ha sucedido, el problema de aprovechar mis estudios; y como mis aficiones eran por entonces, y siguen hoy siendo, a todo, pero muy en especial a la filosofía y la poesía —hermanas gemelas—, me preparé a hacer oposiciones, y las hice primero a una cátedra de psicología, lógica y ética, y luego a una de metafísica. Pero dado mi criterio de entonces en la materia, y dada, sobre todo, la independencia de juicio que ya por aquella época era mi dote espiritual, fracasé, y no pude sino fracasar, en ambas oposiciones. Quiero decir que me quedé sin ninguna de ambas cátedras.

No cayó en la trampa del academicismo.

Y apenas obtuve la cátedra me encontré con un profesor eruditísimo, el cual me espetó una larga arenga para persuadirme de que dedicara mi vida a ser un helenista, y no sé si a desenterrar y publicar yo no sé qué manuscritos griegos que dicen hay en el monasterio de El Escorial. Quería ya acotarme el campo y decirme: ¡de aquí no se pasa! Pero yo, que sabía muy bien que no es de helenistas de lo que España más necesita, no le he hecho caso alguno, y de ello estoy cada vez más satisfecho.

Sé más que el suficiente griego para poner a aquellos de mis alumnos que gusten de él en disposición de valerse por sí mismos y de hacer progresos en la lengua de Platón, y puedo ponerlos al corriente de lo que se sabe de más importante respecto a literatura griega. Fuera de esto, no me creo obligado a hurtarme de los que estimo sagrados deberes para con mi patria, engolfándome en eruditas disquisiciones sobre este o el otro punto de filología o de literatura helénica, lo cual sería pasadero si no hubiese aquí labores más urgentes que acometer.

A Unamuno le pagan los españoles con sus impuestos y considera que tiene el deber hacia ellos de reformarlos.

En un país hecho, en que cada uno está en su puesto y la máquina social marcha a compás y en toda regla, puede un ciudadano dedicarse a esas curiosas investigaciones; pero aquí hay demasiada gente que se dedica al tresillo, para que los que sentimos ansias de renovación espiritual vayamos a enfrascarnos en otra especie de tresillo. No; mi sueldo sale del trabajo de mis conciudadanos, es España la que por mediación del Estado me da el pan que mis hijos comen. //

El academicismo en filosofía se convierte demasiadas veces en un juego de casino, como el tresillo, una distracción inútil y para ociosos pueblerinos.

Unamuno dedica al idioma griego el tiempo necesario para poder enseñarlo en la Universidad pero no más , consagrando la mayor parte de su carrera a despertar a España porque es lo que necesita el país. Así deberían hacerlo todos los filósofos españoles si tuvieran el mismo sentido del deber hacia su país que tenía Unamuno, en vez de cerrarse en sectas universitarias con discusiones eruditas interminables sobre el sexo de los ángeles y sus versiones actuales.

Unamuno "Sobre la erudicción y la crítica"

//...

por virtud propia, por adaptación rítmica y no por la brutal batuta autoritaria. De esa armonía libre brotará la melodía humana, hondamente humana.

Aquí nos falta armonía y nos sobra compás, en este pobre pueblo cristalizado.

Parece que se asoma uno a otro mundo cuando echa una ojeada a ese hervor de la actual sociedad europea, a ese correr de ríos que lo arrastran todo, inmundicias inclusive, pero que van dejando a su paso limo fomentador de vida, limo que abrigará frutos fecundos así que luzca un sol de justicia y de verdad sobre la sementera.

Cierto es que los *virtuosismos* y tecniquerías ocupan y preocupan mucho, cierto que hay demasiado pintarrajear sin líneas, que flota en esa balumba la concepción aristocrática del arte y de la ciencia, ciertísimo que los artificios de jardinería convierten el aromoso y sencillo agavanzo en pomposa rosa purpurina de cien hojas, lujosa, inodora e infrutífera, ciertísimo es todo esto, pero es explosión de vida, con sus erupciones morbosas para expeler la muerte de que brota.

¿Quién sabe? Tal vez esos despropósitos artísticos, científicos y literarios sean vacuna contra mayores males. Pase en buen hora la juventud sarampión espiritual y gocen los salvajes de selvática salud.

¿Que son un hato de locos? Aquí parece que en cambio ni hay materia enloquecible. De esa danza macabra y esa pelea a oscuras en busca de claraboya para el futuro volvamos los ojos a esta pobre España y a nuestra juventud intelectual.

¡Qué idílico concierto! Ahí está, ¡es el pantano nacional, de aguas estancadas anidadoras de intermitentes palúdicas que sumen en dulce perlesía las almas de nuestra juventud! En sus orillas cantan, mientras nuestro sol les calienta los cascos fríos, las viejas ranas, y en

la charca juguetean los renacuajos buscando cebo y esperando les crezcan las patas y se les borre el rabo. El coro es delicioso y acompasado. Al menor ruido extraño saltan las ranas de las márgenes al charco, sintiéndose en éste seguras.

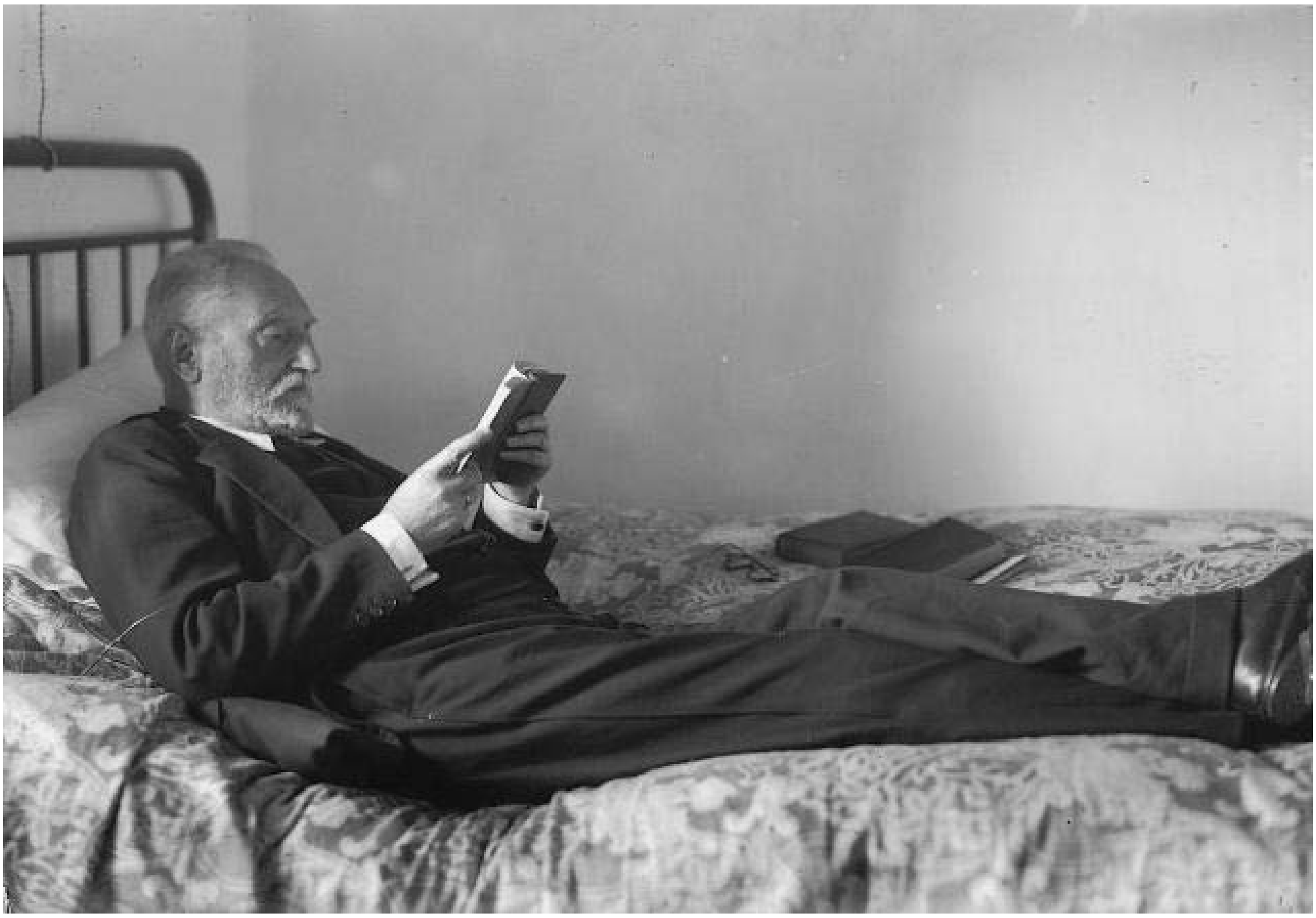
Y no hay nada como la charca nacional con sus viejas ranas y sus renacuajos clasificados en orden jerárquico según el tamaño del rabo. De lo que pasa fuera ¿qué les importa? De vez en cuando se refleja en la superficie serena del pantano alguna ave libre que cruza el cielo cantando a la libertad, al aire abierto y a la luz, pero no tienen más que dar un salto al agua y la imagen perturbadora se turba, y con graznar algo más fuerte se apagan los ecos vibrantes que bajan de las alturas.

En plata, que padecemos agarbanzamiento agudo. Cunden como cizaña el *género chico* y la *revista cómica*, y para entonarlos la grave *lata*. ¡Se ha llegado a descubrir ingenio hasta en el chulo! Apenas hay temporada sin su consabida frase de moda, cuyo encanto consiste en la absoluta incongruencia y vaciedad.

Hay infelices que creen se derrocha ingenio en nuestra juventud literaria, que está derramando sal a diestro y siniestro, y hasta admiran bonachonamente los juegos malabares y las prestidigitaciones de nuestros graciosos de oficio. Todo ello no pasa de dar vueltas en seco a los arcaduces de la vieja noria oxidada, en pozo vacío y enjuto. Estrújase el menguado ingenio para inventar una frase que corra de café en café, y debajo de ella no hay nada.

Se habla a las veces del ingenio de nuestros *humoristas* de cartel o tanda. ¿Humorista? Lo primero que se necesita para jugar con las ideas es poseerlas con libertad de espíritu, y ni las poseen ni son libres esos graciosos chicos y grandes. Son esclavos, y no de ideas, sino de frases, de fórmulas, de rutinarios dogmas, de los que están poseídos en vez de poseerlos. //

Unamuno "La juventud intelectual española"



// A MIS LECTORES

—Sí, ya lo sé, no soy simpático a todos los que me leen; tal vez no lo soy, a los más de ellos. ¡Qué le vamos a hacer!... Mientras me lean... Porque, eso sí, prefiero no serles simpático y que me sigan leyendo, a no que siéndolo me dejen de leer. La simpatía se cobra muchas veces a costa de la autoridad y del respeto. Os confieso que no estimo cosa muy apetecible el hacerse un escritor simpático. Es tal vez el principio del descrédito, del hondo descrédito, que no por dorado y encubierto deja de serlo.

Sí, ya sé que no soy simpático, que tal vez he llegado a hacerme antipático a muchos de los que me leen, y a pesar de esa antipatía, o más bien que a pesar, a causa de ella, siguen leyéndome.

Hace poco me escribió un amigo y paisano de ésa, un vasco, diciéndome que aunque muchas veces no participa de mis opiniones, me lee porque le concito ideas por reacción. Y yo me doy por muy satisfecho con esto, con suscitar ideas en los que me leen, aunque estas ideas sean contrarias a las que expongo y defiendo.

Pero hay muchos, muchísimos lectores, que no gustan de que se les obligue a pensar y que sólo buscan el que se les diga lo que ya saben, lo que ya han pensado. Para hacerse un escritor simpático no tiene sino halagar y corroborar los preconceptos de sus lectores, remachar en éstos los lugares comunes que llevan adheridos a la mente. Es la manera de hacerse simpático y es también la manera de que se cansen de uno pronto, y de que diciendo: "¡Ah, sí, un escritor muy simpático, muy comprensivo!"... dejen de leerle.

La mayor parte de las personas —lo he dicho más de una vez, y como soy un escritor machacón (otra cualidad que me hace poco simpático) he de repetirlo aún muchas veces— leen para no enterarse. Así como suena, para no enterarse. Toma el diario o la revista el honorable Fulánez, a la hora del desayuno, y lee como quien oye tocar un vals, para matar el rato. Le molesta que le exciten, le molesta que le contradigan; pero le molesta más aún que le digan algo en que no pensó nunca.

Hay un dolor espiritual análogo al dolor físico; hay un dolor espiritual cuando se le desgarran a uno los tejidos del alma. Porque así como el cuerpo tiene sus tejidos de células y fibras, así tiene el alma sus tejidos de impresiones, recuerdos, sensaciones, ideas. La rotura de una asociación de ideas es como la rotura de una asociación de células corpóreas y puede producir desde una ligera molestia hasta un agudísimo dolor.

Muchas veces se ha dicho, y es cosa por todos observada, que el dolor que nos causa la muerte de una persona querida, con la que hemos convivido, se acrecienta gradualmente en los primeros días, hasta que luego va cediendo. Este dolor sigue un proceso que podríamos marcar por una curva de rápido ascenso y lento descenso.

El primer efecto es de estupor, y a las veces, si nuestra persona querida sufrió mucho para morir, hasta de alivio al ver que descansó al cabo. El dolor más grande viene al encontrar vacío el lugar que ocupaba en la mesa, tal vez en el lecho, a nuestro lado.

El dolor mayor es cuando sentimos su falta, cuando sentimos el hueco que ha dejado en nuestra existencia, cuando sentimos la rotura de nuestras asociaciones de ideas y de sentimientos. La imagen de aquella persona querida que estaba íntimamente entramada en el tejido espiritual de nuestra vida y no pudo arrancárnosla la muerte sin destrozar el tejido ése.

Todos sabemos que si uno lleva muchos años lejos de sus padres, sin verlos, sin convivir con ellos, la pena que la noticia de la muerte le causa no es, ni con mucho, una pena dilacerante. Y es que la noticia de la muerte no es la impresión de la muerte. El hijo, un excelente hijo, por lo demás, se acomodó a otra vida, se hizo otro tejido espiritual. Bien dice el refrán: ojos que no ven, corazón que no siente.

Estas reflexiones mismas parecerán a muchos —lo sospecho— antipáticas, duras, desabridas, poco sentimentales. Pero las creo fundadas en verdad.

Después de aquel desgarrón viene el rehacerse el tejido espiritual, el formarse nuevas asociaciones de ideas.

La viuda que vuelve a casarse borra muy pronto la cicatriz espiritual que la muerte de su primer marido le causara. Y esto es así, y tiene que ser así.

Y toda rotura de asociación de ideas y de sentimientos nos causa trastorno, que va desde el dolor por la muerte de un padre, de un marido o de una esposa, de un hermano, de un hijo, hasta la molestia, la irritación que nos causa el que nos rompan un lugar común a que estábamos habituados.

Los libros difíciles e incómodos son dolorosos de leer porque rompen con nuestros esquemas mentales, como si murieran.

Yo, los escritores que propendemos a romper esas asociaciones —y por esto se nos llama paradójicos— molestamos y nos hacemos antipáticos. Es nuestro sino.

Y dicen que molestamos no tanto por lo que decimos como por la manera de decirlo. Sí, es porque en vez de cortar esas asociaciones finamente, con bisturí y cloroformizando antes al paciente o hipnotizándole, lo hacemos a tirones y cuando está más despierto.

Es cuestión de método y es cuestión de temperamento. El cloroformo, tanto el clínico como el literario, tiene sus inconvenientes, y hay ocasiones en que al paciente le hace falta el dolor. Irritar a las gentes puede llegar a ser un deber de conciencia, doloroso deber, pero deber al fin y al cabo.

Irritar a la burguesía es para que despierte su conciencia dormida.

Y luego hay otra cosa que me hace antipático, ya lo sé, y es mi falta de impersonalidad, lo incapaz que soy de hacer eso que llaman labor objetiva, esto de ponerme yo, más o menos, en todos mis escritos, esto que alguien llama mi egotismo. ¡Y qué vamos a hacer!... Admiro a los que saben desprenderse de sí mismos, los admiro, pero ni los imito ni quiero imitarlos.

Yo no sé en otras partes, pero lo que es aquí, en España, ya os lo he dicho, carga el hombre. Y como yo creo que la gran batalla es por conquistar el respeto al hombre, el respeto a la individualidad, yo, por mi parte, cargo sobre la masa, cargo sobre la muchedumbre miriocéfala y anónima. ¡Que me respeten! Así aprenderán a respetar a todo individuo, a respetarse a sí mismos como individuos.

Sí, sí, está muy bien eso de hacer un uso discreto de los conocimientos, como está muy bien hacer un uso discreto de las riquezas. Pero es que ni los conocimientos ni las riquezas son nosotros mismos, sino algo pegadizo, algo que va y viene, algo que puede tomarse y de-

jarse. Pero de mí mismo no puedo hacer un uso discreto. Si me quitan una peseta o un duro, puedo conformarme, pero difícilmente me conformaré si me quitan un brazo, y menos un pedazo del alma. Una peseta, un duro, puedo darlo discretamente, pero un brazo, un pedazo del alma, éstos no puedo arrancármelos y darlos sino apasionadamente, esto es, indiscretamente. Y yo no doy ideas, no doy conocimientos; doy pedazos del alma. Me importan menos, mucho menos, las ideas que expongo que el modo de exponerlas.

No os fijéis en la peseta que os dé, sino en el calor que lleve de mi mano.

Esas antipatías que provoco proceden, lo sé muy bien, de que, digan lo que quieran los que no ven sino la superficie, no soy un intelectual, sino un pasional. Casi todas las cosas que he dicho las han dicho cientos, miles, antes que yo; ni soy un erudito, ni soy un sabio, ni es grande la originalidad de mis ideas.

¿De dónde procede, pues, la eficacia, que, gracias a Dios, he logrado? ¿De dónde esas antipatías y esas simpatías y el que pueda decir que, gracias a Dios también, casi nunca paso entre la indiferencia de mis lectores? Pues ello viene de la pasión: ello viene del tono.

Sí, sí, muy bien, amigo, muy bien; muy bien lo del uso discreto de los conocimientos, muy bien lo de la disciplina, pero... Ponte, amigo, la mano sobre el corazón y ponla luego sobre el mío y después hablaremos.

Y todos contribuímos al progreso, todos, tú siguiéndolo, otros resistiéndolo. Si no hubiera más que la corriente central, pronto se dormirían las aguas y se pararían. Del impulso de Rousseau, de aquel gran paradojista, de aquel gran apasionado —la paradoja es hija de la pasión—, han brotado no pocas ideas contrarias de los que hoy tratan de esmerilar su memoria.

¿Y si después de todo, amigo, todo eso del progreso, y de la disciplina y de la ciencia no fuese más que una triste ilusión más? Lo importante, créeme, es la lucha, no la victoria.

Ya sé que no te convenceré, porque tú debes de ser un hombre tranquilo, ecuánime, discreto, tal vez no en exceso apasionado. ¡Dios te lo conserve!

Yo tengo mi lucha y cada uno de vosotros tiene la suya. Y mi lucha no puedo asegurar que sea por el me-

joramiento de la humanidad. ¿La humanidad? ¿Y si luego resulta que de aquí a diez, a cien, a mil, a un millón de siglos la humanidad ha desaparecido sin dejar rastro alguno de sus ciencias, sus artes, sus industrias, qué me importa eso?

Sí, ya lo sé, soy antipático a muchos de mis lectores, y una de las cosas que más antipático me hacen para con ellos es mi agresividad, mi agresividad tal vez morbosa, no lo niego. Pero es, amigo, que esa agresividad va contra mí mismo, que cuando arremeto contra otros es que estoy arremetiendo contra mí mismo, es que vivo en lucha íntima

... ¿Que me imagino que me interpretan mal? ¡Claro está! ¡Como que yo mismo no acierto a interpretarme siempre! Las ideas que de todas partes me vienen están siempre riñendo batallas en mi mente y no logro ponerlas en paz. Y no lo logro porque no lo intento siquiera. Necesito de esas batallas.

Y además yo no busco prestigio entre los estudiosos, porque no soy un estudioso, no soy eso que se llama un estudioso. Ni siquiera un culto, y eso que me paso predicando la cultura. Pero por cultura entiendo la más intensa vida interior, la de más batalla, la de más inquietud, la de más ansia.

Uno de los muchos comentarios sobre los vascos.

Procedo de una raza que algunos dicen está todavía, por dentro, en estado salvaje, de una raza de espíritu taciturno y tormentoso, de una raza de la que Salmerón decía que no se ha adaptado aún a la civilización europea. Y yo, por lo que a mí me toca, por la parte de raza que me corresponda, acepto ese juicio, y lo acepto hasta con orgullo.

No, no, amigo: yo no soy un filántropo. Siento demasiado el hambre y la sed de Dios para amar a los hombres al modo filantrópico. Hay que sembrar en los hombres gérmenes de duda, de desconfianza, de inquietud, y hasta de desesperación —¿por qué no? ¡sí, hasta de desesperación!—; y si de este modo pierden eso que llaman felicidad, y que realmente no lo es, nada se ha perdido.

Y sobre todo y ante todo, nada de vivir en paz con todo el mundo. ¿Vivir en paz con todo el mundo? ¡Horror, horror, horror! No, no, no: nada de vivir en paz. La paz, la paz espiritual quiero decir, suele ser la mentira y suele ser la modorra. No quiero vivir en paz ni

con los demás ni conmigo mismo. Necesito guerra, guerra en mi interior: necesitamos guerra.

La verdad antes que la paz. Tal es mi divisa. Y para mayor brillo la he puesto en latín: *veritas primus pace*.

Claro está que esta guerra que busco cual sustento de mi vida y de las vidas de los demás es la guerra espiritual, no la guerra a tiros o a estocadas.

La guerra a la que se refiere Unamuno es la guerra espiritual interior de cada hombre consigo mismo (¿un tema muy vasco?).

Todo lo demás, todo lo que me digan los seguidores de la cultura de corriente central y de solidaridad disciplinada y de respetos a las llamadas conquistas definitivas del espíritu humano, todo esto lo comprendo y hasta, si se quiere, lo aplaudo; pero no es mi vocación, no es mi sino servir a eso.

Y, sobre todo, amigo, hay una cosa que he odiado toda mi vida y espero morir odiando, y es el llegar a ser prisionero de mi público, el que sean mis lectores los que hayan de marcarme el rumbo que debo seguir. No quiero sacrificar mi independencia, no quiero, sobre todo, hipotecar mi porvenir. ¿Lo entendéis? No quiero hipotecar mi porvenir. Quiero tenerlo abierto, libre.

¿Que así me enajeno simpatías?... ¿Quién sabe? Lo que no quiero es atravesar por entre la indiferencia pública. Simpatías o antipatías son acaso lo mismo. La antipatía —y vaya de paradoja— es una forma de simpatía. El que me lee para incomodarse o disgustarse de lo que digo o de mi modo de decirlo es lo mismo que el que me lee para conformar con ello. El combatirle a uno es un modo de animarle y de apoyarle.

Yo he puesto en mis libros calor y vida, y por el calor y la vida que en ellos he puesto es por lo que los leéis. He puesto en mis libros pasión. Pasión de odios, de desdén, pasión de desprecio muchas veces, no lo niego: pero ¿es que el calor no viene sino de eso que llaman amor y que de cada cien veces las noventa no es sino babosidad y blandenguería o debilidad de espíritu?

Y he puesto también en ello amores, mis amores, esos amores que son los que me hacen indignarme, que son los que me hacen tan a menudo áspero, desabrido, desdeñoso. Sí, por amor me hago antipático, por un amor más grande y más puro que el de esa engañosa simpatía que algunos me aconsejan busque.

¡Jamás, jamás, jamás! Queden esos apostolados para otros. Cada cual tiene su sino.

¿Conoces, amigo, el *Brand*, de Ibsen, aquel admirable, aquel grandioso Brand? No te parecerá simpático, de seguro, y te explicarás que su pueblo, el pueblo de que era pastor, acabase dejándole solo. ¡Y qué soledad!

Y no es presunción de superioridad, no, no lo creas. Si sospechas tal cosa, es que no me conoces. No, no es eso. Yo no condeno tu doctrina, yo no estimo malos esos consejos que me das; lo que te digo es que no me sirven. Lo que te digo es que estás equivocado respecto a mí. Y no por falta de inteligencia, no, no, y mil veces no. Estás equivocado, porque partimos de muy distintos puntos de vista, o mejor, de muy distintos puntos de sentimientos.

Tú me parece que eres un optimista, o por lo menos un hombre que cree que el progreso aliviará las penas humanas; tú hablas con cierta unción de la noble cruzada del pensamiento y de la gran empresa de la cultura, y yo creo que lo mejor que esta empresa tiene es hacernos olvidar el que hemos nacido y tenemos que morir. Yo, te lo confieso, tengo un sentimiento trágico de la vida. Te lo aseguro sin petulancia ni pedantería alguna, porque sé que no dudarás de mi lealtad.

Esa acritud que tanto te desagrada en mis escritos, la he acrecido ejercitándola contra mí mismo. Soy la espada y la muela y aguzo la espada en mí mismo. Así es que estoy tan gastado de esgrimirme de espada como de aguzar la espada que esgrimo. //

Unamuno "A mis lectores"



//—Pero ¿se dedica usted a las autocitas? —me dijo no sin cierta maligna ironía.

—¡Qué le vamos a hacer, amigo, hay que defenderse! Pero yo lo hago noblemente y sin engaño. Y como le decía respecto a eso de la originalidad, tengo dicho en alguna parte...

—¿Dónde? —me interrumpió.

—Por esta vez no hago el reclamo de mis libros —le dije, y proseguí—: tengo dicho en alguna parte que así como uno no es propiamente hijo de quien lo engendró —cosa muy fácil y sin mérito alguno—, sino de quien lo crió, formó y educó, poniéndole en el puesto que le corresponde, así una idea no es hija de aquel que primero la concibió, sino de quien la crió, formó y educó, es decir, de quien le dió su expresión más adecuada y la colocó entre las demás ideas, sus compañeras, en el complejo y contexto donde adquiere su valor todo. ¿No está bien?

—Muy bien, como...

—¡Como mío! —me anticipé a declarar.

—¡Pero es defender la piratería literaria! —exclamó el pobre hombre.

Estuve a punto de decirle que era un incomprensivo, pero como este mi amigo es una buena persona y suele hablar muy bien de mí y hasta me hace el artículo, me abstuve, por cariño y por cálculo, de darle un disgusto así, limitándome a contestarle:

—No, hombre, no; es defender la originalidad. La originalidad es eso. No acuñar moneda, sino saber usarla. ¿Y quién le ha dicho a usted que no pueda uno entender y usar una idea mejor que aquel a quien primero se le ocurrió? ¿Es que cree usted que Mauser, el inventor del fusil que lleva su nombre, sea quien mejor lo maneje? Además, no es preciso entender una idea como la entiende su progenitor. Hasta el entender mal una cosa suele ser fuente de grandes pensamientos.

Sobre el problema de la influencia de unos autores sobre otros y del "robo" de ideas.

—¿Cómo?, ¿cómo?... Eso sí que no lo entiendo.

—Pues sí, amigo, hasta las erratas son fecundas. ¡Cuántas ideas nuevas no han sido sugeridas por una errata! ¿No ha oído usted eso de que el ave fénix renace de sus cenizas? Pues no hay tal ave fénix. Fénix, *phœnix* en griego, significaba la palmera y un ave, y el proverbio era que la palmera renace de sus cenizas, que

se encendía un bosque de palmeras y éstas vuelven a brotar. Y los que luego ignoraron que se trataba de la palmera achacaron al ave el milagro.

—Es curioso...

—¿Y no ha visto usted a la Santísima Virgen María pisando la cabeza de una serpiente? Pues las sagradas letras no dicen eso; no dicen que la mujer quebrantará la cabeza de la serpiente, sino su linaje, su hijo. En la traducción se cambió "ella" por "él", y de ahí ha venido todo. Hay hasta teorías, hasta sistemas enteros, fundados en malas traducciones, en erratas, en no haber entendido el texto. Espere usted.

Volví a acercarme a mi librería y tomé de ella el libro de Renán sobre Averroes y el averroísmo.

—Vea usted lo que dice Renán al exponernos cómo el averroísmo es la historia de un contrasentido. Dice: "Para el filólogo, un texto no tiene más que un sentido; mas para el espíritu que ha puesto en ese texto su vida y sus complacencias todas, para el espíritu humano que a cada hora experimenta nuevos anhelos, la interpretación escrupulosa del filólogo no puede bastarle.

Es menester que el texto que ha adoptado resuelva todas sus dudas, satisfaga todos sus deseos. De aquí una especie de necesidad del contrasentido en el desarrollo filosófico y religioso de la humanidad. El contrasentido en las épocas de autoridad es como el desquite que toma el espíritu humano contra la infalibilidad del texto oficial...

¿Qué sería de la humanidad si desde hace dieciocho siglos hubiera entendido la Biblia con los léxicos de Gesenio o de Bretschneider? No se crea nada con un texto que se comprende demasiado exactamente. La interpretación verdaderamente fecunda, que en la autoridad aceptada de una vez para siempre sabe hallar respuesta a las exigencias sin cesar renacientes de la naturaleza humana, es obra de la conciencia más que de la filología."

Éstas son las últimas palabras de este libro, de Renán —añadí, cerrándolo— y yo, filólogo como él, las suscribo y hago mías.

Cuando volví de haber dejado el libro en su sitio, mi amigo, mirándome con malignidad, me dijo:

—Ahora espero que me haga usted mención de sus propios comentarios al *Quijote,* inspirados en ese criterio.

—Como usted, amigo, se me ha anticipado a citármelos, renuncio yo a ello —le dije. "

Unamuno "Conversación primera"

... y entonces tenemos el hombre de mundo, el que se jacta de práctico y de poseer sentido de la realidad. Y este hombre práctico no me interesa nada.

Cuando me encuentro en una ciudad moderna, de esas que llaman progresivas por su policía e higiene, de esas bien macadamizadas, con presuntuosos edificios, con tranvías eléctricos, con lujosos coches en que se pasean damas bien emperifolladas, con parques bien recortados, con casinos confortables, con teatros, con todo el aparato, en fin, de una de las tales ciudades, cuando me encuentro en ella me envuelve, ciñe y aprieta al punto un sentimiento de profunda, de profundísima soledad.

Los hombres me parecen sombras sin interior. Y me hecho, como Diógenes, a buscar un hombre, un verdadero hombre, un luchador con el destino y el misterio, un hombre de alma religiosa, en fin, que confiese a Dios o que le niegue, pero que le confiese o le niegue apasionadamente, con el corazón, y no en virtud de una fórmula filosófica que entra en los elementos de lo que un hombre bien educado debe saber.

Me echo a buscar el hombre... y rara, rarísima vez lo encuentro. Me dicen: "A quien usted debe conocer es a López; es persona muy ilustrada y muy culta." Y aunque con ninguna ilusión, voy a conocer a López, por no desairar al que me lo recomienda.

Y, en efecto, López ha leído mucho y conoce los nombres de los más mentados publicistas y escritores, y diserta sobre Comte y Spencer y Schopenhauer y Nietzsche, y ha leído novelistas franceses y se sabe de memoria varios famosos pasajes de poetas, y tiene su tintura de historia, y de sociología, y de psicología, y de ciencias naturales, y López... no es el hombre que busco.

López ha leído más bien que a los grandes autores clásicos, más bien que a los genios sustanciales, a los que miraron ojos a ojos a la Esfinge, a sus expositores y comentadores; López conoce a los grandes genios, a los espíritus miliares, a través de manuales de historia de la filosofía o de la literatura.

. Una vez, más bien que ni siquiera por curiosidad, para poder decir que lo había leído, tomó en sus manos el libro de Job, o San Agustín, o al Kempis, o a Pascal, pero su corazón no se conmovió con aquello, si es que no se dijo para sí mismo: "¡Bah!, ¡historias!", o como se diría por ahí: "¡Macanas!" Y, es claro, López ni me interesa ni

me parece hombre siquiera; no es más que socio del casino o diputado o figura brillante de la buena sociedad. Su ilustración es de la misma categoría que la menguada habilidad de tocar el piano que tiene su señora. López sabe presentarse bien.

Pero afortunadamente y gracias a Dios no vivo en ninguna de esas ciudades, todas iguales y casi todas imitadoras de París, no vivo en ninguna de esas ciudades cuyo resorte de vida colectiva es la vanidad de presentarse bien al forastero y de deslumbrarlo, sino que vivo en una vieja ciudad, cuya vejez es juventud perpetua, entre doradas piedras que rezuman recuerdos.

. Y aun así, en cuanto puedo me escapo y me voy al campo a conversar con algún viejo pastor que a solas largas horas bajo el desnudo cielo haya meditado en la meditación eterna. Y este hombre que no lee periódicos, ni sabe hacia dónde cae Servia, ni quién es Dreyfus o Anatole France, ni el Káiser, ni ha visto el retrato de la última *demi-mondaine* a la moda, ni conoce la última teoría sociológica o el último corte de levita, este hombre me dice las viejas palabras de la sabiduría del Eclesiastés.

Unamuno

El pastor es un filósofo natural.

"Desahogo lírico"

Y como él no ha leído el Eclesiastés, sino que ha sacado esa sabiduría de la fuente misma, las viejas palabras me saben a cosa nueva, eternamente nueva.

Muchas, muchas veces he deseado en lo íntimo de mi corazón haber vivido en una de aquellas épocas de fe ardorosa, en el seno de un pueblo agitado por una pasión infinita, o entre los cruzados, o entre los albigenses, o en las filas de los motilones de Cromwell, o entre los hugonetes de Coligny, o en el fondo del monasterio en que Enrique Suso cumplía sus tremendas mortificaciones. //

// LOS BARBAROS

Hablaba en el primero de estos breves ensayos de la necesidad de que los hombres que en España nos preocupamos de su porvenir cultural no aparezcamos, no ya desunidos, sino enfurruñados unos para con los otros, frente a los bárbaros que nada desean sino ver desvencijados y desparramados a los que luchan por la cultura.

¿Y quiénes son los bárbaros?
Los bárbaros son los que se desinteresan de todo problema cultural contrayéndose a irlo pasando sin quebraderos de cabeza ni de corazón, y los que miran todo problema desde el punto de una supuesta solución intangible e incriticable; es decir, desde un dogma sectario cualquiera que les ahorre el tener que pensar.

Siguiendo la línea del "Antibárbaros" de Erasmo, Unamuno arremete contra los enemigos de la cultura.

Los bárbaros de la primera especie, tanto filisteos

como beocios, ocupan toda la línea de combate, pero muy especialmente el centro de ella. Los que aspiran a que se les deje en paz gozar de lo que tienen o creen tener, los que a todas horas hablan de orden, como si el orden fuese algo más que una mera forma, en boca de esos bárbaros de ordinario sin contenido valedero alguno, éstos son los barbaros centrales.

Abundan más en ellos los filisteos que los beocios y más se distinguen por lo que dejan de hacer que por lo que hacen.

Esos otros bárbaros —beocios más o menos disfrazados los más de ellos—, los que asientan su pereza de pensar en una fórmula cualquiera que les da la apariencia de que tienen resuelto todo lo esencial, estos bárbaros suelen ocupar los cabos de las dos alas de la línea de combate, el de la extrema derecha y el de la extrema izquierda.

Distínguense por su mala educación o mala crianza, con una nota de grosería cínica en los unos y de insidia hipócrita en los otros. Aunque cabe hacer notar que la hipocresía y el cinismo, lejos de oponerse, son gemelos y hay cinismo hipócrita e hipocresía cínica.

A lo mal educados que están débese que su imaginación dormite, y a esta torpeza imaginativa se debe a su vez su espíritu inquisitorial, sin el noble entusiasmo de los inquisidores, que perseguían para salvar el alma de los perseguidos.

En su incapacidad para llegar a una visión original de los problemas —sea por haberla hallado merced a sus propios esfuerzos, sea por haberse apropiado, mediante esfuerzo también, la visión que otro les presentara— pretenden imponer la fórmula estereotipada que la finge.

Y es la envidia, hija siempre de pobreza imaginativa, lo que les lleva a pedir que vistamos todos un uniforme, sea el blanco, el negro, el rojo, el azul o el gris.

—¡Que se encasille! —tal es el grito del bárbaro—. Y ellos, los bárbaros, que aparecen encasillados y formando bandas, hordas o montoneras, no tienen, en realidad, verdadera disciplina, pues no lo es la del rebaño. En cuanto desaparece el guión o la enseña, la banda se desbanda; en cuanto desaparece el mandón, se desmanda.

La íntima y profunda indisciplina, el atomismo social, la anarquía, presuponen el cacique. Y una de las cosas que más hieren a los bárbaros es que haya quien rehuse y rechace cacicatos de toda clase, que implican siempre una especie de matonería.

El matonismo intelectual, científico, literario o artístico es una de las manifestaciones de nuestra vida pública más dignas de estudio. Hay matones de esos, jefes de banda, intangibles para sus secuaces y protegidos, y el tocar a su prestigio le vale al que a ello se atreva, toda clase de dicterios o insultos de la parte de esos sus bárbaros secuaces.

El matonismo se da en las Universidades, en las artes, en las letras...

Y por debajo de todo está la falta de respeto intelectual. Cualquier bárbaro de última fila, incapaz de comprender la enseña a que sigue, se permite todo género de impertinencias de malcriado contra aquel que seriamente se preocupa de los problemas esenciales de la cultura y los plantea y trata de ver en ellos lo más claro posible, resuélvalos o no. "¡Que dé una solución!" —exclama—, es decir, "¡que se encasille!".

Las fórmulas con que a falta de pensamientos vivos se satisfacen los bárbaros son infinitas. Una de ellas es que hay que hablar menos y hacer más; pero quieren decir que hay que pensar menos y hacer más, como si un hacer sin pensar fuese hacer algo hacedero y que valga la pena de hacerse.

Todas sus fórmulas en el fondo implican una dejación y a la par una dejadez del oficio de pensar o de repensar.

. Los bárbaros exigen que cada uno de nosotros se aliste en una cualquiera de sus bárbaras mesnadas; pero una vez que se ha alistado uno en una

de ellas, le hacen allí imposible toda vida de libertad. Exigen que se barbarice.

Y cuenta que, al decir vida de libertad, no quiero decir de independencia. La independencia del salvaje no es libertad alguna.

Decimos que una piedra cae libremente o que crece libremente un árbol cuando aquella cae y éste crece, conforme a la ley de la gravitación universal la una y conforme a la ley del crecimiento biológico normal el otro. Ser libre es obedecer a la pobre ley y no desentenderse de cualquiera. Esto es obvio y es corriente y claro.

Cuantos en España, guiados por un nobilísimo deseo de hacer más eficaz su obra, se han dejado alistar en banderías, hanse visto expuestos a la presión de los bárbaros de bandería, que son en cada una de ellas los que forman su mayor masa.

Y a la vez a la irrespetuosidad y a la mala crianza de los bárbaros de las otras bandas... Verdad es que manteniéndose uno fuera de todas ellas es blanco de las groserías y las insidias de los bárbaros todos de todos colores y colorines.

Claro está que los bárbaros, cuya principal característica es la torpeza de entendederas —si es que no la fingen por aquello de que no hay peor sordo que el que no quiere oír—, dirán que aquí predico la insolaridad y la indisciplina y el individualismo anárquico.

Como el bárbaro ni se manda ni obedece a sí mismo, sino a sus pasiones, resulta, a falta de autarquía anárquico, y por ser anárquico es rebañego o gregario. Pues no hay rebaño como el que forman los anárquicos. No tienen su fuerza sino en común, ni otro sentido que el de la comunidad. //

Unamuno "Los bárbaros"



Y, en cambio, en no pocas de las más rudas e incorrectas décimas del *Martín Fierro* —para poner un ejemplo de esa tierra— hay mucha más poesía, muchísima más, que en tantas composiciones de eso que llaman rima rica, y llenas de garambainas artificiosas y de musiquilla de bandolín.

El literatismo, tal es la plaga de la actual literatura española e hispanoamericana, o si se quiere la literatura, es hoy entre nosotros el verdugo de la poesía. O, por otro nombre, eso que con vocablo de origen italiano se llama el "virtuosismo".

El pianista "virtuoso" se presenta al público a ejecutar difíciles "estudios", y los pianistas, buenos y malos y medianos que hay en el público salen exclamando: "¡Qué ejecución!, ¡qué dedos!, ¡qué artistazo!" Y el resto del público se aburre soberanamente al oír prestidigitación en vez de música.

Y yo digo: "A estudiar a casa; aquí no se debe venir a darnos estudios ni a mostrarnos la dificultad vencida, sino a recrearnos el ánimo o a excitárnoslo."

Y es lo más curioso que esos señores virtuosos de las letras se entretienen en crear dificultades nada más que para darse luego pisto por haberlas vencido. No son otra cosa las más de las reglas de nuestra preceptiva llamada poética, y las más de las reglas del arte de escribir.

En el fondo de todo esto que nos está pasando no hay sino una completa carencia de ideales, no ya éticos, sino estéticos y aun puramente literarios. Los más están haciendo literatura de literatura, novelas sacadas de otras novelas, dramas extraídos de dramas, lírica que no es sino eco de otras líricas. Y lo que hacen falta son bárbaros.

El ser bárbaro no implica el ser ignorante ni indocto, no. Un bárbaro puede ser doctísimo y hasta sapientísimo. El bárbaro es el que irrumpe en un campo desde otro campo, con otras preocupaciones, con otros prejuicios —pues ¿quién no los tiene?—, con otra visión y otro sentimiento de la vida que aquellos que privan en el campo por él irrumpido.

Juan Jacobo Rousseau irrumpió en el campo del derecho y la jurisprudencia como un bárbaro, como un extraño a las ciencias jurídicas y las reanimó con nuevo soplo de vida.

Dentro de las contradicciones de Unamuno, otra definición de bárbaro: el que salta de un campo a otro y encuentra soluciones a problemas estancados desde hacía tiempo.

La literatura ha caído entre nosotros casi por completo en manos de profesionales de ella, y las profesiones se hacen en manos de los profesionales terriblemente conservadoras. Lo cual, si bien tiene sus ventajas, tiene muchos más inconvenientes. Ellos imponen o tratan más bien de imponer una cierta quisicosa que llaman buen gusto y no es más que la consigna de los profesionales agremiados.

Porque se agremian.
¡Vaya si se agremian! Aunque luego los veáis riñendo unos con otros y mordiéndose y arañándose como mujerzuelas que pelean por unos trapos. Hay dentro del gremio prácticas y doctrinas libres, y en éstas puede cada cual hacer y decir lo que se le antoje, pero hay principios sagrados e intangibles. Y al que los quebranta se le hace el vacío y se le declara indigno de pertenecer al gremio.

Contra el profesionalismo y el "mobbing" dentro de los gremios.

Hay que haber entrado en un cotarro literario para ver todo lo que en él rebosa de vanidad, de tontería y de vulgaridad disfrazada. Dios os libre, lectores, de chocar con un literato, con un genuino y estricto literato, con un profesional de las letras, con un ebanista de prosa barnizada. Será una de las mayores desgracias que pueda sobreveniros.

Unamuno "Contra esto y aquello"

Me explico que Plutarco, en el prólogo a su vida de Pericles, nos diga que ningún joven bien nacido desearía ser Anacreonte, Filetas o Arquíloco, por mucho que se recreara con sus composiciones. //



11 Un hombre de sociedad, un hombre que resulta agradable a las damas en visita y en salón, es un hombre cuyo principal cuidado es ahogar chocantes espontaneidades y no dejar transparentar su propia personalidad. Porque ésta, la personalidad propia, molesta a los demás. Las gentes gustan de encontrarse con el hombre medio, con el hombre corriente, con el que no sea excepcional en ningún respecto.

La excepción molesta siempre. Las veces que habré oído esta frase terrible: «¡me carga el hombre!» Y así es, carga «el hombre», y la más ruda pelea para el que se siente tal es la pelea de conquistar el respeto a la individualidad. Ventajas todas de la democracia ciudadana.

Cuando alguna de las poquísimas veces que he ido al teatro he oído al salir críticas sobre si era o no verosímil lo que allí se representó y si era o no posible que se diese un carácter tal como el de este o el otro personaje representado, siempre me he dicho: con que una cosa haya podido suceder una sola vez, es ya verosímil, y resulta muy cierta la paradoja del que dijo que corriendo tras la verosimilitud se huye de la verdad.

Y me añadía a mí mismo: estas gentes no vienen acá sino a ver les saquen a ellos mismos en escena, a continuar sus vanas cháchara, y en cuanto salta a escena el reflejo de algo que no es de su mundo, o es excepcional, protestan de un modo o de otro. Y yo, por mi parte, no voy al teatro a seguir oyendo las simplezas que a diario oigo, y por esto aborrezco lo que llaman alta comedia. Iría, sí, a ver y oír a Prometeo, a Macbeth, a Hamlet, a Carlos Moor, a Segismundo, a D. Álvaro, a Brand, pero no a todos estos señores bien educados que me encocoran . .

¿Y en una pequeña ciudad? Su escenario social es muy reducido, sus gentes se aburren y cansan pronto de los papeles que representan y aparecen por debajo de los hombres, con sus flaquezas, es decir, con lo que les hace hombres. Siento una gran afición a la vida provinciana, porque en ella es más fácil descubrir por debajo de una aparente calma la tragedia. Y tanto como aborrezco la comedia, amo la tragedia. Y sobre todo, la tragicomedia.

He oído decir que no hay hervidero de rencores y discordias intestinas como un barco mercante o un convento; que, en cuanto se ven obligados a vivir juntos y separados de los demás unos cuantos hombres, chocan al punto en sus entrañas, en sus personalidades, en lo que realmente son. Y se me antoja que ésta es la única manera de que se conoz-

can a sí mismos, que debe ser nuestro supremo anhelo. Me parece casi imposible que llegue a conocerse quien se encierre en el yermo a pasar los días contemplándose... ¿qué? El mejor modo de conocerse es chocar, entraña contra entraña, es decir, roca contra roca, con un semejante.

Ya sé que me diréis que me dejo llevar del amor a la paradoja, pero yo os digo que si es cierto que las más ardientes admiraciones son las que se nos presentan en forma de envidia, muchas veces las más fuertes atracciones son las que toman la apariencia del odio.

Conozco yo en una de estas pequeñas ciudades tragicómicas, o mejor comitrágicas, dos hombres que, teniendo que verse de continuo y tratar uno con otro, no se saludan en la calle y profesan repudiarse mutuamente, y, sin embargo, se sienten en el fondo recíprocamente atraídos uno a otro, y cada uno de ellos es la más constante preocupación del otro.

Esos irreconciliables bandos en que con tanta frecuencia están divididas las pequeñas ciudades son mucho más favorables para el desarrollo de una poderosa personalidad que no la blanda comedia de las grandes metrópolis, donde se abrazan entre bastidores los que en el tablado representan la escena del duelo a muerte. ¿Creéis posible en una ciudad millonaria —me refiero al número de sus habitantes— la tragedia de Romeo y Julieta?

Y luego, decidme: una persona que al cabo del día ve a multitud de gentes, y hoy oye a éste, mañana a aquél, más adelante al otro y asiste a veinte o treinta conferencias, ¿creéis que el tal puede conservar su integridad espiritual sin merma alguna? Con tal vida, un erizo va a parar en borrego, convirtiéndosele las púas en vellones de lana, y por mi parte prefiero ser erizo más bien que borrego.

Hace pocos días contemplaba yo melancólicamente a una perdiz blanca enjaulada y la multitud de ranuras que tenía un arco de madera que ceñía la jaula, por ser en él donde la pobre ave prisionera afilaba su pico. ¿Para qué; No para comer ciertamente. ¿Y creéis que, si enjauláramos al erizo —afortunadamente para él, no canta—, no inventaría modo de aguzar sus púas?

Las grandes ciudades son prisiones en las que cada ciudadano constituye cada reja que encierra a los demás.

Y una gran ciudad, una ciudad millonaria, es mucho más jaula que una pequeña ciudad; cada uno de sus para nosotros desconocidos habitantes hace de alambre, de reja. Y entre todos nos aprisionan. Me explico que Villoughby huyera de Londres como de un cementerio del hombre individual. ¿No es cosa terrible ? "

Unamuno "Por tierras de Portugal y España"

//

—Sí, ya lo sé, y me he tomado la molestia de seguir sus razonamientos a tal respecto; pero te aseguro que me convencen tan poco, como todo ese andamiaje que han levantado de lo que llaman pruebas de la existencia de Dios.

—Y, sin embargo, crees en Dios, según te he oído varias veces.

—Pero es a pesar de tales supuestas pruebas, y no merced a ellas.

No necesito a Dios para concebir lógicamente el universo, porque lo que no me explico sin Él, tampoco con Él me lo explico. Hace ya años, cuando, por culpa de esa condenada filosofía, chapoteaba yo en el ateísmo teórico, cayó en mis manos cierto libro de Carlos Vogt, en que leí un pasaje que decía, sobre poco más o menos: "Dios es una equis sobre una gran barrera situada en los últimos límites del conocimiento humano; a medida que la ciencia avanza, la barrera se retira." Y recuerdo que escribí al margen estas palabras: "De la barrera acá, todo se explica sin Él; de la barrera allá, ni con Él ni sin Él; Dios, por lo tanto, sobra."

—¿Y hoy?

—Hoy me parece eso que escribí entonces una completa barbaridad. Porque, cierto es, si me dicen de una cosa que es como es porque Dios así lo quiere, no me dicen nada mientras no me digan porque lo quiere Dios así; y en el caso de decirme porque lo quiere Dios así, la razón ésta me basta. Así pensaba entonces, prendido en las redes del esterilizador intelectualismo de la escolástica...

—¿Intelectualismo?

—Intelectualismo, sí. Para aquellas gentes no había más medios de relacionarse con la realidad, de adquirir la verdad, que los medios que se llaman conocitivos; aquello es un horrible intelectualismo. Y mientras no nos sacudamos aquí de él, creo que no tendremos filosofía española.

—Qué sé yo... Me parece, sí, que debemos traer todo el mayor material científico posible, pero en gran parte en concepto de cascote, para que sirva de balsa de tierra.

—¿Balsa de tierra? ¿Y qué es eso?

—¿No sabes cómo procedían para asentar sus monumentos los constructores babilonios y ninivitas?

—No recuerdo haberlo leído.

—En el Egipto buscaban, como buscamos nosotros, el suelo firme, la roca viva; pero en las grasas llanuras de la Mesopotamia, tierras de aluvión cuyo fondo rocoso estaba muy adentro, renunciaban a alcanzarlo. Apoyábanse sobre el suelo natural, pero interponiendo entre él y el edificio un macizo a modo de zócalo o basamento, una esplanada que repartía sobre una extensa área la carga del edificio.

En Corsabad el macizo que sirve de basamento al palacio se eleva a una altura de catorce metros, y no es un simple terraplén, sino verdadera obra de albañilería con cubos de tierra. A esto llamo balsa de tierra, pues cabe decir que están los edificios flotando sobre ella en aquellas grasas llanuras de aluvión.

Y eso es lo que me parece debemos hacer con los adobes y sillares de la ciencia europea: irlos poniendo de basamento para levantar sobre ellos el edificio de nuestra filosofía, pero construído éste con materiales propios.

—Me parece que andas en esto equivocado. Mejor que traer todo eso que llamas cascote, e irlo echando así para que sirva de balsa de tierra, como dices, mejor que eso me parece ponernos a cavar en nuestro suelo hasta dar con su roca viva.

La famosa frase de Unamuno : "que inventen ellos" es tanto un grito por el desarrollo de una ciencia tecnológica al estilo español como una advertencia de los peligros de hacer ciencia al estilo bárbaro europeo y norteamericano.

—¿Pero es que crees que la ciencia tiene patria y que puede haber una ciencia española, francesa, italiana, alemana...?

—Yo me entiendo y bailo solo. Sin duda que el álgebra, o la química, o la física, o la fisiología, serán las mismas en todas partes; pero las ciencias sirven para algo más que para hacer progresar las industrias y procurarnos comodidad y ahorro de trabajo; sirven para ayudarnos a hacernos una filosofía, y en cuanto a ésta, cada pueblo saca de las mismas ciencias una filosofía distinta.

Como que la filosofía es la visión total del universo y de la vida a través de un temperamento étnico.

—Eso lo dijo ya...

—Sí, no quiero que me llames plagiario; eso lo dijo ya alguien, y sospecho que lo hayan dicho muchos; yo donde lo he leído me parece que es en un polaco: Lutoslawsky. Pero, sea como fuere, me parece ello muy cierto. Y por lo que hace a este nuestro pueblo español, no sé que nadie haya formulado sistemáticamente su filosofía.

—¡Pues la tiene!

—Sin duda, todos los pueblos la tienen, manifiesta o velada. Pero si la tiene, hasta ahora no se nos ha revelado, que yo sepa, sino fragmentariamente, en símbolos, en cantares, en decires, en obras literarias como *La vida es sueño*, o el *Quijote*, o *Las Moradas*, y en pasajeros vislumbres de pensadores aislados. Acaso el mal viene de que antaño la quisieron vaciar en un molde que le venía estrecho, y hoy no se la busca, y si se la busca es a través de unos lentes de prestado.

—Pues yo creo, digas lo que quieras, que si ha de surgir una filosofía española que sea nuestra visión del universo y de la vida y a la vez el fruto

de nuestra dolorosa experiencia histórica, sólo será ahitándonos antes de cultura europea, llenándonos de ciencia moderna, de la que llamas, con cierto retintín, ortodoxa, dirigiéndola y asimilándonosla.

//

La mendiguez es en España una institución nacional, la más duradera, por ser la que tiene raíces más hondas y más recias. Arraiga en el subsuelo de la vida patria, por debajo de las capas históricas.

No hace mucho un discípulo mío que hacía sus primeras oposiciones a una cátedra, volvió de ellas descorazonado y atediado. No se le negó que supiera más que el opositor a quien se dió la cátedra, ni que hubiera hecho mejores ejercicios que él, no; la cuestión era otra.

"Usted es joven —se le dijo—, tiene muchos años por delante y seguramente será usted catedrático, porque lo merece. Trabaje usted y no se desanime. Ese pobre señor está más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, tiene seis hijos, lleva más de veinte años de profesorado y cinco oposiciones; es una obra de caridad. Además, cada vez ha de hacerlo peor y aunque sólo sea por quitárnoslo de encima. Trabaje usted, pues, y no se desaliente."

Se dan las plazas de las oposiciones a los que las necesitan más por edad, familia, necesidades de la vida.

Quienquiera que haya pasado por oposiciones, sea como opositor, sea como juzgador —yo he opositado cinco veces y he formado parte de tribunales de oposiciones tres—, sabe que lo más enojoso y lo más vergonzoso que en ellas se encuentra es al mendigo, al que va llorando sus ahogos y estrecheces más o menos reales, al que se lleva los pantalones hábilmente remendados, al que pone por delante el número de sus hijos o el número de sus años de enseñanza. Aunque bien mirado hay algo más vergonzoso que la mendiguez ésta, y son los que la atienden.

Nuestro espíritu de arbitrariedad y de injusticia se reviste, como todo lo malo, de todo género de disfraces de bondad, y uno de estos disfraces de que más gusta es la máscara de la compasión.

¿Qué hay en el fondo de esa debilidad con la que se cede a las artimañas, lagrimeos y artificios de los mendigos de toda laya? No otra cosa sino la más absoluta falta de fe en el valor del trabajo.

Si al director de la explotación de una línea férrea se le presentase un pobre padre de familia pidiéndole una plaza de maquinista y alegando, a la vez que un fajo de recomendaciones, el estar muy necesitados los ocho hijos de que es padre y su mujer y él, es seguro que el director le preguntaría si sabe dirigir una máquina, y al enterarse de que apenas conoce su mecanismo, le diría: Lo siento mucho, pero no puedo colocarle a usted porque no es cosa de que por dar de comer a usted y a sus ocho hijos, me descarrile usted un día el tren y me mate a ocho padres y usted con ellos. Y todos encontrarían muy atinada la respuesta.

¿Por qué no se discurre de una manera análoga en otros casos, en el de provisión de una cátedra, por ejemplo? Porque todos ven, desde luego, la diferencia que va de que dirija la máquina de un tren uno que sepa dirigirla, a que la lleve un ignorante; pero casi nadie aprecia la diferencia entre encargar de una cátedra a un joven animoso, culto, despierto y entusiasta, o encargársela a un rutinario cansado y vulgar.

No se dan las plazas de oposiciones a los jóvenes con ideas y fuerza sino a los mayores gastados y cansados, porque a los jóvenes "ya les llegará su hora".

Y sucede con harta frecuencia que suelen ser los juzgadores los que menos se dan cuenta de ello, cuando no tienen la animosidad, la cultura y el entusiasmo del joven. No se cree en la eficacia de la enseñanza, y hay que confesar que si alguna fe en ella queda no es entre los maestros donde hay que buscarla. Abundan entre los catedráticos los que corresponden a los curas ateos.

Y en general ocurre lo mismo en todos los órdenes de la vida pública. El proverbio inglés de *the right man in the right place,* el hombre más apto en el puesto para que mejor sirva, es un proverbio que, si lográramos traducirlo, no arraigaría en nuestra conciencia pública. El sentimiento popular es profundamente mendicante; siente debilidad por el mendigo y no cree en la mayor eficacia del trabajo más inteligente y más entusiasta. Nuestro pueblo cree que lo mismo cura el médico malo que el bueno; es decir, que no cura ninguno de los dos.

Hace poco decía Manuel Bueno en un sincero artículo, lleno de verdades amargas, que publicó en el *Heraldo,* que aquí "para ser algo, para conquistar algo, por mínimo que sea, sólo es indispensable la acción personal, el asedio, el acoso de aquel a quien necesitamos". Y añadía:

"No conozco pueblo más sordo que el nuestro a los austeros estímulos de la justicia. Hacemos el bien cediendo, unas veces, a apocamientos sensibleros, que tienen todas las apariencias de la conmiseración, y otras, a la terquedad del que nos solicita. En cualquier caso humillamos al favorecido, dándole a entender que es mendicante o importuno. No se triunfa por talento, sino por carácter."

No; se triunfa más bien por falta de carácter, por mendiguez. Si es que eso puede llamarse triunfo.

Y eso, ¿por qué es? Porque se cree que en el fondo y en fin de cuentas lo mismo da una cosa que otra.

Conozco un sujeto que escribe unos artículos que llaman de crítica, y en cierta ocasión, requerido por la tenaz mendiguez de un amigo

suyo, autor de un tomo de poesías tan correctas como nada poéticas, le comparó con Víctor Hugo. Y al llamarme sobre ello la atención un amigo diciéndome: "¿Pero has visto la frescura de este hombre?", le repliqué: "No, en el fondo es sincero, porque él ni aprecia a Víctor Hugo más que a su amigo, ni conoce el valor de la obra del uno y del otro."

El terrible principio de que las plazas deben ser dadas a los amigos implica en los hombres públicos que lo profesan la convicción de que las plazas no son sino plazas de un hospicio. Es, en lo hondo de lo hondo, una forma mental de fatalismo, de que lo mismo han de salir las cosas, sean quienes fueren los que las manejan.

Otra variación en esta forma de crueldad española: no se da la plaza a alguien porque se merece otro puesto mejor, pero tampoco le dan ese puesto.

Y aún hay otro principio más horrible y que lo he visto desenvuelto no pocas veces, y es el de que tal o cual empleo es muy poco para Fulano o Zutano. "Sabe demasiado para enseñar a niños", me decían en cierta ocasión para justificar el no haber propuesto para escuela a un opositor inteligente. "Esto es poco para usted; usted debe aspirar a más", y porque debe aspirar a más, le dejan sin lo menos y sirven a cualquier mendigo que tuvo impudor o arte para pintar lo angustioso de su situación.

Y así se alienta la mendiguez y el rebajamiento de los caracteres y se convierte al país en un gran hospicio.

Aún quedan aspectos de esta hedionda llaga que he de ir mostrando en otros artículos.

[*Nuevo Mundo*, *Madrid*, 22-VI-1905.]

Unamuno "Hospicio España"



//

«Vuelva usted otro día...» «¡Veremos!» «Lo tendré en cuenta.» «Anda tan mal esto...» «Son ustedes tantos...» «¡Ha llegado usted tarde y es lástima!» Con frases así se veía siempre despedido don Agustín, cesante perpetuo. Y no sabía imponerse ni importunar, aunque hubiese oído mil veces aquello de «pobre porfiado saca mendrugo».

Unamuno "La beca"

A solas hacía mil proyectos, y se armaba de coraje y se prometía cantarle al lucero del alba las verdades, del barquero; mas cuando veía unos ojos que le miraban ya estaba engurruñéndosele el corazón. «Pero ¿por qué seré así, Dios mío?», se preguntaba, y seguía siendo así, como era, ya que sólo de tal modo podía ser él el que era.

El funcionario que no ha progresado y que cría a su hijo para que llegue a donde él no ha podido acceder.

Y por debajo gustaba un extraño deleite en encontrarse sin colocación y sin saber dónde encontraría el duro para el día siguiente. La libertad es mucho más dulce cuando se tiene el estómago vacío, digan lo que quieran los que no se han encontrado con la vida desnuda. Éstos sólo conocen la vestidura de la vida, sus arreos; no la vida misma, pelada y desnuda.

El hijo, Agustinito, desmirriado y enteco, con unos ojillos que le bailaban en la cara pálida, era la misma pólvora. Las cazaba al vuelo.

—Es nuestra única esperanza —decía la madre, arrebujada en su mantón, una noche de invierno— que haga oposición a una beca, y tendremos las dos pesetas mientras estudie... ¡Porque esto de vivir, así, de caridad!... ¡Y qué caridad, Dios mío! ¡No, no creas que me quejo, no! Las señoras son muy buenas, pero...

Se explota al hijo hasta que enferma y muere.

Canibalismo de los padres.

—Sí, que, como dice Martín, en vez de ejercer caridad se dedican al deporte de la beneficencia.

—No, eso no; no es eso.

—Te lo he oído alguna vez; es que parece que al hacer caridad se proponen avergonzar al que la recibe. Ya ves lo que nos decía la lavandera al contarnos cuando les dieron de comer en Navidad y les servían las señoritas... «esas cosas que hacen las señoritas para sacarnos los colores a la cara»...

—Pero, hombre...

—Sé franca y no tengas secretos conmigo. Comprende que nos dan limosna para humillarnos...

En las noches de helada no tenían para calentarse ni aun el fuego de la cocina, pues no le encendían. Era el suyo un hogar apagado.

El niño lo comprendía todo y penetraba en el alcance todo de aquel continuo estribillo de «¡Aplícate, Agustinito, aplícate!»

Ruda fué la brega en las oposiciones a la beca, pero la obtuvo, y aquel día, entre lágrimas y besos, se encendió el fuego del hogar.

A partir de este día del triunfo, acentuóse en don Agustín su vergüenza de ir a pretender puesto; aunque poco y mal, comían de lo que el hijo cobraba, y con algo más, trabajando el padre acá y allá de temporero, iban saliendo mal que bien, del afán de cada día. ¿No se ha dicho lo de «bástele a cada día su cuidado», y no lo traducimos diciendo que «no por mucho madrugar amanece más temprano»?

Y si no amanece más temprano por mucho madrugar, lo mejor es quedarse en la cama. La cama adormece las penas. Por algo los médicos dicen que el reposo lo cura todo.

—¡Agustín, los libros! ¡Los libros! ¡Mira que eres nuestro casi único sostén, que de ti depende todo!... ¡Dios te lo premie! —decía la madre.

Y Agustinito ni comía, ni dormía, ni descansaba a su sabor. ¡Siempre sobre los libros! Y así se iba envenenando el cuerpo y el espíritu: aquél, con malas digestiones y peores sueños, y éste, el espíritu, con cosas no menos indigeribles que sus profesores le obligaban a engullir. Tenía que comer lo que hubiera y tenía que estudiar lo que le diese en el examen la calificación obligada para no perder la beca.

Solía quedarse dormido sobre los libros, a guisa éstos de almohada, y soñaba con las vacaciones eternas. Tenía que sacar, además, premios, para ahorrarse las matrículas del curso siguiente.

—Voy a ver a don Leopoldo, Agustinito, a decirle que necesitas el sobresaliente para poder seguir disfrutando la beca...

—No, no hagas eso, madre, que es muy feo...

—¿Feo? ¡Ante la necesidad nada hay que sea feo, hijo mío!

—Pero si sacaré sobresaliente, madre; si lo sacaré.

—¿Y el premio?

—También el premio, madre.

Hallábase obligado a sacar el premio, obligado, que es una cosa verdaderamente terrible.

—Mira, Agustinito: don Alfonso, el de Patología médica, está enfermo; debes ir a su casa a preguntar cómo sigue...

—No voy, madre; no quiero ser *pelotillero*.

—¿Ser qué?

—¡Pelotillero!

—Bueno, no sé lo que es eso, pero te lo entiendo, y los pobres, hijo mío, tenemos que ser pelotilleros. Nada de aquello de «pobre, pero orgulloso», que es lo que más nos pierde a los españoles...

—Pues no voy.

—Bien, iré yo.

—No, tampoco irá usted.

—Bueno, no quieres que sea pelotillera..., pues no iré; Pero, hijo mío...

—Sacaré el sobresaliente, madre.

Y lo sacaba el desdichado, pero ¡a qué costa! Una vez no sacó más que notable, y hubo que ver la cara que pusieron sus padres.

—Me tocaron tan malas lecciones...

—No, no; algo le has hecho... —dijo el padre.

Y la madre añadió:

—Ya te lo decía yo... Has descuidado mucho esa asignatura...

El mes de mayo le era terrible. Solía quedarse dormido sobre los libros, teniendo la cafetera al lado. Y la madre, que se levantaba solícita de la cama, iba a despertarle y le decía:

—Basta por hoy, hijo mío; tampoco conviene abusar... Además, te rinde el sueño y se malgasta el petróleo. Y no estamos para eso.

Cayó enfermo y tuvo que duardar cama; le consumía la fiebre. Y los padres se alarmaron, se alarmaron del retraso que aquella enfermedad podía costarle en sus estudios; tal vez le durara la dolencia y no podría examinarse con seguridad de nota, y le quedaría el pago de la beca en suspenso.

El médico auguró a los padres que duraría aquello, y los pobres, angustiados, le preguntaban:

—¿Pero podrá examinarse en junio?

—Déjense de exámenes, que lo que este mozo necesita es comer mucho y estudiar poco, y aire, mucho aire...

—¡Comer mucho y estudiar poco! —exclamó la madre—. Pero, señor, ¡si tiene que estudiar mucho para poder comer poco!...

—Es un caso de *surmenage*.

—¿De *sur* qué?

—De *surmenage*, señora; de exceso de trabajo.

—¡Pobre hijo mío! —y rompió a llorar la madre—. ¡Es un santo..., un santo!

Y el santo fué reponiéndose, al parecer, y cuando pudo ponerse en pie pidió los libros, y la madre, al llevárselos, exclamó:

—¡Eres un santo, hijo mío!

Y a los tres días:

—Mira, hoy que está mejor tiempo puedes salir; vete a clase bien abrigado, ¿eh?, y dile a don Alfonso cómo has estado enfermo, y que te lo dispense...

Al volver de clase dijo:

—Me ha dicho don Alfonso que no vuelva hasta que esté del todo bien.

—Pero ¿y el sobresaliente, hijo mío?

—Lo sacaré.

Y lo sacó, y vió vacaciones, su único respiro. «¡Al campo!», había dicho el médico. ¿Al campo? ¿Y con qué dinero? Con dos pesetas no se hacen milagros. ¿Iba a privarse don Agustín, el padre, de su café diario, del único momento en que olvidaba penas? Alguna vez intentó dejarlo; pero el hijo modelo le decía:

—No, no; vete al café, padre; no lo dejes por mí; ya sabes que yo me paso con cualquier cosa...

Y el pobre muchacho se quedó mirando al libro, a la mancha roja, y más allá de ella, al vacío, con los ojos fijos en él y frío de la desesperación acoplada en el alma. Aquello le sacó a flor de alma la tristeza eterna, la tristeza trascendental, el hastío prenatal que duerme en el fondo de todos nosotros y cuyo rumor de carcoma tratamos de ahogar con el trajineo de la vida.

—Hay que dejar los libros en seguida —dijo el médico en cuanto le vió—; ¡pero en seguida!

Y no hubo campo, porque no pudo haberlo. No recostó el pobre mozo su cansado pecho sobre el pecho vivificante de la madre Tierra; no restregó su vista en la verdura, que siempre vuelve, ni restregó su corazón en el olvido reconfortante.

Y volvió el curso, y con él la dura brega, y volvió a encamar el becario, y una mañana, según estudiaba, le dió un golpe de tos y se ensangrentaron las páginas del libro por el sitio en que se trataba de la tisis precisamente.

—¡Dejar los libros! —exclamó don Agustín—. ¿Y con qué comemos?

—Trabaje usted.

—Pues si busco y no encuentro; si...

—Pues si se les muere, por su cuenta...

Y el rudo de don José Antonio se salió mormojeando: «¡Vaya un crimen! Éste es un caso de antropofagia...: estos padres se comen a su hijo.»

Y se lo comieron, con ayuda de la tisis; se lo comieron poco a poco, gota a gota, adarme a adarme.

Se lo comieron vacilando entre la esperanza y el temor, amargándoles cada noche el sacrificio y recomenzándolo cada mañana.

¿Y qué iban a hacer? El pobre padre andaba apesadumbrado lleno de desesperación mansa. Y mientras revolvía el café con la cucharilla para derretir el terrón de azúcar, se decía: «¡Qué amarga es la vida! ¡Qué miserable la sociedad! ¡Qué cochinos los hombres! Ahora sólo nos falta que se nos muriera...» Y luego, en voz alta: «Mozo; ¡el *Vida Alegre*!»

Aún llegó el chico a licenciarse y tuvo el consuelo de firmar en el título, de firmar su sentencia de muerte con mano trémula y febril. Pidió luego un libro, una novela.

—¡Oh, los libros, siempre los libros! —exclamó la madre—. Déjalos ahora. ¿Para qué quieres saber tanto? ¡Déjalos!

—A buena hora, madre.

—Ahora a descansar un poco y a buscar un partido...

—¿Un partido?

—Sí; he hablado con don Félix, y me ha prometido recomendarte para Robleda.

A los pocos días se iba Agustinito, para siempre, a las vacaciones inacabables, con el título bajo la almohada —fué un capricho suyo— y con un libro en la mano; se fué a las vacaciones eternas. Y sus padres le lloraron amargamente.

—Ahora, ahora que iba a empezar a vivir; ahora que nos iba a sacar de miserias; ahora... ¡Ay, Agustín, qué triste es la vida!

—Si, muy triste —murmuró el padre, pensando que en una temporada no podría ir al café.

Y don José Antonio, el médico, me decía después de haberme contado el suceso: «Un crimen más, un crimen más de los padres... ¡Estoy harto de presenciarlos!

Y luego nos vendrán con el derecho de los padres y el amor paternal... ¡Mentira!, ¡mentira!, mentira! A las más de las muchachas que se pierden son sus madres quienes primero las vendieron... Esto entre los pobres, y se explica, aunque no se justifique. ¿Y los otros? No hace aún tres días que González García casó a su hija con un tísico perdido, muy rico, eso sí, con más pesetas que bacilos, ¡y cuidado que tiene una millonada de éstos!,

y la casó a conciencia de que el novio está con un pie en la sepultura; entra en sus cálculos que se le muera el yerno, y luego el nieto que pueda tener, de meningitis o algo así, y luego... Y para este padre que se permite hablar de moralidad, ¿no hay grillete? Y ahora, este pobre chico, esta nueva víctima... Y seguiremos considerando al Estado como un hospicio, y vengan sobresalientes y canibalismo...; ¡canibalismo, sí, canibalismo!

Se lo han comido y se lo han bebido; se han comido la carne, le han bebido la sangre...; y a esto de comerse los padres a un hijo, ¿cómo lo llamaremos, señor helenista? *Gonofagia*, ¿no es así? Sí; gonofagia, gonofagia, porque llamando a las cosas en griego pierden no poco del horror que pudieran tener. Recuerdo cuando me contó usted lo de los indios aquellos de que habla Herodoto, que sepultaban a sus padres en sus estómagos, comiéndoselos.

. La cosa es terrible; pero más terrible aún es lo de Saturno devorando a sus propios hijos; más terrible aún es el festín de Atreo. Porque el que uno se coma al pasado, sobre todo si ese pasado ha muerto, puede aún pasar; ¡pero esto de comerse al porvenir!...

»Y si usted observa, verá de cuántas maneras nos lo stamos comiendo, ahogando en germen los más hermoos brotes. Hubiera usted visto la triste mirada del pobre studiante, aquellos ojos, que parecían mirar más allá le las cosas, a un incierto porvenir, siempre futuro y iempre triste, y luego aquel padre, a quien no le faltaba u café diario.

Los padres que tienen hijos como si fueran ganado para explotarlo y que cuando se les muere uno, solamente piensan en que se quedan sin una fuente de ingresos.

Y hubiera visto su dolor al perder al hijo, dolor verdadero, sentido, sincero —no supongo otra cosa—; pero dolor que tenía debajo de su carácter animal, de instinto herido, algo de frío, de repulsivo, de triste. Y luego esos libros, esos condenados libros, que en vez de servir de pasto sirven de veneno a la inteligencia; esos malditos libros de texto, en que se suele enfurtir todo lo más ramplón, todo lo más pedestre, todo lo más insufrible de la Ciencia, con designios mercantiles de ordinario...»

Calló el médico, y callé yo también. ¿Para qué hablar?
Pasado algún tiempo me dijeron que Teresa Martín, la hija de don Rufo, se iba a monja. Y al manifestar mi extrañeza por ello, me añadieron que había sido novia de Agustín Pérez, el becario, y que desde la muerte de éste se hallaba inconsolable. Pensaba haberse casado en cuanto tuviera partido.
—¿Y los padres? —se me ocurrió argüir.

...

Y al contar yo luego al que me trajo esa noticia la manera cómo sus padres se lo habían comido, me replicó inhumanamente:
—¡Bah! De no haberle comido sus padres, habríale comido su novia.
—¿Pero es —exclamé entonces— que estamos condenados a ser comidos por uno o por otro?

Unamuno "La beca"

—Sin duda —me replicó mi interlocutor, que es hombre aficionado a ingeniosidades y paradojas—, sin duda; ya sabe usted aquello de que en este mundo no hay sino comerse a los demás o ser comido por ellos, aunque yo creo que todos comemos a los otros y ellos nos comen. Es un devoramiento mutuo.

—Entonces vivir solo —dije.

Y me replicó:

—No logrará usted nada, sino que se comerá a sí mismo, y esto es lo más terrible, porque al placer de devorarse se junta el dolor de ser devorado, y esta fusión en uno del placer y el dolor es la cosa más lúgubre que puede darse.

—Basta —le repliqué. //

Unamuno "Sarta de pensamientos"

// SARTA DE PENSAMIENTOS

SIN CUERDA LÓGICA, PERO CON LA IMPALPABLE LIGA DE UNA CADENA DE AGUJAS QUE CUELGAN DE UN IMÁN

No conozco más miserable cobardía que la de tener miedo de sí mismo; lo peor que puede sucederle a un espíritu es ser el amedrentador y a la vez el amedrentado de sí mismo. El que amedrenta por estar lleno de miedo es el peor miedoso.

Jamás llegaremos a conocer aquello que tememos; para llegar a conocer algo es menester perderle el miedo; y si te tienes miedo a ti mismo, jamás llegarás a conocerte, ni poco ni mucho.

Es lo que les pasa a cuantos descansando su pereza espiritual en estos o aquellos dogmas, no quieren leer ciertas obras o estudiar ciertas doctrinas para no perder su fe en aquéllos. Se tienen miedo a sí mismos.

Y cuando no se temen a sí mismos es aún peor, porque entonces descansan en su inquebrantable dureza y pasean por el mundo la intrepidez de su inespiritualidad.

No se explican los éxitos de los que no hayan mampuesto unos cuantos tomazos de docta doctrina, sillares berroqueños coyuntados con lañas y corroborados con mortero, sino teniendo en cuenta la incurable superficialidad del público, que se deja cazar como las alondras.

O cobardes o toscos, o ambas cosas a la vez.

... tampoco estaría mal que cambiáramos los papeles, aunque por mi parte no estoy dispuesto a ello. Y he de declarar, por último, como dato de experiencia introspectiva, que si yo no bebo vino es porque no me hace falta tal excitante o lo que sea, pero, sobre todo, por manía, o si se quiere, por vicio, por vicio espiritual de resistir la opinión de las mayorías. Si se pone en moda el no beberlo, me ponen en un compromiso, pues por todo paso menos por eso de ser modernista.

[*La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 15-I-1902.] //

//

Soledad nació de la muerte de su madre: ya Leopardi cantó que es riesgo de muerte el nacimiento,

> nasce l'uomo a fatica
> ed è rischio di morte il nascimento,

riesgo de muerte para el que nace, riesgo de muerte para quien le da el ser.

La vida de la mujer española desde hace siglos.

La pobre Amparo, la madre de Soledad, había llevado en sus cinco años de casada una vida penumbrosa y calladamente trágica. Su marido era impenetrable y parecía inseparable. No sabía la pobre cómo se habían casado; se encontró ligada por matrimonio a aquel hombre como quien despierta de un sueño. Su vida toda de soltera se perdía en una lejanía brumosa, y cuando pensaba en ella se acordaba de sí misma, de la que fué antes de casarse, como de una persona extraña.

No podía saber si su marido la quería o la detestaba. Se detenía en casa no más que para comer y dormir, para todo lo animal de la vida; trabajaba fuera, hablaba fuera, se distraía fuera. Jamás dirigió a su pobre mujer una palabra más alta o más agria que otra; jamás la contrarió en nada. Cuando ella, la pobre Amparo, le preguntaba algo, consultaba su parecer, obtenía de él invariablemente la misma respuesta: «¡Bueno, sí; déjame en paz; como tú quieras!»

Y este insistente «¡como tú quieras!» llegaba al corazón de la pobre Amparo, un corazón enfermo, como un agudo puñal. «¡Como tú quieras! —pensaba la pobre—; es decir, que mi voluntad no merece ni siquiera ser contradicha.»

El egoísmo de los viejos.

El corazón del pobre padre se encogía de angustia al oír esto, y su pie buscaba la cola del perrito de aguas.

Un día el perro se comió, después de los terroncitos de su amo, los de don Pedro. Al día siguiente, éste, con dignidad majestuosa, recogió, después de sus terrones, los del perro. Tras esto hablaron largo rato de la falta de justicia en el mundo.

Terribles eran las conversaciones de los viejos. Era un placer solitario y mutuo en las pausas del propio monólogo; oía cada uno los trozos del otro monólogo; interesarse en el dolor petrificado que lo producía; lo oía, espectador sereno, como a eco puro que no se sabe de dónde sube. Iban a oír el eco de su alma sin llegar al alma de que partía.

Cuando entraba el último empezaba el tijereteo por un «¿Qué hay de nuevo?», para concluir con un «¡Miseria pura! ¡Todo es farsa!» Su placer era *meneallo*, emporcarlo todo para abonar el mundo.

No reproduciré aquellos monólogos como se producían; prefiero exponer su melodía pura.

—Sea usted honrado, don Francisco, y le llamarán tonto...

—¡Con razón!

—¡Resignación!, predican los que se resignan a vivir bien. ¡Por resignarme me aplastaron!...

—¡Y a mí por protestar!

—¡La vida es dura, don Pedro! Siempre oculté mis necesidades, y me hubiera dejado morir de hambre en postura noble, como un gladiador que lucha por los garbanzos... ¡Oh, hay que saber lucir un remiendo cosido con arte!...

Unamuno "Soledad"

Yo no he sabido lloriquear a tiempo. Siempre soltero, jamás hubiera cumplido deseos santos, porque me quitaban el pan padres de hijos que tenían las lágrimas en el bolsillo. Yo me las tragaba...

—Yo he sido casado; los solteros eran una sola boca, corrían sin carga, se conformaban con menos... Nada pude contra ellos...

La crueldad con los que parecen sanos y fuertes: "este no necesita ayuda ni trabajo" y nadie le da ni lo uno ni lo otro , porque han encontrado el pretexto perfecto.

—Pude ser bandido y no lo quise.

—Yo quise serlo y no lo pude conseguir: se me resistía...

—Dicen ahora que en la lucha por la vida vence el más apto. ¡Vaya una lucha! ¿El más apto? ¡Mentira, don Pedro!

El pobre padre buscaba la cola del perrito de aguas mientras decía:

—¡La caridad! ¡Otra como la justicia! ¡A cuantas almas fuertes mata la lucha por la caridad!... «¡Ah!, éste sabe trabajar; no necesita», y todos pasan sin darle ni trabajo ni pan.

—¡Verdad, don Francisco! Vence el más inepto porque es el más apto. Todos luchan a quien más se rebaja, a quien más autómata, a quien más y mejor llora, a quien más y mejor adula. ¿Tener carácter?... ¡Oh! ¿Quién es éste que quiere salir del coro y aspira a partiquino? Hay que luchar por la justicia, que no baja, como el rocío, del cielo; el que no llora no mama. Apenas quedan más que dos oficios útiles: ladrón o mendigo; o la amenaza, o las lágrimas. Hay que pedir desde arriba o desde abajo.

—¡La caridad, don Pedro¡ ¡Los pobres necesitaban el pan, me dieron palabras de consuelo..., les cuestan tan poco... ¡Las tienen para su uso! ¡Los ricos me echaron mendrugos..., les cuesta tan poco..., los habrían echado a los perros! Nadie me ha dado pan con piedad: sobre el pan del cuerpo, miel del alma. He vivido del Estado, esa cosa anónima a la que nada agradezco.

—¡Ah, don Francisco! Pegan y razonan la paliza. No me duele el pisotón, sino el «usted perdone». La paliza. //

—¡Ah, don Francisco! El que para menos sirve es el que mejor sirve.

—Aunque lo digan, yo no soy pesimista. No tiene la culpa el mundo si hemos nacido discolados en él.

—No hay justicia, don Francisco; que aunque a las veces se haga lo justo, es a pesar de serlo.

—¡Mire usted, don Pedro, cómo le paga su hija!

//

Y escribo esto, saliéndome acaso de mi cometido en estas líneas, porque observo en no pocos neopaganos, entre los que no se cuenta ciertamente el doctor Bunge, cierto prurito por ennegrecer y calumniar al cristianismo echándole en cara precisamente lo que del paganismo heredó.

No he podido llegar a creer que fueran "cuestiones bizantinas" las de los *universales*, sino que la creo la cuestión eterna, eternamente renovada, la de ayer, la de hoy, la de mañana y la de siempre, el aspecto metafísico del combate entre el individualismo y el socialismo. La frase profundamente *realista* de Natorp, de que el individuo es tan abstracción como el átomo, ¿no ha de escandalizar a los *nominalistas* del individualismo?

Y volviendo de esta mi digresión, he de continuar diciendo que me parece el doctor Bunge excesivamente duro con la pobre Edad Media. Hay mucho oro y de muy buena ley en el "fango de las oscuridades góticobizantinas de los escolásticos", mucho, muy profundo y muy liberador pensamiento en lo hondo de sus "abstrusas teologías" y extraordinario vigor mental bajo la "ridícula impotencia de sus ergotismos".

Encuentro mucha vida, mucha plenitud, profundísima originalidad en las "ideas muertas", las "frases huecas",

las "indescifrables anfibologías" de la escolástica medioeval. La insoportable, la muerta y hueca es la escolástica galvanizada de hoy. ¡Profundo revolucionario Duns Escoto!, ¡maravilloso libertador del espíritu! Me cuesta admitir que aquella enseñanza medioeval no haya dejado raíces hondas en la educación moderna, "salvo en teología".

Y aunque así fuera, ¿es que la teología no significa nada en el pensamiento moderno? He aquí por qué comprendemos tan mal la escolástica, por empeñarnos en estudiar su filosofía desgajada de su teología, una historia de la *filosofía* escolástica es un absurdo.

Es imposible entender el valor y alcance de las discusiones respecto a la distinción entre la esencia y la existencia o entre la sustancia y los accidentes, verbigracia, sin entender el proceso de los dogmas de la Trinidad y de la Eucaristía, ni se entienden éstos sin penetrar en las *razones de sentimiento*, en la *cardíaca*, más bien que en la *lógica* que llevó a ellos.

La atenta lectura de la fundamental obra del doctor Harnack respecto a la evolución de los dogmas cristianos (1), pongo por caso, me ha enseñado, respecto a la escolástica, más que cuantas historias de la filosofía he leído. Aún hay más, y es que creo que el escasísimo éxito de cuantos trasplantes de filosofía alemana a tierra latina se han hecho se debe a haber traído las plantas sin raíces, sin raíces teológicas, no ya sólo religiosas.

Porque el pensamiento racional o filosófico no es en un pueblo, y sobre todos el alemán, más que como la espuma de la vida total del pensamiento, de la vida toda espiritual, que en el pensar y sentir religiosos es donde mejor encarna. Puede un latino llegar a entender y aun comprender a Kant, tomándole tal cual se nos presenta. //

Unamuno "La educación"

Unamuno no menospreciaba a la filosofía medieval.

(Yo sí).



// Una de las cosas que más me han llamado la atención durante mi estancia en Canarias es la frecuencia y el tono con que varios me hacían esta advertencia: "Bueno: debo advertirle a usted que yo no soy político." Decíanlo como defendiéndose de alguna acusación tácita o como recomendándose a mi aprecio. A cada paso oía decir de alguno: "¿Ése? ¡Ése es un político!"

Se habla allí en general de los políticos como de una especie aparte o como de hombres que se dedican a una profesión vitanda. Y son muchos, muchísimos, los que se jactan de su indiferencia respecto a la política. Y éste me parece que es uno de los más graves males de aquel país hermosísimo y no todo lo venturoso que merece ser.

De este mal también padecíamos y aún seguimos padeciendo en el resto de España, pero afortunadamente estamos en camino de curación. El número de los llamados neutros, de los execrables neutros, de los que se muestran indiferentes a las fecundísimas luchas políticas, disminuye de día en día.

No me entusiasman grandemente las democracias, pero hoy son ya inevitables. La democracia es acaso, como la guerra y tal vez la civilización misma —¡y quién sabe si la vida!...—, un mal necesario. Hay que aceptarla o sucumbir. Y la democracia nos impone más obligaciones y deberes que nos confiere privilegios y derechos. Y el primer deber que la democracia nos impone es el de interesarnos en el manejo de la cosa pública, de la *res pública*.

"¡A mí el Gobierno no me da nada!" Ésta es la tontería estereotipada con que no pocos egoístas y otros vividores se sacuden cuando se les solicita para que tomen puesto en las luchas políticas. Y no reflexionan si no es que aunque el Gobierno nada les dé, no les quita algo, y les quita precisamente por su abstención de la vida pública.

El que desdeña tomar parte en la vida política, siquiera como elector activo, figurando en un partido, acudiendo a mí-

tines y reuniones públicas, etc., no tiene luego derecho a quejarse si alguna disposición legal o meramente gubernativa le perjudica en sus intereses.

Lo primero que un ciudadano necesita tener es civismo, y no puede haber patria, verdadera patria, donde los ciudadanos no se preocupan de los problemas políticos.

Allí, en Canarias, me asombraba y me apenaba el observar la general indiferencia por los grandes problemas políticos, algunos de los cuales, como el del reparto de la tributación, debería tocarles muy en lo vivo.

Y en cambio no acababa de comprender aquellos partidillos locales en que están divididos, partidillos que llevan unos motes caprichosos y que no se distinguen unos de otros sino por el caudillejo o caciquillo a quien siguen, taifas puramente personales organizadas para el asalto y el disfrute de los cargos públicos.

.. "¡Y eso es política!", me decía con aire de triunfo uno de los más acérrimos antipoliticistas. A lo cual le contesté: "En efecto, eso no es política, o mejor dicho, eso es política mala, pero la culpa de que eso prospere la tienen ustedes, los que se meten en casa."

Mis esfuerzos para darme cuenta del mapa político —llamémosle así— de Canarias, me recordaron los esfuerzos que he tenido que hacer no pocas veces para tratar de darme cuenta de los mapas políticos de las repúblicas hispanoamericanas. Casi todas nuestras clásicas categorías políticas europeas, las de liberalismo y conservatorismo, socialismo e individualismo, estatismo y anarquismo, regalismo y ultramontanismo, etc., casi todas ellas marran cuando se trata de clasificar los partidos de las más de esas repúblicas.

Una de las razones, casi la única, que los patronos mineros dan para no ceder a las demandas de sus obreros, a pesar de los buenos oficios del Instituto de Reformas Sociales y del Gobierno mismo, es que eso implicaría una humillación, y que los obreros son soliviantados por agitadores políticos, a los que estiman gente extraña.

. Lo de la humillación no lo entiendo. La lucha entre el capital y el trabajo es una guerra, exactamente como la otra guerra, y el principio de "antes morir que rendirse" puede resultar dañosísimo en una guerra, por muy heroico que nos parezca. El rendir una plaza no es humillación nunca.

Una huelga no es ni más ni menos que un regateo, y un patrono inteligente, que no tenga oscurecido el entendimiento por las nieblas del orgullo de quien se elevó acaso desde el más bajo puesto, calcula los perjuicios que la huelga puede irrogarle, capitaliza el beneficio que los obreros pueden arrancarle con sus exigencias, y ve si le conviene ceder.

Vale más privarse de tres mil pesetas cada año, que perder cien mil de una vez. El amor propio tiene poco que ver en estas cuestiones para un hombre de juicio.

Lo otro, lo de la intrusión de agitadores políticos, a quienes se califica de elementos extraños, tiene mucha más gracia todavía. Esos señores capitalistas se imaginan que la contienda es entre ellos y sus obreros tan sólo, y que todos los demás ciudadanos no tenemos otro papel que el de meros espectadores. ¡Valiente idea tienen de la solidaridad social!

"¿Y a usted, qué le importa de esto? ¿Usted por qué se mete donde no le llaman?" He aquí expresiones que se oyen a menudo, y que reflejan la quintaesencia del antipoliticismo.

Sí, a todos nos debe importar de todo, y las luchas económicas son luchas políticas que a todos atañen. Un conflicto entre un patrono y sus obreros no es pleito privado, es un pleito público. Su solución repercute sobre la economía social toda.

¡Agitadores políticos! ¡Naturalmente! Son y deben ser agitadores políticos los que provoquen y dirijan las luchas entre el capital y el trabajo. Y sólo haciendo políticas estas luchas, es como se las hace regulares, organizadas, legales, civilizadas, en fin. El socialismo es y debe ser política. Y la abstención del Estado en estas luchas es una vieja doctrina manchesteriana que apenas hay quien se atreva a propugnar hoy.

"¡Libertad de contratación!", claman. Y es como si uno dijese: "Que nos dejen libres, que nadie se entrometa, él tiene, como yo, sus brazos libres para luchar." Cierto, tiene libre sus brazos, pero tiene grillos en los pies.

Mientras la tierra no sea de propiedad comunal, mientras haya quienes a dondequiera que vayan tengan que pisar tierra ajena y no encuentren propia sino aquella que les tengan que dar de sepultura luego que hayan muerto, mientras tanto, no se puede hablar de libertad de contratación.

Y esta acusación —¿acusación?— de que se entromete la política en las luchas económicas entre el capital y el trabajo, esta ridícula acusación —¿acusación?— han dirigido algunos liberales inconscientes a los católicos bilbaínos y vascongados que han querido ir a San Sebastián en protesta contra la política antimonástica del Gobierno. Que la protesta era política... ¡Naturalmente que lo era! Y debía serlo. El catolicismo es político; lo es y debe ser.

Y se encuentra uno como se encuentra en nuestros pequeños lugares rurales, divididos también en partidos, pero en partidos puramente personales.

Suelo yo decir que en las pequeñas villas y en los distritos rurales de esta nuestra España, hay siempre por lo menos dos partidos, y son los antiequisistas, que siguen a Zeda contra Equis, y los antizedistas, que siguen a Equis contra Zeda.

Y nótese que no les llamo equisistas ni zedistas, porque son ellos esencial y fundamentalmente negativos. Más que siguen a uno, van contra el otro. Y en general puede decirse que nuestros republicanos no son sino antimonárquicos, y no sino antirrepublicanos nuestros monárquicos.

He llegado a darme una cuenta, creo que bastante clara, de lo que distinguía a los unitarios y los federales de tiempos de Rosas y de Sarmiento en la Argentina, pero jamás he podido comprender qué es eso de los blancos y colorados del Uruguay.

Aquí en España, son las ciudades las que empiezan a plantear en su verdadero terreno los problemas políticos. La lucha política en las ciudades no es ya una lucha de personalidades y personalismos; un caudillo de ciudad, un tribuno de ella, necesita encarnar ideales políticos más o menos definidos.

Precisamente está ahora pasando España por uno de sus períodos de mayor agitación política, gracias a la labor de Canalejas, y el interés de esa agitación se ha concentrado en estos días en mi pueblo nativo, en Bilbao, uno de los más políticos de España, y donde menos neutros hay. De un lado la huelga de los obreros de las minas en demanda de reducción de horas de trabajo, y de otro lado los católicos que se revuelven contra las medidas que estiman antirreligiosas del actual Gobierno. Y uno y otro caso ofrecen no poca enseñanza. "

Unamuno "Los antipolicistas"

// Y un traje no adquiere personalidad expresiva hasta que no se la da el que lo gasta.
Ahora, ya presumo yo lo que a ustedes les pasa, y es que odian la personalidad, el carácter. ¡Se comprende! Como no pueden ustedes distinguirse por sí hacen que el sastre les distinga de los que no pueden pagar trajes como los que ustedes llevan.

La cosa no consiste en el traje, señor mío, sino en la manera de llevarlo. Y hay mendigo que lleva sus andrajos con más distinción y más elegancia que usted ese terno que le ha hecho el sastre de moda que se trajo usted de Londres.

Creo que no me rechazará usted a don Diego Velázquez de Silva como maestro de buen gusto y de elegancia. Si hay escuela de buen gusto es la de sus cuadros. Pues bien, Velázquez, que pintó a Esopo y a Menipo tan distinguidos en sus andrajos, créame que si viviera hoy no le tomaría a usted por modelo de ninguno de sus cuadros.

Miguel de Unamuno

"La vida literaria"

¡Sí, sí, la forma, tiene usted razón, la forma! Pero hay formas de formas. Y usted, goloso de superficialidad, odia lo personal, odia lo expresivo, odia lo fuerte. Y es usted lo mismo en sus gustos literarios y hasta... filosóficos. Porque se permite usted leer algo de filosofía, vamos al decir, aunque estaría mejor dicho de sastrería filosófica. Y también aquí, en literatura y en eso que usted cree que es filosofía, le molestan las rodilleras, es decir, lo expresivo, lo personal, lo característico.

Mejor que molestarle sería decir que le levantan a usted dolor de cabeza. Porque lo que usted quiere es literatura de última moda y además de maniquí, con su plieguecito en medio. Hasta me figuro que cuando recibe usted de París la última novela lo primero que hace es olerla, por si huele a tinta de imprenta fresca.

Y se preocupará usted, como si lo viera, de que los libros estén bien presentados. Y de seguro que entre dos revistas, una más sustanciosa y nutrida y otra más a propósito para que maten las horas ojeándola y viendo sus grabados las señoritas, se quedará usted con esta segunda. Y buena pro le hagan esos gustos.

Dice usted que le encanta la literatura francesa y que la conoce bastante bien. Pero apuesto cualquier cosa a que no ha leído usted a casi ninguno de los grandes clásicos de esta literatura tan profundamente clásica. A un compinche de usted le hablé una vez de Pascal; me torció el gesto y saqué en consecuencia que se figuraba que Pascal tenía el estilo lleno de rodilleras. Y no se equivocaba.

Hace unos años, un compatriota de usted, hombre culto e inteligente y de gran amplitud de gustos e independencia de criterio, aunque algo contagiado de eso de las buenas formas —que yo no creo buenas—, decía, escribiendo sobre mi estilo, que me suele faltar «de común» y que empleo expresiones que entre los que aborrecen las rodilleras sobre todo, suenan a algo... *shocking*.

Citaba, en apoyo de su aserto, dos de esas mis chocantes expresiones que yo no quiero reproducir aquí por no herir los delicados oídos de usted, señor mío.

Los burgueses necesitan "sastres filósóficos" que les confeccionen ideas confortables.

Sí, sí, formas, sí, buenas formas; tiene usted razón. Los hombres, lo mismo que las ideas, tienen que andar vestidos. Porque las ideas desnudas, además de que ofenden el pudor de los hipócritas —y éstos son mayoría—, quedan las pobres expuestas al sol, al hielo, a la lluvia, al polvo.

Además, hay ideas contrahechas, jorobadas, torcidas, y algo se disimula vistiéndolas. Sí, sé que hay que vestir a las ideas, lo mismo que a los hombres. Pero discrepo de usted diametralmente en cuanto se refiere a la estética del traje, tanto para las ideas como para los hombres. Y sostengo que todos los de la camada de usted, que todos los que presumen ustedes de vestirse bien y andan cuidando que no se les formen rodilleras en los pantalones, se visten ustedes mal, muy mal, rematadamente mal. Es decir, no se visten ustedes; les visten sus sastres.

Usted habrá acaso oído hablar de Tomás Carlyle, un escritor inglés con un estilo lleno de rodilleras, coderas, pliegues, arrugas y hasta zurcidos. Pues bien, este Carlyle escribió en su *Sartor Resartus* —o sea el sastre remendado— una filosofía del traje que se la recomiendo a usted. Y se la recomiendo para que le levante dolor de cabeza. Ya que su cabeza no piensa, al menos que sufra. Y tal vez sufriendo acabe por pensar.

No le sorprenda esto último que le digo. No puede llegarse al pensamiento, al verdadero pensamiento, al que vale la pena de ser pensado, sino por la pena, por el dolor. Y usted presume que odia al dolor, y huye de él tanto como de la personalidad. Toda su... digamos filosofía práctica, a falta de otro nombre y por no llamarla por el suyo propio, se reduce a eso: a huir de toda molestia, de todo esfuerzo espiritual, de toda pena, y a buscar el placer.

. En uno que se escandaliza de las rodilleras, sea en los trajes de los hombres o en los de las ideas, hay siempre un epicúreo. Pero un epicúreo no en el alto sentido, en el de Epicuro, sino en el otro, en el de usted.

También en mi pueblo natal, en aquel en que nací y me crié, hay hoy bastantes mocetes que presumen de vestir bien, *dandies, sportmen* o como quiera usted llamarlos. Gentes bien, vamos al decir. Y menos mal que en esta vieja ciudad en que habito, llena de supremas elegancias arquitectónicas, donde nos viene de lo alto y de lo grande la lección de la forma, no se conoce esa casta de mentecatos.

Y le digo a usted que aquellos mocetes que llevan remangados los pantalones aunque no haya ni barro ni polvo, tendrán todo lo que usted quiera menos buen gusto ni sentido estético.

Considera una falsa democracia aquella que busca nivelar a todos los ciudadanos por envidia (acusación tradicional contra los anarquistas también).

Sí, sí, ya sé que entre ustedes, los de su frasca, la regla suprema es no desentonar, no destacarse. ¡Claro está!, como naturalmente no se destaca ninguno de ustedes, han de cubrir esa falta de originalidad de alguna manera. ¿Quiere usted que le diga toda la verdad de lo que pienso? Pues bien, esa nivelación ante el buen tono en el vestir no es sino una forma del instinto nivelador de las falsas democracias y este instinto es hijo de la envidia, que odia toda originalidad.

Cuando no se ve modo de distinguirse y hacerse notar uno por la originalidad de su porte, se impone un uniforme. Y eso, créamelo, es una forma de inquisición. ¡Lo que debe costar entre una gente que se rige por tales principios el conquistar el derecho a la originalidad, y hasta la extravagancia!

Usted y sus compañeros de gusto —es decir, de falta de gusto, de *singerie*— merecen un presidente sastre. Quiero decir uno que vista y que se vista.

Y no crea, le repito, que ataco sus prejuicios por desprecio a la forma. ¡No, no y mil veces no! Aprecio la forma tanto o más que usted. Sólo que, se lo repito —y va... la de cuentas—, eso que usted llama buenas formas, son, como tales formas, malas, malísimas, ridículas, ramplonas, cursis, de mero remedo, de figurín. De figurín, fíjese bien, de figurín. No son ustedes sino figurines.

Aquel viejo y pintoresco traje de los paisanos de esa su tierra era algo y significaba algo, mientras que esa indumentaria a la inglesa que se cuelga usted de los hombros no es nada ni significa nada. Sólo significa una cosa y se lo diré a usted en francés: *singerie!*

Eso sí, ya lo sabe, debajo de eso está el hombre y alguna vez salta éste. Y entonces, cuando usted es usted y no su traje, entonces vale usted y significa algo. Un día me decían de uno —de uno, por cierto, muy lejos de ese país de usted— que en cuanto se le rascaba un poco el barniz cosmopolita, aparecía el indio bravo.

Y contesté al punto: y entonces es cuando yo lo prefiero, porque entonces es alguien y representa y significa algo. Como aquí, entre nosotros dicen que en cuanto se nos rasca el barniz europeo, aparece el berberisco. Y yo me quedo siempre con el berberisco sin barniz.

¿Cree usted que hay *dandy* en la ciudad española que mejores los produzca —y ése no es un producto que aquí prospere— que tenga la elegancia, natural y suprema elegancia, de uno de esos moros que saben envolver su gravedad nativa en la blanca gravedad de un amplio manto moruno?

Pues bueno; seamos claros y justos. Si los escritores españoles apenas hablamos los unos de los libros que escriben los otros es porque no sabemos leerlos. Algunos ni los saben leer. Si hablamos de un libro, cuando lo hacemos, a regañadientes, es porque a regañadientes y por ruego del autor solemos leerlo. Pues es cosa fatigosa y penosa leer un libro para hablar de él, tener que leerlo.

Sobre todo si han sido clasificados y etiquetados y motejados con cualquier mote. Y si se les lee, como se va a buscar en ellos lo que se presuponía que hay, se escapa lo demás y hasta lo que se cree ver allí es puramente de prejuicio.

Guardo entre mis papeles el manuscrito de una crítica de mi susomentada obra, crítica que no se llegó a publicar, y que se debía a la pluma de uno de nuestros mejores periodistas, escritor sagaz, agudo y cultísimo. Pues bien, la había escrito no más que por las noticias que de ella le dieron unos compañeros que me oyeron leer unos pasajes antes de entrar la obra en prensa.

Y hace poco he leído en *Le Temps*, de París, una corta noticia sobre otro escrito mío en que se me atribuyen cosas que no he dicho ni en él ni en otro alguno. Al crítico parisiense le han dicho que soy, ¿qué creen ustedes?, pues... ¡católico!, y ha hecho sobre esto su composición de lugar. ¡Así se hace la crítica!

Otras veces la supuesta crítica no es más que chismorreo. Un joven peruano que llegó a Madrid a procurarse un éxito de escándalo literario relatando chismes y cuentos y pequeñas maledicencias de literatos, me escribió preguntándome en qué «valores jóvenes» creía yo. Le contesté que eso importa poco y que lo derecho es juzgar directamente las obras sin meterse a escudriñar flaquezas de sus autores.

Y que no hiciera mucho caso de lo que unos escritores dicen de otros, pues, en el fondo, se estiman mutuamente más de lo que parece. Cuando se conocen, añado ahora. Lo que sucede pocas veces. Y no se conocen lo bastante porque las ásperas condiciones de vida ...

Y es lo que hace tan meritoria y a la vez tan ingrata la profesión de crítico. ¿Tener que leer un libro «para» hablar de él? ¡Horror! Muchos prefieren hablar de él sin haberlo apenas leído —a lo más ojeado— y por referencias o por la idea previa, y casi siempre perjudicial y legendaria, que tienen del autor.

Y si no nos leemos los unos a los otros no es por hostilidad ni por menosprecio, sino porque el que escribe, cuando lee —que son legión los escritores que no leen y algunos ni saben leer—, leer «para» escribir, «para» encontrar temas o sugestiones de escritos y no creemos que pueda inspirarnos nada lo que ha escrito un conterráneo o coetáneo nuestro, un hombre que vive en nuestro país y en nuestro tiempo.

Porque creemos alguna vez, sin duda equivocándonos en ello, que un escritor que con nosotros convive, que está rodeado del mismo ambiente intelectual y moral, no puede darnos lo que ese ambiente no nos dé. O sea porque no creemos en la originalidad individual. Que un escritor español parezca original en Inglaterra, en Suecia, en Italia o en Rusia, no nos choca; pero lo atribuimos a que su originalidad es la de ser español, la de decirles allí lo que aquí todos decimos.

Cómo se lee en España.

Otras veces el escritor no lee a otro escritor su compañero de país y de época por temor a contagiarse, es decir, a que si luego se deja influir de él, se lo reprochen y hasta le mienten la tontería esa del plagio. Cuando publiqué mi *Vida de Don Quijote y Sancho,* un buen amigo mío, escritor de mucho ingenio y de no escasa originalidad, me escribió diciéndome que no quería leerla hasta no haber acabado unos comentarios al *Quijote* que estaba escribiendo, no sé si para conservar mejor

su independencia de juicio o para poder decir, si en algo coincidía conmigo —como es inevitable—, que al escribir lo suyo no conocía lo mío.

Hay, ademas, quienes sólo leen para poder hablar de un autor o de una obra, y si encuentran modo de hacerlo sin tener que leerlo, están aviados. De aquí que uno lea, de ordinario mal, para muchos. Con que en la tertulia literaria haya un lector, basta; pues sobre las impresiones de él forman los otros su composición de lugar. Y así ocurre que hay escritores muy discutidos y, sin embargo, muy poco leídos.

SOLILOQUIO

—Mira, Miguel, que parece que tus habituales oyentes habrán de permitirte el que una, alguna vez siquiera —consíguelo ahora y podrás algún día reincidir—, hables en voz alta contigo mismo, desahogues tu pecho. ¡Es tan recia esta servidumbre de la publicidad!

Tú lo quisiste, sin duda; tú te metiste a escritor público y has de soportar pacientemente las consecuencias de ese primer acto. Pero ¿es que somos acaso tan libres como creemos ser al dedicarnos a una profesión cualquiera?

La dificultad de dedicarse a una obra sólida enmedio del frenesí de la vida diaria.

Tú apeteces retiro, sosiego y silencio para poder dedicarte a una labor lenta y sólida, lejos del murmullo de la refriega que aturde los oídos y lejos de la polvareda de ella que te enturbia la vista; tú vuelves con amor tu corazón ansioso de soledades a aquellos hombres de pasados tiempos, que fuera del tráfago mundano y de las disputas y afanes del día que pasa se dedicaban a obras duraderas: tú suspiras por lo clásico, por lo eternamente clásico.

Pero el vértigo de la vida te arrastra y te ves envuelto en las arduas disensiones de cuantos te rodean. No puedes vivir entre muertos; tienes que vivir entre los vivos.

Y, sin embargo, mi querido Miguel, ¡qué fuente de consolaciones y de arrestos no es el trato con los gloriosos muertos, cuya obra es inmortal! ¡Qué vivificantes efluvios de paz del alma irradian de aquellos espíritus, que como los de Homero, Platón, Virgilio, San Agustín, Shakespeare, Descartes, Spinoza, Dante, Kant, Goethe y tantos otros, viven entre nosotros su vida más profunda!

El espiritualismo de Unamuno: los grandes autores clásicos siguen vivos en sus lectores actuales.

Sí, es indudable: ese insano empeño de informarnos de lo que dicen o repiten los que viven en torno nuestro nos impide seguir el progreso del alma humana a través de sus hijos perennes, de esas columnas erigidas para los siglos. ¿Qué te importa a ti, dime, lo que vocea ese tu vecino? No vayas a hacer como esos que pierden su

tiempo y su alma en oír las superficialidades todas de sus contemporáneos y no les queda tiempo para disfrutar del legado permanente de la humanidad. Esta forma de modernidad no hace sino endeblecer a los hombres y a los pueblos.

Desconfía, Miguel, de novedades y ten por seguro que nada hay más nuevo como lo que es de siempre; Homero o Shakespeare son más modernos que los más de los escritores vivos que hoy pasan por más modernos: aprenderás más en Platón que en el autor del último tomo de la Biblioteca de Filosofía Contemporánea, que en París publica Alcán, el editor. Moderno viene de moda, y tú debes huir de las modas.

Defensa de los clásicos ante los superficiales y " a la moda" modernos.

Pero es inútil, bien lo sé, es inútil. Bien veo que acaso a tu pesar lo que en torno de ti suena con voz caliente de vivo se te metió en los oídos. Es lo humano, y tú eres y debes ser ante todo un hombre. ¿No te acuerdas lo que dice aquél, tu muerto amigo, aquel maravilloso Coleridge, en su *Biographia literaria*?

Tú has querido siempre a Coleridge, tú te acuerdas mucho del retrato que de él hizo aquel otro su amigo y tu amigo Carlyle, y te acuerdas también de las líneas de encendida y luminosa poesía que le dedicó Shelley, el poeta, donde decía: "Veréis a Coleridge, el que se está oscuro en el rebosante esplendor, y la pura irradiación intensa de un espíritu que, ciego con su propia lumbre interna, se arrastra lánguidamente a través de las tinieblas y de la desesperación, aéreo meteoro ceñido de nubes, encapuchada águila entre buhos avizores."

Tú has querido siempre a esta águila del espíritu, y hasta has traducido alguna de sus poesías, colocándolas entre las tuyas originales, para que las realce. ¿Te acuerdas, Miguel, de lo que éste, tu Coleridge, dice acerca de los contemporáneos? Voy a repetírtelo:

"Las grandes obras de las pasadas edades parecen a un joven cosas de otra raza, respecto a las cuales sus facultades han de permanecer pasivas y sumisas, lo mismo que a las estrellas y las montañas. Pero los escritos de un contemporáneo, acaso no en muchos años mayor que él mismo, rodeado por las mismas circunstancias y disciplinado del mismo modo, poseen para él una realidad y le inspiran una amistad actual, como la de hombre a hombre.

Su admiración misma es el viento que orea y alimenta su esperanza. Los poemas mismos asumen propiedades de carne y sangre. Recitarlos, exaltarlos, pelear por ellos no es sino el pago que se debe a uno que existe para recibirlo."

Fíjate en este mismo Samuel Taylor Coleridge, cuyas son las palabras citadas, y dime si puede el recuerdo de este hombre que murió muchos años antes de que tú nacieras, encenderte como te enciende el recuerdo de uno que vive. Y sin embargo —me diréis—, ¡qué dulcemente apacible es la conversación con los que fueron y hoy duermen para siempre en el regazo de la tierra todoparidora!

¿Te acuerdas lo que has leído hace poco en el capítulo II del libro III del *Port-Royal* de Sainte-Beuve? Este fino y amable narrador, uno también de los que vivieron y son, te dice allí que "se ha notado, con un sagaz tino y un gusto que la moral corrobora y dirige, que los escritos, al alejarse de nosotros, pierden a menudo lo que de actualmente conmovedor y de contagioso tenían en el momento en que aparecieron;

que la distancia permite, cuando una parte de genio los ha dictado, que se puedan seguir sus méritos, observar y discernir sus rasgos, sin nada ya de aquella confusión de la vida con la obra, ni de aquella fiebre moral que la vecindad y la producción reciente inoculan".

Te acordarás, Miguel, que al leer esto te quedaste pensando en esa curiosidad malsana que ronda y asedia a los publicistas de algún renombre, y cómo tú mismo, que al fin eres débil y flaco, no has podido sustraerte a ella, sin lograr separar tu vida de tu obra. Y acaso en esto has pecado.

Tú has soñado en la labor de larga arada para tiempo muy duradero, y te ves constreñido a la labor fragmentaria y volandera del periodismo. ¿Te ha de pesar por ello? Nadie sabe, créemelo, cuándo se acierta.

Y fíjate bien, que en el fondo, esa obra lenta y recatada de solitario, excluyendo en lo que cabe la colaboración de tu público, es una obra de egoísmo acaso.

La colaboración de tu público, digo. Porque en la obra de todo publicista colabora su público de una manera más o menos ostensible, ya con su aplauso, ya con su censura. Yo sé bien lo que en tu labor influyen las cartas de desconocidos lectores que de cuando en cuando recibes, sobre todo de América, y los cuales te dan sugestiones e indicaciones muy valederas; pero además, tú, sin acaso saberlo, recibes de rechazo la impresión de tu público, de los que siguen tu labor, y obras conforme a ese rechazo, ya para acomodarte a su sentimiento, ya para resistirlo y tratar de acomodarlo al tuyo. Pues tanto se influye sobre otro provocándole a asentimiento como a disentimiento.

Dicen que muchos de los más grandes dramas, los de Shakespeare entre ellos, se han hecho sobre el tablado del teatro, en colaboración con el público, es decir, modificándolos a cada representación en vista y a la medida del modo de acojerlos el público. Y ¿no crees que las sucesivas obras de un autor fecundo suelen muchas veces no pasar de ser sucesivas ediciones más o menos alteradas de una sola y misma obra?

Todo autor que escribe mucho se repite mucho, y cuanto más original sea, cuanto más saque de su propio fondo en vez de limitarse a contar lo que oye en derredor, tanto más se repite. Los más grandes genios han sido espíritus de unas pocas y sencillas ideas expuestas con más vigor y eficacia, pero con más uniformidad y constancia, que los escritores de no más que talento regular. Hombres ha habido cuya importancia ha sido el ser hombres de una idea, ideas encarnadas.

En fuerza de vivir una idea sencilla, pero noble y fecunda, han logrado presentárnosla bajo todas sus formas. La variedad, la multiplicidad de puntos de vista acusa casi siempre cierta endeblez espiritual. Y no necesito encarecerte esto, porque sé bien cómo admiras a San Atanasio porque fué el hombre de una idea.

Sí, tus obras mismas, a pesar de su aparente variedad, y que unas sean novelas, otras comentarios, otras ensayos sueltos, otras poesías, no son, si bien te fijas, más que un solo y mismo pensamiento fundamental que va desarrollándose en múltiples formas. Y así, buscando el trasmitir ese tu pensamiento central, lo vas ciñendo cada vez más y encontrando nuevas formas de expresarlo, hasta que acaso des un día con la más adecuada, con la precisa.

Unamuno considera que toda su obra gira en torno a unas pocas ideas presentadas de muchas formas diferentes.

Y créeme que un escritor persiste cuando encontró la forma permanente de una idea cualquiera, cuando acertó a dar a ésta su cuerpo definitivo. ¿Y quién te dice que en esta labor de busca, este escribir escritos volanderos y fragmentarios, no es tan útil como otro es-

cudriñamiento? Tú sabes que conversando se estudia muchas veces más que meditando.

¿Te acuerdas, Miguel, a este propósito de lo que te pasó cierta tarde en que ibas de paseo con aquel tu malogrado amigo Vicente, espíritu sagaz y sutil que se fué del mundo en la flor de su vida?

Discutías con él como de costumbre, cuando hubo de apretarte con sus arguciosas objeciones, y a una pregunta que te hizo respondiste de pronto, y apenas dada la respuesta, exclamaste lleno de gozo: "¡Qué bien está eso!, ¡qué exacto!, ¡qué preciso!" Y al llamarte la atención sobre eso de que tú te maravillaras de una contestación por ti mismo dada, le dijiste: "Es que es para mí tan nueva como para usted.

Yo tenía esta solución sin duda en mi mente, pero la tenía confusa y como velada, sin saber yo mismo que la tuviese, y al hacer esfuerzos para satisfacer a la objeción de usted, ha cobrado forma en mí y se me ha revelado. Y vea usted cómo es para mí tan nueva como para usted."

Alusión a la dialéctica de Platón.

Y de esto sucede mucho. El pensamiento depende del lenguaje, puesto que con palabras se piensa, y el lenguaje es una cosa social; el lenguaje es conversación. Y el pensamiento mismo, es, pues, social. No hay más pensamiento claro que el pensamiento trasmisible. Si alguien te dice que ve una cosa muy clara, pero que no sabe trasmitírtela, puedes contestarle que no puede estar seguro de si la ve clara o no. Todo el que escribe ha pasado más de una vez por el trance de comprender lo absurdo o lo oscuro de un pensamiento propio luego que lo vió en letras de molde.

Unamuno también se pregunta a veces qué quiso decir en alguna frase suya.

Convéncete, pues, de que meditas más y mejor escribiendo esta cosas como la que ahora te estás dirigiendo aquí a ti mismo, que no encerrándote en tu cuarto a eso que se llama meditar y no es sino divagar. La necesidad de dar a tu pensamiento expresión trasmisible es lo que le ata a proceso vivo y eficaz.

Con la pluma en la mano es como mejor se te ocurren las cosas, y es porque entonces no piensas para ti mismo, sino que piensas para los demás. Pensar para sí mismo no es, en rigor, pensar, es perderse en vagas soñaciones como el que se pasea por los bordes del sopor contemplando las espirales del humo del cigarro. Pensar es pensar para los demás; pensar es una función social.

Habrás oído alguna vez que Pablo de Tarso, el apóstol de los gentiles, se inspiraba con las palabras mismas, que eran éstas las que le suscitaban las ideas, que en sus epístolas se puede seguir este proceso de ideación por asociaciones verbales. Y de Agustín de Hipona, el gran africano, la otra columna miliaria del cristianismo interior entre Pablo y Bernardo y luego Martín Lutero, se ha dicho también que discurría por antítesis, por alteraciones, por retórica, en fin. Y es que uno y otro eran almas ardientes, no de solitarios contemplativos, sino de luchadores activos.

Te crees un egotista y te acusan de serlo porque con frecuencia te refieres a ti mismo —ahora lo estás haciendo en este soliloquio— y hablas de ti, pero es que ese tú de escritor es algo que es de todos, es que estás en medio de la calle recibiendo las voces de todos y devolviéndolas.

Serías, no un egotista, sino un egoísta miserable, si te encerraras en la torre de marfil, lejos de tus prójimos, a labrar allí día tras día un joyel cualquiera de filigrana. Tú trabajas al aire libre, bajo las miradas de todos y soplando de vez en cuando sobre la pieza de tu labor para limpiar de ella el polvo de la refriega.

Y basta, no hablemos más uno con otro, tu yo íntimo y oculto y el público y manifiesto. ¿Son realmente dos? ¿Eres algo más que un escritor? O mejor, lo que en ti no es el publicista, ¿qué vale? //

Unamuno "Soliloquio"



// EL DESDÉN CON EL DESDÉN

Un amigo y compatriota mío que reside en ésa, escribiéndome sobre el efecto de una de estas mis correspondencias, me decía que sólo la habían juzgado de otro modo uno que otro de esos que influyen en los "bancos y cuya gravedad sólo se interrumpe para reírse de lo que no pueden entender". Conozco la clase y sé cómo estiman los trabajos por lo que por ellos se paga.

Y yo digo. Yo con erudición, ¡cuánto sabría!, por mi parte; que de haber dedicado mi inteligencia y mi aplicación, que son más que regulares —tengo que confesarlo con la modestia que me caracteriza— a hacer dinero, a estas horas sería millonario, y acaso dueño de un banco.

Porque aquí donde ustedes me ven, yo de muchacho demostré felicísimas y muy precoces disposiciones para financiero y hombre de negocios, como lo cuento en mi obra en prensa, *Recuerdos de niñez y de mocedad*. (Esto es un anuncio por anticipado, ¡claro está!) Pero amigo, para todo hace falta vocación y yo, francamente, no tengo vocación de millonario.

Excepto de millonario de conocimientos...

Para hacerse rico, una de las primeras cosas es tener vocación de tal, y piensen lo que pensaren esos graves consejeros que se ríen de lo que no pueden entender, no todo el mundo nace con esa vocación. Y hasta hay quien tiene vocación de pobre, aun sin ser capuchino.

"¡Ja!, ¡ja!, ¡ja! —decía riéndose cierto burro cargado de oro—, qué puede decir de importancia un hombre que no ha sabido hacer una peseta...!"

El millonario considera que lo que no entiende no debe ser importante puesto que todo lo mide según el éxito que tenga para dar dinero y como él ha ganado mucho dinero, él debe decir qué vale y qué no vale.

Lo cual no es decir, claro está, que los graves consejeros adoradores del becerro de oro no estimen a los escritores. Sí, los estiman, pero es cuando éstos les dicen o lo que les halaga o lo que ellos entienden. Porqué, ¿qué cosa hay que no pueda entender un hombre que ha sabido amasar una fortuna? El haber sabido arrebañar plata ¿no capacita acaso para entender de todo lo razonable? Y digo razonable porque las cosas a que ellos no alcanzan han de ser de por fuerza fantasías, enrevesamientos, sutilezas inútiles, máscaras, en una palabra.

Y el mismo amigo que me comunica la grave actitud desdeñosa de esos graves consejeros me dice, a propósito de mis comentarios a la escena de las tres generaciones, que es preciso estudiar hasta qué punto el padre trabajador y honrado, pero tal vez metalizado, provoca, en ciertos casos, y no en todos, ni mucho menos, el desdén mal encubierto que hacia él siente más tarde su propio hijo que se hizo doctor gracias a la plata del padre.

Variación sobre la dialéctica de las generaciones de Platón (República, IX)

Algo de esto he podido observar por acá muy de cerca y muy en grande. He visto toda una generación de hombres enérgicos y laboriosos trabajando con tesón para crear una fortuna de que puedan disponer sus hijos y despreciando la ciencia que no sea de aplicación, la ciencia que no sea ingeniería práctica, despreciando la filosofía, el arte, las letras, y sobre todo el espíritu, y luego se han encontrado con que sus hijos, dueños de una fortuna, se han dedicado a la ciencia pura, a la filosofía, al arte, a las letras y han acabado por despreciar a sus padres, los despreciadores.

El hijo del rico, cuando se doctora, siente su hermandad con los demás doctores acaso más que la tenga con los demás ricos, y al recordar que su padre, el burro de carga que amasó la fortuna, se burlaba de los doctorcitos sin plata, se siente herido y desprecia a su padre.

Todo eso es amargo, amarguísimo, pero es menester decirlo.

El padre que cree que ha cumplido sus deberes de tal trabajando para legar una fortuna a sus hijos y nada más, tiene por lo común que arrepentirse un día de ello.

Mi amigo se lamenta de la situación de parias en que se encuentran en ciertas colectividades los elementos intelectuales. Voy a contarle y a contar a mis lectores un caso.

En cierta ocasión un amigo mío, hombre de gran inteligencia y de gran corazón, instruído y culto, con una profesión académica muy bien poseída, me comunicó su propósito de emigrar a una república americana. Y hube de decirle: "Si es que usted va pensando hacer fortuna, no sé qué decirle, pues me temo que a usted, como a mí, le falta vocación de rico. Por allá lo que hacen falta, dicen, son brazos y capitales, no capacidades.

Lo mismo ocurre en Australia

Pagos hay
por aquellas tierras en que sobran los doctores y como

nada tienen que hacer, matan el tiempo no como dicen que el diablo lo mata, espantando moscas con el rabo, sino inventando revoluciones. Y además, ¡un doctor español!... Si va usted, pues, en busca de fortuna, no sé bien qué decirle. Pero si usted va en cierto modo por patriotismo, con espíritu de abnegación, para honrar y enaltecer nuestro buen nombre, entonces es ya otra cosa.

"Usted sabe —continué diciéndole— que en cada país la masa de la gente, la que no viaja ni conoce las cosas directamente, se forma su idea respecto a los extranjeros en vista de los que conoce. En nuestro propio país, para muchísima gente era el italiano, y aún sigue siendo, o un tenor o un pobre vagabundo que va tocando el arpa, y el saboyano un deshollinachimeneas.

Era inútil hablarles de Italia como de un país de alta e intensa cultura y de elevadísimos espíritus, de la tierra que ha producido los genios más humanos. Este necio prejuicio persiste aún, y lo que es más triste, hasta en gentes que pasan por regularmente instruídas. Es como si creyéramos que el Japón se compone de malabaristas y funámbulos. Y por allá, por aquellas tierras a que usted quiere ir, el término "gringo" encierra en boca del pueblo todo un contenido de absurdos e injustos prejuicios.

Los prejuicios a los que nos condena la caprichosa geografía de este planeta.

"Aquí, entre la población rural de Castilla —proseguí—, usted sabe que no se conoce a los gallegos más que por los que vienen a segar durante el estío, y aun a estos pobres jornaleros se los conoce mal. Y por ellos se juzga de los gallegos todos, resultando que más de una vez se han sorprendido cuando les he hablado de cómo son los gallegos y cuán diferentes de como se los figuran.

"De nosotros mismos, los vascos, hay por allá una idea muy favorable, favorabilísima, pero que aun siéndolo, lleva para no pocos ciertas connotaciones que nos convendría desapareciesen. Hablo, claro está, de la idea vulgar sobre el vasco, de la que domina entre la gente de campaña.

Porque el vasco es un mocetón robusto y honrado, generalmente lechero, muy trabajador y muy formal, noble y franco, pero... —aquí entra el pero— muy iliterato, que habla mal el castellano, propenso al reaccionarismo, terco y duro de mollera. Es decir, un beocio honrado y noble. Y lo mejor sería que, conservando nuestra buena fama, perdiéramos esta otra. Y de esto tienen en gran parte la culpa nuestros compatriotas mismos,

Los mismos vascos llaman "renegados" a aquellos vascos que no se comportan con el estereotipo vulgar de un vasco.

pues abundan entre ellos los que cuando topan con un vasco muy vasco, muy amante de su país, pero que no estima necesario para ello ni ser ortodoxo ni pretende sostener lo insostenible, le declaran renegado o descastado.

Ahora hacen aquí muchas gentes como que les importa el problema de la emigración. Unos hablan de reformarla y otros de encauzarla. Pero a nadie, que yo sepa, se le ha ocurrido discurrir sobre las necesidades espirituales de las colonias españolas desparramadas por ultramar.

A nadie se le ha ocurrido que un Estado que conoce sus deberes está obligado a proveerles de algo más que de agentes consulares y otros oficiales meramente burocráticos. Si aquí se preocuparan las gentes de esto y los gobernantes estuvieran orientados en el sentido de la cultura, habría ya en Buenos Aires y en otras ciudades donde hay un fuerte contingente de españoles, institutos de enseñanza subvencionados y sostenidos por España.

Más razón hay para que España sostenga en Buenos Aires un instituto español de segunda enseñanza, verbigracia, que para que le sostenga en Cuenca o en Lugo.

"Y así pasa con todo, amigo, y de aquí proviene en gran parte la idea que respecto a España y los españoles tienen muchos extranjeros, que nos juzgan por la mayoría de las pobres gentes que sin más ideal que el de hacer fortuna van por sus tierras."

No es, claro está, que este ideal sea censurable, ni mucho menos. Lo censurable es que los cazadores de la fortuna, luego que la hayan cazado, den en despreciar a otros y en reírse de lo que no pueden entender.

Alusión a la opinión que tienen los argentinos de los "gallegos".

En mi pueblo se conoce a mucnos ingleses, pero es a ingleses que andan a minas o a los marineros de los buques que arriban a su puerto y que se distinguen por su afición a emborracharse. En cambio, son contadas las personas que tienen noción de los pensadores, artistas, políticos, hombres de ciencia, filósofos y literatos ingleses.

Alusión a los ingleses de Riotinto (y a los actuales turistas ingleses).

Pero esos ingleses, que andan a minas y cuya preocupación, si no única, dominante, es hacer dinero, no suelen tener, por lo común, el mal acuerdo de desdeñar a los filósofos, artistas, literatos, políticos y hombres de ciencia de su país, ni porque hagan fortuna caen en la necedad de reírse de las cosas de Carlyle o de Ruskin —tomo dos

escritores que pasan el uno por enrevesado y el otro por sutil en exceso— por no entenderlos.

Esto de desdeñar, o por lo menos fingir desdeñar lo que no podemos entender o sentir, es uno de nuestros defectos capitales, defecto que estalla cuando el tener fortuna le quita la vergüenza al hombre inculto y rudo.

Y hay en punto a desdenes y admiraciones las cosas más curiosas. En mi vida olvidaré lo que sucedió en Bilbao una vez cuando al concluir un famoso partido de pelota en que parte del público entusiasmado con lo que le había hecho ganar el Chiquito de Éibar sacaba a éste en hombros y aclamándolo, exclamó un andaluz escandalizado al verlo; "¡Hombre!, ¡ni que fuera el Frascuelo!", refiriéndose al matador de toros.

Sin que esto quiera decir, por supuesto, que a mí me pareciera muy bien aquel entusiasmo, y más teniendo en cuenta que si se le aclamaba no era tanto por su valor y mérito como porque había servido para hacer ganar unas pesetas a los aclamadores.

El problema de la emigración: el emigrante no puede llevarse con él todo el substrato cultural de su patria.

Y ciertamente no ha ganado mucho el buen nombre de que los vascos gozamos con aquel período en que nuestros pelotaris se iban a exportar el en sí noble juego y a traer de vuelta, además de algunas pesetas, ciertas palabrejas y entre ellas la deplorable de "tongo". Más daño nos ha hecho esto que todo lo que contra el dogma católico y contra la pretensión de eternizar el vascuence hayamos podido escribir algunos vascos que amamos profundamente a nuestro pueblo y nuestra patria.

Aquí hay una tradición de cultura española, tradición mantenida, como es natural, por una minoría que es como su sacerdocio. Las gentes que emigran no pueden llevarse esa tradición entera y a lo sumo se llevan una vaga y remota conciencia de ella. Crecen en un país extraño donde sólo se preocupan de hacer dinero y pronto se encuentran en completo materialismo de metalización como cierto oscuro sentimiento no sepa contenerlos.

Ciertos pueblos, cuando emigran en grandes masas, se llevan allá a donde emigran sus propios sacerdotes, los sacerdotes de su religión y erigen en donde vayan a radicar su propio templo. Y hay una religión de la cultura patria, la cual tiene sus sacerdotes también. Y el que los desdeña, no merece sino desdén.

No hace mucho tuve ocasión de conocer a un español que después de haber residido durante más de veinte años

en una república sudamericana, a la que fué de edad de catorce años, volvía a Europa. Y su primera visita fué a París, donde admiró lo menos admirable, es decir, lo más externo que en París hay. Visitó luego Burgos, León, Toledo, Granada, Sevilla, etc., por el bien parecer y porque veía a ingleses, franceses, alemanes y yanquis, que con sus guías en la mano visitaban esas mismas ciudades, y había que oír los espontáneos comentarios que a su excursión hacía el hombre. Daba pena oírle. Y no era lo peor su incultura, su absoluta falta de sentido artístico, su indelicadeza, no.

Después de todo el buen señor no tenía motivos para haberlos adquirido, pues harto tuvo que luchar con la fortuna.

Lo que apenaba y hasta daba grima era la soberbia de su incultura, lo que indignaba era que en vez de ser sencillo y humilde, como son muchos que se encuentran en su caso, y reconocer no estar capacitado para percibir ciertas cosas, daba en desdeñarlo todo y en juzgar de las ciudades por el estado del piso de sus calles o por la calidad de las comidas de las fondas.

Claro está, por otra parte, que no habría sido mejor el que fingiera un entusiasmo que no sentía. En su caso, lo mejor era no haber hecho la excursión y quedarse en un buen restaurante de París a llenar la andorga y a que le sacaran los cuartos.

Y en cambio conocí también, no ha mucho, en esta ciudad, a unos indianos españoles que venían a recorrer y conocer su patria, que aun sin preparación suficiente para ciertas cosas, la suplían con una gran suma de buena voluntad, de sencillez y de modestia. Daba gusto estar con ellos.

Unamuno

"El desdén con el desdén"

Estoy convencido de que a España, lejos de perjudicarle, le aprovecha el que emigren muchos de sus hijos a buscarse la fortuna a tierras más afortunadas, si es que han de volver luego a fecundar ésta, pero si han de volver metalizados, riéndose de lo que no pueden entender, creyendo que todo se consigue con el dinero y que la cultura culmina en el piso de las calles y en la calidad de las comidas de las fondas, entonces más vale que no vuelvan. Porque para materialistas nos sobran desgraciadamente. //

// No sé cómo empezar, señor mío, y hasta vacilo al tomar ahora la pluma en la mano sobre si esto no debiera ser, más bien que un escrito dirigido al público, una carta particular y privada a usted. Pero sucede que los que vivimos de la pluma acabamos por perder la clara noción de lo que debe separar a un escrito público de uno privado, y propendemos, por otra parte, a creer que todos o casi todos los que leen escriben también. El literato casi nunca escribe sino para literatos. Obra como si se imaginara que al público en general pueden importarle ahora las cosas del oficio.

Por lo que a mí hace, señor mío, suelo poner cierto empeño en interesar en mis escritos a todo género de personas y dirigirme a todas ellas, dentro siempre de sus conocimientos y mis facultades. Y como entre mis lectores ha de haber muchos escritores, creo habrá de serme permitido el dirigirme alguna vez a ellos en especial.

Y después de este preámbulo, bastante vulgar, y no sé si ocioso, aquí me tiene usted una vez más sin saber bien cómo empezar esto. Lo mejor será entrar desde luego en el corazón del asunto que me propongo tratar.

Figúrese usted un niño que pone todo su conato, todo su esfuerzo, en mover un carro. Echado el cuerpo, pone en tensión sus músculos todos, está a punto de reventar del esfuerzo y no logra mover el carro. Y llega luego un hombre forzudo y sencillamente, sin esforzarse apenas, con la mayor naturalidad y tal vez casi como jugando, mueve el artefacto.

El niño puede estimar infantilmente, pero con toda sinceridad, que esto es una especie de injusticia del destino. ¿Por qué aquel hombre ha de poder hacer casi sin esfuerzo alguno lo que él no consigue con su empeño, y empuje todo?

Este razonamiento sólo puede ocurrírsele a un niño, dirá usted sin duda, señor mío. Pero todos tenemos, tal

vez gracias a Dios, algo de niños. Fíjese si no en que muchos discurren de una manera análoga.

Usted habrá oído, de seguro, a compañeros en letras quejarse más de una vez de las injusticias de la fama y del éxito y de la torpeza de públicos y de críticos; les habrá oído lamentarse del desvío de que son víctimas, del olvido en que se les tiene, cuando obtienen aplausos tantos otros que jamás pusieron tanto empeño como ellos en su labor.

Una de las cosas más difíciles, tal vez la más difícil, es la de verse desde fuera, la de poder ser crítico de sí mismo.

Usted, señor mío, ha escrito y publicado un libro y usted sabe mejor que nadie las angustias, los anhelos, los esfuerzos, los entusiasmos que le ha costado y todo lo que de sí mismo ha querido usted poner en él y acaso lo ha puesto. Pero lo que usted ya no sabe es el efecto que eso puede causar en nosotros, sus lectores, y si todo ello no nos puede parecer insignificante, o siquiera no más que discreto.

En general debe hacerse poco caso de los que se nos presentan como incomprendidos o inactuales, los más de los cuales suelen acabar por caer en la monomanía persecutoria. Créense víctimas de la conspiración del silencio.

Y esta enfermedad, tan común entre escritores y literatos en todas partes, he podido observar que alcanza una mayor extensión e intensidad en esa América española. ¿A qué puede deberse esto?

UNamuno

"Al señor Z. autor de un libro"

En primer lugar, abundan ahí los que van para Ícaros, y esto no me parece mal. Abundan ahí los que desde el principio tratan de asombrarnos con una cosa estupenda, recónditamente exquisita, rara, extraordinaria, con cierta afectación de genialidad, en fin. Y esto es una herencia del espíritu español; es lo que con frase maravillosamente adecuada y casi intraducible llamó Carducci *i contorcimenti dell'affannosa grandiosità spagnola*, las contorsiones de la afanosa grandiosidad española.

A los españoles, y por lo tanto a los hispanoamericanos, y aun a éstos más que a nosotros, se nos conoce el esfuerzo cada vez que pretendemos hacer algo grande, algo con que espantar al mundo, como dijo el portugués.

Usted tiene, señor mío, ahí, cerca de sí, en su derredor, no pocos de esos Ícaros que vuelan . //


asa Museo
Unamuno

El trabajo es una cosa muy santa y muy buena, pero... Pero una vez se lementaba amargamente delante de mí un padre de lo que sus hijos habían salido. "Después de mis sacrificios por ellos...", decía. Y sus sacrificios habían consistido en amasar una fortuna desatendiendo a sus propios hijos. Se pasaba en el escritorio horas que debió haber pasado con ellos.

Creía que su obligación paterna se cifraba en dejar una fortuna a sus hijos. Es decir, ni aun creía eso, porque si empleaba su tiempo en fraguar una fortuna es porque no sabía en qué emplearlo de otro modo; el trabajo era una distracción para él.

Y es que muchos censuran a los que no se proponen un fin en la vida, y ellos a su vez tampoco se proponen fin alguno, sino que trabajan por trabajar, por no aburrirse. En cierta ocasión, en un corrillo de que formaba yo parte, se censuraba a un cierto sujeto, y uno de los circunstantes hubo de salir en su defensa diciendo: "Lo que no puede negarse, después de todo, es que es un hombre muy laborioso; siempre está estudiando..." Y replicó otro al punto: "Claro, no tiene otra cosa que hacer..." Y hay un fondo de verdad en esto.

Siempre me ha indignado, como a muchos otros, la famosa fábula de la cigarra y la hormiga. El egoísmo y la inhumanidad de ésta son bien manifiestos. Porque el caso es, y yo lo tengo bien averiguado, que mientras trabajaba se estaba recreando con el canto de aquélla.

Yo no sé quién ha dicho que las más grandes proezas de valor son hijas del miedo, y si no lo ha dicho nadie antes, lo digo yo ahora, y es lo mismo. Y de la misma manera cabe decir que los más fecundos esfuerzos del espíritu humano son hijos de la pereza, de la haraganería. El hombre trabaja para evitarse trabajo, trabaja para no trabajar. Son increíbles los trabajos a que el hombre se somete por no trabajar.

Y después de todo, ¿quién sabe lo que es y lo que no es trabajar?

....

El lector puede seguir por su cuenta haciendo toda clase de variaciones sobre este tema una vez puesto a tono. Yo no he pretendido más que sugerirle una línea

de reflexiones que creo utilísimas en países que se convierten en colmenas y los hombres en abejas, que no van sino a almacenar oro zumbando sobre las flores que lo producen. En países tales, más tarde o más temprano aparece el zángano, como aparece la cigarra junto a los hormigueros, y se propende a despreciarlo injustamente.

El zángano es toda clase de aventurero, toda especie de vagabundo corporal o espiritual: el atorrante, el filósofo, el poeta, el inventor y el político. Sobre todo el político. Y a ellos, no os quepa duda, a los atorrantes, a los filósofos, a los poetas, a los inventores, a los políticos —sobre todo a los políticos— se debe la civilización. Más que a los llamados trabajadores o laboriosos por excelencia.

La civilización procede más de las maneras de consumir y de sus cambios, que no de las maneras de producir y de los suyos. Para que un pueblo se civilice y crezca en cultura, importa más que aprenda a consumir que no a producir. Tengo yo un amigo cultísimo, de refinados gustos, delicado y sutil, que se pasa la vida viajando, leyendo, oyendo música, visitando museos, etc., y cuando alguien al echarle en cara su aparente inutilidad productiva le increpa diciéndole: "Y usted, ¿qué produce?", contesta imperturbable: "¿Yo? Yo no produzco, consumo."

Unamuno

"En defensa de la haraganería"

Y cuando le preguntan si no escribe, contesta: "No, yo no escribo, yo admiro a los que escriben bien; mi oficio es el de admirador, o si se quiere, de lector." Y este hombre ha puesto en actividad a otros y ha orientado a más de uno. Sus conversaciones son un encanto y un excitante. Yo, por lo menos, le debo mucho.

¿Qué era Sócrates más que un haragán? No hay memoria ni de una sola obra de escultura que haya dejado, siendo como era escultor. Y si no escribió nada, tengo para mí que fué por haraganería, por no tomarse la molestia de cojer el cálamo.

El tiempo que podía haber empleado en escribir lo empleaba en callejear a la busca de algún jovencito con quien charlar de todo lo divino y lo humano. Si viviera en nuestros días, lo veríais siempre en algún café de cháchara con otros haraganes como él. Y ¡cuántos Sócrates no se mueren sin que sepamos de su enorme labor, por falta de un Platón o un Jenofonte que nos la conserve por escrito! //

// Lo que sí digo es que no son los más soberbios los que más hablan de sí mismos, ni es soberbia el reconocer, a la vez que los propios deméritos y faltas, también los méritos y perfecciones propias. Y traigo esto a cuento porque veo que son no pocos los jóvenes que dan en ensalzarse de un modo o de otro, ya directamente, ya por medio del elogio mutuo, y hasta los hay que, engañados por Nietzsche, el gran embaucador, hablan de su propia soberbia.

Unamuno "Almas de jóvenes"

... Y no hay tal soberbia ni los que dicen padecerla la padecen, sino que es una moda como cualquier otra, sin que haya por debajo, en lo regular, otra cosa que la rebusca del pan de cada día.

Hay en nuestros jóvenes mucha soberbia fingida, como es pura ficción la horribilidad de aquel inocente animalito al que llaman los naturalistas *Moloch horridus*, inofensivo lagarto de la Australia, que al verse hostigado toma la apariencia de espantable animal dañino, erizándosele de miedo no sé qué gola o pendejo del cuello.

Los más de los males de que nuestra juventud padece arrancan de la pobreza de nuestro país y de nuestra vida. Su fantasía les engaña con sobrada frecuencia, mostrándoles el pan en forma de gloria.

Lo he dicho muchas veces, y lo repito, y no por última vez: en el español, la codicia ahoga la ambición. Somos un pueblo de pordioseros arrogantes que despedimos con un "¡Dios se lo pague!" al que nos da limosna, y con un "Vaya un tío" al que no nos la da.

Llega un mozo a Madrid en busca de colocarse, y al punto procura un rodrigón, y es ello forzoso. Y los que más aparentan independencia suelen ser los que con más ahinco lo buscan.

Y lo más triste es que los jóvenes andan desparramados y sin haber comprendido que el unirse,

dejándose de rodrigones, y el marchar en falange compacta les daría mucha más fuerza.

No ha sido posible hasta ahora unirlos a todos, y es acaso porque la busca del pan desune, y no todos comprenden que no sólo de pan vive el hombre.

Tengo un verdadero lío en la cabeza: la consabida sopa de letras, hirviendo; unas me suben, otras me bajan, en sartas o en pedazos; ahora tengo una duda sobre algo elemental y básico, y al punto se me monta una afirmación absoluta tenazmente.

Otras veces siento que bajo la conciencia me andan ideas desconocidas haciendo sus menesteres; de cuando en cuando una asciende como un pez a tomar aire, y la veo; pero, como no veo el resto de su familia, no me sirve de nada. En una palabra, un lío ideal que con su jaleo me impide verme lo instintivo, lo espontáneo que haya o haya de haber en mi personalidad.

Mas sí lamento lo frecuente que es encontrar a nuestros jóvenes zambullidos en ciencia puramente libresca y entregados a la pedantería. Hablan demasiado de autores y de libros, y muestran demasiado empeño en hacer ver los unos que los han leído, y que no los han leído los otros.

Por otra parte, el libro es en España más imprescindible que en otras partes. Donde hay más cultura en el ambiente social que la que aquí hay, recíbela uno sin saber cómo: de conversaciones, de la lectura de diarios, de conferencias, del espectáculo mismo de la vida.

Aquí tenemos que suplir cada uno las deficiencias de la cultura ambiente y las deficiencias de nuestra educación; el español se ve obligado a ser autodidacto. Y de nuestro forzoso autodidactismo proceden, con algunas ventajas, no pocos de nuestros inconvenientes.

Y puestos a leer, leer mucho. En esto aplaudo a mi amigo. Y también aquí he de repetir palabras mías de otra ocasión, y es que, cuanto menos se lee, hace más daño lo que se lea. Cuantas menos ideas tenga uno y más pobres sean ellas, más esclavo será de esas pocas y pobres ideas. Las ideas se compensan, se contrastan, se contrapesan y hasta se destruyen unas a otras.

Más complicada es la cuestión de la esperanza en el genio, que plantea en su carta mi joven amigo, y muy exacto lo de que viene tal esperanza a ser una manifestación del espíritu de la lotería. Sin embargo, yo, que, como los más de los españoles que pueden tirar una vez al año cinco duros, juego a la lotería por Navidad, a ver si me cae el premio gordo,

aunque sin hacerme ilusiones al respecto ni echar sobre ello las cuentas de la lechera, creo que la esperanza en el genio no es obstáculo para que cada cual trabaje por sí mismo, preparándose así al advenimiento de aquél, si es que ha de llegar.

El genio sirve de poco o no sirve de nada, si no es el núcleo en torno del cual se agrupan los "cien hombres de mediano talento, pero honrados y tenaces". Es más: creo que un solo genio, un genio solitario, si por acaso naciese entre nosotros —y tal vez haya nacido, y viva y aun se muera o se haya muerto, sin que de él nos hayamos percatado—, creo que ese genio no maduraría, a falta de otros genios.

Es la sucesión de genios, la mutua fecundación de sus labores, lo que hace las grandes épocas de un pueblo, como lo ha mostrado bien el gran pensador norteamericano Guillermo James en su ensayo sobre los grandes hombres y su ambiente (1). Un genio, a la vez que es producto de un grupo de talentos que le fomentan y maduran, es quien puede reunirlos y multiplicarlos.

La espera del genio, si de veras lo esperáramos, en vez de sumirnos en la quietud nos movería a la acción, así como la esperanza en el Mesías era lo que arrancaba a las mujeres judías de la esterilidad voluntaria y las hacía ansiar la maternidad. Y la esperanza en el Mesías es lo que mantiene aún vivo y activo a ese pueblo maravilloso.

Y así como toda doncella judía deseaba ardientemente llegara el hombre que la hiciera fructificar de entrañas, en esperanza de que su fruto fuera el Mesías prometido; si de veras esperáramos el genio —que yo creo que no lo esperamos con esperanza activa—, todos procuraríamos con ardor que fructificasen.

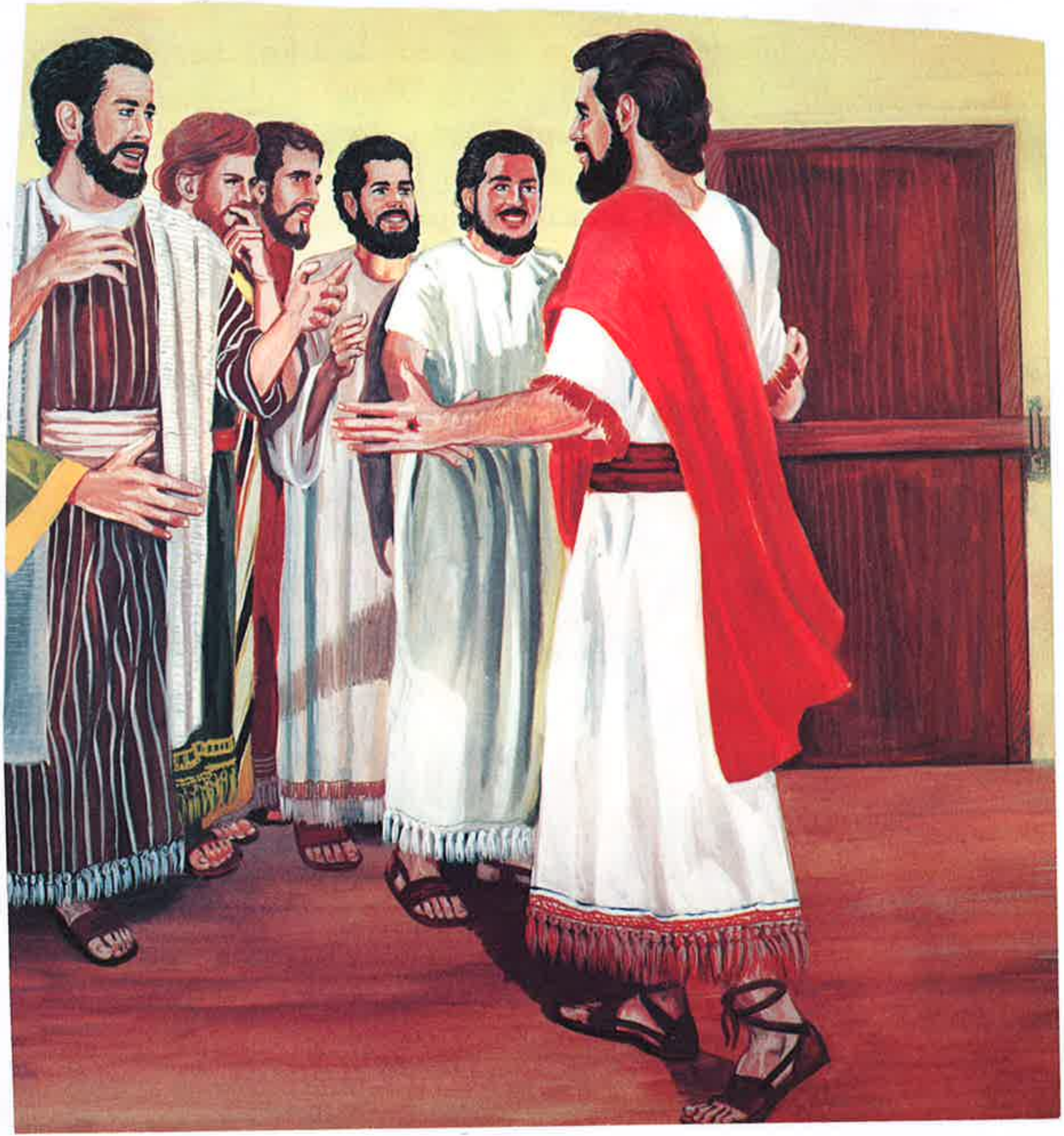
—Así es la vida, chico; se enredan unas cosas con otras como las cerezas, y nunca se sabe a dónde se ha de ir a parar...

—Pero la lógica...

—La lógica es una servidora de la razón, y la razón una potencia conservadora y seleccionadora. Y, en general, el conocimiento, todo. A la conciencia del hombre apenas llega más que aquello que necesita conocer para vivir, o para sostener, acrecentar e intensificar la vida.

Los conocimientos que no resultan útiles han sido eliminados por selección; no tenemos más sentidos que los necesarios. Y puede haber, y de hecho hay, aspectos de la realidad, o más bien realidades, que no conocemos porque su conocimiento no sirve para sostener, acrecentar e intensificar la vida actual. //

Unamuno "Almas de jóvenes"



//

A la orilla del río van invadiendo al alma dulcemente y gota a gota las profundas aguas, hasta que le bañan las espirituales entrañas, distendiéndoselas, le gana una laxitud deleitosa, y a cada uno de los ligeros movimientos con que se desperezan las potencias y sentidos, la confortante frescura que la empapa despéjala del irritante cosquilleo de las inquietudes cotidianas.

¡Dulce ablución íntima! ¡Recogido lavatorio del alma! Las imágenes y pensamientos se templan tomando apacible y apagado tono; gustamos la sensación pura de la vida y nuestras alegrías se purifican también.

Tendido junto a un río, dejándose adormecer por las aguas, se llega a algo que es como paladear la vida misma, la vida desnuda; se llega a un gozar de las rítmicas palpitaciones de las entrañas, del incesante fluir del río de la sangre en nuestras venas.

Mientras descansa la inteligencia adormecida sentimos el nutrido concierto de las energías de nuestro organismo, y entonces es cuando se percibe algo de lo que podríamos llamar la música del cuerpo, con tanta razón como los pitagóricos llamaban música de las esferas al concierto de los astros.

La contemplación del quieto fluir del río nos lava de la sucia costra de los cotidianos afanes, y limpia y monda el alma, respira a sus anchas, por sus poros todos, la serenidad augusta de la naturaleza.

Libertados de la obsesión de la vida, gozamos de ésta como sus dueños, sin sufrirla como esclavos suyos. Entonces es cuando se aspira el perfume de aquella divina sentencia de que basta a cada día su malicia.

¡Recatada sabiduría la que por el filtro de sutil embebecimiento va posándose en el cauce del río de nuestra alma!

Tan sólo turba la serena marcha del río algún ave que, rozándole con el ala mientras nada por el aire, pica de paso el pellejo de las aguas, o algún pez que desde el seno líquido en que revolotea sube a picar también el pellejo del río, pues siempre hay una sobrehaz común a aves y a peces. El sol riela las aguas que el viento al acariciarlas riza, y les saca plateados reflejos, provocando cadenciosa danza de luminosas lentejuelas. Diríase que el río, larga serpiente dormida en la ribera, tiembla con escalofríos de gozo al calor que el sol le presta y hace brillar así sus escamas de plata.

¡Qué sabroso descanso el de sentarse a orillas del río y a la sombra de un álamo, a dejarse vivir en suave baño de resignada dejadez, mirando correr las aguas! ¡Qué secreta escuela de resignación y de calma!

Vemos en las aguas retratado el cielo y cuando está quieto el río parece que la azul inmensidad se continúa debajo de él y que es la tierra firme verde capa tendida en los celestes campos. Cruzan las nubes por encima y por debajo de ella. Y suele suceder entonces que va poco a poco convirtiéndose nuestra quietud en aparente marcha, opuesta a la del curso fluvial.

Lo sabe bien el pescador que tiene al corcho por hito de su mirada. Y es como si bogáramos en flotante isla sobre el mar azul del cielo. Y como a la par que nos sentimos arrastrados, nos damos cuenta de nuestra quietud, sentimos la esencia del dicho aquel del pensador que más adentro buceó en las aguas de la razón humana, del más grande pescador de ideas, el que dijo: sólo es siempre estable la inestabilidad. //

Unamuno "El perfecto pescador de caña"

// A LA SEÑORA MAB

No soy, en efecto, señora, amigo de polémicas. Me gusta decir mi palabra y seguir, sin volver la vista, mi camino, dejando que cada cual de los demás diga la suya. Pero como no lo hago por soberbia ni por desdén al parecer ajeno, cuando hay una persona que, como usted, señora, opone a mis dichos reparos juiciosos y razonables y me los opone con cortesía y buen propósito, algunas veces me detengo para contestarle.

Dice usted benévolamente que soy yo, de entre los escritores españoles del día, quien en mayor grado tiene "el poder de suscitar ese espíritu antagónico, que latente yace en todo hombre". (Y en toda mujer, y acaso más en ésta que en aquél.) Si así es, me felicito de ello, pues siempre me he propuesto, más bien que dar a otros mis ideas, excitar y avivar las suyas propias, siempre he tendido a ser un sugeridor más bien que un instructor.

... Si en alguien provoco un pensamiento, aunque sea opuesto al mío con que le provoco, creo haber cumplido mi obra. Tan cortante y afirmativo como pueda aparecer a las veces, no soy un dogmático.

Pero no, no, señora, no me río de todo y de todo el mundo, aunque prosiga impertérrito en mi campaña. Me río poco. Y si no quiero enterarme de muchos de los ataques de que soy objeto, es para no envenenar mi espíritu. El mejor modo de mantener mi espíritu sereno, para poder juzgar a los demás imparcialmente, es ignorar sus ataques.

Pero los reparos de usted, señora mía, no son ataques ni violencias, sino razonadas observaciones. Y además, como usted confiesa, no solicita la explicación ni ampliación de mi artículo sobre las mujeres que escriben, he aquí por qué voy a explicarlo y ampliarlo.

Añade usted que tampoco le mueve aquel espíritu rebañego con que tanto gusto, dice usted, de apostrofar a los mortales. Se lo creo. Y se lo creo porque el espíritu reba-

ñego, pese a las apariencias y a la tiranía de la moda, es más cosa de los hombres que no de las mujeres. La mujer es, ciertamente, más conservadora que el hombre y teme más que éste romper lo establecido; pero, en el fondo, el hombre es mucho más servil que la mujer, y ésta mantiene mejor que aquél su íntima libertad espiritual.

No son los que aparecen más rebeldes los que de más libertad interior de espíritu gozan. El someterse a la ley y cumplirla suele ser la mejor preparación para trabajar por abolirla. He conocido muchos anarquistas —casi todos los que he conocido— de espíritu servil. Muchos de ellos lo son por seguir la moda, por espíritu rebañego

. Y en cambio conozco muy pocos hombres que a un respeto y sumisión a lo establecido, tales como los tuvo Santa Teresa, pongo por caso de mujer típica y excelsa, junten una tan grande libertad interior espiritual.

Precisamente hoy he estado leyendo en el *Port-Royal*, de Sainte-Beuve, y en su libro quinto, cuanto dice de aquel portento de libertad interior femenina que se llamó la madre Angélica de San Juan.

(Observará usted, señora, que como me dirijo a mujeres, procuro hablarles en el sentido más escueto, más viril y menos acaramelado que me es posible. Es mi manera de demostrarles mi respeto. La mayor parte de las llamadas galanterías me parecen expresiones de desdén. Es algo así como hablar a los niños a media lengua, procurando imitar su balbuceo.)

No voy a meterme a dilucidar si el intelecto de la mujer es igual, inferior o superior al del hombre: me basta con que sea diferente del de éste; y sobre todo, la igualdad, superioridad o inferioridad respectiva de dos seres no puede ni debe buscarse en el intelecto solamente.

Pero como tengo a este respecto mis convicciones, no dejaré de expresárselas, aunque usted diga que revelo en ellas "residuos de un espíritu netamente español", lo cual no niego, porque español y español neto soy. Y ahora voy en cuatro palabras a decirle mi opinión sin rodeos.

Usted sabe, señora, cuáles son los efectos de una causa que obra constantemente, por pequeña que su acción sea. Usted sabe lo que al cabo de los siglos y los siglos de los siglos significaría un capital mínimo puesto a interés compuesto. Pues bien: esto le ocurre a la mujer.

El organismo de la mujer está hecho para concebir, gestar y amamantar al niño, y las molestias inherentes al embarazo y a la lactancia hacen que ya desde los pueblos salvajes las mujeres no puedan seguir a los hombres en la guerra y la caza, que es donde principalmente se aguza la inteligencia.

La mujer se queda en casa, y su inteligencia se hace casera, doméstica, estadiza y minuciosa. Y como esto sucede en una y otra generación, acaba por producirse una forma de inteligencia femenina distinta —no hablo de igual, superior ni inferior— de la masculina.

Una inteligencia de aplicación más concreta, de más paciencia, de más detalles, de mayores minuciosidades, pero no una inteligencia napoleónica, señora. Toda mujer que se ha dedicado a la alta especulación filosófica, en la que hay que mirar desde muy alto y ver en conjunto, ha fracasado.

Y mientras no se llegue a que la mujer no nazca de mujer que ha concebido, gestado y lactado, la causa originaria seguirá obrando.

Lo cual no es, claro está, negar las facultades intelectuales de la mujer, sino decir que esas facultades no pueden hallar campo adecuado a ellas en trabajos que surgen de la constitución genuinamente masculina de nuestra cultura.

Sí, señora, nuestra cultura, incluso la de las mujeres, es una cultura masculina, con todas las ventajas y todos los inconvenientes de la masculinidad. La colaboración de las mujeres en ella tiende a familiarizarla, y esto es una ventaja; pero yo, en mi artículo, me limité a mostrar todas las dificultades de que esa colaboración está rodeada.

"Una mujer ¿deberá escribir?", se pregunta usted, y yo respondo: Sí, debe escribir, pero, lo mismo que el hombre, cuando tenga algo que decir. Y el que para hacerlo tenga que servirse de un instrumento hecho por hombres y para hombres, de una lengua literaria fruto de una civilización predominantemente masculina, no quiere decir, ni mucho menos, que sea la mujer intelectualmente inferior.

Mi lógica masculina no ve bien esta consecuencia. Eso quiere decir que un francés, aunque tenga más talento que un español sobre un asunto cualquiera, estará en peores condiciones que el español que escriba en su

lengua. Ahora, lo que puede hacer la mujer es modificar el instrumento, pero ¡dura tarea!

Sí, la mujer puede aprender la lengua literaria como un francés o un chino puede aprender el español y un zurdo el manejo de un instrumento hecho para la mano derecha, pero es difícil que aquéllos lleguen a saberlo tan bien como el español mismo que desde niño habla su lengua, o que el zurdo maneje tan bien como el diestro el instrumento en cuestión.

Lo cual no es suponer que el español tenga más talento que el francés o el chino, o el diestro más habilidoso manual que el zurdo.

No siento, señora, superstición alguna hacia la lengua literaria, y buena prueba de ello es que cuando escribo, escribo por lo general a vuela pluma, huyendo de estilismo para así tener estilo, cuidándome poco de evitar asonancias y de otras retoriquerías.

Yo he aspirado siempre a que de mis escritos se diga: "¡Hablan como un hombre!", en vez de que de mí se diga que hablo como un libro. Y si tengo a Sarmiento, su paisano —pues la supongo a usted argentina—, por un escritor, como tal escritor, portentoso, es porque escribió siempre de la grosura de su corazón, con ímpetu, hablando lo que escribía. En cuanto me dicen de un escritor que es un estilista, ya estoy apartando los ojos de sus escritos

. Por lo general los llamados estilistas son los que menos estilo propio tienen. Y eso puede usted verlo ahí donde han padecido y aún siguen padeciendo esa plaga, tanto en prosa como en verso. No siento superstición por la lengua literaria, que oscila entre el énfasis y la sequedad, entre el tono oratorio y el sentencioso, lo cual es propio de hombres.

El hombre, cuando no es enfático e hinchado, es seco y escueto; o hablando a la española: cuando no es gongorino, es culterano. Rara vez sabe ser jugoso sin hojarasca y sencillo sin afectación. Y la mujer, cuando se pone a escribir en hombre, literariamente, acentúa los defectos.

Usted habrá oído, señora, que el género en que las escritoras han sobresalido es en el epistolar. Basta citar, además de la ya citada Santa Teresa, a madama de Sévigné.

Y esto es por ser el género más cercano a la conversación familiar y el más apartado de la lengua oratoria. La mujer habla, por lo general, mucho mejor que escribe y perora, y el hombre escribe y perora mejor que habla. Y es que la lengua de aquélla es lengua de casa y la

de éste lengua de calle. He conocido algunas escritoras, aunque no muchas, y todas ellas tienen una conversación mucho más amena y viva que no sus escritos, y en cambio conozco escritores afamadísimos que no dicen nada cuando hablan.

No está mal que ustedes, las argentinas, se pongan a escribir, sobre todo si logran así introducir en el estilo la sencillez, el abandono, la *nonchalance* de lo hablado. Porque, créame usted, señora, que cierto estilismo imitado del francés es una de las plagas de los escritores de ese su país. Y he aquí por donde contribuirían ustedes a desfeminizar el estilo literario de su patria.

Cita usted luego una frase a mi respecto del *Nuevo Mercurio;* pero debo decirle que rechazo la exactitud de la tal frase, si con ella quiere decirse que yo estime que la intelectualidad es un ejercicio ideólogo; ni lo soy, puedo asegurárselo, y si mis escritos han logrado aquende y allende el océano algún favor, débese sin duda al fondo de pasión que he puesto siempre en ellos. Día llegará, así confío, en que habrá de reconocerse que sólo de cierta deficiencia crítica puede brotar el creerme un ideólogo o un sabio.

Y volviendo a ustedes, las mujeres que escriben, he de decirle, mi señora Mab, que yo me entretuve en mi artículo en poner de manifiesto las dificultades que en ese ejercicio han de rodear a ustedes. Pero si escribiendo llegan a encontrar su propio tono, el tono genuinamente femenino, entonces su acción no dejará de ser beneficiosa. Es más: creo que la genuina y legítima feminidad, la de las mujeres, es el mejor antídoto contra la afeminación del estilo de no pocos hombres.

En efecto, así como apenas hay nada más ridículo que esos cuentos para niños que escriben los mayores, fingiendo infantilidad en ellos, así apenas conozco cosa más deplorable que cuanto escriben los hombres para las mujeres, teniendo presente al espíritu el público femenino cuando escriben. Los niños, si son avisados, se ríen por lo común de esos deplorables cuentos infantiles puerilmente tejidos por los mayores, y las mujeres de espíritu tienen que despreciar a la mayoría de los hombres que para ellas escriben.

Supongo, por otra parte, que la señora Mab conoce lo que escribió el ilustre Ferrero —reciente huésped de esa

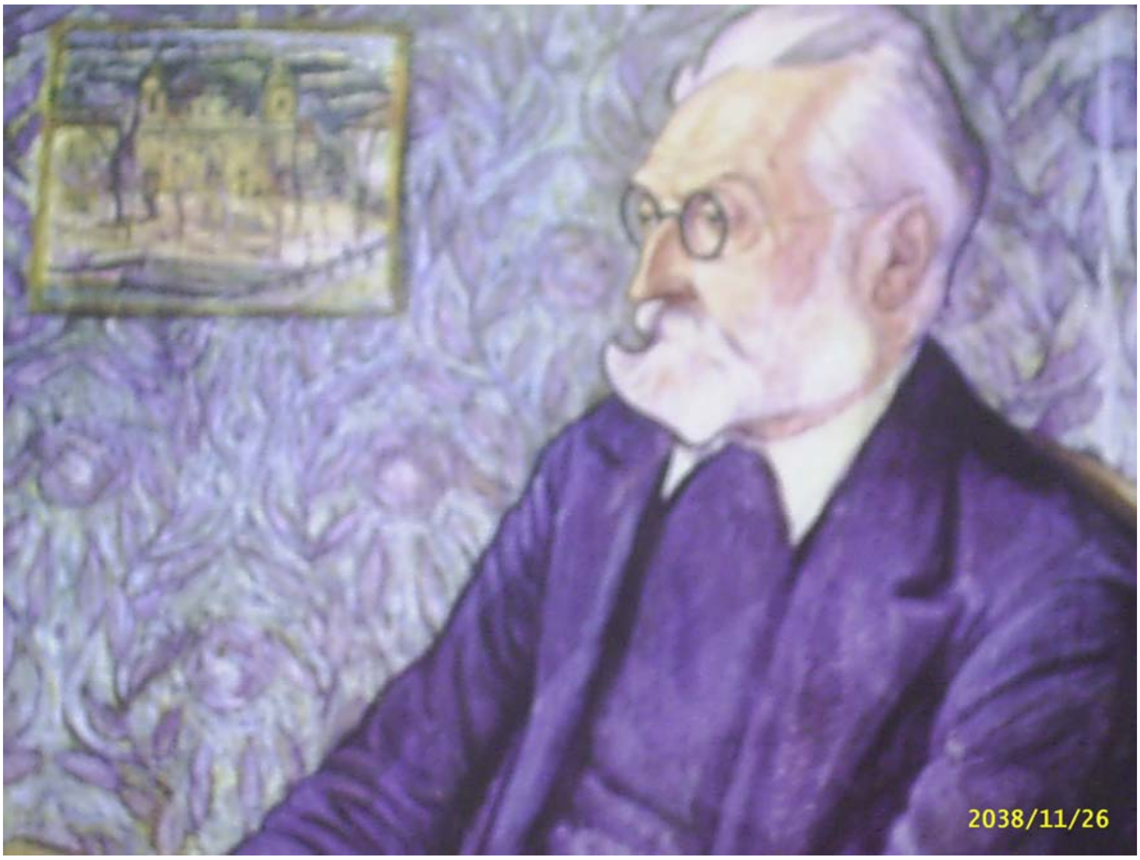
ciudad— respecto al que llamó tercer sexo, a las que los ingleses llaman *spinsters* y que alguien ha comparado a las hormigas neutras. Yo creo que ahí, en la Argentina, no se conoce, como no se conoce aquí en España, ese género. Y es indudable que el feminismo de esas señoras —muy respetables por lo demás— es cosa muy distinta del feminismo de las mujeres de su casa, esposas de sus maridos y madres de sus hijos.

Inútil creo, además, decirle que estoy muy conforme con casi todo lo que usted dice —fuera de esas divergencias— y que me parece muy bien que estén ustedes hastiadas "de esa psicología que hace de la vida de los sentidos el motor alrededor del cual gira todo".

Pocas palabras he de decirle sobre la Real Academia Española, y he de decirle pocas por la sencilla razón de que cuanto dice usted al respecto lo he dicho ya muchas veces. Lo que sí quiero hacer constar es que de lo que haga la Real Academia Española de la Lengua no puede deducirse nada respecto a ese supuesto, y no más que supuesto, exclusivismo español, pues la tal Academia no representa a España.

Eso del exclusivismo español es una de tantas leyendas como por ahí y por otras partes corren, y sobre ello he de escribir algún día. No hay tal exclusivismo español, como por ahí lo entienden muchos; lo único que hay es que en España no ha entrado aún el esnobismo de lo cosmopolita. Más exclusivista, muchísimo más exclusivista que el español, es el francés —el pueblo más cerrado en sí y más desdeñoso de lo ajeno, que sólo admite "caritativamente" a título de curiosidad exótica—, y, sin embargo, rara vez se habla por esas tierras del exclusivismo francés. //

Unamuno "A la señora Mab"


2038/11/26


2038/11/26

// Un puñetazo de un púgil de boxeo, un puñetazo profesional o gimnástico se diferencia no poco del puñetazo natural, de boleo, que brota espontáneamente en un riña de mozos.

En el puñetazo gimnástico se tira al más económico aprovechamiento de la fuerza disponible, a obtener el efecto inmediato del golpe con la menor fatiga posible. Procúrase en él no poner en juego más que los músculos precisos, ahorrando energía, y el efecto del golpe sobre el adversario suele ser mucho mayor y más eficaz que el que se obtiene con el puñetazo espontáneo.

Pero éste, en cambio, poniendo en juego mayor suma de músculos, haciendo entrar en él por *simpatía* y difusión a casi todo el organismo, vitaliza mucho más que aquél al que lo da.

He aquí por qué se preconiza para los fines higiénicos la superioridad de los libres juegos sobre los reglamentados ejercicios gimnásticos. Estos hacen hombres forzudos, hombres fuertes; aquéllos, titiriteros los unos, atletas los otros.

Escritos espontáneos contra escritos gimnásticos llenos de entrenamiento.

Tal distinción voy a llevarla al orden del espíritu y, dentro de éste, al literario, donde hay también puñetazos de pugilista y habilidades de titiritero.

Escritores hay que puede decirse que no piensan más que con el cerebro o, si se quiere, con la fantasía; que han diferenciado su labor a fin de ahorrarse fatiga; que producen su obra sin conmoción alguna de su alma toda, sin que el golpe les vitalice el entero organismo espiritual.

Y hay otros que piensan y producen por ministerio del cerebro, sí, pero con alma y cuerpo, con todas las potencias y sentidos, con su ser entero, entregándose y abandonándose al dar el golpe, aunque dejen descubierto el flanco.

... pero en ese mismo *Quijote* cuyo texto se enmugrece y ahuma en más de una cocina de alquería, hallan solaz gente sencilla que ríen los donaires de Sancho, como ríen las torpezas de Bertoldo, y se regocijan con las aventuras de Don Quijote y se conmueven cuando, con muerte sublime, termina Alonso *el Bueno* su mortal carrera.

El genio es lo más profundamente popular que hay, como que es el alma del pueblo individualizada. Un genio es el resumen de todo un pueblo, una hipóstasis del alma colectiva. Y nada más lejos de él que cuantos pretenden alcanzar la exquisitez elevada, no por inclusión, sino por exclusión, no pensando y sintiendo con toda el alma y todo el cuerpo, y con el alma de su pueblo, sino con el cerebro, en pensamiento gimnástico o profesional.

Estos son los que podemos llamar *cerebrales*, los que otros llamarían *desarraigados*, porque no tienen raíces más que en sí mismos, siendo como esponjas flotantes.

El literatismo es un mal que, importado en su mayor parte de Francia, amenaza ahogar en brote no pocos prometedores gérmenes de nuestra actual literatura española y de la hispanoamericana.

Son ya demasiados los literatos jóvenes, o que por tales se tienen, que se jactan de su ignorancia cintífica, de su infilosofía, y hacen gala de superficialidad. Suponen que la meditación y el estudio de los problemas eternos ahogan la espontaneidad y la frescura, y huyendo, según dicen, de la pedantería y de la tiesura, caen en el más excesivo pedantismo. Es carencia de alma.

Es imposible que conmueva con conmoción duradera y profunda quien no piense con hondura; con fútiles mariposeos no se hace más que entretener a los aburridos.

La literatura no puede ser algo especial y diferenciado que discurra aparte del mundo de la ciencia; la literatura es una interrogación. A hacer brotar la flor, precursora del fruto, concurren raíces, tronco y follaje.

Cuando la vida no es muy intensa y variada, cuando una viva experiencia no nos pone en contacto con los más diversos aspectos de la realidad, tenemos que acudir a la ciencia para que supla tal defecto, y con el sentimiento tenemos que vivificar a la ciencia.

Hay, en efecto, una literatura que llamaré gimnástica, profesional, de titiriteros y de funámbulos y trapecistas del circo de las letras, de la feria de las vanidades. Entre ellos están el hombre-cañón, el hombre-mono, el hombre-murciélago y el hombre-serpiente de la literatura, y la legión inacabable de los malabaristas.

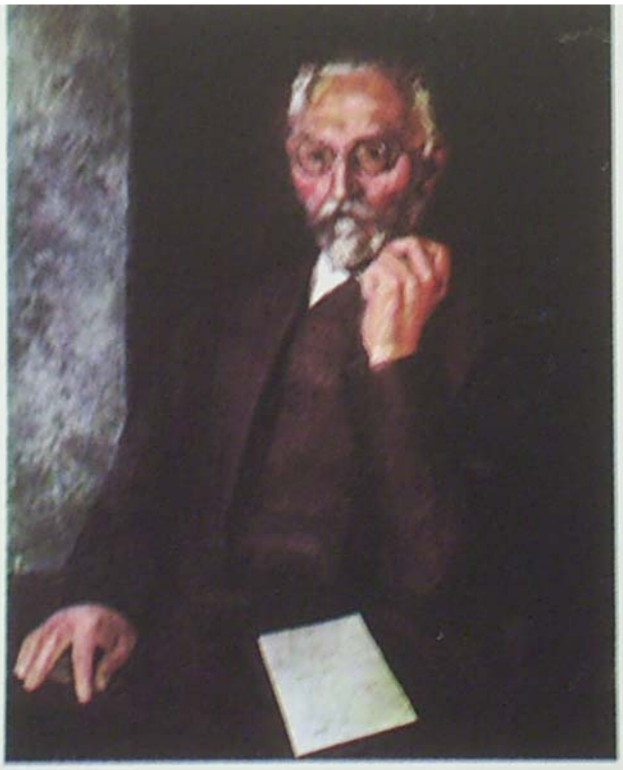
La literatura es literatismo para ellos; arte de hacer volatines intelectuales o imaginativos, y no una seria lucha por el ideal. Lo que más les preocupa es lo que preocupaba al gladiador mercenario: el gesto bello y la manera de caer, de que el libre soldado jamás se cuida.

Los escritores virtuosísticos y vacíos son trapecistas del circo literario, gladiadores mercenarios.

Esto produce una enorme plaga, la plaga del *literatismo,* nacida de la literatura que sólo de sí misma se alimenta, sin raíces ni en la vida del pueblo ni en la realidad vista al través de la Ciencia. Dramaturgo que apenas lea más que dramas, no logrará más que hacer teatro de teatro, ficción de ficción, sombra de sombra; ni hará otra cosa el novelista que haga de novelas su principal pasto.

Para esos titiriteros de las letras, que cifran su anhelo en inventar una nueva pirueta funambulesca o un nuevo juego de manos, lo supremo es la tecniquería, la dificultad vencida. Son como aquellos *virtuosos* del piano que sólo tocan para que los inteligentes admiren la destreza y agilidad de sus manos. Eso es bueno para *estudios,* pero no hay, en rigor, derecho a molestar con estudios al público que sólo juzga con oído y sentimiento. //

Unamuno "Los cerebrales"



Miguel de Unamuno, pintura de D. Vázquez Díaz

//

Era terrible, verdaderamente terrible. Si aquello se prolongaba no respondería de sí mismo. «Pero ¡Dios mío! —se decía—, ¿por qué soy así? ¿Por qué soy como soy? Todos se me vuelven propósitos de energía que se me disipan en nieblas así que afronto la realidad.»

Era ya tiempo de estallar. No se trataba de él sólo, sino de sus hijos y de su mujer, del porvenir de los que le estaban encomendados. Un padre de familia no puede aspirar a santo, ni dejar además la capa al que le ponga pleito queriendo quitarle la ropa. Eso de no resistir al malo estaba bien para los frailes. ¿Es compatible la más alta perfección cristiana con las necesidades de la familia? No podía hacer a sus hijos víctima de su bondad; tenía que azuzar por un momento al bruto que en él dormía. Ahora verían quién era él, José el manso, el paciente.

Desde niño había guardado el pobre José sus indomables resoluciones en lo más hondo de su alma, entregando al mundo aquella debilidad que le valía fama de bueno, fama que le estaba dando no poco que sufrir. Porque era bueno, positivamente bueno, y si no había estallado más de una vez fué por bondad y reflexión; estaba seguro de ello. Tenía plena conciencia de que más de una vez habría dado que sentir, a no ser porque sobre todo tendía a sujetar al bruto bajo el ángel. Y la gente, que sólo juzga por las apariencias, confundía su bondad con la impotencia. ¡Hasta que estallase un día!...

Había pasado una noche angustiosa pensando en las deudas que le vencían sin tener con qué responderlas... Es decir, sí; tenía conqué, pero repartido entre deudores. ¿Hay cosa más terrible que verse atosigado de deudas cuando los créditos exceden a ellas? Y no podía decir a sus acreedores que le perdonaran como perdonaba él a sus deudores, porque un acreedor no es perfecto como nuestro Padre que está en los cielos. Se armó de gran valor, encasquetóse el sombrero y salió a cobrar lo suyo.

Iba componiendo, palabra por palabra y repitiéndola por vía de ensayo, la tremenda filípica que endilgaría al primer deudor con quien topase, cuando la visión a lo lejos de unos de los más mansos le desvaneció los ímpetus, le hizo latir el corazón y le obligó a desviarse por una calleja murmurando: «Pero, Señor, ¿por qué soy así?» No tenía bien estudiado su papel, y aquel encuentro inopinado le privó de aplomo.

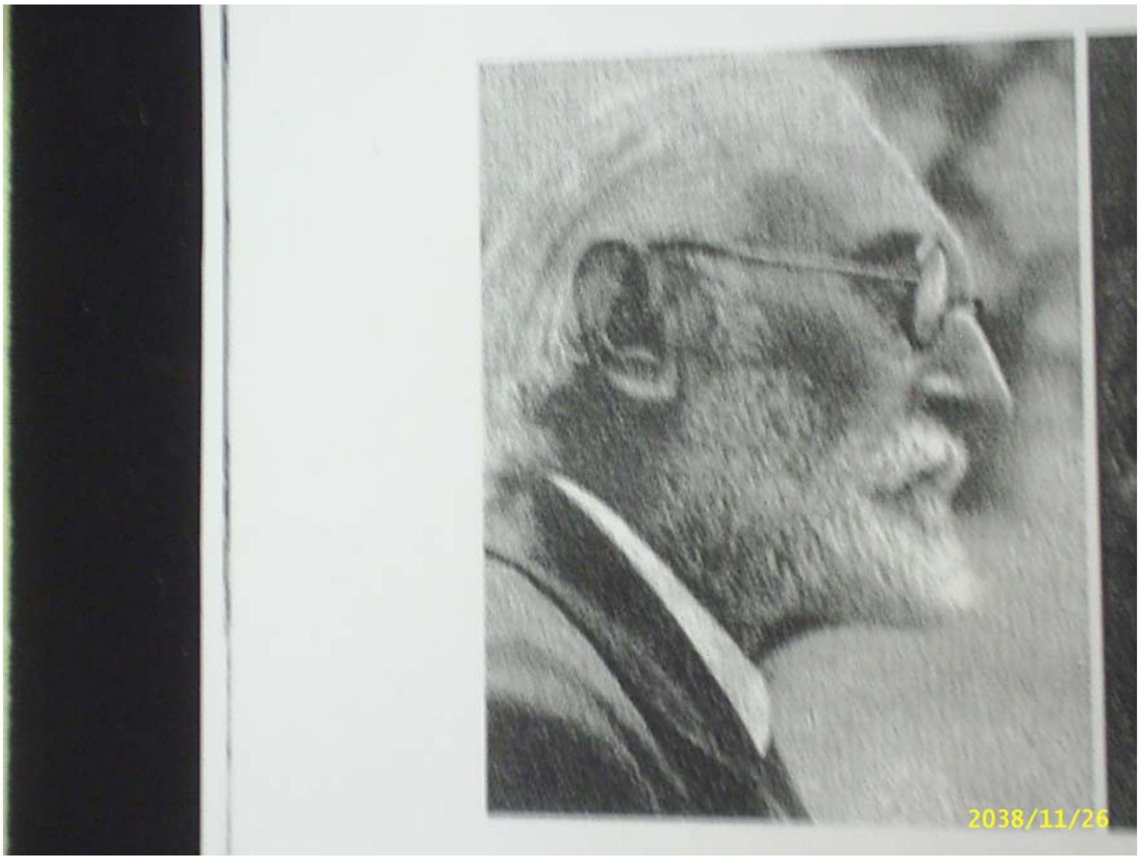
Acordóse de su hijos y de su mujer, de su dinero esparcido, y lleno de valor subió a casa de otro de sus deudores. Subía despacio, contando las escaleras; en cada tramo las palpitaciones cardíacas le obligaban a descansar; miró tres o cuatro veces el reloj; llegó a la puerta, al oír pasos dentro, pálido y sin haber llamado, bajó las escaleras más de prisa. Los pasos habían sido de él, de Eustaquio... ¡No le dejaban tiempo de prepararse, le sorprendían antes de haberse puesto en guardia!

Iba midiendo el santo suelo y diciéndose: «Pero ¿por qué soy así?» cuando le heló una voz que decía a sus espaldas: «¡Hola, José!» El más complaciente de sus deudores le alargaba la mano vacía, que José estrechó enternecido de vergüenza. Hablaron de mil cosas indiferentes, aludió el otro a aquella dichosa letra que siempre que topaba a José estaba por llegar, preguntóle si por casualidad llevaba cinco duros; contestóle éste que por providencia no los tenía a mano; se la alargó el otro vacía y le despidió diciéndole: «De lo otro no me olvido.»

—¡Que no se olvida!... ¡Es un consuelo! //

Unamuno "Por qué ser así?"

Aquí Unamuno se anticipa a Kafka y todo el género de literatura autobiográfica desesperada "underground" tan de moda en los tebeos actuales o "comics".


2038/11/26

//

Unamuno

"A una aspirante a escritora"

Me pregunta usted, señorita, qué me parece de que usted se dedique a escribir para el público. Como yo vivo muy lejos de ese país y no conozco sus condiciones íntimas sociales sino por referencias, habrá de permitirme que me imagine que es una paisana mía, una española, nacida y criada aquí y que, como yo, aquí vive la que me dirige semejante consulta, y dejo a su perspicacia y buen juicio el hacer las debidas trasmutaciones y traducciones de lo que le diga. No voy, pues, a contestarle a usted, sino a otra señorita, mi compatriota, que me ha dirigido igual consulta, y esto no es una suposición, sino un hecho real.

Me parece dificilísima y muy delicada la posición de una mujer que entre nosotros quiera dedicarse a la carrera de las letras. Me parece dificilísima su posición en todo país y en todo tiempo, pero mucho más en nuestro país y tal vez en nuestro tiempo.

La civilización es, con todo lo que tiene de bueno y todo lo que tiene de malo, predominantemente masculina. La influencia femenina se ejerce, sin duda, en ella, pero se ejerce de una manera en general funesta para actuar sobre un conjunto de tipo masculino, con todo lo malo de la masculinidad. Lo femenino tiene más su campo de acción en la esfera privada y doméstica —en la domesticidad—, pero no en la civilización, que es la civilidad, la vida civil. Esta vida civil tiene orígenes militares y una constitución política, y la milicia es masculina y masculina es la política. La mujer no ha sido ni guerrera ni ciudadana.

Uno de los productos de la civilización es la lengua literaria; Advierta, señorita, que digo la lengua literaria. Lo hago para contraponerla, en cierto modo, a la lengua popular, vulgar, corriente o doméstica. Claro está que la lengua en que se redactan las leyes, los dogmas religiosos, los documentos públicos y las obras de arte y de ciencia brota y surge de la lengua en que se dicen ternezas los enamorados, riñen los casados y pide uno el desayuno;

pero en lo que aquella lengua tiene de diferencial, aun siendo lo menos de ella, es un producto de una civilización predominantemente masculina. Tendrá usted, pues, que servirse de un instrumento hecho por hombres y para hombres.

Lo peor que encuentro en ese movimiento que se llama femenino es que las mujeres que se dejan arrastrar por él protestan de los hombres en hombre y no en mujer, y pretenden oponerse a sus evidente abusos y brutalidades con armas masculinas, hechas por hombres y para hombres.

Juegan, verbigracia, al sistema representativo y democrático, que es un sistema eminentemente masculino. La democracia representativa es un fruto del espíritu rebañego del hombre, de su instinto de animal de rebaño. Y se me antoja que la mujer es más radicalmente independiente y mucho menos rebañega, pese a las apariencias.

Va usted, pues, a tener que servirse de un instrumento ajeno. El escribir una mujer para el público en lengua literaria masculina es algo así como ponerse los pantalones. Porque la lengua literaria es "pantalónica". Y de hecho se han dado varios casos de mujeres escritoras que acabaron por vestirse de hombres. Doña Concepción Arenal, con haber sido una mujer tan mujer, tan juiciosa, tan serena, tan razonable, llegó a salir a la calle con pantalones de hombre.

Claro está que siempre queda el recurso de modificar la lengua literaria y hacerla femenina. Ya le estoy oyendo esto. Pero he de decirle que eso es mucho más difícil de lo que usted se figura, y que lo estimo imposible para una sola mujer. Y de hecho, en lo que la mujer sobresale como escritora es en las cartas privadas donde la lengua y el estilo son más domésticos.

El genio de madama de Sévigné es el genio genuinamente femenino. Las cartas de Santa Teresa son un buen ejemplo. Esta mujer admirable, admirabilísima, Santa Teresa, tuvo una lengua literaria y femenina sin embargo, pero esto es una maravilla de que le hablaré a usted otro día. Todas las obras de Santa Teresa parecen cartas; todas se dirigen personalmente al que la lee; a uno, a cada uno de los lectores y no al conjunto. Y es que, en realidad, toda su obra fué una continua correspondencia privada y amorosa con su Dios, con Jesús, el de Teresa.

Otra cosa tiene usted que tener en cuenta, y es que la mujer, así como se viste más para las demás mujeres que no para los hombres, así cuando se pone a escribir públicamente escribe más para los hombres que no para las demás mujeres. La mujer, en efecto, se viste sobre todo para las demás mujeres. Cuando va al teatro o al paseo, va a fijarse en cómo van vestidas sus amigas y conocidas, a criticar sus trajes y tocados y a ser admirada por ellas.

Le importa más el juicio de las demás mujeres que no el de su novio o marido, y no se recuerda un caso de una mujer que se haya vestido a gusto de su novio, por muy enamorada que de él estuviese, si por hacerlo así había de parecer cursi o vistosa o ridícula a los ojos de sus compañeras.

Pero así como se viste para las demás mujeres y no para los hombres, ni aun para aquel a quien más quiera, así, si se pone a escribir, escribe para los hombres y sacrifica las censuras de sus compañeras al elogio de un hombre que estime inteligente. El público que aspira a conquistar la escritora es un público masculino, y no un público femenino.

Porque no hemos de tratar ahora de esas señoras y señoritas que escriben libros para las de su sexo o dirigen revistas de modas o de lectura para las hijas de familias respetables y de buena sociedad. A las tales no se las puede considerar como escritoras.

Y esto trae consigo una consecuencia fecundísima, a su vez, en consecuencias. Un hombre, cuando escribe, no se acuerda, por regla general, de que es hombre y no mujer; pero, en cambio, es difícil, dificilísimo, casi imposible, que una mujer al escribir no tenga presente que es mujer y no hombre. Y entonces, una de dos, o no trata de ocultarlo, sino que deja libre su inspiración femenina, y en tal caso acentúa su feminidad, o, trata de ocultarlo y finge masculinidad, con lo cual no hace sino corroborar lo que de femenino tiene.

Cristina era un alma angelical y dulce, recluída y tímida, y era una mujer de una ilustración muy restringida y religiosa sobre todo, mientras Isabel era una mujer erudita y muy versada en variedad de conocimientos y que traducía el griego. Y así, resulta que Cristina cae en la monotonía e Isabel en la pedantería; las quejas melodiosísimas y angelicales de Cristina constan de unas pocas, muy pocas notas, y los temas forzosamente se repiten, y las disertaciones poéticas y hasta filosóficas de Isabel, llegan alguna vez a fastidiar por su impertinencia.

En general se desempeña mucho mejor la mujer en lo que es objetivo y no subjetivo —aceptamos por lo cómodas estas expresiones tan imperfectas e inducentes a error—, en lo épico mejor que en lo lírico, en lo narrativo mejor que en lo sentimental. Cuenta mucho mejor lo que ve u oye que no lo que siente, reproduce mejor el hecho externo que no la impresión que lo causara. Yo no sé si consistirá esto en que, como dice un amigo mío, la mujer es un ser "apsicológico".

Y por esto, acaso, son las actrices mejores que los actores y es porque a falta de un alma propia muy definida pueden prestarse a representar variedad de almas. El caso es que una escritora llega a narrar con verdadera precisión artística un suceso que presenció y, sin embargo, apenas acierta a dar forma adecuada a sus propios sentimientos suscitados por el suceso. Cuando no cae en la minuciosidad, la mujer cuenta muy bien.

Cuando llega a tener el sentido de la perspicacia y a saber sacrificar los detalles accesorios y acierta a situar cada circunstancia en su plano —y a esto llegan pocas veces—, la mujer cuenta mejor que el hombre. Porque el hombre confunde más los sucesos con sus propias sensaciones en presencia de ellos; el hombre es más lírico, es decir, es más egoísta; el hombre se mete más él mismo en el relato.

Y aunque le parezca a usted paradoja, señorita, le diré que precisamente por ser la mujer más capaz de objetivarse, de salirse de sí, es por lo que es más independiente. El ser más individualista es lo que le hace al hombre ser más rebañego. Y como esto ha de sorprenderle, estoy seguro de ello, dejo para otro día el desarrollárselo.

Y vea cómo contra una idea muy corriente he de decirle que creo que la mujer tiene más aptitudes aún para la ciencia que no para el arte. Creo que hay ciertos campos de la ciencia en que las cualidades femeninas han de lograr copioso fruto. Y no sirve decir que para el cultivo de la ciencia hace falta una serenidad de juicio y un desapasionamiento de que la mujer escasea, pues el hombre es más apasionado que la mujer, y el género de pasión femenina es tal vez el género de pasión que el cultivo de la ciencia requiere.

Hablándome un día un amigo mío de los admirables trabajos de erudición filológica que lleva a cabo doña Carolina Michaelis de Vasconcellos, la alemana que ha hecho de Portugal, la patria de su marido y de su hijo, su se-

gunda patria y que ilustra tanto la ciencia portuguesa, me decía que la erudición de doña Carolina es una erudición maternal, que cuida, mima y sustenta sus hipótesis y sus teorías filológicas como se cuida, mima y sustenta a un hijo. Así es, y recuerdo que cuando tuve la honra y el gusto de visitarla en Oporto, donde vive y trabaja, la sorprendí cuando estaba dando el baño a su nieto. La erudición de doña Carolina, es, en efecto, una erudición maternal.

Y consigue con ella resultados que los hombres no logran. Es una erudición hecha de ciencia, de mucha y muy segura ciencia, pero hecha también de instinto, de un instinto a las veces más seguro que la ciencia misma. Doña Carolina adivina por verdadero instinto maternal.

Y es, señorita, que la mujer es ante todo y sobre todo madre. El instinto de la maternidad es en ella mucho más fuerte que el de la sexualidad. Como tratándose de una señorita que piensa dedicarse a escritora ciertos repulgos serían hasta ridículos, he de recordarle a este respecto que el hombre se hace padre en pocos segundos, mientras que la mujer necesita nueve meses de gestación, más de un año de lactancia y mucho más de cuidados y afanes. La mujer es madre ante todo.

Y lo es siempre. Quiere al amante o al marido con amor maternal, y su amor crece cuando le siente débil, cuando siente que es preciso defenderle, por muy fuerte que en otros aspectos aparezca.

Se dice que las mujeres se enamoran de los hombres fuertes, pero creo adivinar que se enamoran de los hombres fuertes por alguna debilidad que en ellos descubren, por alguna debilidad que sólo ante ella, ante la amante, dejan traslucir.

Y ella se dice: este que os domina, este que es para vosotros fuerte y bravío, es conmigo blando y débil; éste, el león, es para mí un cordero; yo y sólo yo sé su flaqueza, yo y sólo yo conozco su tendón de Aquiles. No hay leyenda más simbólica que la de Sansón y Dalila.

A la mujer está encomendada principalmente la perpetuación del linaje humano, su persistencia natural, y al hombre la civilización. Sin que ella deje de influir en ésta como él influye en aquélla. Un hombre no se sacrifica por sus hijos lo mismo que una mujer, pero una mujer no se sacrifica por la patria lo mismo que un hombre. El sacrificio de Guzmán el Bueno es algo que ha de repugnar

siempre al corazón femenino, por muy deformado que esté por el contagio de sentimientos masculinos. Y en rigor el hombre entiende mal todo sacrificio. Más que amar, quiere ser amado, y basta ver con qué facilidad llama "ingrata" a la que no corresponde a su amor, como si se le debiera agradecimiento por ello.

Lo que llama su amor suele ser en la mayoría de los casos un furioso anhelo de ser amado. Y esto proviene acaso de que siente bajo su fortaleza social y de aparato su debilidad individual y de sustancia. Parece que el amor es en la mujer compasión y en el hombre orgullo; pero si se mira bien, es en éste la necesidad de ser amparado y protegido, y en aquélla la necesidad de amparar y proteger.

Y vea usted, señorita, a dónde he venido a parar a partir de la contestación a su consulta, que al fin y al cabo queda incontestada. Y así debía ser, porque, en resumen, usted ha de hacer lo que tenía pensado, sea cual fuere mi consejo. Y me parece que hará usted bien. //

Unamuno "A una aspirante a escritora"

// O se vive en el mar, o se vive en su oleaje. El mismo que dijo para siempre que todo fluye, pudo haber dicho que todo es uno y lo mismo. Un gran río no es menos eterno ni menos permanente que una gran montaña. Y no por el cauce sólo.

Pero es cosa terrible cuando los espíritus de los hombres, sintiéndose desprendidos de sus raíces tradicionales, se creen a merced del oleaje o acaso de la avenida, y diciéndose: «Estamos en un período de transición, en una época de cambio», se agarran a la primer tabla flotante, se suben a ella y se ponen a jugar allí para distraerse de la eternidad. Y hoy asistimos en gran parte a un espectáculo semejante. Y no sabemos gozar del momento que pasa. Gozarlo, comprendiéndolo y en comprenderlo.

«Esto tiene que acabar», se dice. Y «¡así no se puede seguir!» Y conque el puro se tiene que acabar, los unos arrojan buena parte de él, como colilla, y los otros se ponen a apurarlo en bocanadas, sin sosiego, sin paladeo.

«¡Ah, los que se empeñan en que nos precipitemos!» «¡Lánzate —dicen—; mañana, acaso sea tarde; ahora es el momento!» Y no saben que una vida de honda contemplación expresiva, de contemplación pública y compartida hacia fuera, es toda una obra; es más obra que un lanzamiento. Y la obra mejor que un hombre puede legar a sus hermanos es su vida como ejemplo y como visión.

Tiene que haber quien recoja la transición, la Historia, y la haga intransitiva, eterna, mientras entre el embravecido oleaje de la inundación hay quien se pone a tragar agua por miedo a morirse ahogado. Que se da este caso.

Cuando se convierte a la historia en una película muda.

«¡Esto se va!», exclaman, y se van a ver el cine. ¡El cine! Espectáculo característico para una sociedad dominada por el sentimiento de la transición. ¡Y espectáculo mudo, para sordos! Para sordomudos, más bien. De donde se acaba creyendo que la historia viva, la presente, la siempre presente, es cinematografía muda y que nada dice. Y así, nada queda de ella. Porque en la Historia, lo que realmente queda es lo dicho, es la palabra. El hado mismo, el *fatum*, es lo dicho; lo dicho y no lo escrito.

. «En mi juicio es punto menos que imposible que se encuentren unos hombros robustos que, como los de otro Atlante, puedan sostener el peso entero de la máquina del gobierno, porque para mí es punto menos que imposible que se encuentre un hombre cuadrado, que por cualquier parte que se mire presente la misma longitud, la misma latitud, la misma profundidad; porque es, no punto menos que imposible, sino imposible de todo punto..., etc.»

Recordamos al punto aquella expresión dantesca de hacerse tetrágono contra el destino para señalar el mejor modo de resistirlo, frase sacada, más que de la geometría, del arte de la fortificación.

Un hombre cuadrado —vamos, tetragónico— que por cualquier lado que se le mire presenta la misma longitud, la misma latitud y la misma profundidad. Esto suele decirse no de los hombres, pero sí de sus cabezas, y al decirlo se quiere decir que las tales cabezas son muy poco comprensivas. «¡Tiene la cabeza cuadrada!» «¡Es cuadrado de cabeza!» He aquí expresiones con que se quiere dar a entender al aplicarlas a un hombre que tiene éste un espíritu estrecho, dogmático e incomprensivo. ¿Y por qué?

Y con el hombre-dado juegan los demás, echándolo de allá para acá. Y a cada echa —echa sin h, ¿eh?, ya lo explicaremos otra vez— especulan los otros con él.

Los dados, achatándose, han venido a parar en fichas de dominó, y en vez de echarlos por alto los combinamos unos con otros. Porque sospechamos que la ficha de dominó no es más que un dado degenerado. Y a los hombres de batalla, dados en un tiempo, los hemos convertido en hombres-fichas. Y hay uno que es el seis doble y otro que hace de blanca doble. O de doble blanco.

Esto de desarrollar una metáfora es uno de los más divertidos y a la vez de los más sugestivos ejercicios gimnásticos del ingenio.

Pero si no se filosófa en la cama, al acabar de acostarse, acurrucadito en postura de feto, esperando al sueño, ¿cuándo se va a filosofar? Y uno se echa a la derecha, sobre el hígado, y otro a la izquierda, sobre el corazón, y otro de espaldas, cara al techo. Y hay quien sueña que está despierto y quien se pone a contar: «uno, dos, tres, etc...», para que le llegue antes el sueño. Y hasta hay quien se mantiene insomne —y aterrado—, espiando el momento preciso en que se le anegue la conciencia.

Es muy frecuente soñarse muerto. ¿Y no te ha sucedido, lector, soñar que ibas remontando tu vida, de hoy a ayer, hacia el pasado, volviendo a vivirla del revés, las aguas del río hacia el manantial, y otra vez niño y por fin des-nacer? Y al sentirte des-nacer te sumerges del todo en el sueño profundo y como que el corazón se te descansa y la sangre se te clarifica. Y entonces sí que podrías decir: «¡me pienso, luego me soy!» O mejor: «¡se sueña, luego se vive!»

«¡Se vive!» ¡Qué expresión tan castiza! ¡Como que las más de las veces equivale a: «¡se duerme!» Ya dice la copla andaluza:

«¡Cada vez que considero
que me tengo de morir
tiendo la capa en el suelo
y no me harto de dormir!»

Y al meterse en la cama se dice uno: «¡la vida es sueño... y el sueño es vida!»

El perro oye hablar al hombre, que es como su dios, quiere imitarle y se pone a ladrar. El ladrido es un esfuerzo para hablar. Pero cuando le duele algo de veras el perro aúlla. El ladrido es lo intelectual y lo deportivo; el aullido es lo patético y lo serio. ¿Habrá diferencias en el ladrido? ¿Diferencias de tono, de pausas, de acento?

De seguro que si se nos diera la clave ideológica del ladrido descubriríamos un nuevo mundo, el mundo de la costrucción olfativa. Porque el perro, cuyos lóbulos olfatorios tienen un enorme desarrollo, debe de poseer una representación del mundo que nos es tan extraña como al topo la nuestra visual. Cada sentido da un mundo.

Conocimos un sujeto singularísimo, gobernador civil que fue de varias provincias, que parecía no reconocer a la vista un lugar en que ya hubiese comido antes, mas apenas le sacaban a la mesa el cocido y probaba los garbanzos decía: «¡Teruel!» o bien «¡Cuenca!» o «¡Zamora!» Se orientaba por el sabor del cocido. Sólo que esta singularísima representación sensitiva del mundo no podía expresarla adecuadamente por falta de un lenguaje especial. Tenía que hablar como los demás hombres, y, francamente, apenas si pronunciaba. Pero comiendo el cocido era una maravilla el gobernador.

Algunos de los que han leído mi novela *Niebla* —recientemente traducida al italiano— me han preguntado cómo logré traducir la oración fúnebre que el perro Orfeo monologó a su amo Augusto Pérez a la muerte de éste y sobre su cadáver, y que de dónde he sacado aquellas filosofías cínicas o perrunas. Porque Orfeo ni las ladró ni las aulló. «¿Es que usted ha sido alguna vez perro?», me han preguntado. Y he aquí una pregunta a la que no es tan fácil contestar como a primera vista parece. Sin que con esto queramos confesar nuestra fe en la metempsicosis. //

Frases sueltas de Unamuno



La anécdota más famosa de la vida de Unamuno ocurrió pocos meses antes de su muerte. Unamuno se había puesto del lado de Franco el 18 de Julio de 1936 pero pronto se desencantó pues vió que los dos bandos eran igual de criminales. En una reunión fascista en Salamanca , con la presencia de **Millán Astray**,,general de **la Legión** y mutilado de guerra, Unamuno le dijo que quería dejar a media España tan mutilada como él y que no tenía la decencia de Cervantes que , manco tras la batalla de Lepanto, se dedicó a escribir el Quijote. Los fascistas presentes intentaron agredir al anciano Unamuno pero la mujer de Franco, que presidía el acto, lo acompañó hasta la salida sin más consecuencias.

7 - Conclusión .

Las últimas páginas de "Paz en la guerra" son una declaración de principios del hombre y del filósofo Unamuno . Ha conocido , en el contacto con la Naturaleza en todo su esplendor , la verdad : es dado al hombre alcanzar una paz interior sin renunciar a la guerra . La guerra contra la ignorancia , la guerra contra el egoísmo , la guerra contra la brutalidad . " ... lo que nos impele , es la visión pavorosa del mundo de la degradación y la miseria " (O.C. T. I pag. 279) .

Guerra también contra el progreso . Pero no contra el progreso en sí sino contra su fuerza torrencial que hace olvidar a los hombres lo auténtico - lo permanente - en aras de lo pasajero .

La paz interior brota de la contemplación de las montañas y el mar , entes eternos . Es una paz que es resignación (la guerra irresignación y descontento) . Las montañas y el mar son verdades y son eternas . La guerra es guerra por la verdad ,y para llegar a ella es necesario un progreso que asegura el mismo descontento que conlleva la guerra . Unamuno acepta entonces el trabajo de la guerra - de empujar a los demás hacia el progreso - acompañado por su paz interior y descansando en ella cuando sea necesario .

La paz que puede alcanzar el hombre en la vida viene dada por el conocimiento de las cosas eternas e infinitas . Es una paz que es ante todo calma . Con ella el hombre puede vivir cotidianamente pensando en la eternidad . La mayor libertad concebible es la del ser que es Todo . Unamuno define a la vida de este ser con estos atributos : la pura sencillez ; la paz permanente , imperturbable y segura ; la claridad infinita ; el día sin noche ; la luz perpetua ; la libertad que no depende de ninguna actuación . Esta vida del ser que es Todo llega tras la muerte . La esperanza en ella fundamenta la vida real en paz cada día . La vida del ser Todo hace ,eterna , a la vida finita del hombre , eterna ,ante su brevedad y su condición perecedera .

Este es el concepto de "ataraxia" según Unamuno . Se llega a él por la contemplación mística del mundo . Por encima de excelencias literarias y de recepciones de grandes influencias exteriores - de Nietzsche , sobre todo - , creemos que el Unamuno místico es el de mayor interés y originalidad .

Es importante estudiar a Unamuno porque en él encontramos al hombre español en estado puro, sin las máscaras que se pone en el trato diario con nuestros paisanos.

Unamuno se pregunta, en "El sentimiento trágico de la vida", 2 por qué tiene que morirse, él que se siente mejor y superior a Dios, él que es tan guapo, tan listo, con tantos talentos, con tantos estudios y tanta obra publicada ¿por qué tiene que morirse?
Y además, por qué no puede ser César, por qué no puede tener todo lo que quiere en la vida, por qué no puede satisfacer todos sus deseos...
El hombre español en estado puro lo quiere todo , se cree con derecho a conseguirlo todo porque es más excelente que Dios y la mera posibilidad de no llegar a todo en la vida y además morirse lo vuelve loco.

Así somos los españoles realmente y gracias a lo que nos dejó escrito Unamuno así nos vemos reflejados en sus libros. Por eso es importante estudiar a Unamuno : al hacerlo nos conocemos mejor a nosotros mismos españoles.

Pero quizás por encima de estas tesis recurrentes impregna decisivamente toda la obra unamuniana la formidable personalidad de su creador . La España de aquella época se formó una imagen de Unamuno tal como la de una persona irritable e irritante , Rector legendario al que el público atendía en sus conferencias sin entender su discurso, pero con la esperanza de oírle alguna genialidad . Unamuno mismo era consciente de que se había convertido en un número de feria para el público no universitario .

8 - Notas .

I - p. 302 , " Cartas inéditas " , 27 de septiembre de I900 , Salamanca .
2 - p. 3I4 , Obras Completas , Tomo X , " El dolor de pensar " Ed. Vergara , I958 , dir. Manuel García Blanco .
3 - p. 3I2 , Obras Completas , Tomo IV .
4 - p. 93 , Antonio Machado , " Divagaciones " en " El escritor y la crítica : Unamuno " , Ed Taurus , Madrid , I974 .
5 - Ibid . pag. 93 .
6 - Ibid . pag. 20 , J. Ortega y Gasset , " En la muerte de Unamuno " .
7 -
8 - p. 53 , M. de Unamuno , " Del sentimiento trágico de la vida ... " Ed. Alianza nºII68 .
9 - p. IOI , Carta a Ilundain , 25 de Marzo de I898 . R.V. Buenos Aires, III .
I0- p. 54 , M. de Unamuno , " Recuerdos de mi niñez y juventud " , Ed. Austral , 323 .
II- p. 366 , Obras Completas , Tomo I , " Ciudad y campo " .
I2- p. , Obras Completas , Tomo I , " La crisis del patriotismo " .
I3- p. 75 , H. Spencer , " Ensayos sobre pedagogía " , Ed. Akal , Madrid , I983 .
I4- Ibid . pag. 76-77 .
I5- p. I9I , Spinoza , " Ética " prop. VI , Ed. Nacional , trad. Vidal Peña .
I6- Ibid. p. I92 , prop. VII
I7- Ibid. p. I93 , prop. VIII
I8- Ibid. p. I83 , postulado I
I9- Ibid. p. 27I , prop. III
20- Ibid. p. 290 , prop. XXVI
2I- p. 385 , Obras completas , Tomo VII .
22- p. 844 , Obras Completas , Tomo I .
23- Ibid .
24- Ibid .
25- p. 328 , Schopenhauer , " Eudemonología " , Ed. Ibérica , trad. Juan B. Bergua .
26- p. 387 , Obras Completas , Tomo VII .
27- Ibid. p. 388 .
28- Ibid. p. 387 .
29- Ibid. p. 389 .
30- Ibid.
3I- p. I09 , M. de Unamuno , " Por tierras de Portugal y de España " , Ed. Austral , 221.
32- p. 38 , M. de Unamuno, "Del sentimiento...", Ed. Alianza, nº 1168.
33- p. 64 , Ibid.
34- p. 862 , Obras Completas , Tomo I .
35- p. 39I , Obras Completas , Tomo I .
36- p. I03I , Obras Completas , Tomo I .
37- p. 379 , Obras Completas , Tomo III .
38- p. 803 , Obras Completas , Tomo VII .
39- p. II24 , Obras Completas , Tomo III .
40- p. 43 , " Del sentimiento trágico ... " , Ed. Alianza , nº II68 .
4I- p. 208 , Obras Completas , Tomo XI .
42- Ibid. p. 209 .
43- Ibid. p. 2I0 .
44- Ibid. p.207 .
45- Ibid.
46- p. 228 , H. Spencer , " Ensayos sobre pedagogía " , Ed. Akal , Madrid I983 .
47- p. 364 , E. Pascal , " Obras " , Ed. Alfaguara , trad. Carlos Dampierre .

48- p. 4I , Gabriel Albiac , " Pascal " , Ed. Barcanova , I98I .
49- p. IOI , Carta a Ilundain , 30 de octubre de I897 . R.U. Buenos Aires, III.
50- p. I033 , Obras Completas , Tomo VI .
5I- Carta a Clarín , 30 de octubre de I897 ."Epistolario a Clarín", Ed. Escorial 1941.
52- p. I25-I26 , " Por tierras de Portugal y España " , Ed. Austral, 221.
53- p. 375 , Obras Completas , Tomo I .
54- Ibid. p. 372 .
55- Ibid. p. 366 . 56- Ibid. p. 369-370
57- p. 70 F. Nietzsche , " Así habló Zaratustra " , Ed, Bruguera, , I98I , trad. J.C. García-Borrón .
58- p. I23-I24 , " Por tierras de Portugal y España " , Ed. Austral, 221.
59- p. I24 , cap. 3I , Porfirio , " Lettre a Marcella " , Ed. Les Belles Lettres , I982 .
60- p. I56 , Raven y Kirk , " Los filósofos presocráticos " , Ed. Gredos .
6I- Ibid. p. I6I .
62- 207e , Platón , " El Banquete " , en " Obras completas " , Ed. Aguilar .
63- p. 339 , Schopenhauer , " Eudomonología " , Ed. Ibérica , trad. Juan B. Bergua .
64- Ibid. p. 342 .
65- Ibid. p. 339 .
66- p. II5 , Miguel de Unamuno , " Amor y pedagogía " , Ed. Austral 141
67- p. 98-99 . F. Nietzsche , " El crepúsculo de los Ídolos " , Ed. Alianza , I973 , trad. A. Sanchez Pascual .
68- p. 3I , " El escritor y la crítica : Unamuno " , Ed. Taurus , I974 .
69- p. 200 , J. Ortega y Gasset , " Qué es filosofía " , Ed.Alianza (OG 5) .
70- Ibid. p. 209 .
7I- p. 306 , Obras Completas , Tomo VI .
72- p. IOI , " Por tierras de Portugal y España " , Ed. Austral , 221.
73- Ibid . p. I4I .
74- p. 527 , Obras Completas , Tomo I .
75- p. 244 , Miguel de Unamuno , " Paz en la guerra " , Ed. Austral 179.
76- Ibid. p. 245 .
77- Ibid. p. 246 .
78- Ibid. p.
79- p. 230 , F. Cornford , " De la religión a la filosofía " , Ed. Ariel , Barcelona , I984 .
80- Ibid. p. 2I6 .
8I- p. 244 , " Paz en la guerra " , Ed. Austral , 179.
82- p. 300 , Obras Completas , Tomo III .
83- p. 394-395 , Obras Completas , Tomo VII .

<u>Otras obras consultadas</u> (no incluídas en " Notas ") :

- Delgado , B. " Unamuno educador " Magisterio Español , M. I973 .
- Huysman , D. (dir.) : " Dictionnaire des Philosophes " , Ed. PUF , Paris , I985 .
- Meyer , F. : " La ontología de Unamuno " , Ed. Gredos , Madrid, 1962.
- París , C. : " Unamuno . Estructura de su mundo intelectual " , Ed. Península , Barcelona , I968 .
- VVAA : " Cuadernos Hispanoaméricanos " , nº 440-41 , " Miguel de Unamuno " , dir. Félix Grande , Ed. I.C.I.



Con su familia en 1907 .
